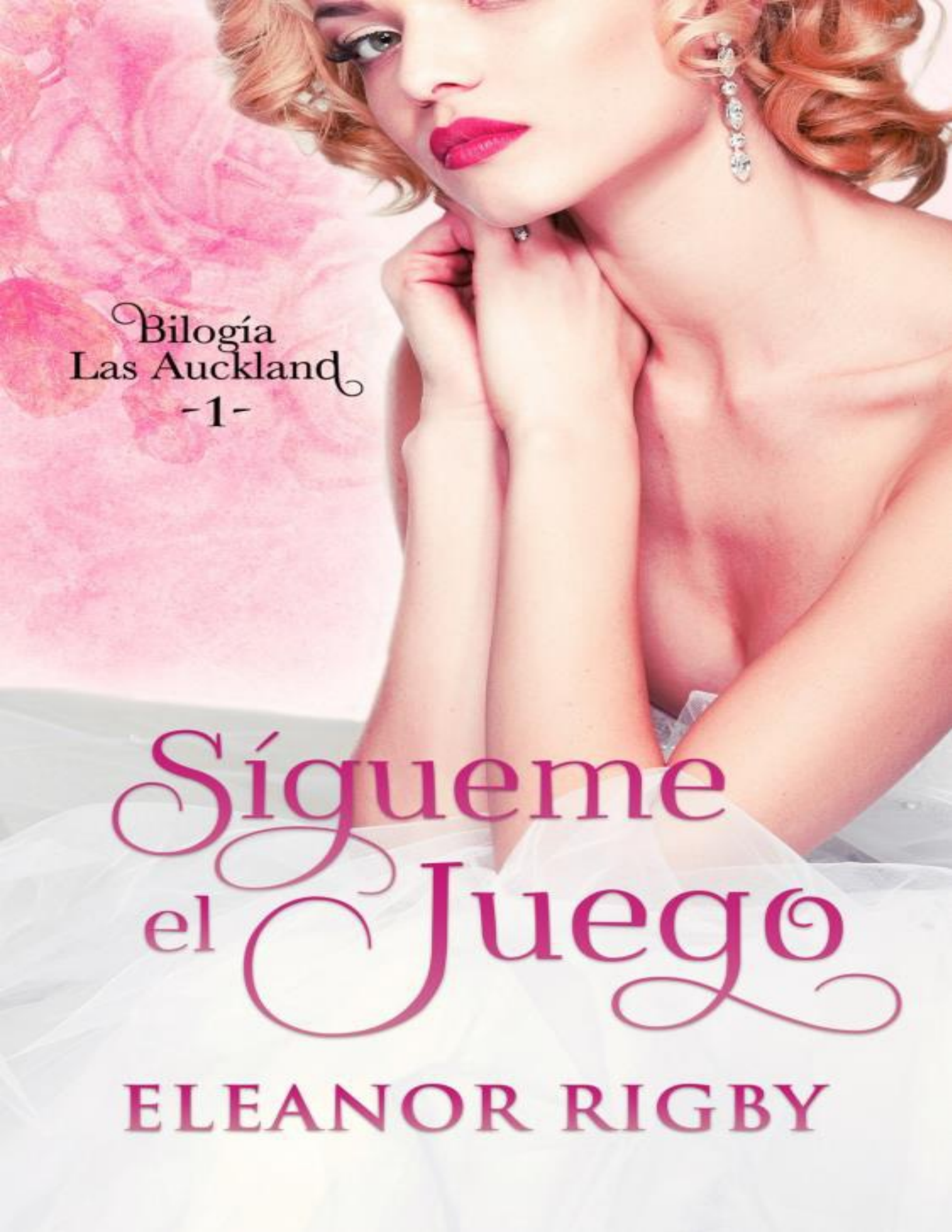

Bilogía
Las Auckland
-1-
Sígueme el Juego
ELEANOR RIGBY

Sígueme el juego

Eleanor Rigby

© 2025 Eleanor Rigby

Título: *Sígueme el juego*
Primera edición: febrero de 2025
Sello: Independently published
Diseño de portada: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1



Ayton Bay, condado de Northumberland
Verano de 1815

Heather había aprendido a anticipar el estado de ánimo de su hermana en función de cómo bajara las escaleras. Cuando lo hacía de puntillas, esquivando con maestría los puntos ciegos de la madera desgastada, sabía que la estaba invadiendo el morboso placer de lo prohibido, y esas eran las veces de más, pues adoraba delinquir en la cocina y regresar al dormitorio que compartían con el delantal a rebosar de pastas de almendra. Cuando oía el lastre de una mano resbalando por la barandilla, sabía que su hermana andaba de capa caída, los que por fortuna eran los días de menos porque una Harriet silenciosa era como un florentino sin hojaldre; una obra sacrílega. Cuando tardaba tres segundos en subir las escaleras porque se saltaba series de peldaños, sabía que iba a contarle un jugoso cotilleo.

El cotilleo de esa mañana debía ser más suculento de lo habitual, porque aun meciéndose en la hamaca del porche de la casa, Heather pudo oír el estruendo proveniente de la escalera principal. Con el libro aún extendido sobre el regazo, se preguntó con ironía si la noticia era que habían adoptado a un elefante y lo traía para su presentación en sociedad. Ni siquiera el gran danés que dormitaba a sus pies hacía tanto ruido al bajar trotando, y eso que lo habían llamado Señor Zarpas porque, con esas patas torponas, el sigilo le quedaba como asignatura pendiente.

Heather se relajó, contraria a lo que otro habría hecho ante un estropicio de esas características. Hacer ruido era un privilegio limitado a cuando la señora de la casa no se encontraba presente, y que Adeline Beckett no estuviera allí siempre era motivo de alegría.

Segundos después, Harriet se interponía entre Heather y el par de perezosos rayos de sol que la habían animado a trasladar su afición lectora al aire libre.

La hermana sonreía, triunfante.

Su cintura pareció más estrecha que nunca cuando puso los brazos en jarras.

—¿A que no sabes qué?

—¿Te has caído por las escaleras?

—Lamentablemente no. Otro día que la fortuna no le sonríe a la señora Beckett —lamentó Harriet con dramatismo. Enseguida ensanchó la sonrisa y se inclinó hacia delante, plantó las manos callosas sobre el libro de Heather y dijo—: Pero tú y yo, hermanita... Tú y yo sí estamos de suerte, porque me he enterado de que el duque de Sunningdale regresa al pueblo, y no de paso. ¡Se queda durante todo el verano!

Heather tuvo que hacer un quiebro hacia la derecha para que la cabeza de su hermana tapara el ahora molesto resplandor del sol, que había estado a punto de cegarla.

—¿Y el regreso del duque de Sunningdale nos alegra porque...? —Antes de que Harriet la iluminara se aventuró a adivinar—: ¿Jugamos en su jardín cuando éramos niñas?

—No, pero yo jugaré en su jardín durante todo este verano. Durante el resto de su vida, si todo sale bien. Y tú, por supuesto, estarás invitada.

Adelantándose a los planes disparatados de su hermana, Heather preguntó con tacto:

—¿Y eso lo sabe el propio duque, o no has tenido las bondades de ponerlo al corriente?

—Todavía no, pero tendrá que descubrir en algún momento que quiere a Harriet Auckland en

su mansión y en su vida para hacer la pertinente propuesta. —Giró sobre sí misma igual que una bailarina y apoyó todo su peso en el reposabrazos de la mecedora. Pese a ser delgada como un junco, la madera no aguantó su peso. Habrían estado a punto de volcar si no se hubiera incorporado enseguida para exclamar—: ¡Esta es la oportunidad que necesitábamos, Heather! ¡De algo ha servido rezar todas las noches!

—No creo que la oración te haya salvado. Los rezos nocturnos no valen para nada cuando quien los pronuncia se pasa las mañanas blasfemando —repuso, divertida. Solo entonces, picada por el buen humor de su hermana, cerró la novela que estaba leyendo y la observó ir de un lado para otro—. ¿En qué momento has decidido que vas a casarte con el duque? Dime que al menos lo has visto antes.

—Lo he decidido en cuanto me he enterado de que vendrá, y no, no lo he visto, pero he estado hablando con Yocasta y Misery y me han dicho que Sunningdale cumplió treinta y seis años este verano, enviudó hace dos meses y tiene un hijo que comenzará la universidad el próximo curso. ¿No es de lo más oportuno? ¿No es, de hecho, el hombre perfecto? ¡Sin esposa y sin críos que soportar!

—No sé si una joven que se pronuncia sobre la descendencia con ese desprecio está preparada para el matrimonio.

—Si estás insinuando que habría de proporcionarle un heredero, ya tiene uno. Yo no tendría por qué casarme con él más que para convertirme en el sol de sus días.

—Cosa que no veo por qué te interesaría, dado que eres lo contrario a romántica.

Harriet alzó la mano como el jefe de una tribu indígena.

—Haz el favor de no interrumpirme. ¿Sabes cómo lo describen los que lo trataron la última vez que estuvo aquí?

—¿Como tu marido ideal? —adivinó.

—Como «un jovencito con unas ganas locas de vivir y la más bella de las esposas».

—Lo de «jovencito con ganas locas de vivir» le haría encajar contigo, pero ¿no falleció ya el único aldeano que había visto al legendario duque de Sunningdale? Han transcurrido más o menos veinte años desde que pasó el último invierno en Ayton Bay. Coincidirás conmigo en que en veinte años te da tiempo a cansarte de la vida o, por lo menos, a dejar de responder al adjetivo de «jovencito».

Harriet terminó de delimitar el perímetro del porche con sus zancadas nerviosas. Cansada de su propio entusiasmo, se aposentó a los pies de Heather, junto al adormilado Señor Zarpas, con las piernas cruzadas. Se remangó el vestido embarrado por los bordes, mostrando de forma escandalosa sus pantorrillas —nunca se ponía medias mientras duraba la temporada estival— y le lanzó una mirada huraña.

—¿Y qué? No me voy a casar con él ni por su belleza ni por su dinero. Me voy a casar con él porque es el único hombre que podría sacarme de este pueblo del demonio, y, más concretamente, de esta casa.

«Esta casa atestada de recuerdos espantosos», le faltó concretar.

A Heather le extrañó que su hermana se reservara la adjetivación. Era dada a la grandilocuencia, por decirlo con un suave eufemismo.

—No es la primera vez que insinúas que el único modo de marcharte es mediante el sexto sacramento —comentó Heather, inclinándose hacia delante para mirarla a los ojos—, y me parece una opción estupenda, si de algo te sirve mi opinión. Pero creo que estás apuntando muy por encima de tus posibilidades al escoger al duque como candidato.

—¿Por qué? —Se cruzó de brazos y sopló hacia arriba para apartarse un mechón rubio de la

cara—. ¿Es que no te parezco lo bastante bonita para atraerle?

Harriet le parecía bonita de sobra para postrar a un príncipe, lo que no quería decir, por otro lado, que Heather se viera a sí misma alegrando las vistas de un simple jornalero. Esta concepción de sus respectivas bellezas atraería la curiosidad de quien lo supiera, porque las consecuencias de haber compartido el seno materno con Harriet a la misma vez fueron, además de una conexión espiritual sobrehumana, un rostro idéntico.

Aun habiendo crecido en Ayton Bay, todavía había aldeanos que las miraban, confundidos, antes de llamar «Harry» a Heather y «Heather» a Harry.

Ahora bien: distinguirlas cuando estaban juntas era coser y cantar.

Harriet rezumaba energía por los cuatro costados. Era una fuente inagotable de ideas atrevidas que no tenía la paciencia de esperar a emprender cuando fuera viable, lo que a menudo la hacía temeraria. Aunque fuese bella como una diosa de mitología escandinava, se había ganado el diminutivo masculino, «Harry», por sus toscos modales.

Heather era más bien templada, no tan tímida como simplemente melancólica y nunca tenía prisa por llegar a ninguna parte porque sabía que nadie la esperaba.

Tal vez Harry le pareciese tan fascinante y digna de amores por representar la fuerza opuesta y complementaria a la suya. Por poseer una variedad de virtudes que, empuñadas con la valentía y decisión que la hacían a veces una cabezona irremediable, servían de machete para hacerse hueco en la selva cruel que era el mundo.

Heather carecía de su determinación feroz, una de las cualidades que en ese momento brillaban desafiantes en los ojos azules de su hermana. Esta vez parecieron prometerle que, si no era lo bastante guapa, se las arreglaría para cambiar de cara y cambiar de cuerpo.

Ni las leyes de la biología se atreverían a interponerse en su camino.

Y si lo hacían... que Dios las ayudara.

—No es una cuestión de belleza —replicó con tacto—. Acaba de perder a su esposa, ¿no?

—Eso solo me beneficia. Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de irme de aquí, pero creo que si hubiera estado casado me habría intimidado la obligación de hacerle enviudar primero.

—Me alegra que todavía le tengas respeto a la vida —se burló Heather—, pero lo que quería decir es que a lo mejor no quiere casarse de nuevo.

—Pues le haré cambiar de opinión.

—¿Cómo?

—Con mi encanto personal —empezó a enumerar, sacando los dedos—, mis talentos interpretativos, mi lado seductor, mi brillante inteligencia...

—Cualidades que, así expuestas, deslumbrarían incluso a un ciego. Pero ¿y si le disgustara tu carácter? —siguió indagando, aun a riesgo de sacarle el mal genio—. Las dos sabemos que existen los hombres intimidados por las mujeres... resueltas, por ponerlo de alguna manera.

—¿No has oído la parte de «talentos interpretativos»? Me mostraré como un dócil corderito hasta tenerlo en la palma de mi mano. Luego le daré la vuelta y lo aplastaré como a una mosca.

La agresividad de Harriet dejaba mudos de asombro a quienes la trataban poco, pero Heather estaba tan acostumbrada a escuchar perlas del estilo que no pudo escandalizarse.

De hecho, encontraría de lo más divertidas sus salidas si no fuera sabio temerla.

—¿No te daría lástima que el pobre hombre descubriera de la noche a la mañana que se casó con alguien que no conocía? —continuó, instigada por el que era su deber desde el día del nacimiento: ser la conciencia de su hermana.

Harriet se encogió de hombros y alargó una mano hacia el lomo del Señor Zarpas, que bufó

encantado al sentir la caricia.

—Ese sería su problema, no el mío. Debería haber sido más espabilado.

—De acuerdo, es obvio que apelando a la sensibilidad ajena no voy a disuadirte. Pongámoslo de este modo: ¿estás dispuesta a fingir ser alguien que no eres, el perfil de mujer que detestas, para más inri, y todo para que hinque rodilla?

—Estoy dispuesta a hincar rodilla yo misma y rogarle que me ame si así consigo marcharme —determinó con seguridad. Luego lanzó una mirada pensativa al techo del porche—. ¿Será la clase de hombre al que le gustan las mujeres con iniciativa?

Heather suspiró.

Harry solo había tenido que anunciar que iba a casarse para que su hermana supiera que no existiría manera humana de sacarle la alianza del dedo.

Era un caso perdido.

Aun así, tenía que seguir intentándolo.

—Puede que me esté repitiendo demasiado, pero si tanta prisa tienes por casarte, ¿por qué no lo has hecho con alguno de los jóvenes del pueblo?

—¡He respondido a esa pregunta mil veces! —rezongó, volviendo a cruzarse de brazos. Señor Zarpas, exigente como todo macho dominante, levantó la cabeza y, con el morro, la empujó por el costado, demandando más caricias que le fueron negadas. Más dominante era Harry—. «Los jóvenes», como tú los llamas, no abandonarían su preciado Ayton Bay ni aunque un incendio les obligara a desplazarse, tal es el ridículo sentimiento de pertenencia que abunda en el pueblo. Como podrás imaginar, no me bastaría con dejar la casa de la señora Beckett para acomodarme en una granja cercana; querría perderla de vista para siempre. Además, ¿de dónde has sacado tu teoría de que a los hombres les intimida la resolución en las mujeres si no es de verme interactuando con los aldeanos? Richard aún no me habla porque en la feria de primavera le gané un pulso, Oliver no soporta que su padre recurra a mí cuando necesita consejos de ganadería y Ernest se ha referido a mí toda la vida como «el búfalo silvestre de dos piernas». Y tiene toda la razón al insinuar lo que insinúa con ese apodo, porque no solo no me molesta, sino que me complace que me vea como un mamífero exótico.

Heather se echó a reír movida por la ternura.

—Bueno, ¿y no has pensado en qué haría yo sin mi búfalo silvestre de dos piernas una vez este se casara? ¿Me abandonarías a la deriva, a mí, a tu gemela, para marcharte a la capital con tu queridísimo duque?

—Por supuesto que no. Ya te he dicho que las dos jugaríamos en su jardín este verano, y ¿has visto el jardín que tiene? Podrían caber las veinte hermanas que no tenemos... por desgracia —concluyó, desanimada. Se puso a divagar en cuanto la idea se le hizo atractiva—. Incluso con la peor de las suertes, de veinte hermanas, por lo menos ya se habrían casado tres, y yo podría haberme mudado con cualquiera de ellas con tal de no verle la cara a la señora Beckett.

—Nunca he dudado que el hombre que se case contigo aceptaría tenerme en vuestra casa —retomó Harriet, antes de que la conversación se tornara sombría a causa de la mención de la madrastra—. El concepto de marido que siempre has tenido es el de generoso. Pero ¿el duque responderá a esa descripción?

—Mientras responda a mis intentos de cortejo, yo me doy por satisfecha. No quiero que sea perfecto. No quiero que sea nada, porque, a la vez, ya es todo lo que deseo: una vía de escape. Nuestra vía de escape —especificó, mirando a Heather decidida—. Cuando me case con él, nos iremos de aquí y viviremos en Londres. ¿Te imaginas, tú y yo en Londres?

La ciudad de destino le importaba más bien poco. El carácter tranquilo de Heather hallaba paz

en los retiros de campo. Prefería el aire fresco de su adorable pueblecito costero mucho antes que la vida frenética que aventuraba en la capital. Y, la verdad fuera dicha, no estaba tan desesperada por abandonar la casa familiar como Harry. A pesar del aire tóxico que se respiraba, fermentado por celos y desprecios que no habían aflorado del todo hasta la muerte del patriarca, el señor Auckland, seguía siendo la hacienda que la vio crecer. Allí dio sus primeros pasos, allí habían enterrado a su madre y allí tuvo los primeros encuentros clandestinos con el amor de su vida.

Si Heather cerraba los ojos, todavía lo sentía sentado a su lado, tomando su mano en cómplice silencio.

No estaba dispuesta a renunciar a su sombra.

—No, claro que no te lo imaginas —resolvió la propia Harry, mirándola de hito en hito—. Yo en mis sueños veo Londres contigo, pero tú ves a Bishop en esta casita. Lo invocas en esa misma mecedora, que era donde te sentabas cuando venía a visitarte para que no se diera cuenta de que te temblaban las piernas.

—Iré a donde tú vayas, Harry —le aseguró con voz calma, aunque aturdida por la mención de Nigel Bishop. Por más tiempo que pasara, y habían transcurrido ya tres años desde la separación, no terminaba de acostumbrarse a que su hermana hablara de él como si fuera el enemigo, o peor: como si estuviera muerto—, y estoy convencida de que conseguirás lo que te propones... solo que no sé si será con el duque. Me suelo imaginar a la aristocracia como un puñado de pavos reales, soberbios e insufribles, y tú no tienes paciencia para tolerar defectos notables a primera conversación. ¿Y si le das una mala contestación y lo espantas?

—Le haré volver.

—¿Y si no se acuerda del camino? —planteó con ironía.

—Pues habrá de tomar otro distinto. Uno que podrías indicarle tú —insinuó, mirándola con fijeza.

Heather arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir? —Hizo una pausa para corregirse—. ¿Quiero saber lo que quieres decir?

Harriet se abrazó las rodillas, evocando una postura inocente que no engañaba a nadie. No cuando sonreía como lo hizo, con pillería.

—Tú y yo somos los dos únicos perfiles de mujer que los hombres entienden. Hay muchos más, por supuesto, pero en cuanto a carácter distinguen entre las inocentes y las descaradas. Si prefieren diferenciarnos según nuestra condición, a un lado estarían las damas y al otro quedarían las prostitutas. Y si deciden verlo según las funciones que desempeñamos para con ellos, tendríamos a la esposa y a la amante.

—No sé si me gusta en qué lugar te deja esa clasificación.

—Descuida, a mí no me importa cómo me clasifique ningún pimpollo. —Manoteó en el aire para pasar al tema importante enseguida—. Como te decía, si el duque no demuestra interés en la atrevida, el que es mi perfil, nos veremos en la triste obligación de descartar una de las dos opciones, pero es de manual que la otra habrá de gustarle. Pura matemática. Si no yo, pues tú.

—¿Y qué pretendes con exactitud? ¿Empujarme a sus brazos como si fuera una fulana?

—¿No te has enterado? En esta ecuación, el signo indecente soy yo. Tú eres la clase de mujer a la que un hombre le ofrece un anillo. De hecho, Bishop te hizo una promesa, que es lo mismo que proporcionar una alianza. Solo que no puedes lucirla con orgullo, supongo.

—En efecto, Bishop me hizo una promesa —recalcó, enarcando las cejas—, la que es solo una de las tres mil razones que se me ocurren para ignorarte. No puedo aceptar el muy halagador ofrecimiento de conquistar a un duque en tu lugar.

—¡Pero es que solo tendrías que conquistarlo! —exclamó, al borde de la pataleta—. Luego yo me casaría con él, y no se daría cuenta del cambio porque somos dos gotas de agua. Puede que al poco tiempo le extrañara el cambio de carácter, pero, por desgracia para él, sería demasiado tarde. Y todo esto solo tendríamos que ponerlo en práctica si fallara el plan que no te involucra, posibilidad que no contemplo —se apresuró a prometer al ver el gesto horrorizado de su hermana. Incluso levantó las manos—. Mis dotes de persuasión nos consiguen gangas en el mercado todos los sábados. No creo que el matrimonial, otro tipo de mercado, se me resista mucho más.

—Lo que estás proponiendo es deplorable, Harry. Y bastante ingenuo, porque ya deberías conocerme lo suficiente para saber que no me prestaría a engañar a ningún hombre. ¡A ningún ser humano!

Harriet se puso en pie con la misma energía con la que lo hacía todo.

Ya debería haber imaginado que ningún género de regaño haría mella en su hermana. Era tan dura de mollera que solían bromear con que un golpe a su cabeza solo afectaría al utensilio empleado. Llegaría a doblar como una caña de bambú a un cayado revestido de acero.

—¿De qué me sirve tener una hermana gemela si no puedo usarla en mi beneficio?

Heather clamó al cielo un pedido de auxilio.

—¿Todavía no te has enterado de qué te sirvo? Para divertirte torturándome y para hacerme cómplice de confabulaciones, nada menos.

—Era una mera propuesta, como tú misma has señalado. Solo recurriré a ti si me veo en una situación desesperada. Pero, sinceramente, no creo que se pueda estar más desesperada de lo que ya lo estoy ahora.

Heather asimiló con su comentario que la decisión de casarse con el duque no era una idea peregrina que olvidaría a las pocas horas. Tampoco uno de sus divagues habituales. No se había dado cuenta porque la agradable caricia del sol la distraía, o quizá porque tras veintiún años de convivencia resultaba complicado tomarse en serio a Harry, sobre todo cuando aparecía con esos planteamientos. Pero vio en su gesto que estaba más que preparada para llevar a cabo la conquista, y si debía tomar un camino colmado de peligros —para ella y para sus allegados— como la insistencia indeseada o la persecución, lo haría.

Heather comprendía sus motivos, y por eso, más que enfurecida, reaccionó estremeciéndose de preocupación.

Si su hermana ya era imparable cuando amparaba sus intenciones en nada más que un deseo fútil o un capricho del momento, movida por una aspiración de libertad más grande que la vida misma podría convertirse en una amenaza gubernamental. Y lo peor de todo era que Harry ni siquiera tenía la culpa de ansiar lo que ansiaba. La señora Beckett la había abocado a maquinar esos indeseables remedios con su mano dura y su desprecio.

No se movió de la mecedora mientras la veía armarse con la cesta que descansaba sobre el alféizar de la ventana y bajar las escaleritas dando saltos.

—Harry —la llamó, turbada. Su hermana la miró por encima del hombro con cara de no haber roto un plato, como si no hubiera discutido hacía cinco minutos un plan perverso—. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, ¿de acuerdo?

Harry exhibió sus dientes con una sonrisa encantadora.

—Eso deja pocas cosas fuera de mi radio de acción, hermanita, porque yo nunca me arrepiento.

Capítulo 2



Tras un largo trayecto de día y medio, el carruaje del duque de Sunningdale finalmente cruzaba la frontera de Ayton Bay con todo lo que eso conllevaba.

Lo primero y más importante, dejar atrás unos últimos meses infernales.

Hasta el momento, el jovencísimo Bartholomew Allendale había estado haciéndole compañía con su animada conversación. Entusiasmado como estaba por empaparse del lugar donde pasaría sus vacaciones preuniversitarias, a cada rato se abalanzaba sobre la ventanilla para admirar las vistas.

El duque, de nombre Grenville, debía admitir que siempre le había apasionado la belleza bucólica de Ayton Bay. Aunaba en un puñado de calles, románticas calas y cuatro o cinco negocios legendarios el encanto de cuento de hadas de Castle Combe y las playas de arena blanca de Herne Bay que tan alabadas eran en el sur de Inglaterra.

Pero, en realidad, la ilusión de volver al pueblo donde había nacido estaba de más. No viajaba allí por placer. De hecho, ni se le habría ocurrido viajar a la costa del condado de Northumberland si no hubiera necesitado huir de la dolorosa pérdida, que, por desgracia, le perseguiría allá donde fuera.

Aun y con todo, el nudo que llevaba apretándole en la garganta desde que fuera de su conocimiento el fallecimiento de su esposa se suavizó al mirar por la ventanilla y confirmar, de un vistazo posterior, que su hijo parecía igual de maravillado con las vistas.

Grenville esbozó una sonrisa colmada de ternura.

—Si me hubieran dicho con tu edad que habría de pasar en un pueblo alejado de la mano de Dios mis valiosas vacaciones, habría intentado arrojarme del carruaje en marcha.

Bartholomew miró de reojo a su padre. La efervescencia típica de los adolescentes felices iluminaba su rostro de rasgos aún aniñados.

—Hubiera pagado por verlo poniendo su vida en peligro de esa forma tan ridícula —reconoció, aguantando una carcajada. Dio unos toquecitos en el cristal con el nudillo y volvió a despatarrarse, abrazándose los codos con las manos—. Tal vez haría lo mismo si me hubieran obligado, pero venir aquí ha sido mi voluntad.

—Lo que solo hace de tu presencia algo más asombroso si cabe. ¿Por qué un graduado en Eton querría pasar el verano en Ayton Bay?

—No quiero pasar el verano en Ayton Bay. Quiero pasar el verano con mi padre —corrigió. Su expresión canallesca se suavizó—, aunque no negaré que siempre he sentido curiosidad por el pueblo de su infancia. Siempre ha hablado usted maravillas de la zona, y ahora veo que no exageraba.

Grenville se dejó invadir por la nostalgia que a menudo empañaba sus recuerdos. Confirmó la descripción que su hijo había ofrecido sobre el pueblo volviendo a echar un vistazo al camino. Iban dejando atrás el empedrado de las calles principales, todas ellas tan estrechas y empinadas que no le extrañaba que hubieran lo llamaran «el laberinto».

—Fui muy feliz aquí, no sé si porque la infancia es de por sí una etapa maravillosa o porque solo durante el receso de las sesiones parlamentarias podía pasar tiempo con tu abuelo. Recuerdo

que, como dicta la tradición, veníamos a pasar el invierno. Libre de sus obligaciones políticas y legislativas, el difunto duque se convertía en un padre afectuoso con sus hijos.

—Puede usted estar orgulloso de sí mismo, padre. Usted es afectuoso con su hijo todos los días del año.

—Porque solo tenía que tratar con uno, no con cinco, pero fíjate en lo que eso te ha convertido —bromeó, mirándolo con sorna—. En un mimado que siempre se sale con la suya.

Aunque Bartholomew Allendale era mucho más que un chiquillo travieso, y lo demostraba el orgullo que henchía el pecho de Grenville cuando hablaba de él. «Reddie», como lo apodaron familiares y amigos por su característico pelirrojo, herencia del abuelo paterno, había nacido ya espabilado. Demostraba un carisma natural que maravillaba a los desconocidos. Había sido un alumno destacado en Eton por su sensibilidad hacia las artes y las letras, y no parecía existir fatalidad capaz de eclipsar su luz. Había perdido a su adorada madre hacía tan solo unos meses y aún tenía fuerzas para correr las cortinas y prometerse a sí mismo y a los demás que aquel sería un día para el recuerdo.

Pese a la oscuridad que se había apoderado de su ánimo, ni siquiera Grenville era inmune a la alegría contagiosa del pequeño.

—No siempre. —Cambió de postura con aire petulante. Se acarició el cuello, aparentando distraerse—. Llevo días tratando de convencerle de organizar una velada en Ayton Bay para anunciar su regreso y no hay manera de que me escuche. Aunque solo son las diez de la mañana —apostilló, malicioso—. Aún me queda tiempo para dar su brazo a torcer.

—Eres incapaz de ganarme un pulso ¿e insinúas que podrías dar mi brazo a torcer? No sigas tentando a la suerte, Reddie. Ya he cedido a alterar mi retiro espiritual dando el visto bueno a la visita de tu amigo Havisham.

—«Retiro espiritual»... ¡Querrá decir «aislamiento asceta»!

—Es otra forma de decirlo. No temo admitir ante ti ni ante nadie que pretendo pasar tiempo a solas.

—¿A costa de quedar ante todo el pueblo como un eremita?

—Se me atribuyen defectos aún peores en Londres, así que si «eremita» es el peor apodo que podrían ponerme aquí, me doy por satisfecho.

Reddie sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante, esperando convencer al esquivo Grenville con una de sus miradas de cachorro.

—Padre, se lo ruego. Solo quiero que se divierta.

—Me divertiré saliendo a cabalgar, dando largos paseos por la playa y encargándome de mi hacienda, que bastante tiempo llevaba ya desatendida. Sabrá Dios qué ha hecho el inútil del señor Pierce con ella. —Antes de sumirse en cavilaciones sobre la escueta comunicación con su administrador, advirtió a Bartholomew con una mirada severa—. Espero no tener que recordarte todos los días que no deseo organizar ni tampoco asistir a fiestas de la comunidad. Sabes desde el principio que no he venido a convertirme en el benefactor del pueblo.

—Eso no es algo en lo que se pueda convertir. Ni siquiera algo que pueda dejar de ser. Es algo que le vino dado de nacimiento y debe actuar en consecuencia.

—Dios santo. Ahora soy yo el que se quiere arrojar por el carruaje en marcha —masculló de mal humor—. ¿Por qué tenemos que mantener esta conversación de nuevo? Ya te advertí de cuáles eran mis planes de retiro, Reddie.

—Pero tenía la esperanza de hacerle cambiar de opinión. Aún la conservo, de hecho. No se preocupe, padre, que no tendrá usted que encargarse de los preparativos de ninguna fiesta para relacionarse con los aldeanos. He oído que en Ayton Bay se celebra el solsticio de verano con

una verbena y...

—¿Y?

Reddie se encogió de hombros con toda naturalidad.

—Me tomé la libertad de confirmar su asistencia.

Grenville se tensó en el acto.

—¿Que has hecho qué?

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Llevaba usted dos meses encerrado en Mayfair!

—¡Y pretendía pasar otros cuantos encerrado en Allendale Lounge!

—¡Lo que solo confirma que he obrado como es debido! Como hijo suyo, es mi obligación velar por sus intereses incluso cuando usted desatiende sus necesidades... o no es ni consciente de que las tiene.

—¡Eres tú el que no es consciente de que necesito aislarme! ¡He dejado Londres para no tener que dedicar mañanas enteras a rechazar invitaciones, Bartholomew! —Que hubiera pronunciado su nombre completo en lugar de su apodo debería haber inquietado al muchacho, que sabía que eso significaba que su padre no andaba de broma. Sin embargo, estaba tan seguro de haber actuado conforme a un designio divino que no se achantó—. ¿Qué te ha hecho pensar que las invitaciones a eventos en Ayton Bay me tentarían algo más?

—Que en Ayton Bay no abundan los aristócratas que usted tanto desprecia... y que al norte de Inglaterra aún no han llegado los rumores malintencionados que le habrían impedido disfrutar de una noche ociosa. Usted mismo ha dicho que las buenas gentes de Ayton Bay son un soplo de aire fresco.

—No son sus gentes la clase de aire fresco que venía buscando. No pienso asistir a esa verbena, Bartholomew.

—Decepcionará a todos sus viejos amigos, entonces.

—Prueba con otro chantaje. No tengo amigos en Ayton Bay.

—Su ausencia se entenderá como una descortesía.

Eso le hizo vacilar, pero enseguida se recompuso.

—No, porque irás tú en mi lugar.

—¿Y por qué no acudimos los dos? No tendrá que relacionarse con nadie más que su hijo si no lo desea.

—¿Por qué estás tan empecinado en desoír mis deseos? —Alzó la voz al límite de la paciencia—. Soy tu padre y te digo que eso no sucederá.

—¿De veras es usted mi padre? Porque se comporta como un niño, y yo, como el adulto que sabe lo que es mejor para todos. ¡Vamos! —Se palmeó los muslos y se dirigió al hosco Grenville con una sonrisa luminosa, idéntica a la de su madre—. Llevo oyendo hablar del pueblo desde que era un crío. Si no es usted quien me lo enseña y me pone al día, ¿cómo pretende que lo vea con los mismos ojos?

—Si buscas que alguien te ponga al día, yo no soy el hombre adecuado. No he pisado Ayton Bay en veinte años porque tu madre prefería la capital. No aguantó ni las dos semanas de la luna de miel, de hecho. Decía que Ayton Bay estaba donde Cristo perdió las polainas y no era su obligación ir a recuperarlas por él.

Reddie no contestó enseguida.

Nunca había sido un jovencito atolondrado, pero se comportaba con una prudencia impropia de una personalidad tan inquieta como la suya en cuanto Grenville mentaba a la duquesa. Y no se debía al recuerdo del luto, sino al caos que había desencadenado la noticia de su trágica muerte.

Grenville lamentaba que Reddie fuera más listo que el hambre. De lo contrario, podría haberle

protegido de las verdades que contenían las crueles habladurías sobre su convivencia con lady Sunningdale... y de otros aspectos sórdidos de su vida privada.

Aspectos sórdidos de los que el propio Grenville aún intentaba recuperarse.

—Mi madre y sus siempre desacertados comentarios sobre el Señor. —Reddie suavizó la expresión, aunque no llegó a sonreír—. Los echo de menos y apuesto a que usted también, padre, pero me parecería injusto que no disfrutara de Ayton Bay ahora que la duquesa no está para impedírselo. Este es el momento de hacer lo que siempre ha deseado y no pudo.

—Deseo vivir el luto a solas —determinó con voz queda—. Hay muchas cosas en las que quiero pensar.

—¿Y no puede pensar en público con un ponche en la mano?

—Bartholomew...

—A mi modo de ver, no hay nada que pensar sobre la muerte. Es la que es, llega cuando llega y sanseacabó. Y perdóneme si no me parece que un duque en la flor de la vida deba permanecer recluido en sus aposentos como un alma en pena.

Grenville enfrentó a su hijo con toda la intención de reprenderlo por su osadía, pero dio marcha atrás en el último momento.

Aunque se convirtió en padre con tan solo diecinueve años, Grenville había agarrado al toro por los cuernos con una seguridad admirable. Se prometió que jamás permitiría que sus hijos le profesaran el respeto temeroso que él sintió por el suyo. Dio una orden clara a las primeras nodrizas e institutrices, y es que nadie tomaría decisiones sobre la educación de Reddie sin previa consulta, ni siquiera acerca de aspectos que a priori pudieran parecer baladíes. Solicitó estar presente en las lecciones de los primeros maestros y se tomó la libertad de contrariar sus métodos de enseñanza para ofrecer a Reddie una perspectiva más global del mundo, uno de opiniones plurales en el que siempre tendría derecho a manifestar la suya.

Eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Opinar con claridad y sin miedo, tal y como su padre le había enseñado. No podía ahora castigarlo por ejercer sus derechos con confianza, sobre todo cuando lo que le motivaba era la preocupación por su estado de ánimo.

—Me halaga que me creas tan joven como para ver mi retiro como tiempo desperdiciado —contestó con sentido del humor—, pero llega un punto en la vida de un hombre en que ya no le queda nada más por vivir. Solo puede mirar atrás con nostalgia.

—¡Pero si tiene usted treinta y seis años, padre! ¡La mitad de los canallas de sus amigos universitarios aún ni se han casado, y los que lo han hecho todavía no han engendrado heredero! ¿Por qué ellos son jóvenes y usted no, si puede saberse?

—Porque yo ya he cumplido con mis deberes ducales.

—Eso no significa que haya envejecido. Significa que ha llegado el momento en el que se desprende de las cargas que vienen con el ducado y se dedica por entero a lo que le hace feliz.

Grenville miró al muchacho con aire socarrón.

—Y seguro que tú tienes una idea muy clara de lo que me hará feliz. ¡Nada más y nada menos que una verbena de pueblo!

—Por una verbena de pueblo se puede empezar.

Sabiendo que la discusión nunca tocaría a su fin, Grenville se dio por vencido. Con Reddie, la única criatura más tozuda que él mismo, las discusiones eran el cuento de nunca acabar... y las vacaciones solo empezaban.

Que Dios le ayudara.

—¿Estoy a tiempo de detener el carruaje y soltarte en medio de la nada? Con un poco de suerte, los lobos te devorarán... si no los haces huir espantados con tu cháchara, claro.

—Me temo que va a tener que olvidarse de los lobos y de abandonarme a la deriva. Si no me engañan los ojos, esto que tenemos aquí delante es Allendale Lounge.

Grenville devolvió la vista a la ventanilla.

La *terraced house* estilo georgiano hizo que su corazón casi diera un vuelco. Allí seguía, inmune al paso del tiempo, con su monumental fachada de piedra de Portland y sus bien cuidados jardines con vistas a la playa.

Allendale Lounge existía mucho antes de que el doctor Richard Russell escribiera en sus folletos médicos los beneficios para la salud que reportaba vivir en una zona costera, sobre todo para aquellos con los pulmones afectados por enfermedades congénitas o trabajos exigentes. Grenville recordaba haber recopilado todos esos panfletos con la esperanza de convencer a la duquesa de Sunningdale de trasladarse al campo. «Prefiero mil veces tener una vida corta pero feliz en la capital a morirme poco a poco de aburrimiento en un pueblo sin modista», insistía ella. Para más inri, agregó que era el deber de las grandes glorias ser enterradas antes de que su belleza se marchitara: «Muere joven y deja un cadáver bonito», remataba. Había conseguido su objetivo, como todos los que se propuso antes. Su atractivo ajeno al tiempo había estremecido a Grenville en el velatorio, donde la había despedido tan furioso como desolado porque se hubiera ido dejándolo con la palabra en la boca.

«Condenada mujer. Nos veremos en el infierno».

Antes de que las paredes del carruaje se estrecharan para asfixiarlo, Grenville abrió la portezuela y salió al encuentro del servicio. Una tropa de quince criados se había desplegado en una fila horizontal para recibirle como dictaba la tradición. De todos ellos, solo un rostro le sonaba familiar: el del señor Quillings, un matusalén encorvado al que había oído repetir como un mantra que la muerte le encontraría trabajando.

Fue quien se adelantó, achacoso, para extenderle una mano temblorosa a la par que una sonrisa de bienvenida.

—Es un honor tenerle por fin de vuelta en casa, excelencia.

Grenville estrechó la mano del anciano. Al mismo tiempo miró a su alrededor, comprobando que todo seguía ahí donde lo dejó, y se llenó los pulmones del aire salitroso que había echado de menos en Londres.

—Es un honor que sea usted quien me reciba, señor Quillings. Veo que hay cosas que no cambian ni siquiera dos décadas después.

—Ya sabe usted que no dejaré la librea si no es la Parca quien me la arrebata.

Grenville sonrió y le dio una palmadita sobre el dorso.

—Y tiene a la Parca arrinconada con su firme determinación. O eso, o no le parece que setenta años de servicio sean más que suficientes para saldar deudas de honor.

—Estos últimos veinte no cuentan, excelencia. Sin el señor en la casa, es como si hubiera estado de vacaciones.

—Pues no se crea usted que he venido a darle problemas. Los problemas, si acaso, se los acarreará mi hijo. —Fue a girarse para indicarle a Reddie que se acercase, pero este ya estaba a su lado, erguido con las manos a la espalda. Barría con la mirada las dos filas de sirvientes curiosos, buscando al afortunado que convertiría en compañero de travesuras—. Bartholomew Allendale.

Quillings abrió sus ojos claros tanto como se lo permitió la piel arrugada de los párpados y las ojeras.

—¡Es idéntico a la difunta duquesa! —exclamó, asombrado—. Un placer conocerle, milord. Sepa que lloro la pérdida de su madre desde que me llegó la noticia. Era la mujer más sofisticada

que tuve el honor de tratar.

Grenville se alegró de que Quillings fuera el único sirviente de la casa que recordaba a la duquesa de Sunningdale. No habría podido soportar las condolencias y referencias al virtuosismo de su esposa por parte de quince criados diferentes. No cuando la mera mención de Louisa disparaba emociones contradictorias.

Aunque le complacía que viviera en la memoria de sus allegados como una digna duquesa, también se lo llevaban los demonios pensando en los vicios que supo disimular con sus modales. Vicios despreciables que Grenville no podía perdonarle y que a veces, solo a veces, necesitaba gritar a los cuatro vientos para desbaratar su reputación casi sagrada.

Era lo que más le habría dolido, pero de qué serviría ya desplegar una venganza bíblica.

No estaba allí para padecer las consecuencias.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Pierce? —preguntó con sequedad, buscándolo entre delantales y libreas—. Me urge reunirme con él para determinar cómo administraremos la finca a partir de ahora.

El cambio en el gesto afable de Quillings puso a Grenville en tensión. Supo justificada su inquietud en cuanto el mayordomo trató de desviar la atención.

—¿No preferiría conocer antes a los nuevos criados? Nuestra ama de llaves, aunque sea. La señora Foley falleció hace un par de meses y consideré que su hija, aunque muy joven, estaba preparada para ostentar el puesto de...

—Ya habrá tiempo para familiarizarme con el servicio. Ahora dígame dónde está Pierce. No responde a mis cartas desde hace un par de meses y ese es, en parte, el motivo por el que he venido.

Quillings se frotó las manos con nerviosismo.

—Creo que antes de reunirse debería ponerse cómodo. Al menos permítanos trasladar sus baúles al dormitorio principal...

—Quillings —cortó con impaciencia—, ¿qué ha pasado?

—¿Está seguro de que no desea que primero le acomodemos, o dar una vuelta por los...?

—Quillings —repitió, esta vez en tono de advertencia.

Pero no fue el mayordomo quien se adelantó a ofrecer las explicaciones. Una de las muchachas rompió la fila y encaró al duque con cara de circunstancias.

—El señor Pierce se marchó hace un par de meses sin dar explicaciones, excelencia. Y por lo que el señor Quillings pudo apreciar tras revisar la documentación que dejó en su despacho, parece que no se fue solo. Se llevó consigo la que no dudo será una buena compañía: más de la mitad de las arcas del ducado.

Capítulo 3



Mucho antes de emprenderla a voces contra quienes no tenían culpa alguna, Grenville decidió abandonar la mansión con el fin de aclarar las ideas. No podrían darle información específica de la fuga del señor Pierce, y desde luego nadie contaba con la formación académica necesaria para aportar soluciones viables.

Una vez se calmara, y sospechaba que eso tardaría en suceder, volvería sobre sus pasos y se encargaría en persona de encajar las piezas del puzle.

Pero no entonces.

Entonces necesitaba aire fresco o el techo se le caería encima.

Aprovechando la cercanía de la playa a las trescientas hectáreas de tierra cultivable que comprendían su propiedad, Grenville bajó a paso rápido por el empinado caminillo de piedras. Iba retirando los crecidos matojos de malas hierbas con un nudo de consternación en la garganta.

¿Cuál fue el punto de inflexión que desencadenó la serie de desdichas que ahora le tocaba afrontar? De pronto, su vida se había convertido en una sucesión de problemas inabordables.

Se detuvo a los pies de la colina, desde donde se obtenía una vista espectacular del mar. Los lugareños siempre habían respetado el perímetro del ducado y, si bien esa modesta cala no formaba parte de su propiedad, preferían dar sus paseos por las extensiones de arena que rodeaban el pueblo. No era muy frecuente toparse con viandantes cuando se asomaba a admirar la inmensidad del océano, pero ese día debía ser especial, porque a lo lejos vislumbró una silueta femenina escoltada por un perro.

Y no cualquier perro.

La visión relajó un tanto la crispación de Grenville. No solo porque durante su infancia le hubiera acompañado un gran danés muy parecido a la criatura que seguía fielmente a su dueña, sino porque, con su aspecto de caballo, cualquiera pensaría que la joven corría peligro a su lado. Pese a no ser menuda, ya a distancia se la veía frágil, en parte por la paleta de grises del nublado que la enmarcaba. Estando enfrascada en la lectura de una novela que sostenía en las dos manos, el ataque de la bestia podría cazarla con la guardia baja, pero sospechaba que eso no sucedería porque el animal hallaba paz en la bella serenidad de la muchacha; la misma en la que el propio Grenville se refugió para no ceder a la desesperación.

Conforme más la miraba desde su posición de arquero de fortaleza, más se le templaba el ánimo. Apenas se dio cuenta de que reemprendía su camino hacia ella sin apartar la vista de su delicada figura, seducido como el Orfeo curioso que desoía las imposiciones de Perséfone y se giraba a mirar.

El viento hacía ondear su vestido de forma hipnótica.

Cuando sus zapatos se hundieron en la arena blanca y el aire trajo a su nariz el aroma del salitre, la joven estaba a punto de llegar a un extremo de la playa. Grenville pensó en acercarse, intrigado, pero supuso que encontraría su descaro indignante.

Por muy duque que fuera, no podía abordar a una desconocida.

Grenville cerró los ojos un instante y dejó que la caricia familiar de la brisa lo condujera por el altar de sus recuerdos. Los más bellos que albergaba su memoria eran aquellos en los que había vivido en Ayton Bay, inviernos en los que disfrutó de la compañía de sus hermanos. A

excepción de algún que otro canalla sin remedio, dichos hermanos disfrutaban ahora sus vidas de casados y ejercían de padres modélicos muy lejos de allí. Desde que él adoptara el rol de duque no tenía la oportunidad de visitarlos por placer.

A decir verdad, eran pocas las actividades placenteras que había podido emprender desde su matrimonio, y ahora se daba cuenta, con el alma en conflicto, de que de poco había servido el sacrificio del disfrute en pro del orden. Se había desprendido de una familia amada para formar la suya con una mujer que ya tampoco estaba. La fugacidad y la condición frágil de los vínculos humanos dejaba en paños menores cualquier otra preocupación, como el robo del señor Pierce. Aquello había sido una contrariedad, sí, pero Grenville contaba con los conocimientos necesarios para proceder en casos de urgencia. En cambio, no tenía la más remota idea de qué hacer con todo ese amor malogrado que aún conservaba hacia los que no estaban y que a ratos sentía que le estaba pudriendo el corazón.

Un ladrido lo distrajo de sus pensamientos. Grenville ladeó la cabeza hacia el origen del sonido, a tiempo para abrir los ojos como platos y ver a la bestia con la lengua fuera a punto de cernirse sobre él.

No le dio tiempo a protegerse: el gran danés lo derribó de un enérgico salto.

La caída aturdió a Grenville, aunque no tanto como para no oír la exclamación de una voz femenina.

—¡Dios santo!

Después de un día tan complicado, y acostumbrado a tratar a los perros con mano dura, de muy buena gana le habría propinado un puntapié para sacárselo de encima. Pero al ver su rabo cortando el viento con alegría supo que solo estaba jugando y no le quedó otra que echarse a reír.

El perro ladró con entusiasmado e inclinó el morro para darle un buen lametón en la cara.

Por suerte, Grenville lo esquivó a tiempo.

—¡Señor Zarpas! —imperó la misma voz—. ¡Apártate de ese pobre hombre ahora mismo!

Pero el Señor Zarpas no atendía a razones.

Había encontrado un estupendo compañero de juegos.

El insistente deseo del animal por demostrarle que le gustaba hizo que Grenville rompiera a reír de nuevo.

—Se toma usted muchas confianzas con los desconocidos..., señor. Porque, según he oído, es usted un señor, ¿no? —le preguntó al animal, rascándole entre las orejas. Intentó incorporarse, pero tenía las patas clavadas en el pecho, y ochenta kilos de bestia, sumados al factor sorpresa, no eran moco de pavo—. Para tratarse de un noble, caballero Zarpas, no parecen haberle enseñado que antes de abalanzarse sobre una presa hay que cortejarla.

Al Señor Zarpas debió avergonzarle su toque de atención, porque se retiró enseguida para permitir que se incorporara y valorase los daños frotándose la zona lumbar. Eso sí; no dejó de rondarlo con la lengua fuera, reacio a renunciar a su nuevo amigo así como así.

Mientras se sacudía la arena de la chaqueta, se fijó en que la dueña daba las últimas zancadas para detenerse ante la escena. Con una mano presionaba la pamela contra la cabeza. Con la otra, sostenía el libro abierto contra el pecho, que subía y bajaba por el ejercicio.

Ni el afán de protagonismo del perro ni el viento que le cortaba la cara tuvieron la más mínima importancia al mirarla a los ojos. Además de un adorable rubor debido a la carrera y una mueca de espanto, descubrió en el rostro de la muchacha la belleza afectada que obsesionaba a los artistas románticos. Ella también tuvo que ver algo cautivador en él, o tal vez solo la hubiera intimidado su visible fascinación, porque tardó un instante en reaccionar.

—No sabe cuánto lo lamento —fue lo primero que le dijo, moderando el tono—. Ignoro cómo

ha podido suceder algo así. El Señor Zarpas no suele comportarse de esta manera.

Chasqueó los dedos y señaló sus pies con un movimiento seco. El Señor Zarpas acudió de inmediato, obediente. Le resultó divertido ver a un perro capaz de devorar a un ser humano dominado por una presencia a priori inofensiva, pero comprendió de inmediato la lealtad del animal. Grenville también se habría acurrucado en el regazo de la joven a la menor oportunidad, una inesperada certeza que lo dejó desconcertado.

—Ha debido ver en mí algo especial —murmuró, incorporado pero todavía sin levantarse.

—El Señor Zarpas es tan noble que todo el mundo le parece especial y digno de cariño, pero es muy tímido con los desconocidos. Actúa como un perrillo asustadizo, por eso lo paseo por zonas poco concurridas; para que no se inquiete con el trasiego del pueblo. No comprendo este comportamiento suyo —apostilló, lanzándole una mirada severa al animal.

Grenville se quedó en silencio, hipnotizado con las caricias distraídas que la joven prodigaba al Señor Zarpas. Le turbó la visión del movimiento de sus elegantes dedos.

La ausencia de alianza lo relajó al tiempo que lo llenó de interrogantes.

¿Acaso en los pueblos alejados de la mano de Dios no se rifaban a las muchachas bonitas? ¿Por qué nadie había puesto un anillo en su dedo?

No fue eso lo que le preguntó, sin embargo.

—Ya veo que piensa recompensarlo con caricias por su reprochable actitud.

—Bueno, al final solo quería jugar con usted —se disculpó mirándolo a los ojos. Se notaba que se encontraban en una zona campestre. En Londres, a las solteras que no se mostraban sobrepasadas por las atenciones masculinas ni agachaban la cabeza eran acusadas de descaradas —. El único problema es que no ha medido su fuerza.

—Y hemos tenido suerte de que no fuera yo del tamaño de su dueña, o de lo contrario podría haberme matado.

—¡Por supuesto que no! —Con un movimiento de mano y una sonrisita juguetona, abarcó la playa—. Ya ha visto que la arena es un excelente amortiguador.

—Y las zarpas de su señor, un arma letal —apostilló él, divertido—. Para colmo, no es lo único que usa para asustar a sus víctimas. Al principio parecía haberse propuesto persuadir a su víctima con atenciones indeseadas de dejarse besar.

Ella le restó importancia encogiéndose de hombros con naturalidad.

—Un comportamiento habitual viniendo de los machos... con independencia de su raza.

Grenville tuvo que reconocerle el contraargumento con un cabeceo resignado, si bien sorprendido por la crítica ácida.

La joven relajó los hombros, delicadamente cubiertos por las mangas de algodón de un vestido blanco, la prenda de paseo matinal por antonomasia. Solo una gruesa cinta celeste, a juego con la que rodeaba la pamela, ceñía su estrecha cintura.

—Lo bueno —continuó ella— es que ni usted es de mi tamaño ni el Señor Zarpas ha sido educado para importunar a criaturas a las que pudiera hacer daño. Solo se acerca a los que se lo pondrían difícil en un combate.

—¿Acaso abundan en Ayton Bay seres vivos de las dimensiones de su perro? Tendría que vivir aquí el cancerbero del Hades, entonces.

La muchacha apartó la vista del perro, hacia el que ya no proyectaba su incredulidad, y le sonrió a Grenville de oreja a oreja. Sus dientes asomaron con timidez entre los labios como el destello del diamante.

Él se quedó paralizado.

—El cancerbero no, pero parece que ahora sí tiene un digno rival, ¿no? De todos modos, deje

que me disculpe otra vez por él. A menudo se olvida de lo intimidante que puede ser y se comporta como si fuera un cocker.

—Ha tenido suerte de que me gusten los perros, pero sí he de decir que nada de esto habría pasado si le hubiera estado prestando atención al animal —la reprendió en tono grave, aunque sin perder las maneras—. Solo espero que la novela que estaba disfrutando bien mereciera el despiste o incluso la consumación del asesinato si el Señor Zarpas no se hubiese quedado en el intento.

En lugar de molestarse por su reproche, la joven soltó una carcajada sincera que terminó de ganarse su simpatía. Le echó un vistazo a la novela que aún sostenía, como si lo necesitara para recordar qué estaba leyendo, y le mostró la portada.

—*The Surprise of Love*[1], de Pierre Marivaux —leyó Grenville, anonadado—. ¿Sabe usted que ese libro estuvo prohibido durante todo el siglo pasado?

La muchacha miró el volumen con otros ojos.

—No comprendo por qué. No es escandaloso en absoluto, como sí otros títulos en los que se habla de asuntos que no es de Dios comentar en público.

—No lo he leído como para juzgarlo. ¿Recomienda su lectura?

—Decídalo usted mismo. Cuenta los tejemanejes, engaños y aventuras de un aristócrata y su ayuda de cámara. Dicho noble renuncia al amor y se retira al campo después de haber sido traicionado por la mujer que amaba.

Grenville enarcó las cejas con ironía. Esa historia le sonaba tan familiar que no pudo mirar la novela con nada distinto al recelo, preguntándose si era posible semejante coincidencia.

—¿Le está gustando? —le preguntó enseguida, guiado por el extraño deseo de retenerla un rato más.

—Las comedias amorosas no son mis preferidas, pero algo tendré que leer mientras la señorita Austen nos deleita con alguna otra de sus fantásticas novelas.

—Veo que siente predilección por la literatura con tintes románticos.

Le intrigó el detalle de amargura que confirió a su sonrisa un aire nostálgico.

—Se equivoca, caballero. Siento predilección por la literatura con finales felices. No me importa si sus protagonistas caen en las redes del amor o solo se salvan de una muerte segura.

—Comprendo. Supongo que la literatura es el mejor recurso para incitarnos a creer que el bien triunfa sobre el mal.

—Así es. Entiendo la lectura como una inyección de optimismo. ¿No piensa usted así?

—Pienso que es legítimo leer para alegrarse el ánimo, siempre y cuando el lector no sea tan susceptible a la perfección de los finales que estos acaben llenándole la cabeza de pájaros. —Ante el interrogante de la muchacha, agregó a modo de explicación—: Hay crédulos que se dejan maravillar por los cuentos de hadas y, como consecuencia, acaban encontrando la vida real demasiado gris como para que merezca la pena vivirla.

—¿Acaso no está de acuerdo con esa afirmación? ¿No cree que, comparada con su reflejo en ficción, la vida es más aburrida?

—La vida en ficción es más sencilla —corrigió, cabeceando—. En los libros, todo se desgrana con precisión para que se comprenda hasta el porqué de los actos del villano, y se suele escribir desde la verdad irrefutable. El narrador omnisciente no miente. No hay espacio para las dudas, y, si queda alguna, se dice que la novela está mal escrita. En la vida real, por otro lado, solo podemos conjeturar sobre por qué se dijo eso o por qué se hizo aquello para hallar la paz y el perdón. Y para algunos no es suficiente con las excusas que nos ponemos para sobrevivir a la incertidumbre... —Se dio cuenta de que la joven ya no lo escuchaba por mera educación, sino

que lo atendía con intriga. Se obligó a resumir, recordando que se estaba abriendo en canal ante una desconocida—. Pero alguna que otra vez un suceso real me ha asombrado mucho más que el giro de un argumento.

La joven estrechó el libro entre sus brazos. Debía de tener frío; la brisa se había levantado.

—¿Qué lee usted entonces y con qué propósito, si es poco habitual que la literatura le sorprenda y no es usted ningún crédulo o sensiblero?

—Me atraen las tragedias —confesó con una media sonrisa—. El dolor de los personajes me hace sentir acompañado y me ayuda a sobrellevar mis horas más tristes. Otras veces hallo un consuelo muy distinto y bastante más lógico en las tramas dramáticas: por suerte, ninguna de las desgracias que leo me ocurrirán a mí, y eso es un alivio.

—Es otra forma de verlo —aceptó con simpatía—, pero, a diferencia de lo que usted cree, no deja de ser optimista, caballero. Estamos en el mismo bando.

Grenville le devolvió la dócil sonrisa, cautivado con la naturalidad con la que habían entablado conversación.

Además de leída, era educada. Su serenidad la señalaba como una presencia extraña en un pueblo de las características de Ayton Bay, donde no había quien no se tomara excesivas confianzas; donde todo era bullicio y familiaridad. Ella no solo no era confianzuda, sino que se mostraba en todo momento tentadoramente distante.

—¿Necesita ayuda para incorporarse? —le preguntó un segundo después—. Creo que debería sacudirse la arena antes de que le cale la humedad.

El brillo de sus ojos claros lo atrajo como las sirenas a los marineros. Se habría levantado aunque hubiera sido solo para confirmar que desde otra perspectiva seguía siendo bella de una manera abrumadora, y así fue. Al mirarla desde su altura, confirmó que poseía la clase de encanto melancólico que incitaría a un hombre a permanecer de pie ante su retrato hasta que se le entumecieran las piernas. Esa simpatía que le profesaba era un regalo que no debía otorgarle a cualquiera, más un halago que una cortesía, pues se notaba en el cansancio que trataba de ocultar —pero que revelaban sus ojeras— que no estaba de ánimos para entablar conversación.

Se preguntó si, al igual que a él, algo terrible le habría sucedido esa mañana y había acudido a la playa en busca de sosiego... o si solo sería una muchacha de naturaleza triste.

Triste o no, su expresión estaba llena de matices, y a Grenville no le pasó desapercibido su asombro y el destello de placer secreto al mirarlo de arriba abajo.

Había pensado que tras un matrimonio de veinte años habría olvidado cómo avivar el interés de una mujer, y lo que era más: que él tampoco sabría encontrar belleza en otras féminas, pero a la joven le había interesado lo que acababa de ver, y el interés era mutuo.

Saberse atractivo para ella hizo que le embargara el orgullo.

—Ahora veo por qué le ha gustado usted al Señor Zarpas, caballero.

Su comentario le arrancó una sonrisa salaz.

—¿Ah, sí? ¿Lo ve?

La muchacha de percató de lo que había dado a entender y, ruborizada pero no mortificada, rectificó en tono firme:

—Es por el olor, caballero. Ha estado usted en contacto con algún tipo de dulce. De hecho, aún le quedan restos de pasta en la chaqueta.

Como si fuera una esposa atenta a las necesidades de su hombre, se adelantó para sacudirle las migajas de la chaqueta. Dio el paso atrás tal y como lo había dado hacia delante, con toda naturalidad, cuando Grenville se había sorprendido suspendiendo el aliento.

—Es posible que haya picado algo durante el viaje.

—Entonces es usted un forastero. ¿Está de paso o viene para quedarse?

—En principio mi estadía es temporal, pero ya veo que el pueblo cuenta con unos cuantos atractivos que incentivarían a cualquiera a prorrogar su estancia.

La joven sobreentendió en sus palabras un flirteo que Grenville no había elaborado adrede, pero del que no se arrepintió. Ella no se mostró cohibida, más bien cautelosa, como si acabara de darse cuenta de que estaba ante un rival frente al que no podía mostrar debilidad.

—Seguro que Londres cuenta con otros muchos atractivos que asimismo le incentivarían a regresar.

Grenville ocultó una sonrisa. No podía ofenderse porque hubiera rechazado su cumplido; no cuando se había valido de una sutileza impecable.

—¿Cómo sabe que vengo de la capital?

—Tiene usted acento aristocrático, y creo que las sesiones parlamentarias no se dieron por concluidas hasta la tarde de anteayer.

—Entonces debe saber también quién soy.

—Hay toda una legión de aldeanos esperando para hacerle la corte, excelencia.

Grenville se la quedó mirando con curiosidad.

—Es una suerte que no esperara sembrar agitación o recibir reverencias. De lo contrario, me habría ofendido su falta de admiración ante el descubrimiento, señorita.

—Me temo que descubrí la institución del ducado mucho antes de tropezarme con usted, así que he tenido tiempo para hacerme inmune a la fascinación. No dude que es un honor conocerle, excelencia —cabeceó, agachando también la cabeza con humildad—, pero también he de decirle que me suscita usted más compasión que otra cosa.

Grenville temió que las habladurías de la capital hubieran llegado hasta allí.

—¿Compasión?

—Si viene huyendo de las alcahuetas de Londres, en Ayton Bay le van a perseguir con el mismo ahínco, solo que sin disimulo. La desesperación de nuestras solteras no puede equipararse a la de las jovencitas preparadas para competir en Almack’s.

—Usted no parece desesperada en lo absoluto.

Había sido un comentario arriesgado, pero celebró que no se ofendiera y le dejara confirmar que había algo oscuro detrás de sus dedos desnudos.

—Quizá porque no estoy del todo soltera.

Grenville levantó las cejas, intrigado. Se planteó interrogarla allí mismo, pero al final se decantó por un escueto:

—Lamento oír eso.

Ella sonrió educadamente, tan lejos de sentirse halagada que Grenville se quedó desconcertado y al mismo tiempo maravillado por su lealtad hacia el afortunado sujeto. Le sobraban las dos manos para contar los maridos y las esposas que no caían en el flirteo o en algo menos inocente, como la infidelidad.

—Si no tiene inconveniente, seguiré mi paseo. Vamos, Señor Zarpas.

La joven le dirigió un respetuoso gesto de cabeza. Las solapas del libro crujieron en cuanto retomó la lectura.

Grenville no le perdió la pista en sus primeros pasos en dirección al otro extremo de la cala. La delicada lentitud de sus movimientos le había sumido en un trance de irrealidad. Esa serenidad propia de monjes con la que la muchacha se desenvolvía, esa devastadora melancolía que la protegía, llegando a emborronar su imagen como si de un recuerdo lejano se tratara, le convencieron por un instante de que era la personificación de un sueño. Uno del que odiaría

despertar.

Aturdido por la necesidad de confirmar que existía, la detuvo.

—No me ha dicho su nombre, señorita.

Ella se giró para mirarlo con una media sonrisa.

—Extraoficialmente puede llamarme Heather Auckland.

—¿Y oficialmente?

—Oficialmente tendrá que preguntármelo de nuevo. Esta casualidad podría habernos puesto en una situación comprometida. No deberá hablar de ello.

«Una bella casualidad», pensó él.

—Puede contar con mi discreción.

Heather asintió mientras se retiraba un mechón de pelo. Era rubia, pero qué importaba que fuese rubia. Tenía los ojos del mismo azul desvaído que el cielo nuboso, pero qué relevancia tenía eso. Recordar a una mujer como aquella por el puñado de rasgos mortales que la harían bonita mientras durase su juventud habría sido un crimen. No le importaba su atractivo aplastante, sino su encanto sustancial; la esencia que la diferenciaba del resto.

A las mujeres como Heather se las recordaba por la sensación, y Grenville se sintió igual que si hubiera recibido la caricia distraída de Dios.

Capítulo 4

—Está muy distraído —comentó Reddie, mirando a su padre con sospecha. Caminaba a su lado con una mano metida en la exquisita chaqueta de terciopelo, escogida por su ayudante de cámara para anunciar por todo lo alto su llegada al pueblo—, y, lo que es más insólito, no ha vuelto a oponerse a la verbena de esta noche. ¿Puedo preguntar qué mosca le ha picado?

—Supongo que, cuando el enemigo es más grande que uno, conviene unirse a él.

—Me halaga que me crea capaz de doblegar su fuerza, padre.

—Te veo capaz de doblegar la fuerza de Goliat.

Reddie aceptó el cumplido con un asentimiento distante, pero era imposible engañar al maestro. El muchacho sabía que su padre acababa de regalarle una verdad a medias. Sí, una de las temibles virtudes de su hijo era la persuasión, pero no había dado su brazo a torcer por ningún motivo diferente de la expectativa de coincidir con Heather Auckland.

Había pasado toda la tarde doblado sobre el escritorio, revisando los cuadernos de cuentas que el señor Pierce había tenido la gentileza de dejar atrás. Entre suspiros y maldiciones que Reddie, fiel compañero y ayuda inestimable, no había juzgado, Grenville había permitido que su mente virase a imágenes más agradables que la del ladrón. Se había sorprendido abstraído por momentos, reproduciendo detalles de la joven en los que no se fijó a priori.

El mechón rubio que el viento había mecido caprichosamente, la estrecha cinturilla de muñeca que podría haber abrazado con un solo brazo, la actitud distante y a la vez amable con la que lo había despachado de modo que no pudiera sentirse insultado...

Su personalidad le intrigaba, y, dispuesto a desentrañarla, se había prestado al fin a asistir a la verbena.

La posibilidad de encontrársela lo llenaba de una inesperada emoción. Solo podía recordar una ocasión en la que le había sucedido algo parecido con una mujer: el amor lo arrastró inexorablemente a sus dominios delirantes cuando vio a su esposa por primera vez.

Pero en este caso era distinto.

No era una cuestión de amor, y a Dios daba gracias, sino de curiosidad.

La verbena se celebraba donde era costumbre, en el granero que el señor Harrow prestaba una vez al año con motivo del solsticio de verano. Las afanosas mujeres de Ayton Bay, entre otras jóvenes voluntarias, se encargaban de trasladar las cargas de paja a un cobertizo cercano y limpiar en profundidad para colgar sus modestas pero hermosas guirnaldas, repartir los asientos entre el público y sacar brillo a los candelabros cuya luz confería al espacio una agradable calidez.

Todas las solteras de Ayton Bay debían reivindicar su condición civil vistiéndose como las vestales romanas, como era tradición en la fiesta de la primavera que, no muy lejos de allí, lord Norbert Bellamy, conde de Clarence, organizaba en su propiedad, Beltown Manor.

Cuando tras un agradable paseo de reconocimiento se plantaron a las puertas de madera del granero, Grenville se vio invadido por la misma amargura que lo había acompañado en previos eventos.

En los últimos meses, una aparición pública le había supuesto, además de un esfuerzo emocional sobrehumano, una soberana irritación. En Londres lo habían recibido con miradas

compasivas por su condición de viudo... y de algo aún peor. Los cuchicheos se iban apagando a su paso por las fiestas, pero eran muchos los que se acercaban para hurgar en la herida con su infame curiosidad.

Grenville había huido de todo eso hasta que las aguas se calmaran. Pero en cuanto los aldeanos reconocieron sus modales cosmopolitas y se enderezaron como soldados antes de atacar, preparados para ganarse su respeto a toda costa, su calma se disolvió.

—Voy a hacértelas pagar —le espetó a Reddie, que posaba su mirada en cada uno de los presentes con una sonrisa entusiasta.

—Es justo y necesario —contestó con voz de ultratumba. Después le dio una palmada en el brazo a su padre y lo abandonó a su suerte dirigiéndose a la mesa de los refrigerios.

Como había cabido esperar tratándose de la novedad, en su camino lo detuvieron al menos tres chismosos a los que Reddie dio conversación con su brío habitual.

Grenville no se tomó tan bien el interés general y estuvo a punto de darse la vuelta. De un tiempo a esa parte, parecía que se le hubieran olvidado las habilidades sociales que cultivó antes de presentarse en sociedad y por las que en su día fue alabado.

Creyó que nadie se compadecería de su incomodidad, pero había subestimado las bondades de la gente. Una mujer regordeta y arrebolada por el esfuerzo de trotar de un lado para otro, se apresuró a darle la bienvenida con unos ojos que parecían dos luceros.

—¡Excelencia! —Lo tomó de la mano en un gesto cercano que no supo si le desagradó o agradeció—. ¡Cuánto tiempo sin verle! No creo que se acuerde de mí. Soy la esposa del doctor Tonks, que hace ya unos cuantos años valoró la salud de su esposa, Dios la tenga en su gloria... —Se hizo cruces con rapidez—. Lo visitamos un día después para asegurarnos de que lady Sunningdale se encontraba mejor. No se apure si no me recuerda. Han pasado largos años, y yo ya no soy la que era... —Dio una palmadita en su mano, que descansaba, inerte, entre las más cálidas de la señora Tonks—. Sepa que le acompaño en el sentimiento. Sé lo que es perder a un ser amado. Mi marido nos dejó hará ya un lustro. La escarlatina, que no perdona... ¡Pero no hablemos de cosas tan deprimentes! ¡Estamos en una fiesta, y, ante todo, queremos que se sienta bienvenido!

Grenville por fin dio vida a su mano para estrechar un instante la de la señora Tonks. La retiró de inmediato y le sonrió con agradecimiento. La alegría de la mujer era genuina, y a juzgar por cómo lo miraba, no debía conocer las circunstancias que rodearon la muerte de su esposa.

—Por supuesto que la recuerdo, señora Tonks. Era usted una mujer llena de energía, como sigue siéndolo ahora. Gracias por invitarme a su...

Perdió el habla al localizar una figura femenina junto a la mesita de refrigerios. Sin el marco de la playa nublada, y esta vez coloreada por la calidez del ambiente, Heather parecía otra mujer. También porque lo estudiaba de lejos mientras se abanicaba despacio, meditando si sería el momento apropiado para acercarse.

La señora Tonks se dio cuenta de que se había quedado en blanco y siguió la trayectoria de su mirada.

—¡Oh! Ya veo que le ha llamado la atención la señorita Auckland.

—No es eso. Solo acabo de recordar que es la primera persona que vi apenas llegué a Ayton Bay. Coincidimos en la playa esta mañana. Ambos necesitábamos aclararnos las ideas con un paseo.

—¿En la playa? ¿Esta mañana? —se extrañó la señora Tonks—. Creo recordar que, por ser día de mercado, se lo pasó regateando con los tenderos ambulantes...

Grenville ni siquiera la escuchó. Se deshizo educadamente de la viuda y de todos aquellos que

querían saludarle para llegar cuanto antes a Heather. Ella lo estudiaba con expresión calculadora, como si quisiera anticiparse a su comportamiento para saber el modo de proceder.

Apenas Grenville llegó a su altura, Heather lo recibió con una torpe reverencia que le hizo ahogar una sonrisa perversa. Esa mañana no se había mostrado tan nerviosa, lo que solo quería decir que conocerlo le había causado una fuerte impresión.

—Tenía la esperanza de cruzarme con usted esta noche, señorita Auckland.

Un destello de sorpresa hizo brillar sus ojos. Sin el influjo del cielo encapotado, perdían el toque desvaído y se concentraba en ellos el intenso azul de las marismas.

Parecía que la noche la hiciera cobrar vida.

—No me diga, excelencia. Esa es una casualidad que merece celebrarse, porque yo esperaba lo mismo. —Le tendió la mano sin guante con actitud coqueta, un movimiento atrevido que lo descolocó. No obstante, era lo que procedía en público, así que se inclinó sobre ella sin llegar a rozarle los nudillos con los labios—. ¿Encuentra la verbena de su gusto?

«Ahora sí».

—Tenía mis dudas sobre hacer una aparición pública nada más llegar, pero veo que ha merecido la pena. ¿Le acompaña alguien? ¿El Señor Zarpas, tal vez?

Ella pestañeó un segundo, como si no entendiera su pregunta.

—A ese perro estúpido del Señor Zarpas no le gustan las aglomeraciones, me temo... Ni nada que no sean las sobras del estofado —soltó con un desdén incomprensible. Habría jurado que adoraba a su mascota—. Ya veo que está usted muy bien informado de lo que acontece en el pueblo y quienes viven en él, incluidos los animales. ¡Casi tan bien como nosotros nos informamos sobre usted!

Su respuesta le incomodó.

¿Le habría dado tiempo a descubrir a lo largo de la tarde cuáles eran los rumores que corrían por Londres? Explicaría el repentino aunque sutil cambio de actitud hacia él. No le hablaba de forma escueta, con la mínima simpatía, sino con el desparpajo de quien siente que ya conoce los secretos de quien tiene delante.

Incluso de quien no los respeta.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que sabe de mí?

—Sé que perdió a su esposa, algo que solo puedo lamentar hasta cierto punto. Le doy el pésame, pero no el más sentido, o estaría vulnerando el octavo mandamiento.

—Esa es la forma más original en que me han dado las condolencias —acotó Grenville, contrariado. No era el mayor de los admiradores de la difunta duquesa, pero le resultó intolerable que no se doblara de dolor por su pérdida o, al menos, lo fingiera.

Viendo la sonrisa de oreja a oreja que esbozó, Heather había interpretado su respuesta como un cumplido.

La creía más avispada, pensó él; como mínimo capaz de entender el subtexto de las oraciones.

—«Original» es uno de los pocos adjetivos positivos que la gente me atribuye.

—¿Cuáles serían los negativos?

—Se dice de mí que soy un tanto sinvergüenza. Y creo que es cierto —agregó, acercándose a él y hablándole en voz baja—, porque, si me frenaran los reparos, no podría confesarle que espero que me saque a bailar.

Grenville se tomó unos segundos para pensar la respuesta, confundido con su descaro. No le habría atribuido el defecto de «sinvergüenza» a primera vista, pero parecía que la señorita Auckland desplegaba una actitud muy distinta bajo el influjo de la luna llena.

No podía reprochárselo, se dijo, convencido de que estaba siendo muy duro con ella. Él

mismo solía mostrar una cara más social, a veces bravucona, cuando salía de correrías.

Le tendió la mano en una invitación silenciosa que ella aceptó como si llevara toda la vida preparándose para ese momento. Su seguridad lo dejó desconcertado, pero se le olvidó en cuanto la condujo al centro de la pista y tuvo delante su rostro perfecto.

—Está usted radiante, señorita Auckland —dijo de corazón.

—Usted tampoco está nada mal. —Apoyó las manos sobre sus hombros sin dudarlo. Siendo justo con la verdad, más bien se aferró a su cuerpo con ansia, una disposición que se le antojó invasiva—. De hecho, es usted más atractivo de lo que habría imaginado cuando me contaron que nos honraría con su visita.

Su desahogo volvió a incomodarle.

Esa mañana había sido discreta al extremo, incluso en las miradas que le dirigía, para que no se llevara la impresión equivocada. ¿Qué había sido de la mujer serena y distante que había despertado su interés y admiración? Grenville había pasado todo el día fantaseando con un acercamiento, sí, pero no tan brusco, y, desde luego, no propiciado por ella, sino por él. Y solo cuando se sintiera preparado para aceptar la proximidad de una mujer distinta de su esposa.

—No me diga. ¿Ya pensaba en mis encantos antes de conocerme?

—Dichos encantos le preceden. La aparición de un hombre atractivo, soltero y rico giraría la cabeza a cualquier jovencita en edad de amar.

La contrariedad frunció el ceño de Grenville.

—Desde luego que se merece usted el adjetivo de original. Debe de ser la primera mujer que describe a un caballero como si fuera ganado.

—Es una tendencia que se estila entre los hombres a la hora de hablar de las jóvenes, ¿me equivoco? ¿Por qué no iba a hacer yo lo mismo?

Aunque la respuesta defensiva no le gustó, más por el modo de entonarla que porque le faltara razón, Grenville se relajó. Durante su primer encuentro, Heather había hecho un comentario con una tendencia crítica similar sobre la tendencia deshumanizadora de los hombres hacia las mujeres.

La familiaridad de su conversación lo esperanzó.

—Creo que con independencia del género de quien se hable, es grosero inventariar las virtudes que validan a un individuo como quien lista sus futuras compras.

—Pero el matrimonio es una compra, ¿no cree, excelencia? Cuanto antes se ponga sobre la mesa lo que uno puede recibir a cambio de la mano del prometido, mejor.

—No sé si estoy entendiendo a dónde quiere llegar, señorita. Pensaba que usted ya estaba comprometida.

—¿Comprometida? —se rio a carcajadas, llegando a acallar algunas de las conversaciones más cercanas. Le desagradó que atrajera la atención haciéndose notar de un modo tan obsceno—. ¿Qué le ha dado a pensar tal cosa?

—Un comentario que hizo esta mañana, en la playa.

Ella tropezó al incorporarse a la danza. Lo miró de hito en hito hasta que un destello de reconocimiento iluminó sus ojos, pero no le hizo partícipe de la conclusión a la que quiera que hubiese llegado.

—Bueno..., lo cierto es que sí que estuve comprometida una vez, pero la guerra se llevó a mi prometido y no tengo la menor esperanza de que regrese sano y salvo.

Grenville pestañeó una sola vez, invadido por el bochorno de haber sacado a colación un asunto doloroso. Él, entre todos los hombres, sabía cómo se sentía que hurgaran en la herida.

—No sabe cuánto lamento oír eso.

Ella aireó la mano como si no tuviera ninguna importancia.

—Son muchas las vidas que se han perdido en la batalla contra Napoleón. La del capitán Bishop no valía más que las demás, y, a decir verdad, no era como si lo amara, ¿sabe?

De nuevo, su actitud despreocupada lo desorientó y su falta de tacto le produjo rechazo. No obstante, no podía quedarse en silencio, y una parte de él esperaba que en algún momento regresara la elegancia y la discreción que lo habían maravillado esa mañana.

—Entonces..., ¿por qué se prometió?

—No llegué a prometerme. Ya ve que no llevo ninguna clase de anillo. Solo le dije que le aguardaría su regreso, pero entenderá que una mujer no pueda esperar eternamente por un hombre que ni siquiera le escribe ya. Lo más posible es que haya muerto en combate y nadie se tomara la molestia de avisarme porque no le habló de mí ni a sus compañeros.

Al tiempo que horrorizado por la íntima confesión, Grenville no pudo evitar sentirse atraído por la rabia que trataba de disimular al relatar la historia. No lo amaba, eso seguro, pero debió haberlo amado o, de lo contrario, la indiferencia del capitán no la habría afectado.

—Lo siento, aun así.

—No lo sienta por mi orgullo herido, excelencia, sino por mi situación. Tengo veintiún años, no se puede decir que sea una jovencita, y todavía no estoy casada. Hasta hace poco estaba convencida de que sin un milagro me quedaría para vestir santos, pero ahora... —Lo miró con intención—. Espero que esto cambie pronto.

Grenville esquivó su mirada ambiciosa, víctima de una decepción que ya no podía seguir obviando. Se había deshecho de la incomodidad inicial hacía un buen rato. Ahora, sobre la incomprensión, prevalecía el desprecio hacia su vulgaridad, su insolencia. Pero no podía romper el abrazo en pleno baile para retirarse a lamentarse por el grave error que había cometido al creerla interesante. No le quedó otro remedio que tirar del hilo de la conversación para consolidar definitivamente su desencanto.

—Supongo que ya tiene a alguien en mente.

—Por supuesto. Y usted también debe tenerlo, porque no ha parecido que nada pudiera detenerle al verme por aquí.

—Esperaba encontrar refugio en un rostro familiar —admitió con tristeza. «Y también el alivio de que, por una vez, no se me insinuaran sin escrúpulo alguno», habría añadido.

—Podría ser más familiar de lo que ya lo soy ahora. ¿No ha pensado en volver a casarse?

Grenville dejó de intentar ocultar su desaprobación y la enfrentó con clara molestia. Ella no quiso darse cuenta, o tal vez estuviera tan sumida en su ensoñación matrimonial —y unilateral— que no se percató.

—Lo cierto es que no, señorita Auckland —cortó de raíz con frialdad—. Ya he disfrutado de veinte años de matrimonio, así que podría decirse que cumplí con mi parte en ese aspecto.

—¿Y qué hará durante los años que le queden? ¿No le afecta la soledad, acaso? Las esposas son más útiles para los aristócratas cuando ya no tienen responsabilidades. Hacen la necesaria compañía.

—Tal vez —repuso con aspereza—. Por desgracia, no todas las compañías son deseables.

Aflojó el agarre de su cintura, intentando hacerle llegar el mensaje.

Ella le respondió hundiendo más los dedos en sus hombros, como un buitre se aferraba a su presa.

—Sería cuestión de encontrar a una mujer que sí se le hiciera grata.

—Por ahora no he conocido a nadie especialmente interesante.

—Pues debería abrir bien los ojos antes de que, por negligencia o despiste, se le escape

alguien digno.

—Tengo los ojos bien abiertos, señorita Auckland. Al menos ahora. Parece que esta mañana, sin embargo, la niebla me empañó la visión y me hizo ver gloria donde no la había.

Heather se carcajeó de nuevo de ese modo que le hacía torcer el gesto.

No se parecía en nada a la risa tenue que le había regalado en la playa, una exhalación encantadora que le dejó lamentando no ser más ocurrente, más carismático, para atribuirse el orgullo de haberla hecho reír de verdad.

Ese había sido su pecado: desear encontrarse de nuevo con ella para indagar en su fachada para luego toparse con mucho más de lo que le habría gustado conocer.

Por fortuna, la música tocó a su fin y pudo desembarazarse de ella antes de que lo decepcionara de forma irreversible.

Grenville lo había visto todo en Londres. Siendo un muchacho soltero —e incluso estando ya casado— se habían abalanzado sobre él de formas que no podría verbalizar sin echar por tierra el honor de las atrevidas, pero la intención calculadora de Heather le parecía particularmente insultante.

Ella misma se lo había advertido esa mañana, sin embargo. En el pueblo, las solteras no se andaban con miramientos.

—¿Me acompañaría fuera a tomar un poco de aire fresco? —le preguntó Heather.

—No he pasado en la fiesta el rato de rigor antes de poder permitirme una desaparición.

—Es usted el duque de Sunningdale, excelencia. No hay nada que no pueda permitirse.

Fue a replicar con el mayor tacto posible, pero Heather lo agarró del brazo y lo condujo a la salida sin darle tiempo a plantarse. Habría clavado los talones en el suelo si eso le hubiera garantizado algo más aparte de una situación incómoda; por desgracia, sospechaba que disuadir a Heather de los que quiera que fuesen sus objetivos —Grenville empezaba a temerlos más que desaprobarlos— requeriría una intervención militar.

Pese a todo, agradeció la brisa fresca. Le ayudó a templar el calor de la indignación que le había subido por el estómago con su vulgar procacidad.

El manto de la noche había caído sobre el pueblo con todo el peso de su silencio. La verbena era el único punto de luz en varias millas a la redonda. Solo se oía el eco lejano de la música y las conversaciones distendidas, el canto de los grillos y el susurro del río que, ajeno a las cuitas de los mortales, discurría serenamente bajo sus pies.

Ladeó la cabeza hacia Heather. Esta ya lo estaba mirando con ese brillo peligroso que le sonaba familiar de sus experiencias pasadas y que por eso mismo sabía que convenía temer.

—¿Le incomodo, excelencia?

—Me confunde —reconoció con humildad, ahora que se encontraban a solas—. Al conocerla en una primera instancia no pensé que sería tan incisiva en según qué cuestiones.

Heather lo encaró con seguridad.

—¿No cree que es ridículo andarse con paños calientes cuando uno tiene claro lo que quiere?

—Creo que es sabio pensar dos veces lo que se va a decir antes de soltarlo sin más, aunque sea para evitar malentendidos o herir los sentimientos del interlocutor. Y creo que también es prudente cerciorarse de que el otro comparte su interés o corresponde sus afectos antes de expresar abiertamente determinadas intenciones.

Heather esbozó una sonrisa condescendiente.

—Me enternece su timidez, pero no tiene por qué temer esas intenciones mías que menciona. Aquellos que vamos de frente nunca apuñalamos por la espalda. Eso debería ser un consuelo para usted.

Ella no podía saberlo porque se había pronunciado sin la pretensión de aconsejar o recordarle un amargo pasado, pero su agudeza le caló hondo. Sin duda, ese sería un consuelo para cualquier hombre que hubiera sufrido una traición tan rastrera como la que a él aún le escocía. Se enfrascó en el triste recuerdo de aquello en lo que el dolor le había convertido, un hombre callado y sin pasión del que no se enorgullecía, sin darse cuenta de que Heather se acercaba.

Lo devolvió a la realidad apoyando las manos en su pecho.

—Señorita Auckland... —empezó él con la intención de tomarla de las muñecas y retirárselas. Pero había quedado a su merced, aunque de pronto su belleza no despertara nada en él; aunque su encanto se hubiera desvanecido con la bruma de la playa.

Había sido un sueño, después de todo.

—No sea mojigato. Sé que me desea, y estoy segura de que en la intimidad no es usted tan correcto como ha hecho ver ahí dentro.

Grenville puso los ojos como platos. En toda su vida, ni una sola mujer, ni siquiera las cortesanas, le había hablado con tamaño desparpajo.

—¿Qué está usted diciendo?

No estaba diciendo nada, porque Heather demostró ser una mujer de acción al ponerse de puntillas y estampar los labios contra los de él.

Grenville se quedó helado.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿En qué momento había dado pie a semejante situación?

¿Acaso ninguna mujer en el mundo era, en realidad, lo que decía ser?

Este último pensamiento, vinculado con el persistente pensamiento de su matrimonio fracasado, hizo que le hirviera la sangre.

No demostró ningún cuidado al apartarla con mano firme.

Heather lo miró con los ojos fuera de órbitas.

Más se le saldrían al escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Quién se ha creído que es, señorita Auckland? —bramó, colmada ya la paciencia. Estalló del todo al comprobar que la joven aún tendría el valor de indignarse por el trato dispensado—. Veo que la desfachatez que demuestra es solo una forma vulgar de clamar a los cuatro vientos que carece de la perspicacia para entender a los que no le hablan con claridad, así que permítame ser franco con usted. No he venido a Ayton Bay a buscar esposa, pero, aunque lo hubiese hecho, ni en mil vidas escogería a una mujer grosera y de tan fácil acceso. Entiendo que no la han educado para embaucar a un hombre como es costumbre en Londres, de una forma sutil e inteligente, pero eso no me hará perdonar su libertinaje. Y lo que es más: ya que le gusta la sinceridad, se presente como se presente, deje que le advierta que no encontrará marido si continúa conduciéndose como una fulana del tres al cuarto.

No le extrañó que Heather, sobrepasada por las palabras más crudas que le habían dedicado en su vida, le asestara una bofetada que le giró la cara.

Lejos de molestarse, celebró que actuara por fin con dignidad.

Ninguno de los dos agregó nada más. La señorita Auckland regresó a la fiesta por la misma entrada por la que salió Reddie, quien, con su gran sentido de la oportunidad, había aparecido en el momento justo.

El joven abrió la boca para detener a la señorita Auckland de alguna manera, él sí afectado por la virulencia de las palabras de su padre, pero esta cruzó el umbral como un abanto, sin mirar atrás.

Grenville era el único a cuya razón podría apelar, pues, y así lo hizo con un suspiro resignado.

—¡Por el amor de Dios, padre! ¡Si pretendía lucirse con semejante comportamiento, debería

haberse quedado en casa! ¡Nadie le ha obligado a venir!

Capítulo 5



La sombra de Harriet sobresaltó a Heather, que hasta el momento se había creído a solas en el dormitorio. Se apresuró a doblar la carta mil veces plegada y ocultarla de la mirada censuradora de su hermana, que no se demoraría en llegar en cuanto averiguara quién era el remitente.

O eso creyó Heather, porque Harriet no había irrumpido como irrumpía siempre para curiosear en sus intimidades, sino con otro propósito no mucho más noble.

—¿Por qué no me dijiste que habías tropezado con el duque?

—¿Con el duque? —repitió Heather, aturdida. Así se quedaba cuando era arrancada de los brazos de su amante invisible. Le costaba regresar a la realidad material después de releer sus últimas líneas, de imaginarse vívidamente entre sus brazos—. ¿Qué duque?

—¿Qué duque va a ser, Heather? —Harry entró en el dormitorio con el gesto cauteloso que advertía de su intención de indagar—. No es que sea una raza abundante en este pueblo del demonio, así que solo puedo referirme a uno. Ese al que te encontraste en la playa durante la mañana de ayer, por lo poco que sé.

—Ah, el duque... Sí.

El fogonazo de reconocimiento tardó en iluminar el cajón de la memoria, pero cuando lo hizo, Heather pudo concentrarse por fin en el tema que su hermana insistía en abordar. Preveía que se trataría de una prolongación de la charla que la había horrorizado un día atrás.

Se levantó del colchón muy despacio, como si debiera tener cuidado de no espantar las intenciones de su hermana... Como si eso fuera tan sencillo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Y por qué me miras así? No seguirás pensando en tenderle una trampa matrimonial, ¿verdad?

—¿Y qué, si así fuera? —Alzó el mentón—. No es como si yo hubiera inventado el fuego. Sospecho que existe una larga dinastía de alcahuetas a la que se le debe la responsabilidad del tratamiento de la boda como una misión heterodoxa. Pero ya que lo preguntas, no sé si gracias a ti tuve anoche la oportunidad de deslumbrarlo o si, por el contrario, la pifié porque te cruzaste primero.

—¿De qué estás hablando? —Con la mayor discreción posible, deslizó la carta sobre el tocador para esconderla bajo los polvos de maquillaje—. Anoche estuve aquí.

—Lo sé. El que no creo que lo sepa es el duque, porque me confundió contigo.

Como si romper el contacto físico con las cartas de sus amores bastara para conectarla de nuevo al mundo real, Heather espabiló de pronto.

Clavó en su hermana una mirada que albergaba justos recelos.

—Conque te confundió conmigo, ¿eh? Déjame adivinar: no te molestaste en sacarle de su error.

—¡Al principio no me di cuenta de lo que sucedía! Pensaba que le había gustado nada más verme y no tenía reparo en acercarse, pero tras un rato de conversación, me di cuenta de que ya se había hecho una idea de quién era yo... y su idea y yo no nos parecíamos en absoluto.

—Algo sí nos parecemos —ironizó Heather, cruzándose de brazos—. Supongo que todo marchó sobre ruedas. No tuviste que servirte de tus malas artes para atraerlo; él fue a ti.

Harry desvió la mirada al borde de su mandil. Con él cubría sus vestidos preferidos, y no por

prudencia para evitar mancharlos, sino con la esperanza de que, añadiendo accesorios, nadie se diera cuenta de que usaba el mismo para vaciar letrinas y para eventos especiales.

Heather la siguió con la mirada hasta el desconchado sillón, sobre el que su hermana se arrojó como en un desmayo.

—¡Fue un auténtico desastre! Hice todo lo que pude para conquistarlo, pero, por lo visto, solo conseguí ofenderle. ¡No lo entiendo!

No le costó imaginar las tácticas de las que se habría valido.

Harry era un animal obtuso. Se llenaba la boca repitiendo que andarse con contemplaciones era propio de cobardes.

—A ver si lo adivino. Le insinuaste que estabas soltera y buscabas marido.

—¿Qué tendría que haberle dicho, si no? ¿Que tengo el corazón comprometido?

—No sé mucho más sobre los gustos masculinos que tú, cielo, pero en vista de que algunos hombres se toman el cortejo como un desafío abierto, no debería extrañarte que eso le hubiera atraído. De hecho, cuando me crucé con su excelencia en la playa, me dio la impresión de que le gustaba saberme... —hizo una pausa, buscando la palabra más adecuada para definir su situación — a la espera, aunque eso me hiciera inaccesible.

—Eso lo explica todo. Mencionó algo sobre tu compromiso. ¿Cómo se te ocurre decirle a un duque apuesto y rico que no estás disponible?

Pensó en contestarle lo más obvio —«Es que no estoy disponible»—, pero Harry no atendería a razones.

Se decantó por una respuesta burlona.

—La cautela me pidió que desconfiara de su atractivo y riqueza. Detrás de las grandes virtudes se esconden los peores defectos.

—Desde luego. Puedo enumerarte unos cuantos de los que adolece su excelencia.

El repentino enfurruñamiento de Harry suscitó su curiosidad.

—¿De veras? Yo no diría que al duque se le puedan detectar defectos imperdonables en un primer encuentro —meditó, tomando asiento junto al tocador. Evocó el interés chispeante en sus ojos verdes, su pose dejada pese a tratarse de una eminencia. Unas inoportunas cosquillas se hicieron con el control de su vientre—. Me pareció un hombre taciturno, si es que eso es negativo, pero nada de lo que espantarse.

—¿Taciturno? Querrás decir aburrido —bufó Harry, cruzándose de brazos—. Se tuvo que levantar con el pie izquierdo de la siesta, porque lo que se presentó en la verbena fue un energúmeno sin sentido del humor.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. Si no te gusta, podemos olvidar tus planes maquiavélicos.

Harry se mostró confundida.

—¿Quién ha dicho nada de renunciar a mis planes futuros? Solo digo que no es un hombre de mi gusto, no que haya dejado de interesarme para el matrimonio. Me casaría con un viejo gordo y maloliente si me prometiera llevarme a Londres.

—Entonces quizá bailaras con el hombre equivocado, porque su excelencia no responde a esos adjetivos. ¿No ha traído el duque a ningún criado de la capital que se ajuste más a tu tipo en edad y complexión? —ironizó—. ¿Un cochero? ¿Un ayuda de cámara...?

—¡Tiene que ser el duque! No es que aspire a la máxima grandeza, pero si puedo casarme con un hombre con buena posición económica, no voy a anteponer a un criado. Aunque no dudo que su excelencia me considera una novia más adecuada para la clase baja —apostilló con sarcasmo.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Heather, alarmada—. ¿Acaso te insultó?

—A mí no, Heather. A ti, que eres a la que conoce. Y con todas las letras. Dijo, y esto no es una exageración de las mías, que «no encontrarás marido conduciéndote como una fulana del tres al cuarto».

La violencia de la cita textual incorporó a Heather como un resorte.

—¡¿Cómo?! ¿Qué se supone que hiciste para que te dijera tal cosa?

—¿Ahora tengo yo la culpa de que se me insulte? ¡Esto es el acabose!

—¡Harriet!

Su hermana cedió antes de lo previsto.

—Yo...

Elevó la mirada con esa ingenuidad de pega que anticipaba una confesión capaz de ruborizar a un jurado.

—Harriet —insistió, obligándose a respirar hondo—, ¿qué hiciste en mi nombre?

Jugueteó con el borde de su mandil antes de empezar, en tono inocente:

—Puede que, al ver que mis esfuerzos no bastaban, yo... intentara besarle.

—¿Que intentaste qué? —La indignación prendió sus mejillas—. ¡Harriet! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—¡Es la forma de seducción más antigua del mundo! —rezongó en tono infantil—. Pensé que, si salía alguien y nos encontraba en una situación comprometida, se vería en la tesitura de hacerme la propuesta...

—¡Como si a los duques les importara un bledo la honra de las doncellas!

—.. Además de que fue bastante notable que se sentía atraído hacia ti —continuó, ignorando la queja de Heather.

—Hacia mí —repitió, aturdida—, porque ni siquiera después de ese percance se te ocurrió presentarte como mi hermana Harriet. Dejaste que se fuera de allí pensando que soy una descarada, ¿no?

—¡Iba a decírselo! Pero entonces me dedicó esas palabras tan amables —escupió con rencor — y no me quedó otro remedio que salir de allí a tumba abierta antes de que la situación fuera irreversible. Aunque no dudo que revertirla sea complicado...

—¡Pues claro que lo será! ¡Le abordaste sin contemplaciones y en contra de su voluntad!

—No lo digo por el beso —corrigió Harry, mirándola de hito en hito—, sino por la bofetada.

Toda la sangre que hasta el momento había dado color a sus mejillas se disolvió. Heather se quedó observando el origen de sus últimos males como una estatua de sal, tratando de procesar la información al tiempo que reconstruir los hechos.

Con lo inexperta que era Harry en el terreno amoroso, no le costó imaginarla caricaturizándose en el proceso de replicar la actitud de una flamante cortesana: se habría abanicado en la distancia para atraer al caballero, luego habría dejando a un lado la elegante técnica de la insinuación para poco más que ofrecerse en bandeja mediante sincericidio y, por último, se habría abalanzado sobre él con desesperación.

No se le hizo inconcebible que Harriet hubiera reaccionado al espanto de su excelencia como el animal de establo que era propinándole una desafortunada coz. Lo raro, en todo caso, era que se hubiera decantado por una bofetada y no una patada en las vergüenzas.

Visto así, tendría que dar las gracias por el bofetón.

—No me lo puedo creer. —Heather se cubrió la cara con las manos—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¡Ayton Bay es un pueblo minúsculo! ¡Para esta tarde, ya se habrá corrido la voz de que Heather Auckland, que todos saben que está comprometida, se echó a los brazos del duque a la menor oportunidad y obtuvo un rechazo de justicia por impertinente! ¿No se te ocurrió pensar

en las consecuencias que eso me traería? ¿En cómo se sentiría Nigel si llegara esto a sus oídos?

El gesto mortificado de Harry mutó en una mueca sombría.

—¿Cómo demonios va a llegar esto a los oídos de Bishop? La voz se corre rápido, pero no cubre largas distancias como la que hay de aquí a Francia... o como la que hay entre el mundo de los hombres y el reino de los cielos, si es que fue a parar allí y no al infierno —masculló por lo bajini.

Heather oyó su desafortunado comentario con la mala suerte de que agotó su paciencia.

—Ni se te ocurra tontear con esa posibilidad, y ni mucho menos jugar con la vida de un hombre con tal desahogo —le advirtió con el dedo en alto.

Pero la pequeña, en lugar de ceder en asuntos tan delicados, se aferraba a su obstinación.

—Por desgracia, Heather, aún no se puede matar con la palabra, y alguien aquí tiene que «tontear con esa posibilidad», una muy factible teniendo en cuenta que no sabes nada de él desde hace años y no se fue a hacer fortuna al Nuevo Mundo. Se fue a combatir las tropas napoleónicas. En campo abierto, los soldados caen como chinches.

Si hubiera sido tan solo unos años más joven, Heather se habría cubierto los oídos y habría empezado a canturrear para bloquear el sonido sin miedo a que la juzgara. Tuvo que permanecer donde estaba, recia como un roble, y fingir que toleraba con estoicismo la exposición del peor escenario imaginable.

—¿Esa es tu defensa? ¿«Suplanté tu identidad porque, como tu prometido está muerto, el ridículo que pueda hacer usando tu nombre no incomodará a nadie»?

—Si esa fuera mi defensa, no diría «tu prometido», puesto que promesas te hizo las justas y ninguna de ellas sobrevive al tiempo. Ni tampoco a la muerte.

—¡Ya basta, Harry!

Harriet se puso en pie impulsada por la rabia.

—¡No! ¡A la que ya debería bastarle es a ti! ¡Ya basta de dedicar años a llorar al pie de la ventana! Me he hecho pasar por ti y te he ridiculizado, ¿y todo cuanto te preocupa es cómo va a afectarle a alguien que te abandonó? ¿Por qué parece que no te importe tu integridad si los daños no repercuten en el dichoso capitán Bishop?

—¡Claro que me importa mi integridad! Y, como me importa, voy a ir a Allendale Lounge, o dondequiera que se hospede tu futuro marido —ironizó, agarrando de un puñado el chal que reposaba sobre el respaldo de la silla—, y voy a explicarle qué fue lo que sucedió.

El horror desfiguró la expresión frustrada de Harriet. Intentó detener a Heather en su paso hacia la puerta, pero esta se desembarazó de su intento de bloqueo con un gesto violento.

—No, espera, ¡espera! ¿Qué le vas a decir? Heather, por favor, sea lo que sea que vayas a explicarle, no me dejes en ridículo. ¡Lo necesito y lo sabes! ¡Sabes que lo hago! —le rogó con ojos redondos—. Lo siento. Reconozco que fue rastrero por mi parte aprovecharme de que se sintió atraído por ti, pero si lo dejo marchar no sé cuánto volveré a tener la oportunidad de huir de aquí sin verme obligada a prostituirme.

Heather separó los labios para castigarla por osada y por manipuladora, pero los ojos de Harriet se habían inundado de lágrimas de pavor. No tenía tan poco corazón como para dejarla allí, sufriendo. Reduciendo el fondo de sus actos a un capricho del momento estaría traicionando la conexión de las gemelas, porque la verdad era que Heather comprendía y a veces también compartía su desesperación.

No obstante, tampoco le daría el gusto de disculparla enseguida. Se echó el chal por los hombros y salió de allí llamando al Señor Zarpas con voz firme, que acudió a su llamado en cuanto oyó los silbidos que relacionaba con el paseo de rigor.

Heather le rascó entre las orejas para desahogar parte de la irritación.

—¿Te apetece hacerle una visita a tu última víctima? —le preguntó en voz baja. El perro sacó la lengua para jadear emocionado, a lo que Heather sonrió sin demasiado entusiasmo—. Eso mismo pensaba yo.

Capítulo 6



Heather había paseado en alguna ocasión por las inmediaciones de Allendale Lounge, pero no formaba parte de esas jóvenes maravilladas por su opulencia que aprovechaban cualquier excusa para curiosear. Nunca había tenido el honor de conocer los interiores. Solo se organizaban fiestas a las que estaba invitado todo el pueblo cuando aún vivía el fallecido duque, y, entonces, ella todavía no había nacido.

Aunque su heredero no le había dado la impresión de soberbio, en el pasado debió considerar Ayton Bay demasiado pequeño para abarcar su grandeza, y de ahí sus escasos viajes a la propiedad. Si algo molestaba más a Heather que los símbolos materiales de la superioridad económica, como aquel aberrante edificio de cemento Portland que fastidiaba la vista marítima, era que luego no se amortizaran ni el gasto ni las molestias causadas al paisaje dándole el pertinente uso.

Por lo menos, las hectáreas de cultivo proporcionaban trabajo digno a la mayoría del pueblo. Esa era la única dignidad que el duque les reconocía a los aldeanos, por lo visto. A su hermana, en cambio, se la había arrebatado toda. ¿Merecidamente? Sí y no. Recibiría una disculpa porque la emboscada de Harry no debió ser agradable, pero tampoco se callaría el reproche hacia su arrogancia.

Harriet era una jovencita deslenguada, pero no tenía mal fondo. Un forastero no tenía derecho a desairarla en su pueblo o, lo que era lo mismo, en su propia casa.

Pretendía dirigirse a la mansión, en la que imaginaba al duque encargándose de los asuntos que quisiera que ocupasen el tiempo de un hombre de su categoría. Pero en el camino de gravilla se cruzó con un afanoso mozo que tuvo la gentileza de indicarle la ubicación de su excelencia. El cielo nublado no había representado para él una amenaza lo bastante preocupante como para privarse de una cabalgada.

El joven la condujo a las caballerizas, de las que en ese momento salía un orgulloso jinete a lomos del caballo más impresionante que Heather hubiera visto: un Darley Arabian de pelaje azabache a la altura de su propietario en apostura y belleza exótica.

Se sintió incómoda porque su mente la dirigiera de inmediato al atractivo del hombre, pero se consoló repitiendo que no había nada de malo en la inocente apreciación de los encantos ajenos. Unos encantos que fueron dirigidos contra ella, igual que un puñal contra la garganta, en cuanto Sunningdale se percató de su presencia.

En lugar de azuzar a la montura para acercarse, el duque enarcó una sola ceja con cierta impertinencia. Parecía preguntarle qué demonios hacía allí; cómo se había atrevido a pisar sus dominios.

Heather se tuvo que armar de paciencia para no ofenderse con su actitud y recordar que se lo habían buscado. No había sido despectivo ni maleducado en lo más remoto en su encuentro en la playa.

Se acercó tirando del Señor Zarpas, que ladró de felicidad en cuanto divisó al duque. Le gustó que su expresión tallada en granito se suavizara al reparar en el perro. Eran pocos los que mostraban simpatía hacia el Señor Zarpas, y muchos los que le temían.

Él se enderezó sobre la silla de montar. Iba vestido para la ocasión con unas botas de caña alta

y una chaqueta cruzada al pecho que realzaba la estrechez de su cintura y la anchura de unos hombros que parecían abarcar el horizonte. De no haber sido por la distinción con la que se conducía, podría haberlo tomado por un orgulloso *highlander* con la mano muy larga; un guerrero que adquiría la condición de legendario por su físico intimidante.

—Viene usted muy bien acompañada —dijo Sunningdale—, pero si ha traído al Señor Zarpas de escolta para ablandar mi corazón, sepa que, por buena estrategia que sea, no funcionará.

Heather tenía muy presente que había sido abofeteado la noche anterior, pero también las duras palabras que le había dedicado a su hermana. Llevando su bandera por delante, que izaba con la seguridad de estar defendiendo el honor femenino, respondió con serenidad.

—No tanto para ablandar su corazón como para defenderme en el caso de ser necesario.

—¿Defenderse? —Compuso una mueca despectiva que le entornó los ojos, de un brillante verde esmeralda—. Si no me falla la memoria, señorita, la agredida no fue usted.

—No físicamente, pero los daños morales, aunque invisibles, también cuentan.

—¿No le parece que yo sufriera también esos daños morales que menciona?

—¿Está seguro de que «sufrir» es la palabra adecuada para referirse a lo que ocurrió? ¿De que el hombre más rico del pueblo puede ser víctima de alguna situación? Le recuerdo que, aireando una sola mano, podría usted mandar a cualquier persona de cabeza a los infiernos del ostracismo, excelencia.

El duque se irguió aún más sobre su caballo.

Pese al relato de su hermana, Heather sostenía que no era un hombre arrogante. Dudó que su intención hubiera sido asustarla con su altura.

—Para mandarla a los infiernos del ostracismo habría bastado con que los aldeanos escucharan la vulgaridad con la que se dirigió a mí, señorita Auckland. Yo poco habría tenido que ver en la historia que habría corrido de boca en boca; como mucho se me habría mencionado como el blanco de la descortesía.

—Percibo una exagerada indignación en su tono. Permítame cuestionarla. Me cuesta pensar que un hombre pueda encontrar irritante el interés de una mujer.

—Hay muchas formas de mostrar interés, y no es que el acorralamiento me parezca menos legítimo, porque yo mismo lo he practicado en mi juventud, pero coincidirá conmigo en que ser tan obvio al expresar un interés económico no es plato de buen gusto para nadie; menos aún para un caballero que acaba de enviudar.

Era implacable, y le había molestado que se presentara en su casa con esa desfachatez.

Lo entendía.

Desde luego, no había sido intención de Heather aparecer por allí para defender a hierro lo que ella misma había condenado minutos antes, pero el impulso de proteger a su hermana era superior al sentido común. Por eso no pudo separar los labios y proclamar la existencia de Harriet Auckland; por eso y porque solo conseguiría que el duque despreciara a la pequeña por haber jugado con él antes de concederle la oportunidad que tanto ansiaba.

—Apuesto a que no soy la primera mujer que lo ha abordado para hablar de matrimonio. ¿A las jóvenes casaderas que se le insinuaron en Londres durante sus años de soltería también las condenó en un primer instante, o con ellas fue más benevolente?

—Las jóvenes casaderas de Londres habrían esperado a que se hubiera cumplido un año desde la muerte de mi esposa para hacerme saber sus intenciones, y antes habrían tenido la gentileza de transmitirme sus condolencias sin sarcasmos que valieran. —Entornó los párpados con desdén—. Pero supongo que no se pueden esperar grandes gestas de los modales rurales.

Heather no pudo ofenderse por la crudeza de su réplica. Había reconocido en su expresión el

dolor de un hombre que aún sufría el duelo.

Se arrepintió de haber ido directa a la yugular.

No se le había ocurrido que ese pudiera ser el motivo de su indignación. En la alta sociedad imperaban los matrimonios de conveniencia, y el tiempo raras veces ayudaba a cultivar el afecto. Los cónyuges vivían vidas separadas y no volvían a compartir el dormitorio una vez el heredero había sido engendrado.

A la vista estaba que él había amado a su esposa, una consideración que ella no había tenido en cuenta y que con toda seguridad no le habría importado a Harriet de haberla sabido.

—Qué comentario tan desacertado, excelencia —señaló, no obstante—. Suerte que a mí no se me ocurriría despreciar el defecto de su clasismo como usted sí se da el gusto de reprender moralmente las imperfecciones ajenas.

—Si ejerzo el clasismo es solo en respuesta a su descortesía.

—El clasismo no se ha de ejercer en ninguna circunstancia —atajó sin miramientos. Luego, con el fin de enterrar el hacha de guerra, añadió—: En realidad no he venido hasta aquí para discutir. Era mi intención disculparme por la parte que me corresponde.

—¿De veras? ¿Y cuándo piensa empezar? Porque llevamos aquí un rato y no he oído nada parecido a un «perdóneme».

«Podremos empezar cuando abandones la pose de obtuso», estuvo a punto de espetarle.

Se obligó a respirar hondo y a cuadrar los hombros. Para mirarlo tenía que entornar los ojos; aunque oculto tras una lámina de nubes, el resplandor solar de finales de junio la cegaba.

—Quizá cuando tenga la cortesía de desmontar y enfrentarme como Dios manda.

—Me parece que usted y yo cruzamos la línea de la cortesía anoche, señorita Auckland, y no precisamente para conducir nuestros caminos hacia la amistad.

—¿Y un hombre que tanto se las da de fino e instruido como usted no desandaría lo avanzado para darme una segunda oportunidad?

Él buscó inspiración para responder sosteniéndole la mirada con firmeza.

—Depende de para qué la usara. Si lo que pretende es persuadirme a la fuerza a tomar esponsales una vez más, tendré que pedirle que abandone el recinto.

Heather consiguió descolocarlo con una sonrisa serena.

—Excelencia, no puede tomar en serio lo que sale de los labios de una mujer que no está en plena posesión de sus facultades. En la verbena de anoche se celebraba el solsticio de verano y hasta las solteras tienen permiso para beber algo más que una copa de vino rebajado con agua.

Su respuesta lo desproveyó un momento de argumentos. Luego regresó el recelo.

—No me dio usted la impresión de estar afectada por el alcohol.

—¿Ah, no? ¿Me conoce una mañana como una joven sensata y, al insinuarme por la noche, no se le ocurre que pueda estar bajo la influencia de la bebida?

—Sé que lo habitual es dar por hecho que una persona es o bien sensata o bien imprudente, pero he conocido mujeres que aunaban en un solo ser naturalezas opuestas. Después de lo que demostró, se confirma que es usted de las que tienen un carácter voluble o, como mínimo, contradictorio.

—Y usted tiene un carácter que no transige, además de sañudo, soberbio y condescendiente de tan aleccionador, pero ninguno de los dos está participando en esta conversación con el deseo de cambiar al otro, ¿verdad? Sobre todo usted, que lo único que quiere es seguir desahogando sus frustraciones personales acusándome una y otra vez de aquello por lo que ya me he justificado y disculpado.

Un destello de asombro, más grato que ofendido, iluminó el verdor de sus ojos desde dentro.

Quizá se hubiera equivocado al tomarlo por soberbio, porque no le había escandalizado la enumeración de sus defectos; con su silencio, aunque impregnado de la molestia que ya estaba ahí antes, manifestó involuntariamente que no se oponía a que le pusieran en su sitio si lo merecía.

Había olvidado señalar su orgullo, se dijo Heather, exasperada, al oírle responder:

—Yo no he oído la disculpa.

—Excelencia —retomó con cansancio, entrelazando las manos en el regazo—, coincido en que todos mostramos distintas facetas según la situación en la que nos encontramos, pero si mi propósito real fuera seducirle, ¿no me habría resultado más sencillo hacerlo cuando coincidimos en la playa, un momento en el que gozábamos de cierta intimidad, en lugar de esperar a abordarlo en público?

—Es lo que habría hecho una mujer inteligente, sí, pero no me sobran los argumentos a su favor para describirla como tal.

Heather no contestó enseguida. Dejó que su poco galante comentario flotara entre los dos y fuera haciendo mella en él poco a poco, buscando avergonzarlo con el sonido de su propio insulto.

Su hermana debía de haberse comportado de un modo del todo inaceptable, porque el duque le sostuvo la mirada sin el menor remordimiento.

—Esto es lo que yo creo, señorita. —Aferró las riendas y animó al caballo a prepararse para la carrera pisoteando la hierba fresca con los cascos—. Cuando coincidimos de casualidad, se dio cuenta de que había llamado mi atención con su actitud esquiva. A raíz de esto, decidió actuar por la noche para asegurarse un final feliz.

—¿Y se supone que el final feliz sería casarme con usted? —Su dulzura al replicar lo descolocó un segundo—. No le veo con predisposición a creerme, pero le aseguro que, si fuera mi intención conquistarlo, no se me habría soltado la mano.

—No fue un movimiento que yo habría recomendado para celebrar el amor, no, pero hay quien cree que las bofetadas avivan la pasión. Tal vez fue su caso. —Y la miró con intención.

Aunque tenía los ojos aún entornados y proyectaba toda su omnipotencia sobre ella, alzado en su montura como un emperador romano, Heather creyó entrever cierta debilidad en él, en el deseo de confirmar que ella buscaba su pasión.

Ignoró la provocación y en su lugar ofreció un argumento verosímil.

—Insisto en que anoche llegó usted cuando ya había probado la cerveza artesanal del señor Harrow, y el alcohol me aligera la moral. Si estuviera orgullosa de mi comportamiento o hubiese actuado conforme a mis planes, no tendría de qué avergonzarme, pero me he expuesto a esta humillación en su propia casa, lo que yo creo que ya habla por sí solo: me hago responsable de que me equivoqué y no me identifico con la mujer que le abofeteó.

—¿Y con la mujer que intentó besarme? —Ladeó la cabeza. Ya no había ni rastro de censura; solo una oscura curiosidad que le aceleró el pulso—. ¿Con esa sí se identifica?

Heather no supo qué responder. O, más bien, sí que lo supo, pero no le salió la voz.

Ante su vacilación, el duque al fin se dignó a desmontar.

Las partículas de polvo que levantaron sus pies se enroscaron en sus botas y se deshicieron en una explosión gris a la altura de los muslos. Heather se negó a que su magnífica complexión la despistara y ancló la mirada al rostro patricio, enmarcado por dos traviesos mechones del color del atardecer.

No fue una decisión sabia, comprendió al sorprenderse aguantando la respiración.

Los pelirrojos que Heather conocía eran pecosos y enclenques, pero el duque de Sunningdale

no poseía ese vello escaso, como de pelusa, ni había una sola fibra de su cuerpo acusada de escualidez. Era robusto como un toro, pero carecía de la vulgaridad de un boxeador; por el contrario, el desarrollo muscular daba proporción a su desmesurada estatura para otorgarle la apariencia de un titán. La barba broncínea le afinaba los rasgos y a la vez le confería un toque descuidado del todo cautivador. Parecía uno de esos fantásticos hombres capaces de tolerar toda suerte de calamidades, pero a la vez lo bastante frágiles para dejarse arrastrar por la fatalidad que fuese de su elección.

Heather supo al mirarlo a los ojos, como no lo miró la primera vez por falta de interés, que ya había escogido su debilidad. Y la reconoció en ellos, en el frondoso verde veteado de ámbar, porque la había visto antes al contemplarse a sí misma en el espejo. Le dolía una pérdida, un rechazo que aún le tenía el mundo girado; un amor tratado con la merecida reverencia, pero también enquistado de aborrecimiento, y con el que por las contradictorias sensaciones que producía no sabía qué demonios hacer.

Se dolía por amor y por nostalgia, y Heather le acompañaba en el sentimiento.

—Acepto sus disculpas —dijo al fin, salvándola de contestar una pregunta que le había encogido el corazón—, y espero que usted acepte también las mías. Lo cierto es que lo he consultado con la almohada, y que una joven obviara los límites decorosos al relacionarse me pareció perdonable en comparación con que un hombre maduro como yo, que ha de mantener siempre una altura moral, por mínima que sea, reaccionara del modo en que lo hizo.

Heather sonrió, aliviada al vislumbrar esa chispa de encanto caballeroso que la conmovió el primer día.

—Y si ya tenía tan claro que cada uno pecó por su lado, ¿por qué me ha hecho sufrir todo este rato?

—¿Es un delito que un hombre quiera dejarse sorprender? —Arqueó la ceja—. Me interesaba oír sus argumentos.

—¿Y bien? ¿Le han parecido suficientes?

—Los argumentos sí, pero no sé si puedo fiarme de usted.

Heather debería haberle contestado que no era su intención entablar amistad con él. Poco le importaba lo que opinara de su personalidad. Desaparecería de Allendale Lounge y no volvería a relacionarse con su excelencia a no ser que les obligaran las circunstancias.

Ella misma se sorprendió al contestar algo muy distinto:

—¿Y qué puedo hacer para que confíe en que no hay dos mujeres viviendo dentro de mí?

—Dado que he tratado a dos personalidades distintas en dos ocasiones, una en la mañana y otra durante la noche, creo que debería pasar una tarde con usted para celebrar el desempate. Ahora tiene un punto positivo a su favor y uno negativo en su contra. El que le otorgue hoy será el decisivo.

Ella lo miró de hito en hito.

—¿Qué tiene en mente?

—¿Le gusta cabalgar?

Heather desvió la mirada un instante al orgulloso caballo. Tenía razones para alzar el morro con soberbia; las patas poderosas, la crin resplandeciente, la dentadura sana.

—Depende de la montura. Tengo entendido que los purasangres árabes son ingobernables, y yo no soy una mujer que aplique la mano dura con los animales.

—He podido darme cuenta de eso. —Sunningdale proyectó una sombra de sonrisa sobre el Señor Zarpas, que se había distraído olisqueando al caballo—. Pero no irá a pensar que le ofrecería a mi Darley Arabian, ¿verdad? El establo está lleno de monturas que podrían adaptarse

más a su forma de ser. A cualquiera de las dos —apostilló con humor.

Heather se rio de buena gana.

—Supongo que sí, pero no creo que sea apropiado echar una carrera con usted.

—Se me ocurren otras cosas aún menos apropiadas con las que, sin embargo, anoche dimos por sacrificada nuestra dignidad. ¿Qué daño podría hacerle una apuesta, señorita Auckland?

Heather tuvo que darle la razón con un cabeceo.

—A mí ninguno, excelencia. A usted podría herirle en su vanidad. Le sorprendería mi habilidad de amazona.

Le gustó que el duque sonriera, demostrando una capacidad orgánica y sin duda saludable para dejar atrás los rencores tan pronto como recibía una disculpa sincera. Su respuesta fue empujar las puertas del establo e invitarla con un gesto a elegir su preferido.

—No lo dudo, señorita. Dejarme boquiabierto se le da mejor de lo que usted cree.

Capítulo 7



Heather se incorporó sobre su montura, jadeante, y extendió una mano para acariciarle la crin. Se abstuvo de admirar el paisaje desde la colina para felicitar a la yegua en amorosos susurros por su exhibición de habilidad.

Hacía ya un par de minutos, los minutos que les habían granjeado la ventaja, jinete y bestia habían adelantado al duque en su propio terreno. Si el difunto señor Auckland levantara la cabeza, se enorgullecería de que su hija se paseara a lomos de un animal como aquel, lozano y bien criado, pero más le alegraría que le hubiera dado una lección de equitación y humildad al mismísimo duque de Sunningdale.

Su padre era así, de la escuela de Harry: competitivo hasta lo irrazonable y más bien vanidoso. Estas cualidades fueron la garantía de su éxito empresarial.

El sonido de los cascos alertó a Heather. Se puso firme sobre la silla de montar y esperó, en una pose más o menos digna, a que el duque asomara su rostro enrojecido.

Había llegado a su destino con ciento cincuenta y dos segundos de diferencia después de someter a la bestia a un esprint, pero él no parecía agitado por el sobreesfuerzo. De hecho, Heather estuvo a punto de gemir, disconforme con las injusticias del mundo. Ella debía ofrecer un aspecto patético con el cabello enmarañado: el ejercicio le había soltado el moño, se notaba las mejillas ardiendo y sudaba visiblemente.

Él, sin embargo, era un colmo de perfección supina. Lo vio azuzar a su montura para posicionarse a su lado con la espalda erguida y los ojos relucientes. Si la competición hubiera consistido en demostrar quién de los dos era más bello, le habría ganado antes de comenzar.

—Apuesto a que ha estado pensando en cómo restregarme su victoria en este rato que le he dado de ventaja —comentó de buen humor en cuanto la alcanzó.

—Más bien estaba preparándome unas palabras para consolar su orgullo maltrecho.

La sonrisa que Sunningdale esbozó iba dirigida a su burla amistosa, pero tenía el rostro orientado a la llanura que se extendía ante sus ojos. Como el verano apenas empezaba, la pradera aún conservaba el verde vibrante del que lo vestía la primavera. Heather vigiló su expresión por si acaso estuviera fingiendo resignación y en el fondo le hubiera quemado la derrota.

—¿Me creería si le dijera que llevo años sin cabalgar? Estaba convencido de que me vencería, y aunque fuera yo un jinete sin parangón, no soy tan sensible a la superioridad femenina. Ni en este ni en ningún ámbito.

—Siempre es bueno saberlo.

—De todos modos, veo que no estaba usted exagerando. —La miró de soslayo—. Es una excelente amazona.

Heather aceptó el cumplido con un cabeceo amable. Incluso se regocijó un poco.

—Y eso que no llevo la ropa apropiada para el ejercicio.

No tardó en arrepentirse de haber mencionado su vestimenta. No solo porque le estuviera recordando al duque que era una doncella sin respeto por el decoro —una mujer jamás se habría prestado a una cabalgada de esa guisa—, sino porque lo invitó indirectamente a fijarse en el pecho que subía y bajaba, en los pezones erizados por la temperatura e insinuados bajo una fina capa de algodón.

Heather se apresuró a cambiar de tema, azorada por la mirada insondable que él le dirigió.

—Mi padre fue un orgulloso criador de purasangres. El don que tenía para inculcar su sabiduría es el secreto de mi habilidad. Estoy convencida de que habría oído hablar de él si hubiera venido a pasar algún invierno a Allendale Lounge. Es muy vulgar referenciar la fama de un emprendedor, pero siempre me tomo la libertad de recordarle al mundo que mi padre fue un personaje muy influyente en la zona costera. El conde de Clarence, el duque de Sayre y otras afamadas personalidades de Northumberland nos visitaron en persona para comprarle un caballo. De hecho, el conde de Clarence se llevó una yegua a la que yo adoraba, a la que hasta le puse nombre, y recuerdo que supuso toda una tragedia para la familia. Taché a mi padre de traidor y le negué la palabra durante semanas.

No se atrevió a mirar al duque. Sospechaba que sonreía, divertido porque se hubiera enzarzado en un monólogo para distraerlo de su previo comentario. Y cuando se giró, cautelosa, para comprobarlo, supo que estaba en lo cierto.

Por fortuna, el duque tenía muy buenos modales y corrió un tupido velo.

—En esa anécdota veo una chispa del carácter de anoche —comentó con afabilidad—. Parece que es usted una mujer muy tranquila hasta que le tiran de las orejas.

—O de la lengua —apostilló.

—¿Qué fue de su padre, si no es indiscreción? ¿Le alcanzó la edad?

—¡Oh, si le oyera! —Heather sonrió. Tratar con humor la ausencia de la figura paterna era algo que solo ella podía hacer; Harry no se había reconciliado aún con la muerte del señor Auckland, y la señora Beckett no lo mencionaba si no se aseguraba antes de que haría daño pronunciando su nombre—. Mi padre estaba sano como un roble, pero se podrá imaginar que el trabajo de criador implica numerosos peligros. No tuvo suerte domando a un caballo como el suyo, un Darley Arabian, y falleció de una caída.

—Lo siento muchísimo. —Más que mortificado, Heather vio verdadera preocupación en su semblante—. ¿Cómo ha vivido entonces todos estos años? Sin una figura masculina que la protegiese, quiero decir. Si las gentes de Ayton Bay son tan generosas como recuerdo de antaño, estoy seguro de que nunca corrió peligro ni pasó estrecheces. Aun así...

—He vivido tal y como lo ha dicho usted, excelencia: sin una figura masculina que me protegiese. Pero no he estado sola. Mi padre se casó con Adeline Beckett un año antes de sufrir el accidente y he disfrutado de la compañía femenina, que a menudo prefiero a la supervisión de un hombre. —Encogió un hombro—. Ya le digo que puede ser más enriquecedora.

«Si bien con la señora Beckett no es el caso», se cuidó de añadir.

Aunque Heather no le profesaba el hondo desprecio que torturaba a Harry día y noche, en parte porque guardar rencor no estaba en su naturaleza, debía reconocer que la señora Beckett era una auténtica bruja.

—¿Y la señora Beckett ha continuado el negocio de cría?

Heather estuvo a punto de echarse a reír, envenenada.

La señora Beckett había continuado sacando rédito del negocio de cría. Se ocupaba de dar buena cuenta de la cuantiosa herencia que su padre dejó, poniendo especial empeño en que las hijas carnales no recibieran ni un penique.

—A su muerte, todos los caballos se malvendieron al mejor postor —resumió con prudencia —. Como no es un animal que abunde en los establos de un pueblo tan humilde como este, no he tenido la oportunidad de cabalgar desde entonces. Por eso no he podido resistirme cuando habría sido prudente que rechazara su ofrecimiento. Se lo agradezco, excelencia. —Le sonrió con simpatía—. Adoro hacer ejercicio.

—Me lo pude imaginar. Ha decidido adoptar a un animal que necesita mucho trote para darse por satisfecho. —Señaló al perro con la barbilla. Los había acompañado fielmente, aunque a su ritmo—. Apuesto a que ha tenido que trabajar duro para igualar la energía del Señor Zarpas.

—No crea. Me acostumbré siendo niña a las largas caminatas. Una vez, tras una acalorada discusión con mi prometido, eché a andar. Caminé, caminé y caminé... ¡y llegué a Gateshead a pie! —rio. Se percató de que Sunningdale ladeaba la cabeza, intrigado con la mención del prometido. Con la naturalidad de quien estaba acostumbrado a sortear los temas escabrosos, agregó—: La alternativa habría sido colarme en su propiedad para rehuirle, excelencia, y su finca no es un área que me tiente peinar.

El giro surtió efecto. Sunningdale pasó de la curiosidad a la extrañeza.

—¿Por qué?

—¿Quiere que le sea honesta?

—Se lo ruego.

—Aunque es innegable que Allendale Lounge es toda una oda a la arquitectura, y si bien esto que voy a criticar es uno de sus mayores atractivos, no termino de entender por qué levantarían una mansión desproporcionada en las proximidades de la playa. Arruina el paisaje, ¿no le parece?

—En absoluto.

Heather se echó a reír ante su tono tajante.

—No esperaba otra respuesta del padre de la criatura.

—No me ofenda, señorita Auckland. Como usted ha dicho, Allendale Lounge es una obra soberana de la arquitectura de su época. A los amantes del arte les debe fascinar más aún la vista precisamente por su situación geográfica.

—Y los amantes de la naturaleza tal y como es comprenden su argumento —le aseguró, de buen humor—, pero no les satisface.

—¿Cambiaría de opinión si le dijera que puede venir a mi aberrante mansión cuando desee montar o pasear?

El asombro de Heather fue tan notable que Sunningdale se echó a reír.

Tenía una risa poderosa, masculina. Pensó que el eco llegaría hasta la entrada a la casa, igual que entró en su corazón para sacudirlo hasta sus débiles cimientos.

Sunningdale habló antes de que empezara a inquietarse por la sensación.

—¿A qué se debe esa cara? ¿Acaso no he demostrado que soy hospitalario cuando no me buscan las cosquillas?

—¿No acabo de buscárselas al indignarme con la existencia de su mansión solariega? —Enarcó una ceja, esperando que él lo interpretara como lo que era: una broma—. No quería dar a entender eso, excelencia. Es solo que ayer, cuando coincidimos en la playa, tuve la impresión de que había venido a Ayton Bay a disfrutar de un retiro. ¿No preferiría cabalgar o pasear a solas?

Heather frunció el ceño para sus adentros nada más oírse. El duque no la había invitado en ningún momento a cabalgar o pasear en su compañía. Tan solo le había dado plena libertad de entrada y salida a su propiedad.

Por suerte o por desgracia, Sunningdale no hizo la especificación.

—Tendré soledad hasta el hartazgo durante los próximos meses. No me mataría compartir mi tiempo de vez en cuando con usted —y añadió, solo por si acaso— o con cualquier otra compañía agradable.

—Quizá no le mate, pero a lo mejor se acaba arrepintiendo —valoró ella, recuperando el ánimo jovial—. ¿Se imagina la terrible contrariedad si yo, interpretando de forma errónea su

generosidad, me aprovechara para escandalizarlo de nuevo? ¡Nuestra amistad volvería a arruinarse sin remedio!

—Creo que correré el riesgo. Ahora sé que solo debo mantener las distancias con usted cuando ha abusado de la cerveza artesanal. El resto del tiempo es una mujer corriente.

Aunque así era como Heather se consideraba a sí misma, en parte porque viviendo con una joven como Harry, el colmo de lo inusual, era difícil destacar, el uso de ese adjetivo le escoció en la vanidad.

Sí, Heather era una muchacha de campo con gusto por las lecturas reconfortantes. Amaba a los animales, bordar la salvaba de refocilarse en lo que podría haber sido y nunca fue y ejercía de mediadora en todas las trifulcas con sumo gusto porque creía de veras en la justicia y la conciliación. Si sus planes futuros no se hubieran torcido, ahora viviría, por añadidura, en una modesta casita con un marido por el que cruzaría las puertas del infierno, y ya habría traído al mundo un par de retoños.

Lo que cabría esperar en una mujer corriente, en definitiva. Un término que Heather interiorizó siendo muy joven y no interpretaba de forma negativa.

Hasta ese momento.

Le habría gustado que se hubiera referido a ella de otro modo. Quizá no mereciera palabras como «despampanante» o «excepcional», pero, tal vez...

Heather se quedó en blanco, incapaz de pensar en términos mejores, y en conclusión tuvo que abrazar su mediocridad.

El duque desmontó del animal de un salto y ató las riendas al árbol que les había servido de toldo. El repentino movimiento la espabiló e hizo que se fijara en él cuando se detuvo a un costado de su montura.

Lo primero que vio fueron sus ojos, dulcificados por la tenue luz del crepúsculo. La iluminación le daba un aspecto tan atractivo, como de guerrero de bronce, que Heather volvió a notar la punzada en el vientre.

«Mujer corriente».

Él no era un hombre corriente, eso por descontado.

—Venga conmigo, señorita Auckland. Hay un pequeño recodo a un par de minutos a pie desde donde podremos ver el atardecer.

Extendió una mano hacia ella. Heather estaba sumida en sus pensamientos y no se inquietó por lo que podría dar a entender al dejarse ayudar. Una amazona de su talento no necesitaba a un hombre para desmontar, pero fue tarde para hacerlo por su propio pie. Sunningdale ya la había rodeado por la cintura.

Heather sintió de pronto un vértigo insoportable. Buscó la mirada del duque, aturdida por el contacto físico. Estaba convencida de que se había ruborizado y no encontraba las palabras para pedirle educadamente que la soltara.

De todos modos, él no lo habría hecho. Coincidió con sus ojos, del mismo verde intenso que las hojas de primavera, y un estremecimiento placentero le curvó hasta los dedos de los pies. No eran solo los ojos, sino las pecas que descubrió gracias a la proximidad; el olor masculino, a sándalo y ejercicio, que tanto había echado de menos.

Hacía años que no sentía el recio agarre de un hombre, y sintió mucho más que eso: su pecho duro y su vientre liso al resbalar por su torso para poner los pies en tierra.

Heather le sostuvo la mirada un instante, paralizada por la intensidad de la sensación. Él le dio el gusto de devolvérsela y luego prestó atención a sus labios, ese perímetro prohibido de su cuerpo que ya había entregado a otro hombre.

Al hombre. Al único que existía en su Edén particular.

De pronto, fue consciente de que estaba a solas con un caballero atractivo; un hombre que poseía todo cuanto alcanzaba a la vista y que, como amo y señor del paraíso, podría tomarse las confianzas que se le cantaran sin que nadie pudiera impedírselo o reprochárselo después.

Aun y con todo, no era eso en lo que pensaba cuando aún le duraba la emoción de la carrera y vibraba en su corazón el calor de la complicidad compartida. Hacía tiempo que no experimentaba la adrenalina del ejercicio y que su soledad no era paliada por otra presencia; una presencia a la que no se le podía negar lo atrayente ni lo especial.

Heather sentía que todo había fluido con una facilidad sorprendente entre los dos, y él debía de estar pensando lo mismo, porque la miró, confundido, y dijo en voz baja:

—Voy a tener que rendirme a lo evidente, señorita Auckland. El alcohol debe, en efecto, cambiar por completo el comportamiento de quien lo consume, porque no veo en usted ni siquiera un recuerdo de la mujer de anoche.

—¿Me está halagando o me lo está recriminando?

—Es un halago.

—¿Y lo dice porque aún no le he abofeteado? —trató de bromear para suavizar la densa atmósfera entre los dos.

—Más bien por su dulce timidez —murmuró, desviando la mirada un instante a sus labios. Heather sintió que se le secaba la garganta—. Es una pena que haya confirmado su argumento sobre el alcohol. Prefería inclinarme por el mío, el que dice que los borrachos son honestos con sus pasiones.

Aquella palabra en sus labios, «pasiones», la trastornó.

Intentó restarle hierro al asunto balbuceando:

—¿Por qué? ¿Ahora echa de menos a la descarada de anoche?

Heather perdió el hilo en cuanto notó el roce de sus nudillos en la mejilla.

Una caricia.

¿Hacía cuánto que nadie la acariciaba, que no sentía en sus carnes el deseo contenido de un hombre?

—No la echo de menos —murmuró, perdido en su contemplación—, pero voy a tener que lamentar que su deseo fuera obra de la cerveza y no de una debilidad del corazón.

—El corazón está muy lejos del órgano que gestiona el deseo.

—¿Y cuál sería ese? —la provocó.

—La piel, quizá —se oyó responder, aun sabiendo que era pésima idea incidir en aquel tema —. La... carne.

Dudó que Sunningdale la hubiera escuchado. Estaba inmerso en su imagen. Ya ni siquiera despegaba los ojos de su boca entreabierta, y contenía el aliento como si eso pudiera salvarlo de respirar el aire viciado que se había solidificado entre los dos.

Heather tampoco se escuchaba a sí misma. Se hallaba sumergida en las arenas movedizas del deseo.

—Señorita Auckland —musitó—, me parece que me precipité al rechazar sus labios.

Heather no podría haber hecho nada para remediarlo. Eso fue lo que se dijo, lo único en lo que pudo pensar antes de que el contacto con su boca le trastocara el raciocinio.

El sol se había adherido a la piel de Sunningdale como la sábana del domingo; Heather pudo sentir su cálida impronta en los labios que la tentaron a devolverle la caricia con el mismo empeño, en los tórridos brazos que la envolvieron. La delicadeza con la que la sostuvo al principio fue un disfraz para ocultar lo que vino a continuación, la compresión apasionada de un

hombre que quería fundirse con ella.

Heather entreabrió los labios para jadear, no supo si pidiendo auxilio o rogando más, y esa fue su perdición. Sunningdale saqueó su boca con la práctica del maestro, seduciéndola con los arrullos de la lengua y los mordiscos que le pusieron el vello de punta. Heather se sintió de pronto abrasada por una oleada de placer, tan desmedida que se mareó y tuvo que hundir las uñas en sus hombros de acero. Se estiró por encima de sus posibilidades para alcanzar a ese sol ardiente que la besaba como si fuera la última vez. Lo estrechó con la torpeza y los nervios de quien sabía que estaba cometiendo un error. Pero la sensación era tan adictiva, y sus besos tan deliciosos, que Heather se derritió contra sus deseos y se pegó más a él.

El duque se dejó manejar, gustoso, hasta que la boca no le bastó y quiso más. Regó sus besos de fuego por el cuello femenino, por el escote, y entre un gruñido y un mordisco, la aferró del borde del vestido y a punto estuvo de desnudarla por el escote de un tirón brusco.

Heather reaccionó en ese instante, y no porque sus ansias no le hubieran resultado incomprensiblemente eróticas. Reaccionó porque anhelaba sus manos rodeándole los pechos; porque el centro de su cuerpo palpitaba, rogando atenciones más íntimas, y la vergüenza no le permitió soportarlo.

No tuvo que empujarlo. Se tensó de tal manera entre sus brazos que él mismo se retiró, alertado, y ella aprovechó para escabullirse por su costado. La culpabilidad le rogaba que no lo mirara a los ojos, pero el honor la obligó a enfrentarlo para que ambos fueran conscientes de su infame libertinaje.

—Señorita Auckland... —empezó él, con la voz ronca.

Alargó una mano hacia ella, intentando retenerla.

—Lo siento, excelencia —balbuceó ella. Fue lo primero que acudió a su cabeza. Dio un paso atrás, y otro, y uno más, hasta que estuvo bajando la colina entre tropiezo y tropiezo. Aunque dudaba que él fuera a oírle, se excusó en voz baja una y otra vez, mientras llamaba a gritos al Señor Zarpas—: No puedo quedarme aquí. Lo siento... No puede ser. No puedo. No puede ser. Lo siento...

Capítulo 8



Con la excusa de introducir a Reddie en las delicias dulces más afamadas del norte, Grenville salió por piernas de Allendale Lounge esa mañana para encargarse de sus propios recados.

Hacía años desde la última vez que había disfrutado del aire fresco de la costa. Años desde que se perdía por las empinadas callejuelas de Ayton Bay, que precisamente por su emplazamiento en una colina disfrutaba de magníficas vistas a la playa.

No importaba qué rumbo tomara. Allá donde fuera, y gracias a la arquitectura más bien modesta de las casitas que, agrupadas, formaban el pueblo costero de su infancia, podría embeberse de la visión del océano tan solo alzando la cabeza.

El reflejo de la luz del amanecer en el agua le llenaba de esperanza y le regalaba una tranquilidad que llevaba meses necesitando.

Se suponía que había ido a Ayton Bay huyendo del caos de la capital y no había recibido más que malas noticias y vivido situaciones rocambolescas desde su llegada. Confiaba en que las vistas, los dulces de Merritt's y las buenas gentes del pueblo le inspirarían a encontrar una solución a sus problemas: el que el señor Pierce había dejado atrás al huir con su bolsa y el que la señorita Auckland representaba con su encomiable habilidad para ponerle la cabeza del revés.

Merritt's era uno de los establecimientos de renombre de Ayton Bay. Se podía encontrar en un recodo del casco histórico del pueblo, si es que un pueblo de quinientos habitantes a lo sumo podía gozar de una zona con reclamo cultural. En dicho recodo habían distribuido de forma lógica todos los negocios importantes de manera que las mujeres no tuvieran que hacer más kilómetros de la cuenta para cumplir con sus quehaceres: al lado de Merritt's, pastelería y panadería, se alzaba la modesta mercería de la señora Coombs, y a unos cuantos pasos podría internarse en la única librería en varias millas a la redonda.

El resto de los servicios y productos, como los deliciosos quesos locales y las carnes del pueblo vecino, se ofertaban los sábados de mercado.

Ayton Bay sobrevivía a base de fuerza y de empeño. Gracias a la dedicación de los lugareños, a su deseo de prosperidad, se vivía lo bastante cómodo para que nadie se planteara mudarse a la gran urbe. Grenville jamás lo habría hecho si sus deberes como duque no le hubieran requerido en la capital... y si hubiera sido algo más firme ante una esposa a la que le tomaba un batir de pestañas convencerlo de cumplir su voluntad.

Ayton Bay le parecía un lugar lo bastante atractivo para pasear por allí por gusto. El empedrado daba al pueblo un aspecto medieval, pero el toque de color de los maceteros que pendían de los alféizares y el jolgorio de los vecinos, de los niños que jugaban calle abajo con sus hondas y los ancianos que paseaban del brazo de sus hijas, evitaba que el ambiente se tornara en exceso lóbrego los días nublados.

Se fijó en que el nombre del legendario pastelero seguía grabado en la puerta —Merritt's Delicatessen— y la empujó con una agradable sensación de familiaridad llenándole de calidez el estómago.

Se le templaron los ánimos al entrar y oler el pan recién hecho.

Un grupo de mujeres charlaba junto al mostrador. En la conversación participaba, cuando no la monopolizaba, la señora Merritt. Llevaba toda la vida entreteniendo a los clientes con sus

novedades —y si no las había, las inventaba— mientras el huraño señor Merritt horneaba las hogazas.

Tan entretenidas estaban con su parloteo que no se dieron cuenta de que Grenville andaban husmeando. Reconocía los diplomas colgados en las paredes, todos ellos concedidos a la excelencia del producto local.

Uno de ellos lo había firmado el mismísimo rey en persona.

—¡Deje ya la cháchara y venga a ayudarme a sacar la hornada! —le reclamó Merritt, gruñendo por lo bajini mientras se agachaba con la torpeza de los hombres obesos—. Dichosa mujer... ¿Quién me mandaría casarme con ella?

—¿Y quién le mandaría a usted a dedicarse a este noble empleo? Es demasiado cascarrabias para dedicarse a endulzarle la vida a los clientes, señor Merritt. ¡Una vergüenza de maestro repostero! ¡Eso es usted!

—¡Mejor no le digo yo lo que pienso de quién es us...! —Se calló al ponerse de nuevo en pie y reparar en la presencia del único hombre del establecimiento. Se ruborizó de vergüenza y se apresuró a limpiarse la harina de las manos en el delantal—. Excelencia, b-buenos d-días. ¿Qué... qué puedo hacer por usted?

Fue la endiablada palabrita la que causó estragos entre los clientes. «Excelencia», había dicho, pero todas las mujeres se giraron hacia él de sopetón, como si hubiera gritado «¡Fuego!». Tan solo le dio tiempo a detallar el cabello rojo de una y el rostro enjuto de otra antes de reconocer a la mujer de su último desvelo.

Heather Auckland se envaró apenas cruzaron miradas, y sin temer en absoluto a la descortesía, cuadró los hombros y le dio la espalda con actitud ofendida.

Grenville se extrañó. La señorita Auckland siempre le había parecido una mujer a la altura de toda circunstancia: si tenía el valor de presentarse en sus dominios y pedir perdón con la cabeza alta, ¿no debería demostrar el mismo coraje después de su último encontronazo?

Enseguida se disgustó con su propio planteamiento.

La señorita Auckland había sido besada a traición. Tenía el derecho de indignarse.

Grenville carraspeó y se acercó al mostrador. Como si no merecieran el honor de respirar su mismo aire, las muchachas se reclinaron a un lado del establecimiento para abrirle todo el espacio que necesitarían él y una tropa de fusileros. Con el rabillo del ojo espió a la señorita Auckland, que había vuelto a hablar en voz baja con sus amistades.

¿Les habría comentado que el duque de Sunningdale era un miserable aprovechado?

Lo dudaba, en realidad. Salvo cuando bebía, la señorita Auckland era discreta.

Pero si lo hubiera difamado, no podría juzgarla.

—Buenos días, señor Merritt. Señora Merritt. —Hizo un asentimiento con la cabeza en dirección a la panadera, que estaba tan entusiasmada con la visita que se tropezó al hacerle la reverencia—. Mi hijo aún no ha probado las delicias por las que el pueblo ha recibido ovaciones y visitas de extranjeros. Quería remediar eso, si es que no es tarde y ya se han llevado todas las provisiones.

—¡Por supuesto que no! Se refiere a una caja de la docena de dulces esenciales, ¿verdad? —La señora Merritt esperó a que Grenville asintiera—. Enseguida le preparo una. ¿O quiere dos?

—Con una para empezar será suficiente, gracias.

—¡Seguro que a su hijo le encantarán! —Se giró hacia el palé donde los pastelillos esperaban, desamparados, a su próximo dueño—. Lo traté hace un par de noches, durante la verbena, y deje que le diga que es un muchacho encantador. ¡Qué modales! ¡Qué sentido del humor! ¡Qué sonrisa tan bonita! ¡Y su apostura...! —iba exclamando. Por cada virtud, la señorita Merritt iba

añadiendo un pastel a la caja. Grenville esperaba ante el mostrador, rígido como una estaca. Sentía la mirada juiciosa de Heather clavada en la espalda—. ¡Contó unas batallitas sobre sus últimos años en la escuela, en Eton, que estuve a punto de orinarme encima de la risa!

—¡Priscilla! —la reprendió el señor Merritt, rojo hasta las puntas de las orejas.

—Uy, lo siento, es que mi marido no soporta mi espontaneidad —se disculpó la señora, girándose con la caja ya completa—. Como él está amargado y no sabe lo que es reírse así, reírse tanto que parece que se te va a romper la mandíbula, me dice que me calle. Pero yo, que soy muy generosa, solo le deseo en respuesta que viva la maravillosa experiencia.

—¿Cómo va uno a reírse contigo al lado? —refunfuñaba él—. Para eso tendría que relajarme, y no me dejas ni respirar tranquilo con tu incansable cháchara.

Priscilla Merritt puso los ojos en blanco y regresó al mostrador. Le enseñó a Grenville la bandejita para que apreciara cada uno de los pasteles, únicos en su clase, tan orgullosa de la obra que por un momento pareció que iba a llorar.

—¡Dígale a su hijo que venga cuando quiera a probar nuestras últimas recetas!

—*Mis* —corrigió el señor Merritt.

—No sea usted grosero, señor —intervino la joven pelirroja con sorna. Poseía una voz asombrosamente grave para tratarse de una mujer—. Al casarse con su esposa, decidió que lo suyo sería de ella también.

—¡Además de que nadie se olvidaría de que es usted quien las idea y las lleva a término si sacara la cabeza del horno y viniera a charlar con la clientela! —le recordó Priscilla con retintín —. Es normal que, de verme solo a mí día tras día, los clientes asuman que soy el cerebro detrás de la operación.

—Sí, seguro que lo asumen por eso y no porque se atribuye usted el mérito.

—¡Deje de avergonzarme delante de su excelencia! —le espetó Priscila, ya sin rastro de buen humor.

—¡Es usted la que se ha puesto a hablar de orinarse encima! ¡Menuda desvergonzada!

Una carcajada sacó a Grenville de la discusión. Al mirar por encima del hombro, captó a la señorita Auckland riéndose con ganas, sin cubrirse la boca; sin miedo ni vergüenza a parecer una descarada.

Entonces había cosas —o personas— que la hacían sonreír de veras, que limpiaban la melancolía de sus ojos y gracias a las que adquiría un brillo diferente. Aunque la risa iluminó su semblante, no le duró mucho tiempo. En cuanto notó que Grenville la observaba, Heather se dio la vuelta, se despidió de los dependientes —que no la oyeron, por supuesto: estaban enfrascados en una lluvia de recriminaciones— y abandonó el establecimiento a toda prisa.

Grenville se apresuró a pagar la caja de pasteles. Por si acaso hubiera subido la tarifa desde la última vez que los mandó encargar, dejó una propina del doble y salió en busca de Heather.

La localizó bajando la pendiente de la calle con la cesta de mimbre ceñida al costado.

—¡Señorita Auckland! —la llamó, apretando el paso para alcanzarla. En tan solo tres zancadas se puso a su altura—. ¿Necesita ayuda para llevar sus compras?

Ella lo miró con el rabillo del ojo para comprobar que era él antes de volver a clavar la vista al frente.

—No, gracias. Y si la necesitara, no compartiría la carga con su excelencia.

—¿Me tiene por un hombre débil, acaso? —le replicó en tono amistoso.

—Más bien usted se tiene por un buen hombre, o de eso ha querido convencerme con su amable ofrecimiento. Estoy segura de que si lo es de veras, ya debe pesarle bastante la conciencia por lo ocurrido como para añadir un lastre más. —Alzó la cesta—. No soportaría ser

la causante de los dolores de espalda de su excelencia.

El revés le cazó con la guardia baja. Fue tal el asombro que frenó su recorrido.

—Considerando nuestra abrupta despedida, debí imaginar que el reencuentro no sería del todo afable —expresó, tratando de sonar conciliador—, pero no entiendo su aspereza.

Ella se detuvo asimismo con teatralidad y jadeó, perpleja.

—¿Que no entiende mi aspereza? ¿He de recordarle en qué términos se dio nuestra última coincidencia? ¡Ahora, para más inri, se atreve a insinuar que necesito ayuda, como si no supiera llevar las tareas de una casa!

—No ha habido nada más lejos de mi intención —repuso, ceñudo—. Es una grata sorpresa ver a una joven encargándose de sus recados.

—¿Ah, sí? ¿Es una grata sorpresa? Si no recuerdo mal, usted es la clase de hombre que condena la iniciativa en las mujeres. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión al respecto?

Grenville vaciló. Sintió que el cielo se abría y un rayo de esperanza iluminaba la cuestión.

—¿Es eso lo que la tiene avergonzada? ¿Que yo hubiera podido interpretar su respuesta positiva a mi... atrevimiento como algo propio de descaradas? Porque se estaría equivocando, señorita Auckland.

Heather lo miró a la cara.

A Grenville no le gustó lo que vio.

No había rastro de la moderación que tanto respetaba. Había sacado a la mujer con carácter que había dentro de ella.

—¿Avergonzada? —No dio crédito—. ¡No tengo nada de lo que avergonzarme!

—Estoy de acuerdo...

—Usted, por desgracia, no puede decir lo mismo.

—También estoy de acuerdo.

«Supongo», agregó para sí, dudoso.

—¿Ha venido a disculparse, entonces? —Acomodó la cesta en la articulación del codo y puso el brazo sobre la cintura—. Porque si me está siguiendo por otro motivo, ignorando mi deseo de pasear sola, poco importará que sea usted el duque o el rey de Inglaterra. Mandaré llamar a las autoridades y, para conseguir que lo alejen de mí, relataré las confianzas que se tomó el otro día.

Grenville levantó las cejas, asombrado por el dramatismo de su reproche. ¿Habría bebido cerveza artesanal esa mañana? No parecía la muchacha prudente del día anterior, aunque, por supuesto, la muchacha prudente del día anterior había tenido a posteriori una noche entera para concluir que había sido asaltada y enfurecerse en consecuencia.

Se obligó a mostrarse, si no afectado, al menos dispuesto a aceptar la culpa. No estaba acostumbrado ni a los sermones ni a que le amenazaran, y ni mucho menos las mujeres que se habían dejado besar con gusto, pero ¿quién era él para juzgar su malestar?

—Lamento muchísimo si me excedí. Creí que usted deseaba lo mismo, que estábamos en sintonía. Ahora veo que me equivocaba.

Heather detuvo el camino que había retomado para lanzarle una mirada a caballo entre la incredulidad y la consternación.

—Si con «en sintonía» se refiere a que usted estaba puesto para el insulto y yo tenía oídos para captarlo, podría estar de acuerdo. Pero ¿en qué mundo desearía una mujer ser agraviada de semejante modo?

Grenville pestañeó una sola vez, igualmente anonadado.

—¿«Agraviada»? Eso me parece una exageración —repuso, tratando de moderar su irritación —. Cualquier joven de su edad y con sus circunstancias interpretaría esta clase de atenciones por

mi parte como un cumplido.

—¿Cualquier joven? —Su asombro iba en aumento, y era genuino. Grenville se preguntó si de veras estaba comportándose como un descarado o ella se había levantado con el pie izquierdo —. ¿En qué cultura, excelencia? A lo mejor en las tribus prehistóricas existían otras costumbres sociales, pero, en Inglaterra, aquello fue un vilipendio con todas las de la ley. ¿Y qué está insinuando con «mis circunstancias»? ¿Que es mejor rebajar a una muchacha soltera a la indignidad más absoluta que ignorarla por la paz para así darle algo en lo que pensar? —Sacudió la cabeza, sobrepasada por su propia suposición, y alzó la mano—. No quiero saberlo.

Grenville se percató de que su irritación iba más allá de lo que había previsto. ¿Y si la estaba elevando a la centésima potencia con el objetivo de recibir una disculpa más elaborada?

No. Heather Auckland no usaría esa clase de artimañas para humillar a un hombre.

Estaba acostumbrado a pensar lo peor de las mujeres, se dijo con tristeza. Las constantes manipulaciones activas y pasivas de su esposa le habían llevado a sacar conclusiones retorcidas y a tomárselo todo como un ataque contra su persona.

No había más que ver su reacción la noche de la verbena.

—Habla usted como una doncella ofendida cuando el modo en que se desenvolvió me transmitió la impresión de que usted había tenido experiencias parecidas. Las suficientes como para no sentir mi... avance como un ataque.

No había sido la forma más elegante de defender que sus intenciones fueron nobles —tan nobles como podía serlo desear a una mujer fuera del matrimonio—, pero la indignación de Heather empezaba a ponerle nervioso.

Más se angustió, incluso, al ver que la insinuación ensombrecía su rostro.

—En eso no se equivoca, excelencia. Me he topado con toda suerte de indeseables a lo largo de mi vida, pero, como ya demostré, he aprendido a defenderme.

Aunque la respuesta le confundió —¿cómo había aprendido a defenderse? ¿Besándolo con la misma pasión?—, Grenville se estremeció con la parte que sí había comprendido.

Heather se había topado con sujetos desagradables. ¿Quería decir con eso que había sido forzada con anterioridad?

La posibilidad lo trastornó más de lo imaginable.

—Señorita Auckland, sepa que mis intenciones al abordarla no eran, ni de lejos, degradarla en modo alguno.

—¿Y cuáles eran?

—Supongo que no estaba en mi sano juicio.

Primero, Heather lo miró con desconfianza. Luego lanzó un bufido muy poco femenino y chasqueó la lengua, como si quisiera decirle: «¡Eso delo usted por hecho!».

—¿Cómo es que ha cambiado de opinión tan rápido sobre su interpretación de los hechos? Su conducta debió parecerle legítima en su momento, dado lo tajante que fue al desenvolverse. ¿Por qué ya no? ¿La almohada a la que consulta cuando se acuesta es muy persuasiva?

—¿Ese es el adjetivo que usaría para definir mi... técnica? ¿«Tajante»?

«Yo no describiría así un beso», meditaba, confundido.

—Diría que fue insultante, además de injusto.

«Insultante», seguía diciendo.

Más que indignado, Grenville empezaba a sentirse despreciado, y no era una sensación que lo hubiera acompañado jamás.

Al menos, hasta hacía dos meses. Desde entonces lo perseguía a todas partes.

No soportaba que la mujer con la que había querido olvidar la desdicha de ser insuficiente se

lo estuviera recordando.

—Alguna virtud tendrá que concederme si se quedó allí de pie —masculló entre dientes—, no solo tolerando sino participando activamente en el acercamiento.

Heather alzó la barbilla con una insolencia que le chocó.

—La conmoción me impidió reaccionar. Aun y con todo, creo que mi participación fue lo bastante contundente para que no cupiera duda de lo que opinaba sobre su «acercamiento». —Y le hizo una caída de ojos de lo más elocuente que, sin embargo, solo confundió a Grenville. Aunque no tanto como la aclaración que siguió—: No soy la clase de mujer que teme poner a un hombre en su lugar. Ni usando la palabra, ni usando la mano. Buenos días, excelencia.

Solo entonces, Grenville comprendió que habían estado manteniendo dos conversaciones distintas.

—Espere, señorita Auckland. —La detuvo tomándola del hombro. Ella lo miró de soslayo y con cautela mientras él ordenaba sus ideas—. Me temo que, como empiezan a acumulársenos las ofensas, nos ha resultado muy fácil confundir una con otra. Por supuesto, el modo en que me dirigí a usted la noche de la verbena fue intolerable —le concedió, vigilando su expresión por si volvía a equivocarse—, pero no me estaba refiriendo a aquel percance, sino al día que vino a cabalgar a Allendale Lounge. Al beso —añadió en voz baja.

Grenville interpretó su mueca de desconcierto como que le había repugnado que mencionara sin tapujos aquella intimidad.

Enseguida la vio erguirse y aferrar el asa de la cesta de mimbre con energía renovada.

—Estábamos hablando de lo mismo, entonces —atajó con severidad, adoptando una pose incluso más remilgada que al comienzo de la conversación—. Si le ha dado la impresión de que me refería a la noche de la verbena, es porque veo una clara continuidad entre una humillación y la otra. Primero me acusó de replicar el comportamiento de las furcias, y ayer directamente me trató como a una. Debe de pensar que, como huérfana y soltera sin expectativas que soy, puede abusar de mi confianza y de la ingenuidad de la que cree que adolece mi carácter para tomar cuanto se le antoja, y no sabe usted cuánto se equivoca.

Grenville notó unas incómodas cosquillas en el estómago. ¿Mariposas? ¿Retortijones? Aún tardaría en darse cuenta de que no era otra cosa que vergüenza; una vergüenza sofocante hacia su propio comportamiento, que Heather había descrito con tal detalle que lo hacía más bochornoso si cabía.

—Señorita Auckland —empezó, bajando el tono. No por ello sonó suplicante—, ya le he transmitido mis sinceras disculpas. No puedo hacer más que repetir que no estaba en mis cabales. Había recibido una mala noticia respecto a mis... finanzas, y lo que entendía por un retiro espiritual en el campo no está resultando como me habría gustado.

—Me vuelve a rebajar sin ser consciente, excelencia —rezongó con un brillo extraño en los ojos—. ¿Necesita estar fuera de sus cabales para sentirse atraído por una mujer como yo?

Grenville reconoció en ese brillo una sombra parecida a la que había eclipsado su buen humor la tarde anterior. Heather creyó haberlo ocultado hábilmente, pero Grenville se percató de que haberse referido a ella como «una mujer corriente» no le había gustado.

Tampoco le gustó el modo no verbal que tuvo de arreglarlo: besándola para demostrarle que era lo bastante especial para tentarle.

Era su oportunidad de probar otra vía. Si regresaba a Allendale Lounge sabiendo que Heather Auckland se creía mediocre por su culpa, Grenville no podría dormir tranquilo.

—No para sentirme atraído; solo para olvidarme por completo de su consentimiento. Encuentro su compañía estimulante, señorita Auckland. Reconozco, incluso, que usted en sí

misma me abruma. Me hace sentir lejano a mis preocupaciones, joven otra vez, y eso me nubló el juicio en un momento dado. Ya ve que desembocó en el problema subsiguiente. Me tomé libertades que ahora veo inaceptables. Perdóneme.

Lo acompañó de un modesto cabeceo sin quitarle la vista de encima.

Ella inspiró hondo y aún le sostuvo la mirada un buen rato, meditando si algún fragmento de su discurso merecía ser salvado.

Al final tuvo que creer en su palabra, porque suspiró y dijo:

—¿Dice que ha recibido una mala noticia respecto a sus finanzas? Si tiene algún problema relacionado con las tierras de pastoreo o con el ganado, quedo a su entera disposición. Mi padre me transmitió sus conocimientos acerca de la gestión de la hacienda y aconsejo a unos cuantos granjeros de la zona.

Grenville se asombró.

—No me mencionó eso ayer, cuando me habló de su padre.

Ella encogió un hombro con humildad y retomó la marcha despacio, esta vez dejándose acompañar.

—No me gusta hacer alarde de mis habilidades si la ocasión no lo amerita. Me ha parecido que ahora podrían servirle de ayuda.

Grenville no se dio cuenta de que ahogaba para sus adentros un suspiro aliviado. Estaba empezando a temer que la Heather Auckland que le tenía fascinado hubiera desaparecido por culpa de la humillación, pero esa modestia suya lo llenó de esperanza.

Seguía allí, con él.

—No sé qué tan apropiado sería discutir asuntos económicos con una señorita... Ni qué tan inteligente, teniendo en cuenta que le sobran razones para querer sabotearme —añadió de buen humor.

—Que quisiera hacerlo no significa que fuera a hacerlo —especificó, lanzándole una mirada elocuente—. Por suerte para usted, no soy rencorosa.

—Eso estoy viendo —celebró él con alivio—. ¿Puedo acompañarla a su casa, o lo interpretará como un insulto a la libertad?

—A la libertad en general, no. Solo como un insulto a la mía.

—¿Y dónde pretende hablarme de sus ideas para salvarme de la ruina, si no?

Ella se sorprendió.

—¿Va a confiar en mí?

—Estoy en una situación desesperada. Aceptaré el consejo de todo aquel que desee dármelo y siempre y cuando lo considere cabal. Me estoy temiendo que ocultar los hechos no va a servir para evitar que sean de dominio público. No pasarán ni dos días antes de que el pueblo entero sepa que mi administrador se fugó con mi dinero en la mano, dejando a los granjeros sin asignación y a la finca sin posibilidades de supervivencia.

Heather le devolvió la mirada con espanto.

—Dios santo. —Se recompuso con rapidez—. Tendría que ver sus libros de cuentas, pero antes de nada, ¿qué ha pensado usted?

—Contratar a un detective privado que localice al señor Pierce y lo traiga del pescuezo.

—No creo que deba priorizar la venganza.

—No priorizo la venganza, sino recuperar el dinero que le debo a mis trabajadores.

—¿Qué le garantiza que aún lo tiene? Si yo fuera él, ya me lo habría gastado o lo habría puesto a buen recaudo. No lo llevaría encima. Así, si se confirmara el peor de los casos y me encontrara, no podría usted requisármelo.

—Tiene razón —cedió a regañadientes.

—Si las cuentas están en un momento crítico —prosiguió, pensativa—, tendría que sacrificar o bien el ganado o la siembra. Lo bueno es que todo apunta a que será un verano lluvioso. Agua no faltará para que los animales estén sanos y la tierra se regenere.

Heather se detuvo al llegar al puente de piedra que separaba el casco histórico de las casitas repartidas a orillas del río. El río en cuestión era la prueba de que no mentía: semejante caudal solo podía ser obra de lluvias copiosas y continuadas.

La vio apoyar la cesta de mimbre sobre el borde del puente y girarse hacia él en una pose desenfadada para listar los beneficios y las contrariedades de mantener el ganado o bien las cosechas. Grenville, que razonablemente había dudado en un principio de los presuntos conocimientos de una mujer, se vio de pronto inmerso en una detalladísima y muy acertada descripción de los sistemas de cultivo norteños, las tragedias a las que se vería obligado a hacer frente en el peor de los casos e incluso a cuánto se vendía la libra de carne en los mercados locales.

Por supuesto, cerraba cada uno de los puntos con una conclusión de lo más inteligente que Grenville, después de cuestionar para, sobre todo, poner a prueba su paciencia y su sabiduría, terminaba suscribiendo.

Heather Auckland tenía una cara oculta. Una que se regocijaba en su propio talento. Su empeño en aconsejarlo era conmovedor, pero Grenville intuyó gracias al brillo ambicioso de sus ojos que lo hacía para demostrar su valía y no por caridad. Fuera como fuera, se mostró agradecido por iluminar un túnel al que no le veía el final. Hasta se divirtió con algunas de sus bromas, que, aunque habrían lucido mucho más en boca de un hombre adulto, no se podía negar que fueran ingeniosas.

Grenville se sintió extraño cuando, tras la charla, se quedaron apoyados en el borde del puente admirando las ondas del agua. La tarde anterior había regresado a sus aposentos con la sangre ardiendo, obligándose a recordar la cara descompuesta de Heather para no ir tras ella y desnudarla. En ese momento, en cambio, miraba a la joven, su mismo rostro, su mismo cuerpo, rostro y cuerpo que le habían hecho gemir de pasión, y celebraba su presencia y su auxilio como los de una buena amiga.

Quizá se debiera a que les quedaba muy lejos el ambiente caldeado que había estado a punto de consumirlos.

En el fondo se alegraba. No era la clase de hombre que trataba a las jóvenes solteras y huérfanas, como Heather se había descrito —él añadiría el adjetivo ya implícito en esa definición: vulnerable—, como si tuviera derechos sobre ellas. Tampoco se había dado nunca la oportunidad. Había sido fiel a lady Sunningdale desde su temprano casamiento hasta el día de su muerte, y por un momento había creído, desesperado por su propio pesimismo, que jamás volvería a sentir nada parecido por una mujer.

Heather Auckland le había demostrado en el preciso instante en que la vio que un futuro célibe quedaba fuera de toda cuestión.

El deseo había regresado a él como las golondrinas en otoño. No significaba que fuera a hacer algo al respecto, pues Heather había dejado clara su postura. No obstante, le complacía saberse capacitado para anhelar a una mujer tan distinta de aquella que, en el punto más álgido de su resentimiento, se había alegrado de enterrar.

—Gracias por sus consejos, señorita Auckland —le dijo, girándose hacia ella—. Le estrecharía la mano si no estuviéramos en medio de la calle.

Heather sonrió, y le pareció una sonrisa distinta.

Quizá fuera el influjo del sol. No la había visto aún bajo una intensa luz blanca.

Seguía siendo bonita, pero prefería su nostalgia bajo un cielo nuboso.

—Si me necesita, solo hágamelo saber. Estaré más que dispuesta a ayudarlo a recuperar su empresa. A eso y solo a eso —especificó en voz baja, advirtiéndolo con la mirada.

Grenville aceptó con deportividad la pulla y la despidió con un cabeceo educado.

No era el fin del mundo, se dijo. El beso para él se quedaría. Si no volvía a repetirse, ¿qué importaba? Había viajado a Ayton Bay para alejarse de la humanidad, y la humanidad incluía a las mujeres.

Eso sería lo mejor.

Sí, eso sería lo mejor.

Capítulo 9



—¿Por qué demonios no me has dicho que el duque de Sunningdale te ha besado?

Heather estaba acostumbrada a que Harry anunciara su regreso con coletillas de lo más originales. Era enemiga de los simples «buenos días». Hasta la fecha la había sorprendido con anécdotas —«Hasta hace un instante te estaba esperando un excremento del Señor Zarpas en la alfombra del salón; por suerte para ti, mi zapatilla ha tenido la gentileza de traerla hasta tu dormitorio»—, advertencias —«Si Ernest vuelve a dirigirse a mí como "el búfalo americano", le demostraré de una embestida que no podría haber elegido mejor bestia con la que compararme»— y hasta con insinuaciones que la habrían convertido en cómplice de asesinato de haber sido llevadas a cabo —«¿Tú crees que si cada día echara un poco de arsénico en el té de la señora Beckett se daría cuenta de que la estoy envenenando?»—, pero nunca con una acusación que implicara al caballero más importante del pueblo.

Heather tuvo que hacer un esfuerzo por mostrarse indiferente al reproche.

No pudo evitar sonrojarse, sin embargo.

—En el caso de que eso hubiera sido así —empezó con tiento, sin despegar la vista de su bordado—, ¿por qué debería habértelo contado?

—¡Para facilitarme el trabajo! ¡No puedo ofrecer una interpretación creíble si me falta información sobre mi personaje!

Heather estuvo a punto de suspirar.

Uno no debía hacer preguntas para cuya respuesta no estuviera preparado.

Habría preferido seguir en la inopia, pero su hermana no le dejó otro remedio que enfurecerse por su insolencia.

—¿Interpretación creíble? Harriet Auckland, recuerdo haberte dicho con claridad que no iba a participar en tus planes de engaño.

—Me lo dijiste —reconoció con un cabeceo. «Ahora viene el pero»—, pero no actuaste en consecuencia. Por lo que se ve, fuiste a Allendale Lounge y te hiciste pasar por la rubia que se abalanzó sobre él en la verbena. Ahora yo me hago pasar por la rubia que se le abalanzó en su propia casa. ¿Cuál es el problema?

—Me alegra que al menos admitas que lo que ocurrió en la verbena fue un abalanzamien... —Perdió la voz al asimilar la segunda acusación—. ¡Yo no me abalancé sobre nadie!

—Lo sé, eres una mujer honesta y todo eso. —Harry sacudió la mano con impaciencia—. O esa es la opinión que él tiene de ti. Tendrías que haberlo visto deshaciéndose en disculpas. Evidentemente, yo también tuve mucho que ver con que se sintiera avergonzado. ¡Le saqué los colores a lo grande! —Se dejó caer sobre el diván de enfrente, junto al tocador, y se repantigó entrelazando los dedos tras la nuca con una sonrisa satisfecha—. ¿No te resulta de lo más placentero poner a un arrogante en su sitio?

—¡No, porque no se me ocurriría hacer algo semejante! Harriet, si no desvelé tu identidad al ir a pedir disculpas en tu nombre —recalcó con retintín—, no fue para que siguieras haciendo lo que te venga en gana.

—Descuida, no te he abochornado en la mañana de hoy. De hecho, creo que el duque se ha ido pensando que detrás de tu cara bonita se esconde un auténtico genio. He estado

aconsejándole sobre sus finanzas. —Apoyó los dedos entrecruzados sobre el vientre y tamborileó la punta del zapato contra el suelo. Pensó en voz alta—: Espero que lleve a cabo mis sugerencias. Son absolutamente brillantes.

—¿Aconsejándole sobre sus finanzas? —Por más que intentaba no escandalizarse, Harriet se lo estaba poniendo difícil—. ¿En qué momento te parece buena idea acercarte al duque de Sunningdale para decirle cómo debe llevar sus negocios?

—En el momento en que se interesa por mi opinión. —Entornó los ojos—. Tiene que respetarte de veras y sentir una gran debilidad por ti. No parece la clase de hombre que acepta la ayuda de cualquiera.

—No cambies de tema. Estoy enfadada contigo, Harry.

Si no conociera a su hermana, pensaría que arrugaba la frente, denotando incomprensión, para crispar sus pobres nervios. Pero lo más probable era que Harriet no entendiera por qué sus tejemanejes, además de ser absurdos, ponían a la mayor en un aprieto.

Tan avispada para unas cosas y tan despistada para otras.

—¿Es porque lo quieres para ti?

Heather se pellizcó el puente de la nariz.

—¿De dónde has salido tú, criatura de Dios? —clamó al cielo, al límite de la paciencia. Si el reloj no se equivocaba, Harriet no llevaba ni tres minutos en el dormitorio—. Por supuesto que no lo quiero para mí. Y por si no te has dado cuenta, el duque es un ser humano, no un juguete.

—¿Las mujeres podemos ser posesiones, pero los hombres no? —retrucó con las cejas enarcadas.

«Ah, qué rápida y qué lista es cuando le conviene ganar una discusión».

—No tergiverses para tu beneficio. Solo para que quede claro una vez más, no usurpes mi identidad para flirtear con el duque de Sunningdale. ¿Me has entendido?

Harriet le sostuvo la mirada con aire conspirador. Fuera lo que fuese que estuviera pensando, sería sabio temerlo. En esa mente se había cocido la caída del Imperio romano de Occidente.

Dejó el bordado sobre la cama, sabiendo que necesitaría las dos manos libres para contener a Harriet Auckland.

—Estabas molesta antes de que llegara —advirtió su hermana en tono meditabundo—. De hecho, ahora que me paro a pensar...

—No te pares. Sigue tu camino. Con la mente en blanco, a poder ser.

—... esta mañana no te has levantado suspirando, como sueles hacer. Ayer, cuando volviste, te negaste en rotundo a darme explicaciones sobre lo ocurrido. Estabas tan alterada que no insistí, temiendo que el duque se hubiera ensañado contigo por mi culpa...

—Cosa que sucederá tarde o temprano si no dejas de presentarte como Heather Auckland.

—Y anoche —prosiguió, ignorándola—, en lugar de leer unas páginas para conciliar el sueño, estuviste dando vueltas en la cama. Como si algo te atormentara.

—Por supuesto que algo me atormenta. ¡Algo de tu estatura!

—Debió suponerte toda una conmoción que un hombre distinto de Bishop te besara. Y también una experiencia nueva. Incluso excitante.

Le lanzó una mirada elocuente, levantando las cejas hasta tres veces seguidas.

El corazón le dio un vuelco como si la hubieran descubierto haciendo algo indebido.

—¿Qué sabrás tú de besos como para llamarlos excitantes?

—Sé que el duque ha justificado su atrevimiento alegando que te vio muy dispuesta. ¿Estabas muy dispuesta, hermana mía?

—¿Dijo eso? —exclamó con voz aguda—. ¿Con el «muy»?

—Creo que dijo «bien dispuesta» —meditó, frotándose la barbilla—. Mis acusaciones le ofendieron más de lo que se atrevió a expresar con palabras. Apuesto a que no había contado con tener que suplicar el perdón de una mujer que se había mostrado tantísimo entusiasmo.

—¡Deja de hacer esas insinuaciones! ¡No hubo entusiasmo alguno! —rezongó, ruborizada. Harriet se mordió el labio para no romper a reír—. ¿Te divierte que difamen a tu hermana mayor?

—Mayor por cinco minutos. ¡Y no es eso! ¡Me hace feliz que todo fluya! Heather. —Se levantó precipitadamente, como lo hacía todo, y se arrodilló ante ella para tomarla de las manos —. Se siente atraído por ti. ¡Por ti! Y es evidente que tú te sientes atraída por él.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —se burló—. ¿Vas a decirme que Grenville Allendale, duque de Sunningdale, es desagradable a la vista?

Heather tuvo que apartar la mirada. De lo contrario, Harry leería en su expresión una verdad tan bochornosa como que había pasado la noche entera recreándose en todas las virtudes del duque; las que se veían y las que no.

Tenía razón. Heather estaba de muy mal humor, y su falta de descanso guardaba relación con lo que Grenville Allendale resultaba a la vista: una fantasía hecha realidad. El tacto de sus labios, como una caricia de seda; su firme abrazo, apretándola contra un cuerpo masculino que la había hecho temblar.

El beso seguía latiendo dentro de ella.

Heather estuvo a punto de cubrirse la cara para ocultar su vergüenza.

—Puede que no sea yo la muchacha más pizpireta de la zona, y puede también que evite usar los ojos para fijarme en los hombres porque me parece una pérdida de tiempo —insistió Harriet, pendiente de cada parpadeo de Heather—, pero Sunningdale es mucho más que atractivo.

—¿Y qué? —ladró su hermana—. La belleza y la atracción no siempre se dan la mano.

—No siempre se dan la mano, no. A veces juntan sus labios en una finca de trescientas hectáreas —se regocijó con perverso placer—. ¡Puedes ser tú la que lo induzca a pasar por el altar, Heather! ¡O la que se case con él! ¿Es que no lo ves?

La muchacha sacudió la cabeza, confusa.

Era difícil seguir el ritmo de conversación que llevaba Harriet.

—¿Cuál es la relación entre ser atractivo y ser mi marido, si puede saberse?

—Que mereces un marido atractivo —contestó, como si fuera una evidencia universal.

—Creo que, ante todo, merezco a un marido de mi elección. —Heather le apartó las manos con una mueca consternada—. ¿Has perdido el juicio? No pienso casarme con nadie que no sea mi prometido, y tú tampoco vas a casarte con un hombre valiéndote de artimañas.

—Pero os besasteis —le recordó con rencor—. Eso debe significar algo.

—Significa que el duque se tomó libertades que no le correspondían, y que yo... yo...

«Yo se lo permití porque lo deseé», estuvo a punto de contestar. Pero si se atrevía a decir eso en voz alta, entonces necesitaría Dios y ayuda —y una fusta de equitación— para quitarle a su hermana aquella ridícula idea de la cabeza.

—Yo estaba allí, simple y llanamente —resumió con hosquedad.

—¿Y no te gustaría volver?

Harriet la miraba esperanzada, como solo una niña podría hacerlo.

Incluso unió las manos en un rezo.

—Espero que no te refieras a volver a rebuscar entre mis pertenencias aprovechando que me ausento —irrumpió una voz severa. Harry se puso rígida como un palo de escoba—, porque ten

por seguro que me daré cuenta igual que me he dado cuenta ahora.

Adeline Beckett había clavado una gélida mirada de ojos castaños en la espalda de Harriet, que aún no se daba la vuelta. Lucía un flamante vestido de viaje color borgoña con el cuello alto ribeteado en celeste, a juego con las cintas que despejaban los tirabuzones de su rostro de rasgos más bien masculinos.

La madrastra era el mayor ejemplo de que belleza y atractivo no eran fuerzas equivalentes o complementarias. No se trataba de una mujer propiamente hermosa —no lo había sido siquiera en su juventud, por lo que Heather había podido apreciar en retratos familiares—, pero su metro ochenta de pura esbeltez, sus músculos de domadora de caballos y su tez exótica de tan morena llamaban la atención.

Heather la saludó con un sencillo asentimiento. Era de naturaleza optimista y evitaba suspirar a los cajones vacíos, a los vestidos remendados, a las enaguas que reutilizaban una y otra vez. Pero cuando la señora Beckett entraba en la sala, con sus prendas a la moda londinense y el impoluto aspecto de quien no se había arrodillado para fregar jamás, Heather era más consciente que nunca de su aspecto y debía rendirse a una evidencia: a su lado, su hermana y ella eran poco más que dos pordioseras.

En eso se habían quedado tras la muerte de su padre.

—Señora Beckett —la saludó Harry, sin el menor atisbo de alegría—, veo que ya ha regresado de su viaje relámpago. Ha sido tan breve que no nos ha dado tiempo a echarla de menos. Confío en que se haya divertido tanto en Beltown Manor como para volver pronto.

—Eso te gustaría a ti, niña desagradecida.

Heather abrió los ojos como platos al ver a Adeline Beckett irrumpiendo en el dormitorio con el gesto torcido por la ira. No pudo actuar con la rapidez suficiente para evitar que agarrase a Harry del moño. La sacudió con tal violencia que las horquillas salieron disparadas, y al soltarla de un empujón, Harry se derrumbó a un lado como una muñeca rota.

—¿Quién te has creído que eres para meter tus sucias manos en mi habitación? —bramó, furibunda. Estirada sobre su altura privilegiada y con Harriet hecha un ovillo a sus pies, parecía una diosa olímpica a punto de castigar a un impío—. ¿Creías que no me enteraría de que has usado unos de mis vestidos? Piensas que eres muy lista, pero no lo serás tanto si te atreves a rociarlos con tu perfume barato.

Harriet se incorporó tan rápido como se lo permitió el aturdimiento. Estaba despeinada y se había golpeado la cabeza al caer, pero su expresión no era la de una muchacha asustada.

Miraba a la señora Beckett con un desprecio estremecedor.

—Esos vestidos los ha comprado con el dinero de mi padre —le espetó, envenenada—, así que me pertenecen por derecho. Si quiero ponérmelos, usted no me lo puede impedir.

—La última vez que repetiste eso ante un abogado, desmontaron todas las teorías ridículas que tenías en esa cabeza tuya —le recordó con perverso regocijo—. ¿Te gustaría consultar a otro, solo para asegurarnos de qué es lo que te pertenece, que es nada?

—¡Me importa un bledo lo que dijera ese tipo!

La señora Beckett la calló de una bofetada que le giró la cara.

Heather se puso en pie de un salto con los puños crispados.

—No vuelva a ponerle la mano encima —siseó entre dientes.

—Haré algo peor que eso si esta hermana desagradecida que tienes vuelve a plantar un pie en mis aposentos. Debería alabarme de rodillas por permitirle vivir en esta casa siendo un animal de establo, y así es como me lo paga. Hurgando entre mis pertenencias como una vil ladrona.

—Sí, ¡estoy profundamente agradecida de ser su criada! —Harry escupió a sus pies,

temblando de rabia—. Váyase al diablo, puta.

La señora Beckett volvió a abofetearla, esta vez con tanta fuerza que Heather vio que su hermana se quedaba sin aire. La sobrevino un mareo intenso, como si la hubiera golpeado a ella, y todo cuanto pudo hacer por Harry fue interponerse entre la señora Beckett y su cuerpo tembloroso.

—Por favor, deténgase —le rogó con un hilo de voz.

—Si vuelves a hablarme así —masculló la señora de la casa, ignorando a Heather—, tendrás que atenerte a las consecuencias. Y serán consecuencias muy similares a las que te esperarán si tocas mis joyas. Esos collares que te pusiste, niña, valen más que tú. No están hechos para que los luzca una pueblerina del tres al cuarto.

Harriet se puso en pie tan rápido que Heather no la pudo detener. Se abalanzó sobre la señora Beckett con las manos por delante y toda la intención de reducirla, pero Adeline la pasaba en altura por más de una cabeza y tenía experiencia domesticando animales testarudos.

Heather no quería ni imaginarse lo que habría hecho con ella si hubiera tenido una fusta en la mano. Agarró a Harry por el cuello y la estampó contra la pared con tanta fuerza que vio cómo se le desenfocaba la vista.

—¿Querías decirme algo, Harriet? —se burló la señora Beckett, retirándose un tirabuzón del rostro. Era la única parte de su cuerpo que se había alterado durante la pelea.

—Déjela en paz —intervino Heather, al borde de las lágrimas—, se lo ruego. Solo quería estar presentable para la verbena del pueblo, nada más. Ella no tiene vestidos apropiados para lucir en público.

—¡Por su maldita culpa! —siseó Harry. Sonó estrangulada por la mano que le oprimía la garganta—. Ni se te ocurra suplicarle, Heather. Si quiere matarme, que lo haga. —Una sonrisa gélida curvó sus labios temblorosos—. Nos veremos muy pronto en el infierno.

Heather le rogó con la mirada que se callara. No convenía avivar la ira de la señora Beckett, ni mucho menos cuando regresaba de haber yacido con su amante.

Harry lo había descubierto después de una larga temporada de investigación. Haciendo las pertinentes preguntas por los alrededores, uno podía enterarse incluso de con quién se encamaba el conde de Clarence... aunque no es que el caballero en cuestión fuera discreto a la hora de llevar sus aventuras. El susodicho estaba casado con lady Pearl Bellamy, y la señora Beckett había estado unida en santo matrimonio al padre de las gemelas, pero ninguno de los dos había respetado nunca los votos sagrados.

Ese era uno de los tantos motivos por los que Harry despreciaba a su madrastra —consideraba que le había faltado el respeto al señor Auckland, como también al recuperar su apellido de soltera tras su muerte—, y por los que su madrastra la despreciaba a ella: por meterse en sus asuntos.

Heather suponía que Adeline regresaba de Beltown Manor malhumorada porque tendrían que pasar meses hasta el próximo encuentro romántico... o porque el camino de vuelta, de unas cuantas horas en carruaje, le servía para meditar sobre las ventajas que sacaría de su relación ilícita..., que no eran ningunas en absoluto.

Eso debía de hacer rabiar a una mujer tan ambiciosa y frívola como ella.

—Algún día acabaré contigo —le aseguró la señora Beckett—, eso no lo dudes. Y no dudes tampoco que nadie echará de menos a una bestia miserable como tú. Puede que incluso te haga un favor, porque te espera una larga vida de soledad y aislamiento.

Con diferencia, aquel fue el golpe que más afectó a Harry. Sus ojos se nublaron por las lágrimas de impotencia; la impotencia de no poder responder por culpa del nudo en la garganta.

Harry prefería callar a romper en llanto, y eso hizo: callar para la inmensa satisfacción de la señora Beckett.

Abandonó el dormitorio con la victoria en la mano, teniendo la gentileza de cerrar la puerta tras ella. De igual modo llegarían hasta sus aposentos los sollozos entrecortados de Harriet, con los que apostaba por que la mujer se regocijaría de lo lindo.

Capítulo 10



—No es cierto —fue lo primero que dijo Heather en cuanto se quedaron a solas. Acudió a su encuentro e intentó protegerla en su abrazo—. No morirás sola porque ni siquiera naciste sola, Harry. Yo siempre estaré contigo.

—No —murmuró. Heather tuvo que separarse para confirmar que esa voz apenas audible había salido de sus labios. Harry no sabía hablar si no era a gritos, y su actitud resignada, unida a los ojos vidriosos y el rostro enrojecido por las bofetadas, la desarmó—. Tiene razón, Heather. Tú te casarás. Si no lo haces con Bishop, lo harás con otro. Eres... amable, hogareña, y estás llena de la clase de virtudes que se esperan en una mujer. Yo...

—Por favor, Harry. —Intentó usar un tono amistoso. Su hermana no le devolvió la sonrisa—. ¿Ahora vas a sufrir un ataque de inseguridad? No es para nada tu estilo. Sabes mejor que nadie que eres brillante. Lo has dicho hace tan solo unos minutos, de hecho.

Harry clavó en ella una mirada implacable.

—Y tú, hace tan solo unos minutos, me has llamado majadera. Tranquila, no me ofende porque es cierto, pero hay a quien eso le molesta. A todos los hombres del mundo, si quieres que concrete.

Sorbió por la nariz ruidosamente. Se llevó el dorso de la mano a las fosas nasales y examinó con el rabillo del ojo que estaba sangrando.

Heather se alarmó.

—¡Harriet! ¡Estás...!

—Me voy a largar de aquí. —El anuncio cortó cualquier débil intento de Heather por curarla. Su preocupación solo aumentó al ver el rostro sombrío de Harry—. Me voy a largar a cualquier precio. Ya ves que lo he intentado otras veces, Heather. Me he escapado dispuesta a convertirme en una mujer de vida alegre para sobrevivir...

—¡Eso jamás! —se escandalizó.

—... pero tú has tenido que impedirlo —le reprochó—. Siempre frenas todos mis intentos por salir de este maldito pueblo. Y no me digas que es porque sabes que podría hacerlo de un modo honesto, porque ni siquiera tú te crees esas patrañas. Solo intentas convencerte de que puedo convertirme en la mujer de un honorable campesino para estar en paz contigo misma.

—Harry, alguien te querrá. Solo tienes que...

Se desinfló antes de pronunciar la palabra que enfurecería a Harriet.

Pero la hermana menor ya sabía qué era lo que iba a decir, y culminó por ella.

—Esperar. Solo tengo que esperar, ¿verdad? Heather... —Harry esbozó una sonrisa perturbadora—. La señora Beckett acaba de amenazar con matarme, y esto que has visto ni siquiera es lo peor que puede hacer.

Heather sintió que la sangre le bajaba a los pies.

—¿Qué?

Harriet se apartó antes de que pudiera examinarla en busca de alguna prueba de maltrato. Su hermana no soportaba la compasión ajena y jamás la practicaba consigo misma. Por eso cuadró los hombros y la enfrentó con el coraje que fue capaz de reunir dadas las circunstancias.

—Nunca he querido preocuparte y no voy a hacerlo ahora, pero la has oído alto y claro. No le

da ningún miedo acabar conmigo, como no le tembló el pulso a la hora de acabar con papá.

—Harriet... —Heather apartó la mirada—, no empieces con eso de nuevo.

Su hermana llevaba toda la vida sosteniendo que la señora Beckett se había encargado de encabritar al semental que envió a su padre al otro mundo. No se basaba en nada más que en la frialdad que Beckett había demostrado a posteriori, una frialdad ciertamente estremecedora, su pragmatismo en cuestiones económicas, que casi parecía haber solucionado antes de la muerte del señor de la casa, y en que siempre les había dado muy mala espina.

Heather prefería no pensar que vivía bajo el mismo techo que una asesina y desestimaba el argumento con una verdad que clamaba al cielo: Harriet tenía muchos pájaros en la cabeza. Pero ahora que había visto el lado oscuro de la señora Beckett, la sola posibilidad la enfrió tanto que tuvo que abrazarse.

—El único motivo por el que he regresado todas las veces que he intentado escaparme —prosiguió Harriet, mirando a su hermana con una seriedad preocupante— eres tú. No puedo dejarte a merced de esa bruja, y una parte de mí sigue soñando con recuperar de alguna manera el legado de papá. Recuperarlo o solo apartarlo de sus garras, aunque el coste sea que se pierda. Pero de un tiempo a esta parte, yo... No puedo más, Heather. No puedo esperar a que acabe la guerra, a que vuelva Bishop, y eso si me hicierais un hueco en vuestra casa.

—Por supuesto que lo haríamos —repuso, ofendida—. ¿Cómo puedes dudarlo?

—Solo hay una forma honesta de huir, y es mediante el matrimonio. Y únicamente un hombre que no me conozca en profundidad, no como lo hacen los muchachos de Ayton Bay y alrededores, se atrevería a pedir mi mano. ¿Crees que a mí no me remuerde la conciencia tenderle una trampa al duque? Por supuesto que sí. Pero si tengo que elegir entre su vida y la mía, me elijo a mí.

Heather lamentó no poder echar por tierra su argumento. Todos los habitantes de los pueblos del norte respetaban demasiado a la señorita Auckland, hija del afamado criador de caballos, como para ponerla a trabajar ordeñando vacas, y Heather jamás permitiría que cayera en desgracia vendiendo su cuerpo. Sus conocimientos, aunque vastos gracias a su curiosidad innata y al empeño de aprender, seguían siendo insuficientes para trabajar de institutriz.

No quedaba otro empleo decente a la vista. De ningún otro modo podría sobrevivir.

Heather maldecía una y otra vez a los jóvenes de Inglaterra por no tenerla en cuenta para el matrimonio. Su belleza angelical saltaba a la vista, pero una mujer de talante belicoso y con opiniones propias nunca era buen negocio.

Ni en el norte, ni en el sur. Ni en occidente, ni en oriente.

Heather se dejó caer sobre la cama con un suspiro resignado.

—Supongo que, visto de ese modo... —agachó la cabeza, avergonzada por lo que estaba a punto de decir—, podría echarte una mano en la conquista de Sunningdale. Pero solo si me prometes que seremos tan sinceras con él como lo permita el plan.

Harriet la miró inexpresiva.

Sus pensamientos parecían blindados, pero le habló con franqueza.

—No hay demasiado margen para la sinceridad, Heather.

—Lo sé —se lamentó. Intentó mantener alejado de su mente el rostro de Grenville, pero desde la tarde anterior aparecía sin ser invocado—. Te ayudaré en lo que me pidas. Estoy convencida de que Sunningdale es un buen hombre, y tú un excelente partido. Confío en que sabrá verlo, en que te valorará como candidata.

Heather se reservó lo que pensaba —«Eres una persona muy fácil de querer, Harriet, y, sobre todo, de admirar, lo que a menudo es un sinónimo de amor»—, sabiendo que su hermana haría

una de sus muecas sarcásticas. Interpretaba cada halago hacia ella como una mentira piadosa o un mensaje del mismo interés que el parte del tiempo.

—Y una vez haya amor entre los dos... —prosiguió Heather, convenciéndose a sí misma—, el engaño será lo menos importante, ¿no? Quedará en el olvido.

—Prefiero verlo desde la practicidad. Si descubre el engaño una vez casados, me encargaré de molestarle lo menos posible. Es todo cuanto puedo prometerte para evitarte un cargo de conciencia, Heather. Yo tampoco quiero ser su peor pesadilla cuando él será mi salvación.

Heather siempre había sonreído, entre exasperada y divertida, ante la solemnidad casi teatral de su hermana. Ahora se daba cuenta de que no exageraba al hablar de salvarse.

—Lo único que tienes que hacer —prosiguió Harriet— es ponerme al corriente de vuestras conversaciones y vuestros acercamientos. Si te lo encuentras por la calle, solo sé tú misma, pero teniendo en cuenta las conversaciones y los acercamientos que yo he tenido con él. No puede descubrir que hay dos de nosotras, porque tú le gustas y yo puedo serle de ayuda, y, para que eso no ocurra, no deberá encontrarse con la señora Beckett ni poner un pie en esta casa.

—La señora Beckett nunca se ha relacionado con el pueblo. Pero el pueblo entero nos conoce, y si el duque anda paseándose por ahí, tarde o temprano lo sabrá. Y no se te habrá ocurrido involucrar a nadie, ni a Misery, ni a Yocasta, ni a ningún aldeano en tu plan, ¿no?

—No, por supuesto que no.

Harriet se retiró hacia la ventana para echar una ojeada al patio delantero. La luz de la mañana, aun intensa y calurosa, tiñó su rostro de una melancolía que le revolvió el estómago a Heather.

Se puso en pie enseguida para ir hacia ella.

—¿Dónde aprendiste eso de escupir? —le preguntó en voz baja con una sonrisa—. He estado a punto de jalearte cuando le has dicho que se fuera al diablo.

Harry recuperó una chispa de su ánimo belicoso con el comentario.

—Un comerciante de Cork que pasó la semana pasada por el mercado se lo hizo a otro que había usurpado su lugar. Me pareció un gesto de lo más elocuente.

Le dolió que Harriet no la acompañara en sus carcajadas.

Volvió a mirar por la ventana, pero esta vez cambió de expresión.

—Oh, no... Maldita sea.

—¿Qué ocurre?

No tuvo que preguntarlo de nuevo. Al asomarse por la ventana, Heather vio que el Señor Zarpas, que seguramente habría estado tendido a sus anchas en el porche, trotaba con alegría hacia la valla de la propiedad. Le ladraba, exigiendo su derecho a jugar, al hombre que en ese momento pasaba por allí: nada menos que Grenville, quien echó una ojeada a la casa con curiosidad mientras acariciaba la coronilla del animal.

—Va a entrar —balbuceó Harriet entre dientes—. Maldigo a ese perro una y mil veces. Apuesto a que me ha oído tramar por lo bajo y se le tira encima al duque para arruinarme el plan.

—Si te oyera de verdad, le partirías el corazón. El Señor Zarpas te adora.

Pero era un amor no correspondido. Como le pasaba con todos los machos, fueran de la especie que fuesen, no toleraba la actitud mimosa del perro, y tampoco su incansable persecución.

De cualquier modo, no era el momento de ponerse a discutir por el Señor Zarpas. Grenville se adentraba en el jardín, interpretando la portezuela de la valla abierta como una invitación.

—¿Qué hace traspasando la propiedad privada? —se alarmó Heather—. Mucho dirá de los modales rurales y de la cortesía ducal, pero parece que se dejó la educación en Londres.

—Tienes que salir —decidió Harriet en el acto, aferrada a las cortinas. Estaba de los nervios —. Rápido. Sal antes de que la señora Beckett se adelante y llévatelo lejos. Debe de haberse ido al dormitorio a recuperar fuerzas después del viaje; al menos contamos con esa ventaja.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¡He dicho que te voy a ayudar a fingir que solo hay una señorita Auckland, no que vaya a conquistarlo en tu lugar!

Harriet la miró como si fuera corta de entendederas y se señaló la cara.

—¿Te parece que esté presentable para enamorar a mi futuro marido? No dudo que mi estado pueda despertar la compasión del duque y así acercarme un poco más a su corazón, pero preferiría que no se casara conmigo porque le doy lástima.

Heather tragó saliva.

Las bofetadas de la señora Beckett no tenían nada que ver con las que daba su difunta madre, apenas una palmadita en la mejilla de la que luego se sentía terriblemente culpable. Su violencia había dejado el rostro de Harriet inflamado.

—De acuerdo —masculló, resignada. El corazón le ardía de pensar en volver a estar a solas con el duque, pero eso no lo dijo—. Le preguntaré si quiere unirse al paseo del Señor Zarpas. Pero será la última vez que actúe en tu nombre, ¿te ha quedado claro? ¡Y no habrá flirteos por mi parte!

—Gracias al cielo. Al duque le gustan las mujeres modestas e inaccesibles, ya lo ha demostrado.

—Eso mismo. Inaccesible. —Alzó el dedo—. Y no pienso besarlo. Y si él lo intenta, lo detendré de muy mala manera.

Dicho aquello, y tras echar una última mirada a la ventana —el duque estaba a punto de presentarse en el porche—, Heather abandonó el dormitorio conteniendo el impulso de examinar su aspecto en el espejo.

Ya estaba bajando las escaleras con cuidado de no hacer ruido cuando Harriet bufó por lo bajini y masculló:

—Eso repítelo hasta que te lo creas.

Capítulo 11



Grenville estaba a punto de llamar a la puerta cuando una joven se asomó bajo el umbral. Su corazón se agitó, emocionado, al verla abrazada a su chal de andar por casa.

No hacía ni tres horas desde su encuentro en el pueblo y se alegraba de estar allí como si llevara años echándola de menos.

La intensidad de sus sentimientos le abrumó. Eso, unido a la pérdida de práctica a la hora de tratar con mujeres y a la distancia que ella había puesto para defenderse de la indecencia, hizo que vacilara antes de hablar.

—La puerta de la cancela estaba abierta, señorita Auckland —explicó apresuradamente—. Pensé que no lo sabía y me he acercado a advertirla. No me gustaría que el Señor Zarpas se escabullera y acabara matando con su entusiasmo a algún pobre aldeano.

—Descuide, excelencia. El Señor Zarpas sabe que no tiene permiso para moverse del patio si no es conmigo. Y sé que usted conoce la mínima cortesía; por eso comprenderá que le pida que, en lo sucesivo, no se adentre en la propiedad con tanta familiaridad. Soy una mujer respetable —le recordó. «Por desgracia», pensó Grenville con pesar—, y también soltera. Un codiciado viudo como usted no puede ser visto merodeando por mi jardín.

—¿Qué importa que esté codiciado? Mientras no sea usted quien me codicie, no veo dónde está el problema. Puedo ser solo un hombre visitando a una buena amiga. —Para demostrar que iba en son de paz y disimular unos estúpidos nervios, posó la mano en la cabeza del Señor Zarpas, que atendía a la conversación jadeando con la lengua fuera.

Heather le sonrió al animal con esa ternura que reservaba solo para él. No parecía molesta porque se hubiera aliado con el «hombre merodeador»: estaba sentado junto a Grenville con la lealtad de un perro de caza.

Ella se arrebujó en el chal para ganar tiempo antes de contestar.

¿Habría regresado la mujer prudente que no hablaba por hablar? ¿Eran unas disculpas sinceras lo que la apaciguaba y un comportamiento inapropiado lo que avivaba su temperamento? Nunca le temblaba el pulso a la hora de ponerlo en su lugar. Ahora, en cambio, le sonreía con moderación, como si fuera un desconocido con el que no tuviera confianza.

«Qué mujer tan desconcertante», pensaba Grenville.

No por ello le maravillaba menos.

—Si ha venido a ver al Señor Zarpas, está de suerte. Iba a sacarlo a pasear justo ahora.

—¿Por qué no lo ha llevado consigo para hacer sus recados esta mañana?

—El Señor Zarpas prefiere pasear por la playa o por el monte, no le gusta el centro del pueblo... y lamento decir que el centro del pueblo tampoco es feliz con su presencia. Las gentes de Ayton Bay no le comprenden ni le aprecian tanto como usted.

Como si el perro hubiera entendido que su dueña lo estaba defendiendo, se acercó para darle un lametón en la mano y la empujó cariñosamente por el costado con el hocico. Heather le rascó detrás de las orejas manteniendo intacta la sonrisa colmada de ternura.

Un simple «vamos» puso en marcha al animal, que se alejó trotando hacia la cancela.

Grenville sintió la mirada cautelosa de Heather sobre él.

—¿Nos acompaña, entonces?

—Por supuesto.

Se adelantó para abrir de par en par la puerta de la valla. Ella se lo agradeció con un modesto cabeceo antes de incorporarse al caminillo que bajaba a la playa.

La casa no quedaba muy lejos de la que parecía su cala preferida. Tardarían en torno a diez minutos en llegar; diez minutos que pasaron protegidos en un silencio no del todo cómplice, pero tampoco violento. Se diría que ambos se movían con el necesario recelo después de la sorprendente acumulación —en muy escaso tiempo— de afrentas y disculpas.

Grenville caminaba a su lado, casi pegado a su hombro si hubieran sido de estatura similar. Heather respingaba, desacostumbrada a la cercanía, cuando la tela de sus prendas veraniegas se rozaba sin querer. Apenas eran choques inocentes, pero ella tragaba saliva y se rascaba el cuello, tal vez con incomodidad, tal vez preocupada por los pensamientos que delataba su rostro, más transparente de lo que ella creía. Grenville podía estar oxidado en cuestiones románticas, pero haría falta ser ciego para no interpretar como un halago el rubor de sus mejillas o la excitante tensión que se había instalado entre ellos.

Aunque podría haber dedicado todo el paseo a regocijarse en su silencio, en esas coqueterías de las que tal vez ni ella era consciente —retirarse el pelo de la cara, humedecerse los labios—, Grenville puso fin a la falsa impresión de calma con una pregunta.

—¿De dónde sacó al Señor Zarpas? No es habitual ver a un perro como este en zonas donde abundan las granjas. ¿No es más habitual criar collies y pastores belgas para vigilar el ganado?

—No tengo ni la menor idea, excelencia. —Le sorprendió que ignorase la segunda pregunta. Le había dado la oportunidad perfecta para explayarse sobre sus vastos conocimientos sobre ganadería. Heather miró al Señor Zarpas con un atisbo de sonrisa—. Mi padre apareció con él en brazos hace siete años.

—Tiene ya una edad, pues, y todavía se comporta como un cachorro —observó, divertido.

—Oh, no, créame, ya ha madurado. Si lo hubiera visto jugando con mi prometido, se habría quedado asombrado...

Se le fue la voz al darse cuenta de que había mencionado el tema delicado. Como invocado, el dolor afloró en la tensión del rostro, los hombros y los dedos de las manos, que ocultó en el regazo para que no los viera crispados.

—¿Se llevaban bien? —inquirió con tiento—. Su prometido y el Señor Zarpas, me refiero.

No se tenía por un chismoso, y procuraba no caer en la indiscreción con la esperanza de que sus interlocutores le devolvieran la gracia evitando meterse en sus asuntos, pero reconocía que empezaba a no tener remedio en lo que a la señorita Auckland respectaba. Había despertado su curiosidad con su comportamiento esquivo, y anhelaba saberlo todo de ella como necesitaba respirar.

—El capitán Bishop adoraba al Señor Zarpas. Sentía auténtica devoción por él, y era correspondido en sus afectos. Los dos se descontrolaban al jugar. Acababan rebozándose por la hierba. —Su sonrisa se curvó hacia la nostalgia. Debía de tener la imagen en la cabeza—. Me alegraba no ser aún la que le lavaba la ropa, porque sacar las manchas verdes y el barro de sus pantalones habría sido toda una odisea.

—Me dijo que ya no se refería a él como su prometido —señaló Grenville. Era una descortesía interrumpir así una anécdota, pero necesitaba aclararlo. ¿Y si el beso la había ofendido debido a la existencia del compromiso? ¿Y si la había puesto en una situación complicada?—. En la verbena, ¿recuerda? Se refirió a él con tanto desprecio que compadecí al pobre hombre.

—Como ya sabe, esa noche no estaba en plena posesión de mis facultades. —Tragó saliva y

se retiró un mechón de la cara al mirar el cielo—. En mi sano juicio no me habría atrevido a menospreciarlo. Que la vida nos llevara por caminos diferentes no significa que merezca un desaire. No fue su culpa, ¿entiende? Él eligió la vida del soldado en su día y tuvo que responder a la llamada del deber.

—Aunque la dejara a usted por el camino —apostilló, sin malicia pero con el deseo de recordarle que tenía otras posibilidades diferentes de llorar por un hombre que ya no estaba.

—Aunque me dejara a mí en el camino —confirmó con voz neutra. Apretó el paso para terminar de bajar la pendiente que llevaba a la playa, aquella en la que se encontraron el primer día. Más para ella misma que para que él la oyera, murmuró—: A veces me conformo con saber que está vivo.

—¿Tiene la certeza de que lo esté?

—No. Pero a menudo fantaseo con que no ha regresado aún porque alguna responsabilidad urgente, de cualquier tipo excepto bélica, lo ha retenido en otro lugar, no porque haya sido tiroteado en el frente. Incluso si dicha responsabilidad involucra hacerse cargo de otra mujer —agregó para el asombro de Grenville, que de inmediato arrugó la frente.

—Yo no diría eso tan a la ligera, señorita Auckland. Saber que el ser amado entregó su corazón a alguien que no somos nosotros no es en absoluto agradable. Y no es tan sencillo resignarse como usted cree. —Carraspeó, incómodo con su confesión y con la mirada curiosa (pero, gracias al cielo, sutil) que Heather le dirigió. Se refugió en la contemplación del Señor Zarpas para cambiar de tema—. Mi padre tenía también un gran danés, y yo fui dueño por un tiempo de un pastor alemán hasta que mi esposa me obligó a elegir. O ella o él. Los dos no podrían habitar el mismo espacio.

—¡Qué crueldad! —exclamó Heather. Se arrepintió de su exabrupto y se disculpó con una mirada—. Lamento el comentario. No lo interprete como que tengo a la difunta duquesa por una arpía.

—No estaría muy alejada de la realidad si esa fuera su opinión. —Le sonrió, divertido, al verla conmocionada con su respuesta—. ¿Por qué le sorprende lo que he dicho? ¿Cuántos hombres casados puede haber ahora mismo en Inglaterra odiando a sus esposas?

—Estoy segura de que hay más de los que debería, pero no se me ocurrió que usted sería uno de ellos.

—¿Por qué no?

—Pienso en usted como un hombre romántico. —Encogió un hombro para restarle importancia, pero se había sonrojado—. Es la impresión que me transmite, solo eso.

Grenville aún la miró un rato después de que ella apartara la vista, avergonzada de su propia confesión. Así fue como se perdió su gesto ladino. Si llegara a conocer las barbaridades que le cruzaban el pensamiento cuando la tenía cerca, retiraría su suposición y lo acusaría de perro lascivo... como mínimo.

—No me extraña que ya se haya formado una idea sobre mí, señorita Auckland —suspiró con brío, manteniendo la marcha activa en lo que restaba del descenso a la playa—. Puede que nos conozcamos de hace tan solo unos días, pero es innegable que hayamos disfrutado de los beneficios e inconvenientes de compartir la clase de tiempo de calidad que favorece la complicidad: hasta la fecha presente, hemos discutido, nos hemos disculpado, nos hemos divertido ociosamente, hemos intercambiado confesiones e intimidades... —Dejó al aire la última palabra. Más le valía no ser demasiado obvio al referenciar el escandaloso beso, no fuera a disgustarla de nuevo—. No puedo recordar a la última persona con la que he tenido un contacto o incluso una relación tan... viva.

La palabra dejó un regusto agradable en su boca, como cuando uno hablaba de sus sueños.

—Más bien «tempestuosa» —se rio ella, cómoda ahora que él había puesto las cartas sobre la mesa. Para sacar al elefante de la habitación, convenía reconocer antes su presencia.

—Creo que «tempestuoso» tiene connotaciones negativas, y si bien no estoy acostumbrado a discutir, solucionar y cabalgar con alegría por el campo en el mismo día porque, en general, no llevo una vida de grandes emociones, no voy a negar que en el fondo me guste la novedad.

—No sé por qué pensaba que con su esposa había tenido una relación como la que describe —hizo una pausa para buscar el término adecuado—. Una de grandes altibajos.

Antes que ofenderse porque se hubiera inmiscuido en un asunto privado, sonrió para su coleto, regocijándose en que su mente la hubiera llevado a comparar su incipiente amistad con el romance que mantuvo con Louisa.

Algo dentro de ella debía saber que nunca serían meros vecinos; que había algo más.

—Todo lo que mi matrimonio pudo tener de apasionado fue siempre unilateral.

—Entonces no me equivocaba al decir que es usted romántico. —Al recibir la mirada expectante de Grenville, se explicó—. Verá... Desde muy niña asocio el romanticismo a la tristeza de la nostalgia, y nunca he dejado de percibir en usted la pena del rechazo. Los despechados nos reconocemos entre nosotros.

El atrevimiento le hizo alzar las cejas, pero no se quejó. Se lo había buscado él al permitir e incluso conducir la conversación por iniciativa propia por derroteros personales.

—¿Le parezco despechado?

—¿Acaso no sufre usted aún por lady Sunningdale? Si me equivoco, retiraré lo dicho.

—No se equivoca —respondió sin tapujos—. Milady era la clase de mujer por la que uno sufriría toda la vida.

Heather bajó la vista para comprobar que habían llegado a la playa. El calzado, que no era el apropiado para la excursión, se hundió en la arena. Con una mirada de disculpa por lo que estaba a punto de hacer, se las quitó y las llevó en la mano en su avance hacia la orilla.

—Debieron estar muy unidos.

Grenville se carcajeó al oír su murmullo pensativo.

—¿Unidos? Nada, ni siquiera el sentido común o el miedo a las habladurías, impidió a mi esposa hacer su vida al margen de mí, y me temo que no compartía conmigo ni una sola de las que eran mis aficiones o inquietudes. No nos veíamos a menudo y, cuando lo hacíamos, debíamos limitarnos a jugar a las cartas o charlar sobre superficialidades para no terminar discutiendo. —Sonrió con melancolía, y también decepción, al evocar el rostro de la difunta—. Eso no impedía que la amara desesperadamente, por otro lado.

La vehemencia de su confesión debió ser lo que activó a Heather, que dejó de contemplar el océano un instante para mirarlo a él.

—¿Cómo se puede amar a alguien a quien no se entiende y con cuyos principios no se predica? ¿No estaríamos queriendo por una razón tan superficial como insinúa que era la conversación de la duquesa?

—Al revés. Cuando no te atienes a las cuestiones materiales, que pueden ser tanto la belleza como las aficiones y sueños compartidos, sabes que estás amando por algo que va más allá del sentido común. Ese es el amor incondicional: el que celebra la existencia del otro sin esperar recibir algo a cambio. Claro que, tras mi experiencia —se obligó a continuar—, no me queda otra que sostener que el amor incondicional, aunque deba experimentarse al menos una vez en la vida, no garantiza el éxito de un matrimonio. En el día a día no es tan hermoso como describen los poetas.

Heather dejó correr un silencio para meditar sobre su argumento.

Tuvo que parecerle válido, porque no replicó.

—¿Cómo era la duquesa, excelencia?

El tacto con el que Heather había pronunciado la pregunta impidió que rescatara a Louisa de su memoria con el resentimiento acostumbrado. La joven respetaba su recuerdo, y así lo hizo Grenville.

Evocó esa sonrisa taimada que escandalizaba a la *ton* londinense y que nadie sabía de dónde había salido, si de replicar los gestos de las lectoras de la buena ventura tras una escapada a un campamento gitano o de haber sido la reencarnación de una vieja *madame* de puro y cayado; su gusto culpable y desmedido por los dulces —y cuánto le hacía reír a él la cara que ponía al ser cazada llenándose de pastas el ridículo y los bolsillos del vestido— y cómo su pose mutaba de venus sensual a madre entregada en cuanto Reddie ponía un pie en la casa.

Era el único hijo que le había permitido tener su delicada condición de salud, algo que lady Sunningdale siempre lamentó y, por rachas, la sumía en profundas depresiones. Si hubo una mujer en el mundo capaz de aunar en un solo cuerpo las tres condiciones clásicas —y, a la vez, limitantes— de la feminidad —la madre generosa, la esposa dedicada, la amante irresistible—, fue ella. Pero nunca dejó de llorar por no haber sido tan madre, tan esposa o tan amante como le habría gustado, y esto es, en la proporción adecuada para alcanzar la perfección. Louisa había adolecido de la terrible enfermedad de la insatisfacción crónica, y él se había esforzado más allá de lo humanamente posible para salvarla... Siempre en vano.

No se dio cuenta de que estaba poniendo voz a sus pensamientos. Solo cuando se fijó en la expresión atenta de Heather supo que había hablado más de la cuenta. Pero con ella resultaba demasiado sencillo abrirse, tanto así que no se preocupó.

—Ojalá alguien hablara de mí en esos términos... aunque solo fuera una vez.

Al manifestar ese deseo en voz baja, Heather abrió sin querer la caja de los truenos. Otros recuerdos no tan románticos agriaron el semblante de Grenville, que masculló:

—No era perfecta, créame.

—Yo tampoco. Ni usted. Nadie lo es.

Grenville se giró para contemplarla en silencio.

Lady Sunningdale jamás habría puesto un pie fuera de Allendale Lounge, aunque fuese para pasear a solas por la playa, con el aspecto desaliñado que presentaba Heather: mechones enemistados con un moño que se habría hecho ella misma con la mejor de las voluntades, un vestido de algodón raído y desteñido por el uso y ni una gota de perfume o polvos de maquillaje que cubrieran los defectos de la piel.

Grenville sintió que el deseo le atacaba de nuevo.

—Si usted no lo es, al menos se parece bastante a mi definición —se oyó decir, ido.

Heather se puso rígida con el comentario. Lo miró con cautela, y aunque no fue descortés al contestar, procuró sonar tajante.

—No puede decir que sea perfecta cuando ya de entrada no sabe lo que soy, excelencia.

—Tal vez no —le concedió con un cabeceo—. ¿Qué considera que debería saber sobre usted, pues? ¿Cuáles son sus grandes taras y carencias? —Ella había abierto la boca para contestar, pero Grenville se había acercado dos pasos, los dos pasos que convertían la escasa distancia en algo escandaloso, y las palabras se le habían atascado en la garganta. Él se regocijó en su poder e inquirió con falsa inocencia—: ¿No dice nada?

—No puedo pensar con claridad si usted... De todos modos, yo... —Se miró las manos un instante antes de enfrentarlo con coraje—. No creo que haya entendido lo que quería decir. No

deseo que alguien proclame desde la objetividad que no poseo defectos. En el mejor de los casos lo diría para aplacar un arrebato de inseguridad por mi parte, y, en el peor, porque no me vería tal y como soy, sino como él hubiese decidido concebirme. Cuántas veces la gente no se enamorará de alguien que no existe, de una idea que dibujaron en su cabeza y a posteriori trataron de inculcar en una mujer que inspiró su deseo. Solo querría que alguien me amara con tal fervor que mis faltas no significaran nada para él; que fuera su amor y no su intelecto lo que me ensalzara como si fuera más o mejor de lo que soy.

«No podrías ser más o mejor de lo que ya eres», pensaba Grenville, hipnotizado. «Y si lo consiguieras, entonces no habría espacio para tu magnificencia en este mundo».

—Puedo entender por qué querría ser más de lo que es. Todos deseamos o deberíamos fijarnos como meta ser mejores cada día. Pero ¿no se da cuenta de a lo que condenaría al pobre hombre si le hiciera enamorarse de alguien que no es?

—Supongo que sería una crueldad.

—Es una crueldad, se lo aseguro. Lo he vivido en mis carnes.

Heather no terminaba de picar el anzuelo cuando Grenville, con mayor o menor sutileza, difamaba a lady Sunningdale. Escogía tomar el camino recto. En lugar de echar leña al fuego, buscaba suavizar los rencores que insistía en rezumar con apreciaciones conciliadoras.

Justo como en ese momento:

—Apuesto a que la duquesa, si bien no fue como a usted le habría gustado, seguía siendo una mujer maravillosa.

—Era maravillosa —aceptó a su pesar—, pero tal vez no fuera para mí.

—Si lo que insinúa es que cometió un error al casarse con ella, excelencia, está a tiempo de enmendarse. Contraiga matrimonio con alguien que sí sea para usted.

La insinuación de una boda le trajo el recuerdo de la verbena.

Apretó los labios.

—No voy a volver a casarme jamás. Ya he cumplido con mis deberes ducales: proporcionar un heredero al título. También he conocido el amor, por lo que he saldado mi deuda espiritual. Sabiendo ahora lo que implica dolerse por la pérdida de una compañera, estaría loco de remate si buscara otra. Significaría que no he aprendido la lección, y me gustaría considerarme más astuto que el que tropieza dos veces con la misma piedra. No obstante —prosiguió, posando una mirada penetrante en Heather—, eso no quiere decir que no vaya a disfrutar de las mujeres en las dosis que me parezcan adecuadas.

Heather no arrugó el ceño con incomprensión. No era tan inocente como trataba de hacer ver, quizá para no levantar sospechas sobre las intimidades que habría compartido con su prometido. Por eso, aun sabiendo qué había insinuado pero reacia a coger el guante, inquirió:

—¿Qué quiere decir con eso?

No le dio tiempo a contestar. Heather apartó la mirada en ese momento para buscar al Señor Zarpas, que se había adelantado a ellos al localizar a un grupo de gaviotas que picoteaban los guijarros de la orilla. La temeridad del perro no conocía límites: sin contemplar las complicaciones del furioso oleaje, se había internado en el agua alegremente.

—Cielo santo —balbuceó Heather—. ¡Señor Zarpas!

Capítulo 12

La muchacha se agarró las faldas y echó a correr hacia la orilla. La brisa se llevó su chal, que acabó semienterrado en la arena. Lo llamó a voz en grito para que acudiera a ella de inmediato, pero por mucho que lo intentara y por grande que fuera el animal, o quizá justamente por eso, la corriente lo arrastraba en la dirección contraria.

Grenville se acercó con la misma preocupación cuando el perro, consciente ya de su precaria situación, comenzó a gimotear pidiendo auxilio.

—Voy al agua —anunció Heather.

Él la frenó cogiéndola de la muñeca. No fue necesario que dijese nada. Sin esperar que le diera su afirmativa, se quitó la chaqueta, la dejó en sus manos y se zambulló.

Se podía imaginar que el Señor Zarpas no sería un peso muerto fácil de arrastrar de nuevo a tierra firme. Pronto confirmó sus sospechas. Además de que al acercarse, el perro le arañó con las uñas involuntariamente —estaba intentando mantenerse a flote—, no llevaba un collar o correa de los que tirar, y le haría daño si lo agarraba de la carne. Pero no le quedó otro remedio. El Señor Zarpas lloró y se quejó, pero Grenville consiguió llevarlo a donde rompían las olas sujetándolo del pescuezo.

Allí estaba esperando una Heather que no temía mojarse.

Extendió los brazos y se arriesgó a que una ola la empapase de la cabeza a los pies para abrazar al Señor Zarpas a su llegada. El perro salió trotando de las aguas gracias al impulso que le dio la corriente, pero a Grenville y a Heather aún les azotó una ola que los mandó rodando a la orilla.

Cuando Grenville pudo abrir los ojos, escocidos por el salitre, se encontró tendido sobre la arena mojada y con una sirena recostada sobre el pecho. Heather lo miraba con una enternecedora mezcla de espanto y atracción, aunque dudaba que fuera consciente de esto segundo.

—Ese perro necesita que le enseñen a comportarse —gruñó Grenville.

Estaba demasiado cerca de su rostro. Ella respiraba con dificultad. Su débil aliento chocaba con el de él, avivando el deseo que había tratado de reprimir durante el paseo.

El corazón le dio un vuelco al fijarse en sus pupilas dilatadas. Heather estiraba los dedos, tensos por miedo a apoyarse del todo en su pecho, pero sus ojos se iban irremediablemente a los labios de Grenville.

Esto pudo con su autocontrol.

—Sabe comportarse, y sabe... sabe nadar. Le gusta el agua. Es solo que hoy... hoy ha cometido el error... hoy... Hoy ha sido más temerario de la cuenta.

—Y por lo visto usted se siente más piadosa de la cuenta, ya que le perdona su temeridad. Tendrá que disculparme a mí si aprovecho para ser temerario también.

Grenville se incorporó para tomar sus labios con un jadeo de liberación.

No sabía qué demonios tenía esa mujer que lo había vuelto loco desde el primer día, pero carecía de la disciplina para resistirse. La envolvió con los brazos y la ciñó a su cuerpo para que no moviera un músculo, y se adentró en su boca con un hambre voraz.

Heather también suspiró al devolverle el beso con idéntica pasión. Cuando se separaran, y

Grenville esperaba que eso no sucediera jamás, no conseguiría convencerlo de que él se había propasado en contra de los deseos de ella. La joven quería esa clase de atención. Su cuerpo caliente se lo decía, la lengua escurridiza que jugaba con la suya lo proclamaba; hasta los dedos que enredó en su pelo hacían una declaración de intenciones.

Grenville rodó con Heather encima para adoptar la posición dominante. No le bastaba con besarla, pero no era consciente de ello. Actuaba poseído por una fuerza superior a él cuando colocaba una rodilla entre las piernas femeninas y aprovechaba el vestido empapado, subido hasta los muslos, para presionar la erección contra su sexo. Sus débiles gimoteos, que alternaba con besos cada vez más urgentes, lo encendieron más allá de lo que creyó posible.

No le importó que estuvieran en la playa. Una playa escondida, sí, pero espacio público a fin de cuentas. No le importó dónde estuviera el Señor Zarpas, causante de la situación. No le importó nada más que fundirse con ella.

Se oía jadear sin control al abandonar sus labios y continuar la lluvia de besos a lo largo del cuello, del escote que se había movido del sitio por culpa de la ola. No le resultó difícil liberar uno de sus pechos y posar allí los labios, enroscando la lengua en torno al pezón erecto, y mordisquearlo y succionarlo como si ahí estuviera su fuente de vida. El salitre había aderezado su piel con un sabor a océano que no hacía sino confirmar que estaba enredado con una criatura de mitología.

Sabía que ella lo apartaría en ese momento. Dibujaba la línea en los besos, y le parecía muy respetable, pero cuando Heather le retiró su calor empujándolo de forma abrupta por el torso, Grenville se sintió herido, como si lo hubieran extraditado del Edén.

No supo cómo consiguió librarse de él, pero lo hizo. Heather se escabulló por debajo, culebreando, y se puso en pie a trompicones. Se cubría la boca con la mano, en shock, cuando renqueaba hasta el Señor Zarpas, que se había tumbado en la arena y jadeaba con la lengua fuera. Pero Heather no fue a consolar al perro, sino que pasó de largo mientras se peinaba ansiosamente con los dedos temblorosos.

Grenville también se levantó con dificultad y la siguió.

Se quedó a unos metros de distancia de ella por cautela.

Heather se dio la vuelta cuando pensó que estaría preparada, pero no lo estaba: toda la determinación que pretendía mostrar cuadrando los hombros se desvaneció en cuanto él se regocijó mirándola de arriba abajo.

El vestido blanco, ahora ceñido a su cuerpo, transparentaba sus contornos igual que si estuviera desnuda.

—Creí haberle dejado claro... —empezó ella, jadeando—. Creí haberle dejado claro que no puede tratarme de esta manera. No es apropiado, no es... No es justo para mí, y no... no honra ni su nombre ni su condición aristocrática cuando se excede así.

—No tenga el descaro de acusarme de aprovechado cuando responde a mis besos como si llevara toda la vida esperándolos —la advirtió Grenville, acercándose a ella.

Heather no retrocedió ni tampoco le apartó la vista. Era una mujer reservada y de pocas palabras, pero no una niña timorata. Con solo aguantarle la mirada, Grenville supo que se hacía cargo de su propio deseo.

—¿Toda la vida esperándolos? Qué arrogancia la suya —le reprochó con desdén.

—¿Tengo que besarla otra vez para demostrarle que no exagero?

—No, no tiene que... —Heather tragó saliva, intimidada por una amenaza que en el fondo ansiaba que llevara a término—. No entiendo por qué hace esto. Si necesita una mujer porque echa de menos las atenciones de su esposa, hay unos cuantos burdeles en el condado de

Northumberland que estarán encantados de ofrecerle cobijo y desahogo.

Grenville seguía caminando hacia ella con decisión.

—No necesito a una mujer. La quiero a usted.

Rodeó su cintura con el brazo y volvió a besarla. Heather apoyó las manos en su pecho, quizá con el fin de empujarlo, pero acabó agarrándose a su camisa empapada y respondiendo a los envites de su lengua con la misma impaciencia. Aquellos besos no eran propios de una señorita, sino de una mujer experimentada que entregaba sus labios por todo lo que no podía entregar su cuerpo.

Grenville la ciñó a él, maldiciendo la dichosa ropa que los separaba.

—Admítalo —le ordenó, sosteniéndola aún con fiereza; la misma que se instaló en su mirada al dirigirse a ella—. Me desea desesperadamente, y resulta que es correspondida.

Heather sacudió la cabeza, obstinada.

—¿Y eso qué importa?

—Importa porque es un milagro. ¿Cuántas veces cree que puede ocurrir esto en el transcurso de una vida? ¿Una? ¿Dos? No es habitual que un hombre y una mujer se sientan atraídos de este modo desde la primera vez que se encuentran. Me niego a renunciar a este fenómeno imparable por un tipejo que usted misma dijo que ya ni es su prometido.

En los ojos de Heather relampagueó el desprecio.

—Ha perdido el juicio si piensa que voy a sacrificar mi espera y mis sentimientos siéndole infiel al capitán Bishop.

—¿No lo ha hecho ya? —contraatacó con los ojos entrecerrados.

—Puedo ponerle fin a esto ahora mismo, antes de que pase a mayores, y sé que por un puñado de besos él jamás renegaría de mí. Tal vez sienta una... extraña y... desesperante pasión por usted, pero a él lo amo.

Se le saltaron las lágrimas al decirlo.

Grenville se habría odiado por replicar a un argumento tan respetable si no le hubiera vencido el egoísmo.

—Puede que esté muerto. O puede que nunca regrese. Y si lo hiciera, no tendría que enterarse —susurró en su oído como la serpiente que manipuló a Eva—. Dígame que sus besos la hacían sentir como los míos y me retiraré. Dígame que por él, además de amor, sentía un desbordante deseo que la empujaba a sacrificarlo todo, incluso sus principios; el mismo que siente por mí. Dígamelo y le juro por todo en lo que creo que me iré.

Heather abrió la boca con decisión.

Le habría resultado muy fácil hablar si estuviera convencida de que sí, Bishop era dueño de su corazón y de su cuerpo, pero mentir no le era tan sencillo. Y Grenville vio en sus ojos la vergüenza de tener que darle la razón. Se odiaba a sí misma en ese momento, pero él se sintió tan honrado por salir beneficiado que creyó que le estallaría el pecho.

No pudo sino recompensarla posando la boca entreabierta en la comisura de sus labios.

Heather no consiguió evitar que se le cerraran los ojos y todo su cuerpo se estremeciera de alivio.

—No entiendo qué me sucede —murmuró ella, dejando caer los brazos—. La distancia entre Nigel y yo me está afectando, y usted... usted se aprovecha de ello para confundirme.

—Una pasión como la suya, capaz de enloquecer a un hombre, no merece que la hagan esperar tanto tiempo. Usted se derrite, señorita Auckland. Usted arde... —deslizó los labios por su garganta— y yo podría consentirla como él no la consentiría jamás por su ausencia, por su falta de recursos...

—¿Consentirme? ¿De qué está hablando?

—De convertirla en mi amante.

—¡En su amante! —exclamó, indignada. Aquella palabra rompió el hechizo—. ¿Por quién me ha tomado? ¿Qué le hace pensar que renunciaría a un matrimonio, algo legítimo y respetable, para... para... retozar con usted? —Grenville se asombró y se excitó a partes iguales con su demostración de carácter, que terminó con un empujón que lo alejó de ella—. No soy la clase de mujer que se siente tentada por un puñado de joyas y unas cuantas noches de ensueño, y, desde luego, usted no podría pagar el alto precio de mis principios. Tengo esperanzas de futuro, proyectos que espero cumplir. —Lo miró de un modo que podría haberle hecho avergonzarse de su desfachatez si no hubiera seguido preso de la lujuria—. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—¿Loco por interpretar su interés por mí como una buena señal?

—Si es usted la clase de hombre que no siente remordimientos solo planteando convertir a una mujer respetable en su fulana, haría bien en ir olvidándose de mi interés. No sería usted un caballero al que respetara, y, sin respeto, no puede existir el deseo. —Se dio la vuelta—. Vámonos, Señor Zarpas.

Grenville estuvo a punto de lanzar una maldición. Se contuvo a tiempo y en su lugar alzó la voz para que ella lo escuchara.

—¿Piensa pasearse por el pueblo de esa guisa? Al menos llévese mi chaqueta, mujer de Dios... —se fijó en sus pezones erectos—, si es que tanto le importa que la crean una fulana.

No había sido el comentario más acertado, pero no se arrepintió de avivar en ella esa fiereza que la hacía abandonar, aunque fuera por un instante, la tristeza que la carcomía.

—Es usted un desvergonzado —escupió con desdén.

—No parecía molestarle ese aspecto de mi personalidad hace un minuto.

—¡Hace un minuto le tenía por un hombre honorable!

Pero Heather caminó hacia él para arrebatarle la prenda y cubrirse los pechos, sosteniéndole en todo momento una mirada en la que ardían la indignación y las últimas chispas de una quemazón sensual que no podía apagarse sin más.

Grenville todavía se relamía observándola cuando ella se marchó con paso firme, azuzando una y otra vez al Señor Zarpas para que se diera prisa.

Lejos de sentirse avergonzado por su comportamiento, Grenville sonrió como habría hecho en su juventud, disfrutando de la pillería. Y más que disfrutó cuando Heather se giró antes de perderse en el camino para mirarlo y comprobar que él la estaba contemplando con la mano en el bolsillo.

Le sonrió en la distancia y decidió que nada de malo habría en tener la última palabra.

—También es usted bellísima de espaldas, señorita Auckland. Sobre todo cuando está mojada.

El furioso rubor con el que ella le respondió antes de girarse, airada, y cubrirse las nalgas con la chaqueta, sería el recuerdo que invocaría antes de irse esa noche a la cama.

Solo, por desgracia..., pero supo que no por mucho tiempo.

Capítulo 13



Por primera vez en años, Heather decidió acompañar a su hermana al mercado.

En su día acordaron quién se encargaría de qué tareas domésticas atendiendo al carácter y preferencias de cada una. Como a Heather no le gustaba que le preguntaran por el capitán Bishop, aun a sabiendas de que la intención no era otra que procurarle consuelo en el caso de necesitarlo, y era obvio quién se saldría con la suya regateando fieramente, Harry adoptó con orgullo la obligación de hacer las compras.

Si esta vez Heather estaba dispuesta a ser asediada con preguntas que ni ella misma podía contestar, era porque su paz mental estaba en juego. Salir a despejarse se había convertido en una cuestión de vida o muerte desde que el duque la trastornara con su descarada propuesta.

—¿Que vienes conmigo? ¡De ninguna manera! —se había quejado Harry—. Si su excelencia nos ve juntas, se acabó lo que se daba.

—Para vernos, el duque tendría que salir a hacer sus recados. ¿Te parece la clase de hombre que se encarga de asuntos tan baladíes como comprar el pan?

—El otro día se presentó en carne y hueso en Merritt’s y se llevó una caja de pasteles, ¿no?

—Por una caja de pasteles de la mejor confitería del norte se movilizaría hasta el rey, y no es una exageración. No creo que se vaya a tomar las mismas molestias por un puñado de tomates frescos.

Harry aún dedicó un buen rato a tratar de disuadirla. Insistió en que era demasiado arriesgado; en que, si necesitaba tomar el aire, podía dar una vuelta por la playa, pero Heather se mantuvo en sus trece. Paseando por la cala solo recordaría con una nitidez bochornosa los últimos acontecimientos, y lo que quería era huir de sí misma, charlar con mujeres como ella; mimetizarse con el barullo de los días de mercado y olvidar el fatídico momento.

—¿Por qué tanta insistencia en acompañarme? —le preguntó Harry, mirándola de soslayo mientras caminaban hacia el pueblo. Era ella quien llevaba la cesta de mimbre colgando del codo; Heather solo la seguía en silencio sepulcral—. Llevas unos días comportándote de un modo francamente inquietante. ¿Qué es lo que te quita el sueño?

Aunque tenía presente el pacto que hicieron —ponerse al día en lo relativo al duque, y con sumo detalle—, Heather había evitado contarle los aspectos incómodos del último encuentro. No solo porque fuera complicado confesar a viva voz semejante episodio, sino porque se había planteado aceptar su proposición.

Harry no exageraba al decir que algo le quitaba el sueño. Heather se levantaba sobresaltada por las noches, sudando y con el aliento agitado, por culpa de los sueños lujuriosos en los que Grenville tenía a bien aparecerse.

No solo aparecer, en realidad, sino adueñarse por completo de la escena.

Heather vivía escandalizada por su propio comportamiento. No se atrevía a admitir en voz alta que le había vuelto la cabeza del revés porque aún no lo había aceptado ni ante ella misma.

Por fortuna, las voces de dos muchachas intervinieron antes de que Harriet siguiera insistiendo.

Porque si hubiera seguido cavando, habría acabado tocando el cofre del tesoro.

—¡Heather! —exclamó Misery. Afectuosa como era, se enganchó al cuello de la joven y la

estrechó cariñosamente—. ¡Qué alegría verte! Hacía tiempo que no te pasabas por el pueblo.

—Estábamos pensando en ir a tu casa, a riesgo de toparnos con la señora Beckett, para confirmar que no se había deshecho de ti —apostilló Yocasta, uniéndose al grupo por el otro lado. Era mucho más comedida en sus demostraciones de afecto: solo la miró de arriba abajo para comprobar que seguía de una pieza—. Nos tenías preocupadas.

Heather jamás había visto unos ojos tan cristalinos como los de Yocasta. Si la muchacha no supiera disfrazar sus secretos como el mejor espía de la Corona, sospechaba que se le transparentarían los pensamientos. En la mirada oscura de Misery, en cambio, se podía leer con una facilidad pasmosa incluso lo que había tomado para almorzar.

—Ya sabéis que es Harry quien se encarga de los recados, pero la próxima vez que saque a pasear al Señor Zarpas, os avisaré para que me acompañéis.

—¡Sí! —Misery aplaudió con ganas—. ¡Debes ponernos al día sobre los últimos acontecimientos!

—Me temo que mi vida sigue siendo tan aburrida como siempre.

Heather sintió la mirada burlona de su hermana sobre ella.

La ignoró por el bien de todas.

—En ese caso, seremos nosotras quienes te pongamos al día. —Misery cruzó los brazos sobre el regazo, aguantando la cesta por el asa—. Sé que Harry ha conocido al duque de Sunningdale, pero ¿y tú, Heather? ¿Has tenido la suerte de coincidir con él? No se habla de otra cosa.

Procuró disimular que se erizaba.

—No entiendo por qué. Solo es un hombre, y ya sabíamos que existía.

—Pero era más una leyenda que un hombre, ¡y qué hombre! —Misery suspiró, soñadora. Incluso dio unos saltitos para adelantarse al grupo y seguir hablando de espaldas al camino—. ¿Por qué no hay de esos por la zona? ¡Caballeros apuestos y educados, solteros y dispuestos a prometerse en matrimonio con mujeres que jurarían amarlos para siempre!

Heather sonrió a su pesar.

Siempre había encontrado entrañable el romanticismo de Misery.

—¿Quién dice que está dispuesto a prometerse en matrimonio? —gruñó Harry, quizá recordando el desplante sufrido en la verbena.

—¿Y es apuesto, o solo lleva bien la edad porque ha disfrutado de una vida acomodada y le viste el mejor sastre de la capital? —inquirió Yocasta, enarcando la ceja caoba—. No estoy en posición de negar su atractivo, pero habría que ver a nuestros vecinos si gozaran de esos mismos privilegios.

—Tampoco estamos en posición de negar que parte de su atractivo reside en su poder adquisitivo —agregó Harry, siempre tan práctica—, cosa de la que no pueden fardar esos vecinos nuestros.

—Así que por eso el tema del día es el duque de Sunningdale: a una le atrae su físico y la otra valora su bolsillo. Debería juntarme con mujeres que prediquen los valores cristianos, y no con este puñado de frívolas sin corazón —bromeó Yocasta, paseando su mirada calculadora por el paisaje que se atisbaba desde el sendero.

Habían empezado a trotar cuesta arriba, y desde allí ya se veía el profundo azul del mar.

—El dinero y la belleza no son más que trampas —acotó Heather. Había intentado evitar dar su opinión respecto a Sunningdale, pero aún le quemaba la indignación—. Seguro que hipnotiza con sus cualidades, y, una vez te tiene en la palma de su mano, empiezan a aflorar los defectos de los hombres de su clase: la arrogancia, el despotismo y la creencia de que pueden hacer contigo lo que deseen. —Ante la mirada perpleja de sus amigas, incluida la de Harry, se apresuró a

agregar—: O eso creo. Todos los aristócratas son iguales.

—El prejuicio tampoco es muy cristiano —acotó Yocasta—. Si ni siquiera tú te muestras imparcial respecto al forastero, Heather, yo ya me doy por vencida.

—¿Y qué es eso de arrogante? —repitió Misery, asombrada—. No lo creo así. Aunque tiene razones para creerse superior a los demás, el hombre no hace más que huir de los lugares muy frecuentados.

—Ser arrogante y asocial no son incompatibles, Missy; de hecho, yo diría que el segundo defecto es consecuencia del primero, ya que no encuentra conversadores o solo acompañantes a la altura de su intelecto —meditó Yocasta.

—¿Y que tiene razones para creerse superior a los demás? —repitió Heather—. Espero que esas razones no sean de índole moral, porque me consta que es un canalla.

Yocasta arqueó todavía más las cejas. Misery incluso detuvo el paso.

Heather estaba a punto de enmendar lo dicho para no tener que confesar sus novedades cuando Harry acudió en su rescate.

—¡Cielos, Heather! Sí que te tomaste como algo personal los insultos que me dirigió en la verbena.

Heather le agradeció a su hermana la aclaración, pero esta le hizo saber con la mirada que esperaba que más tarde le diera explicaciones.

«Maldita sea».

—¿Cómo no hacerlo? Por más atrevido que fuera tu comportamiento, no puede hablarle a una mujer de ese modo. Me da igual que se llame duque o se llame plebeyo, y me importa un rábano que estuviera casado con la dama más sensacional de Inglaterra: el resto no tenemos por qué tolerar que, por comparación, nos considere concubinas.

—¿La dama más sensacional de Inglaterra? —repitió Yocasta con una sonrisa incrédula—. No sabía que te habías aficionado al sarcasmo, querida. No habrá sido de pasar tiempo conmigo, porque te veo tan poco que es imposible que te lo haya contagiado.

—Heather, la esposa del duque era una arpía venenosa —explicó Misery, que no había cambiado de expresión en todo el paseo. Miraba a Heather con pasmo—. ¿Acaso no te has enterado de los rumores que echaron a su excelencia de Londres?

—¿Hubo rumores involucrados? —Harry apretó el paso para coger a Misery del brazo—. Cuéntamelo todo.

—¿Cómo es posible que no lo sepáis? Ya sabéis que mi primo segundo Ashley, que vive en la capital, viene de vez en cuando de visita para ver a mi abuela. —Misery esperó a que todas asintieran—. Estábamos tomando el té el otro día cuando mencioné de pasada que el duque había regresado, y Ashley, aunque es muy prudente, cabeceó dando a entender que le compadecía por lo que estaba pasando. Asumí que se refería a la viudedad, pero cuando pronunció la palabra «escándalo», tuve que indagar.

—¿Y tu tía abuela no te regañó por meter las narices donde no te llaman? —se burló Yocasta.

—¡Pues no, porque la historia no tiene desperdicio!

—A ver si adivino —se adelantó Harry—: la duquesa no murió, sino que se fugó.

—Peor. —Misery se mordió el labio—. Lady Sunningdale siempre ha tenido una salud muy delicada. Sus problemas respiratorios le impedían realizar actividades que requiriesen un gran esfuerzo físico, como cabalgar.

—¿Cabalgar? —Yocasta sonrió, socarrona—. ¿Y cómo engendró un hijo?

—¡Yocasta! —Se escandalizó Misery, ruborizada. Harry se echó a reír a mandíbula batiente —. El caso es que lady Sunningdale no se tomaba muy en serio las recomendaciones del médico,

porque la causa de su muerte fue un esfuerzo físico excesivo... en la cama de otro hombre.

A Heather se le cortó la respiración.

A su mente acudió la expresión del duque al hablar de su difunta esposa. Había reconocido el candor del afecto sincero, pero el dolor lo había empañado.

Ahora sabía por qué.

—¿Cómo? —jadeó, incrédula.

—¡Como lo cuento! Fue hallada muerta entre las sábanas de su amante. Allí fue a recogerla el duque de Sunningdale, donde por lo visto se enzarzó con el tercero en discordia. Es una historia real, contrastada por el servicio de la casa. Por lo que contaron los sirvientes, no fue un idilio de una noche. Llevaban manteniendo una relación romántica desde hacía veinte años.

—¡Veinte años! —repitió Heather.

Si no le fallaba la memoria, Grenville había contraído matrimonio alrededor de ese mismo tiempo. Todo aldeano que se preciara conocía esa información.

—¡Menuda furcia! —exclamó Harry. No en su tono habitual: acababan de llegar al mercado y hasta ella tenía reparos por que la oyeran hablar así—. ¿Cómo pudo entonces poner el grito en el cielo cuando me acerqué a él y le besé? ¡Para fulana, su mujer!

—¡Harriet! —jadeó Misery, roja hasta las cejas.

—No te hagas la inocente, Missy, que bien que pegaste la oreja cuando tu primo «el prudente» empezó a contar la tragicomedia londinense —intervino Yocasta—. Siento curiosidad por las palabras que utilizó el honorable Ashley para narrar esta aventura romántica. ¿Lo dijo así?, ¿que habían encontrado muerta a la duquesa en la cama de otro?

Heather se desentendió de la conversación en cuanto el barullo del mercado pudo sofocar sus voces.

Parecía que era la única que se solidarizaba con el dolor que habría padecido la víctima en lugar de regodearse con lo sórdido del relato. Yocasta se mofaba del relato de Ashley, que tartamudeaba delante de las mujeres; a Harriet le ofendía la hipocresía del duque, y Misery estaba entusiasmada por el carácter escandaloso de la historia; historias que no tenían la fortuna de vivir en primera persona en Ayton Bay. Heather pensaba en el momento en que el duque hubiera entrado en el dormitorio, encontrando a su mujer infiel y muerta a la vez, y ponía los cinco sentidos en compadecerlo. Lo imaginaba de rodillas junto a la cama, llorando con la impotencia que luego desahogaría contra el amante.

Comprendía ahora la combinación de sentimientos en apariencia incompatibles que habían surcado su rostro al mencionar a lady Sunningdale.

—Y hablando del rey de Roma...

La voz de Yocasta la trajo de nuevo a la realidad. Entre los puestos ambulantes de telas de calidad cuestionable y fruta fresca, el duque se alzaba como el oro entre el carbón. No solo llamaba la atención por su estatura o las exquisitas prendas que le vestían, que había procurado que le ayudaran a pasar desapercibido —sin éxito—, sino por el brillo acerado de su cabello caoba y las miradas admiradas que le dirigían.

Todo el mundo quería tener unas palabras con él.

—¡Lo sabía! —masculló Harry, aferrando el brazo de Heather con fuerza para hacerle daño. Ni Yocasta ni Misery se enteraron del murmullo—. Te dije que no era buena idea que vinieras. Ahora vas a esconderte donde sea, o te vas a volver caminando a casa, mientras yo lo distraigo... ¡o se acabó lo que se daba!

El pánico invadió a Heather al ver a su hermana echando a andar hacia el duque. La agarró del hombro antes de que diera un paso más.

—¡Espera! Hay algo que debes saber.

Harry la miró por encima del hombro.

—¿Y no me lo puedes decir luego?

—No, porque tal vez el duque... Harry, no te acerques. Y, si lo haces, no coquetees con él. Cuando salimos a pasear al Señor Zarpas, él... me pidió que fuera su amante.

«Ya está», pensó, sorprendida. «Decirlo ha sido más fácil que digerirlo».

Harry abrió tanto los ojos que Heather pudo verse con toda claridad en ellos. Justo entonces, percibió que el duque se daba la vuelta en su dirección. De un movimiento violento, agarró a Harry de la muñeca y tiró de ella para esconderla detrás de un puesto de pescado.

Su hermana la miraba como si la Virgen se le acabara de aparecer.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Por eso debes abandonar tus intenciones de inmediato. Tú misma hiciste la diferenciación entre la amante y la esposa, y el duque solo piensa en ti... en mí... —Cerró los ojos y empezó a menear la pierna, ansiosa— en *nosotras* como lo primero. No te respetará jamás como necesitas para que contemple hincar rodilla, así que...

Para su inmenso asombro —Heather aún no sabía cómo Harry se las apañaba para sorprenderla más de veinte años después—, su hermana sonrió de oreja a oreja.

—¿Has perdido el juicio? ¡Heather, es una noticia maravillosa!

Se ladeó con disimulo para vigilar al duque, que se movía entre los puestos, palpando la fruta y llevándosela a la nariz como si fuera un aldeano más. Esa faceta suya de hombre modesto la desarmó un segundo y no oyó lo que su hermana balbuceaba con entusiasmo.

Carraspeó en cuanto se encontró con la mirada expectante de Harry.

—¿Qué decías?

—¡Que es muy buena señal! ¿Tienes idea de cuántos hombres a lo largo de la historia han acabado desposando a sus amantes?

—No. ¿Cuántos?

Harry torció el gesto.

—Pues no lo sé, pero ¡seguro que muchísimos! ¡Mira a Ana Bolena! —exclamaba, extasiada —. Heather, por algún lado se empieza. La amante tiene un papel en la vida de un hombre; con la amante se mantiene una relación, y un rol y un vínculo son mejores que nada.

—¿Has perdido la cabeza? ¡No pienso ofrecerme a satisfacer sus fantasías para que tú...! Oh, Dios, viene hacia aquí. Voy a salir y le voy a contar la verdad.

—¡No! ¡Espera!

Antes de que pudiera actuar en nombre de la justicia, Heather se vio empujada por Harry hacia la carpa donde los titiriteros llevaban a cabo su función.

Capítulo 14



Todos los sábados, los feriantes aprovechaban el movimiento del mercado para montar un precario escenario y divertir a los niños con sus coloridos muñecos de trapo. Cuando Heather fue empujada entre bambalinas, ahí donde se cocía la magia que embelesaba a los pequeños espectadores, por poco provocó un desastre. Los titiriteros estaban arrodillados para que no se les viera, y cayó sobre uno de ellos que lanzó una maldición que sobre seguro no habría estado en el guion de *El enano saltarín.*

Por suerte, un segundo titiritero —que era una muchacha de rizos rubios— salvó la función improvisando otra línea mientras el primero miraba a Heather con ira.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —masculló en voz baja.

—Discúlpeme, yo... Estoy huyendo de alguien. Déjeme quedarme mientras le pierdo de vista, por favor.

De quien huía, por supuesto, era de la ira de Harry si se le ocurría asomar la cabeza.

El titiritero debió ver el verdadero horror en su mirada. O eso, o la función debía continuar a cualquier precio, porque solo masculló otra imprecación y volvió a meterse de lleno en su papel.

Con la voz en falsete, retomó los canturreos que avivaban las risas de los niños.

Heather permaneció acurrucada en una postura muy incómoda. Solo asomó un ojo entre las cortinas del escenario, suficiente para ver cómo el duque se acercaba con cautela a Harriet y entablaban una conversación. Al principio parecía un mero intercambio de cortesías, pero Heather sabía reconocer los intentos de coquetería de su hermana. Los nervios empezaron a carcomerla al ver la sonrisa ladina que le dirigía el duque, la misma que había usado contra ella para ofrecerle su cuerpo en una relación pecaminosa.

Se convenció de que estaba furiosa porque Harry hubiera decidido utilizar la nueva información para su beneficio, aun si esto la hacía quedar, además de como una mujer de vida alegre, como una persona contradictoria.

¿Qué debía estar pensando el duque al saberla dispuesta a cumplir sus fantasías, aparte de que era un miserable afortunado?

Si algo inquietó profundamente a Heather fue la extraña conexión que percibió entre los dos. Saltaba a la vista que Grenville se sentía atraído por Harry, pero ¿era porque pensaba que Harry era ella, o porque Harry le gustaba más que ella? Cuestionarse algo tan vergonzoso, algo que delataba una clarísima debilidad por él, hizo que le doliera el estómago.

Grenville no estaba al corriente de la existencia de Harry y tampoco la conocía a ella lo suficiente como para extrañarse ante ciertas actitudes, pero Heather lo odió de todos modos.

¿Cómo no se daba cuenta de que ella jamás se enrollaría un mechón de pelo en el dedo, de que nunca coquetearía con él de forma abierta, de que no lo abordaría en el mercado con ese descaro? ¿Cómo no sospechaba siquiera que había dos mujeres en el pueblo que eran como dos gotas de agua en apariencia, pero no podían ser más distintas en alma?

«Estúpido, estúpido y mil veces estúpido», lo maldijo para sí, aferrando con los puños crispados el cortinaje del escenario. No atinaba a oír lo que estaban hablando, pero no lo necesitaba para saber que su hermana estaba ridiculizándose en su nombre una vez más.

¡Y que estaba avivando las esperanzas del duque!

Pensaba que no podía ser peor cuando Yocasta y Misery se acercaron a Harry con las cestas llenas de puerros, tomates y variedades de trigo y cebada. Pese a tener el falsete del titiritero incrustado en el oído, no le costó oír a Misery, que siempre hablaba a voces.

—¡Harry, te he conseguido un...! ¡Oh, excelencia! —La teatralidad de su venia resultó incluso cómica—. No sabía que estaba usted hablando con ella, disculpe la interrupción...

—¿Harry? —Entendió que decía el duque en el movimiento de sus labios—. ¿Ese es el apodo que le ponen sus amigas?

—No, no, es que ha debido confundirse y creer que era usted mi hermano. También es alto y pelirrojo —oyó a Harry, que había alzado el tono para que Yocasta y Misery se enteraran de la situación—. Harry se ha ido a casa, queridas. Ya sabéis que no le gustan demasiado las aglomeraciones.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Misery, aturdida.

Recibió enseguida un codazo disimulado de Harry, con el que consiguió acallar sus preguntas.

—No me constaba que tuviera usted un hermano —comentó el duque—. Recuerdo que se jactaba de haber crecido sin presencias masculinas.

—Es que Harry no vive conmigo. Nunca lo ha hecho. Abandonó el nido siendo muy joven y solo viene los sábados de mercado para adquirir algunos productos que no consigue en el pueblo al que se mudó con su esposa. Misery adora a Harry —agregó, pasándole un brazo por la cintura a la aturdida muchacha. Yocasta asistía a las escena con gesto indescifrable—, ¿verdad? Le habría gustado casarse con él, pero no pudo ser.

Misery solo fruncía el ceño, incapaz de entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Quién no adoraría a Harry? —intervino entonces Yocasta. Por culpa del ruido, Heather no pudo darle la inflexión adecuada a su tono, pero apostó por que era irónico al extremo—. Es un muchacho espontáneo y muy creativo. ¡Su imaginación no tiene límites! Quizá sea más pillo de lo que le conviene, porque cuenta unas mentiras que, por largas que sean sus patas, se acaban descubriendo tarde o temprano, pero tal es su encanto que uno se lo perdona todo... —Hizo una pausa dramática—. O no.

—Ya ve que aquí se adora a Harry. Solo en este grupo, ¿eh? El resto del pueblo no lo puede ni ver, porque sus pillerías no resultaban tan adorables a los aldeanos, así que si pudiera evitar mencionarlo en lo sucesivo... —sugería su hermana.

Heather asistía a la conversación desde su escondrijo con el corazón en un puño.

Cristo redentor. La mentira se iba haciendo cada vez más grande, y ahora habían metido en el ajo a la pobre Misery, que seguía descolocada, y a Yocasta, cuyo implacable juicio moral no tardaría en aplastarlas.

Observó con alivio que el duque se despedía de Heather con una media sonrisa y continuaba su merodeo por el mercado. Apenas él se dio la vuelta, Harry rehízo sus pasos y metió la mano entre las cortinas del escenario para sacar a Heather lo suficiente para que la oyera decir:

—Tienes que llevártelo de aquí antes de que alguno de los tenderos me llame Harry. Como no cumpla con los recados de hoy, la señora Beckett se enfurecerá, y no podemos correr el riesgo de que descubra que mi hermano es en realidad una hermana.

—Harry, ¿no te das cuenta de que esta mentira es insostenible?

Harriet ignoró su tono suplicante. Yocasta y Misery también se habían acercado para averiguar de qué demonios había ido todo aquello. Yocasta en concreto vigilaba a Harriet con los brazos cruzados.

—Supongo que ahora tenemos que encontrar a un pelirrojo de dimensiones desproporcionadas para que finja llamarse Harry y mandar cartas informando a todo el pueblo de

que Harriet se ha convertido en un hombre —ironizó Yocasta—. Es eso o asegurarnos de que el duque no vuelve a poner un pie fuera de Allendale Lounge, aunque mucho me temo que unos cuantos miembros de su servicio están al tanto de la existencia de las gemelas. No tendrá ni que salir de casa para descubrir la verdad.

—No lo entiendo —balbuceaba Misery—. ¿Por qué le mentís al duque?

—Suelo estar contigo en tus planes macabros, pero hoy más que nunca, Harry, me compadezco de tu hermana por el simple hecho de compartir parentesco contigo —lamentó Yocasta.

Harriet no tenía tiempo para atender a reproches. Miró a Heather, suplicante. No tuvo ni que repetir lo que necesitaba: que alejara al duque del mercado y se ocupara de dejarlo a las puertas de Allendale Lounge, donde el peligro disminuiría, y así salvar el día y un matrimonio al que nadie le veía futuro.

Salvo Harry, por supuesto.

Pero eso parecía suficiente para seguir adelante con el plan.

—Yo ocuparé tu lugar aquí y saldré cuando no haya moros en la costa —decidió Harry, sabiendo que el suspiro de su hermana significaba que claudicaba—. Y vosotras dos, ¡ni una palabra!

Yocasta alzó las manos, transmitiendo un claro mensaje: «Dios me libre».

—No me atrevería a interponerme entre tus planes y tú, querida. Sería la forma más rápida de acabar en el cementerio, y no me perdería el final de esta historia por nada en el mundo.

—¿Qué historia? —insistía Misery, posando una mirada turbada en cada una de las presentes.

Yocasta se apiadó de ella tomándola del brazo.

—Ven, querida. Yo te explicaré de qué va todo este asunto, pero tienes que prometerme que tendrás la mente abierta.

En cuestión de segundos, Harry había ocupado el lugar de Heather entre bambalinas. No necesitaban intercambiarse la ropa: tan solo el mandil. Heather se fue anudando a la espalda el delantal azul de Harriet, pidiendo a Dios ayuda y paciencia para no regresar y estrangular a su hermana ante testigos. El titiritero había estado a punto de echar a Harry de un empujón, pero esta le había advertido que le arruinaría la función si no guardaba silencio.

Y no hacía falta conocer a Harriet en profundidad para saber que sus amenazas no eran en vano.

Heather localizó al duque en uno de los últimos puestos del mercado. Se asentaba en una cómoda llanura sin vegetación en las inmediaciones del pueblo, a tan solo unos pasos del bosque que cercaba Ayton Bay por el oeste.

Heather se armó de valor con una inspiración y se aproximó con un nudo en el estómago. Pensaba que dispondría de más tiempo para interiorizar que habría de volver a conversar con el descarado de la playa, pero él la localizó apenas unos segundos después. Estaba eligiendo los limones que se llevaría su criada, una muchacha que aguardaba tres pasos tras él, en una cesta que se acumulaba toda suerte de viandas.

El vibrante amarillo hacía destacar el brillo de sus ojos.

—Necesito que me acompañe —declaró Heather apenas llegó a su altura. Él ladeó la cabeza, interrogante—. Quiero tener con usted unas palabras... en privado.

—No sé de qué privacidad podríamos disfrutar en un ambiente como este. —Y abarcó con un ademán el mercado, abarrotado por las visitas de otros aldeanos vecinos.

—Usted solo venga conmigo.

No se aseguró de que la seguía cuando emprendió la marcha hacia la entrada al bosque.

Apenas dio unos cuantos pasos, esquivando los troncos que el verano estaba secando, tuvo que remangarse las faldas para que el barro no le manchara el borde del vestido.

Caminaba apresurada, con el corazón martilleándole en el pecho.

Lo último que necesitaba era quedarse de nuevo a solas con él sin haber tenido tiempo de preparar una buena excusa que sirviera para ocultar la desazón y el extraño regocijo que le provocaba su cercanía. Pero por el bienestar de su hermana sería capaz de cualquier cosa, incluso de exponerse a una nueva humillación.

Aunque sus atenciones no fueran, en realidad, tan bochornosas como deseaba creer.

Fantaseó con que el duque la dejaba plantada en el corazón del bosque, pero apenas se dio la vuelta, lo vio de pie ante ella con una expresión expectante.

Heather cuadró los hombros y abrió la boca para improvisar un pretexto, pero, entonces, lo único que habría salido de sus labios habría sido un gemido apreciativo.

El duque había acudido al mercado en mangas de camisa, como todo humilde aldeano. Heather había visto a más de un hombre sin chaqueta y sin chaleco: a los jornaleros, sin ir muy lejos, y hasta estaba familiarizada con el pecho masculino, pues había contemplado a Nigel en su gloriosa desnudez más de una vez.

Era ese conocimiento que una mujer honorable no debería tener el que la hizo vulnerable a sus encantos, porque aquel era un hombre encantador y arrebatadoramente atractivo.

La camisa remangada dejaba a la vista sus poderosos antebrazos, veteados de vello caoba y marcados por esas venas por las que sabía que corría sangre caliente. Sin chaleco que ciñera su cintura, parecía más ancho y vigoroso aún. La blancura de la camisa, única prenda que lo vestía, insinuaba sus músculos, aunque no tanto como en la playa, cuando se había pegado tanto a su piel que había podido ver —incluso palpar— los contornos de su pecho.

El duque se cruzó de brazos.

—¿Me va a decir por qué me ha traído aquí, señorita Auckland? Porque supongo que no me ha arrastrado al bosque para mirarme bien. Usted es demasiado respetable para eso —la pinchó con los ojos brillantes—. ¿Quería hacerme alguna otra recomendación sobre la fiesta que ha insistido en que dé en Allendale Lounge? Ya le he prometido que la celebraré, y soy un hombre de palabra... para lo bueno y para lo malo.

Harry no había tenido el detalle de informarla sobre lo que habían hablado junto a los puestos de verdura. En lugar de meterse en terreno pantanoso, como sospechaba que haría si jugaba a adivinar los detalles de esa fiesta prometida, Heather dio un paso adelante y soltó:

—Quería decirle sin que hubiera nadie delante que lamento muchísimo lo ocurrido.

El gesto socarrón del duque mudó a uno más cauteloso.

—¿A qué se refiere?

—He oído por ahí que su esposa... —Perdió la voz, incapaz de imitar la sordidez del relato. Grenville no habría podido ayudarla a encontrarla, mudo como se había quedado—. Usted sabe a lo que me refiero. Se ha comentado en el mercado en la mañana de hoy y quería que supiera que le compadezco, y que si hubiera sabido desde el principio lo que le ha traído a Ayton Bay...

Heather se calló, intimidada por el paso que Grenville había dado hacia ella.

No supo si la maravilló o la aterró el fuego que hizo arder sus ojos verdes.

—Si hubiera sabido desde el principio qué me ha traído a Ayton Bay, ¿qué? ¿Qué habría hecho? ¿Habría sido más cuidadosa a la hora de abordarme en la verbena, o, por el contrario, me habría dejado tomarla en medio de la playa para ayudarme a olvidar mi desgracia? ¿Qué es lo que habría hecho, señorita Auckland? —insistió en tono tenebroso—. ¿Tanta lástima le suscito que me ha arrastrado hasta aquí para consolarme, quizá con su cuerpo?

—¿Con mi cuerpo? —repitió, anonadada—. ¿Qué diantres le ha dado a entender tal cosa? Solo quería que supiera que me solidarizo con usted y que no puedo ni imaginarme el dolor por el que...

—No, no puede ni imaginárselo —la cortó con sequedad.

Heather le apartó la mirada, avergonzada por haber reabierto su herida.

—Lo siento si ha interpretado mis condolencias como un atrevimiento, excelencia, pero no puedo sentirlo por hacer lo que yo tengo por correcto, que es hablarle con franqueza. —Lo miró a la cara con valor—. ¿Y es que acaso usted no ha sido atrevido conmigo en ningún momento? ¿No le gusta que le paguen con la misma moneda?

—¿Cree que haber tenido consideración con mis sentimientos ha sido atrevido? —Soltó una sola carcajada. Las hojas secas y las ramas que vestían el suelo crujieron ante su avance implacable—. Atrevido habría sido que me dijera qué opina sobre las circunstancias que envuelven la muerte de mi esposa. ¿Qué es lo que ha sentido al averiguarlo, señorita Auckland? ¿Me ve ahora como un pobre viudo al que compadecer y en ningún caso como un hombre al que se pueda respetar, puesto que ni su propia esposa lo hizo? ¿O piensa que me lo merecía, ya que ando por ahí ofreciéndole mi calor a otras mujeres? Dígame... —Se inclinó sobre ella para hablarle con los párpados entornados—. ¿La tragedia me hace más o menos atractivo a sus ojos?

Heather jadeó, perpleja.

—¿Cómo puede hacer esa pregunta?

—La hago porque deseo conocer la respuesta. —Ahuecó su mejilla con la mano. El cálido contacto con su palma la sumió en una breve ensoñación—. Hay mujeres que ven a los hombres traicionados como seres débiles que no merecen amor. Y hay mujeres, en cambio, que se sienten atraídas hacia esa tristeza. Que se excitan, incluso, sabiéndolos vulnerables.

Heather jadeó.

—¡Por supuesto que no me excita su pérdida y su traición! Casi las siento como mías, porque puedo hacerme una idea del sufrimiento por el que pasó o puede estar pasando... O, al menos, así las sentiré cuando logre asimilarlas.

—¿Cuando logre asimilarlas? —Ladeó la cabeza, curioso—. ¿Qué hay que asimilar de que mi mujer amara a un hombre que no era yo y lo ocultara con maestría durante dos décadas? No es muy complicado de entender.

Heather lo miró a los ojos.

Era innegable que le quemaba. Incluso quedaban vestigios de incredulidad en el tono que usaba para describir la impudicia de su esposa.

Solo que no había sido un simple desliz, y he ahí el motivo de su desesperación.

Lo que había unido a su mujer al amante había sido el amor, una carga muchísimo más pesada que la lujuria. Detrás del sufrimiento que aún le hacía penar, estaba él, un hombre excepcional. Los ojos de un tono de verde nunca antes admirado, la nariz de un perfil romano, los labios cincelados y todos esos rasgos que, en conjunto, hacían de su imagen la más exacta definición de lo bello y lo atrayente.

—Ahí se equivoca, porque yo no entiendo por qué no habría tenido suficiente con usted —reconoció Heather con los ojos cerrados. Respiraba de forma irregular—. No entiendo por qué no habría elegido su cama para arder y también para morir.

—¿Lo dice porque le cuesta aceptar que alguien vulnerara sus votos sagrados?

—Usted sabe por qué lo digo —le reprochó con un hilo de voz, dirigiéndole una mirada afectada.

—Tal vez, pero quiero oírlo.

—¿Para enmendar su orgullo maltrecho?

—Para tener así una excusa razonable para besarla.

—¿Cuándo ha necesitado una excusa para hacer tal cosa?

—Usted, con su frigidez impostada, me obliga a buscarlas, y yo la obedezco como un vulgar esclavo porque no puedo vencer al deseo que me domina —murmuró contra sus labios, la frente apoyada en la de ella—. No me compadezca por la traición de mi esposa, señorita Auckland. Hace unos meses habría jurado que nunca volvería a desear a una mujer, y ahora lo hago fervientemente. Compadézcame más bien, pues, por su rechazo, que es lo que me tiene sin dormir desde que la vi.

Heather se estremeció al sentir la sedosa caricia de sus dedos en el cuello.

—No voy a entregarle mi cuerpo para que se sienta mejor —musitó, pero notó la vacilación en su propia voz.

—No sería el primer hombre al que se lo entrega, ¿no es así? —Le fue imposible ofenderse por lo que estaba insinuando, puesto que no era más que la verdad—. Si sabe reconocer los impulsos de la carne y entiende lo que le sugiero, los secretos hacia los que intento atraerla sin éxito, es porque los ha conocido. Los ha saboreado hasta el final.

—Sería el primer hombre que no amo al que le permito asomarse a mi intimidad —corrigió ella, con el peso echado en la firme presencia que era Grenville.

—Soy el claro ejemplo de que el amor está sobrevalorado, señorita Auckland. El amor es una mentira que no produce más que dolor; en el deseo está la verdad más ancestral. Usted lo sabe y quiere sentirlo otra vez, o su cuerpo no se abriría para mí.

Heather jadeó muy cerca del oído de él, que gruñó y la rodeó por la cintura.

Estaba en lo cierto. Heather había creído que echaba de menos cómo Nigel la hacía sentir, pero Grenville le demostraba que no era una cuestión personal. Deseaba la sensación, anhelaba la consumación de dos cuerpos atraídos, y no había existido ni existiría nunca nada que la enloqueciera más que aquel hombre. Cuando lo tenía delante, tan vital y envolvente, firme y terrenal como solo un hombre de carne y hueso podía serlo, el fantasma de Nigel Bishop terminaba de difuminarse hasta que no quedaba ni el recuerdo.

Más adelante trataría de convencerse de que lo dijo por su hermana, para que Grenville se enamorara de su lealtad y de sus halagos, pero las palabras salieron de su corazón:

—La tragedia no le hace ni más ni menos atractivo porque nunca terminaré de aceptarla. Ni yo ni ninguna mujer en este mundo habría tenido ojos para nadie que no fuera usted. Merece ser amado, como todo ser humano, pero sobre todo merece ser deseado hasta perder el sentido.

Y no esperó a que él tuviera la indecencia de besarla. Heather rodeó su nuca con los dedos, y, sin delicadeza alguna, besó los labios que eran ahora tan familiares para ella. No lo había dicho textualmente —nunca lo haría—, pero así sellaba de forma tácita su nueva condición de amante. Se ponía a los pies del hombre dolido y en brazos del que acaparaba sus sueños, dos naturalezas igual de deseables que se fundían en un solo ser.

Grenville la estrechó contra su cuerpo casi como si la amara y solo se retiró lo justo para mirarla con los ojos vidriosos, conmovido. Heather no lo sabría nunca, pero sus palabras habían sido un bálsamo para un alma en conflicto como la suya.

—Merecer su deseo, señorita Auckland, es lo único que me importa ahora.

—Lo tiene. —Tragó saliva—. Lo tiene, excelencia.

Eso fue todo cuanto Grenville necesitó para volver a saquear su boca.

Heather no había esperado que evitara contenerse: por persuasivos que fueran sus besos, no olvidaba que se encontraban en medio de la nada. Pero justo por eso, porque los arropaban las

copas de los árboles y el bosque parecía haber enmudecido para escuchar sus jadeos, el sonido de sus labios al encontrarse y separarse, Heather permitió que él la tendiera sobre el manto de hojas y continuara el reguero de besos.

Una mano atrevida le subía la falda y la enagua a la vez. Lo oyó suspirar de placer al poder tocar su piel, sin medias que molestaran. Solo por eso debía alegrarse de que no fuera una dama, sino una muchacha cualquiera con la que saciarse.

A Heather no le importó en ese momento la etiqueta que le colgarían otros de llegar a enterarse del escándalo. Ni siquiera la opinión que tendría de sí misma cuando volviera en sus cabales. El fervor con el que Grenville la tocaba la henchía de orgullo, y la vanidad femenina la empujaba incluso a gemir más alto, a hundir los dedos en la cabellera cobriza y dejarse llevar. Celebró no ser esa dama, no ser esa mujer que debía defender su honra a toda costa, porque se habría perdido la sensación que él le provocó al rozar su abultada entrepierna con la de ella.

En la playa había sido majestuoso, pero también frenético, y la había avergonzado enormemente. Ya no había preocupación, en parte porque estaban resguardados. Solo latía la urgencia de que fuera más veloz y, al mismo tiempo, paciente al prodigar sus atenciones, estremecedoras como poco.

Grenville la besó en la rodilla, en los tobillos, entre los muslos y en las ingles, y Heather empezó a temblar descontrolada. No le importaba que no se hubiera perfumado, que hubiera llegado despeinada de antemano. Sospechaba que le gustaba así, sin artificio, igual que no había nada artificioso en sus gruñidos animales y el modo en que la deseaba. Deslizaba los labios entreabiertos y la lengua por cada centímetro de su piel hasta llegar a la entrepierna.

Heather respingó, dándole sin saberlo una excusa para interrumpir los tiernos besos y girarla. Arrodillada ahora de espaldas a él, esperó con la respiración agitada a su siguiente movimiento, que fue el de desabrocharle el vestido y sacárselo con impaciencia por la cabeza.

—Gracias al cielo que ya no se llevan los corsés —susurró en su oído, al tiempo que le cubría los pechos con las manos.

Heather echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en su pecho con los ojos cerrados, gimiendo por las caricias y pellizcos que prodigaba a los pezones erectos. Entre sus brazos se sintió más bella y deseada que nunca, y no se cortó al suspirar y hacer sus peticiones.

—¿Usted no se va a quitar la ropa?

Grenville la soltó y esperó a que ella se diera la vuelta, jadeante y deseosa, para que viera cómo se deshacía de la camisa. Un par de tirones bastaron para exhibir su pecho.

Su desnudez le cortó por completo el aliento. Su pecho parecía esculpido, y no dudó en estirar la mano para cerciorarse de que era real: lo era, y también era sedosa al tacto la mata de vello que salpicaba su centro, ahí donde bajo una piel que empezaba a brillar por el sudor latía un corazón desbocado.

Heather se habría regocijado por el modo en que él la recorría ávidamente con miradas hambrientas si no hubiera estado ocupada haciendo lo mismo. Con gusto lo habría desnudado ella misma, le habría sacado las botas y quitado los calzones, pero estaba paralizada por su propia necesidad, y los movimientos de Grenville eran hipnóticos de tan sensuales.

Pensaba que ya lo había visto todo al deleitarse con la anchura de los hombros, surcados por las venas y los músculos, y cómo se iban estrechando en una cintura marcada, pero su erección le secó la boca.

No tuvo tiempo para admirar cómo se alzaba el tallo venoso entre dos muslos que eran dos veces los de ella: Grenville la rodeó por la cintura y volvió a darle la vuelta para colocarla de rodillas.

—Tienes una cara preciosa, Heather —le susurró, separándole los muslos lo suficiente para que sintiera su miembro entre las piernas, resbaladizo en cuanto se movió hacia delante y hacia atrás, creando una fricción deliciosa que la puso a temblar. Con la mano la sostuvo por la mandíbula—, pero llevo queriendo tomarte así desde que te vi por primera vez, tan digna e inalcanzable.

—¿Cómo? —atinó a balbucear.

Él respondió empujándola por la espalda para que echara el peso sobre las manos. Heather notó la humedad de las hojas. Habría olido la tierra, incluso, si él no le hubiera levantado la cabeza tomándola no muy delicadamente por el cuello.

—Así.

Grenville amenazó con enterrarse en ella de una embestida, pero tan solo introdujo la punta para desquiciarla. Heather se aferró a las hojas con las mejillas ardiendo por lo impropio de la postura y lo irresistible que se le hacía su dominación. Apenas conocía al hombre que jugaba a humedecerla hasta que chorreara entre los muslos con una advertencia de penetración, y, sin embargo, no le importaba.

—Sabía que no eras tan tímida como hacías ver; solo reservada con tus secretos... y deliciosa —susurró él en tono sugerente.

Heather reprimió un suspiro para poder responderle, y mientras lo hizo, echó las caderas hacia atrás en busca de su miembro.

—Nunca he sido tímida, excelencia. Y no es la primera vez que me postran de rodillas.

Se lo dijo mirándolo por encima del hombro. Gracias a la postura, captó el brillo perverso que despidieron sus ojos verdes. Oh, tan verdes, tan atrayentes... Grenville solo sonrió, satisfecho, pero fue una sonrisa que se tornó borrosa en cuanto la penetró hasta la empuñadura. El placer le hizo echar la cabeza hacia atrás y gruñir desesperadamente. Heather no vio más porque las sensaciones propias la ahogaron. Expulsó todo el aire de golpe, cerrando las manos en puños, y trató de controlar los temblores que la sacudieron entera. La plenitud era tal que no pudo articular palabra, ni tampoco moverse hasta que lo hizo él retirándose unos centímetros para volver a empalarla de un golpe de cadera.

Heather gimió en voz alta y murmuró su nombre con los ojos anegados en lágrimas.

Nunca habría podido reconocer cuánto había anhelado esa sensación; cuántos años se había dormido fantaseando con que un hombre sin rostro, puesto que ya no recordaba el de Bishop, la hacía sentir tan femenina y completa usando su cuerpo.

Heather sacudió las caderas.

—Más —jadeó en tono demandante.

—¿Más?

—Mucho más.

Grenville obedeció con una serie de embestidas que le robaron el aliento. El bamboleo hizo que las lágrimas que no iba a derramar acabaran saltando hacia sus mejillas, un frescor agradecido cuando le quemaba la piel de tanto fuego que llevaba dentro. Heather sintió las manos de Grenville aferradas a sus caderas. Oía el ritmo al que se empujaba, el choque inevitable de sus sexos, y la deliciosa fricción de los testículos contra su pubis. Lo notaba cada vez más grande, más hinchado, y también resbalando con cada vez mayor facilidad hasta sus entrañas.

Heather lo apretaba entre los muslos, tensando los músculos internos, y se regodeaba en su poder femenino al oírlo gimiendo sin pudor. Cuando él cubrió uno de sus pechos con la mano y lo apretó firmemente, Heather soltó un suspiro lastimero, y con este convocó un orgasmo que estuvo a punto de barrerla hacia delante. Alcanzó el clímax con una mano de Grenville en torno a

su pezón y la otra pulsando la cúspide de su sexo, ese pliegue sensible que obraba milagros.

Grenville se separó unos segundos después, tras aumentar el ritmo hasta que era prácticamente insostenible, y se derramó entre sus nalgas mascullando una imprecación.

Heather sabía cómo debía actuar a continuación. Debía levantarse, sacudirse las manchas de hierba de las rodillas y las manos, vestirse a toda velocidad y huir de allí. Pero con la cabeza embotada y todavía un nudo de agonía en el vientre, aún no decidía si positiva o negativa, no habría llegado muy lejos. Y tampoco quiso alejarse cuando él depositó un tierno beso en su hombro antes de limpiarla y cubrirla con cariño, casi como si le importara.

Heather agradeció estar de espaldas. Así no vería las lágrimas en sus ojos. Lágrimas de agradecimiento, un agradecimiento alejado de lo morboso.

Le había recordado que seguía siendo una mujer deseable, que merecía ser amada, y no un fantasma que esperaba ante una puerta a la que Nigel nunca volvería a tocar. Pero también eran lágrimas de pánico por lo aparentemente fácil que le había resultado entregarse a otro hombre: por lo poderoso que era el deseo frente a su propia voluntad, que pensó que siempre la mantendría entera.

Así que, aunque no lo hizo rápido, se vistió en silencio, y aunque no le negó la mirada, se marchó de allí con la única despedida que sentía que podía dedicarle después de un momento así: una sonrisa queda.

Capítulo 15

—¿Me está escuchando, padre? Espero que sí, porque no soy yo al que le importan el tipo de arreglos florales que se elijan para la velada.

Grenville salió de su ensimismamiento al tercer toque de atención.

Llevaba un buen rato afincado en una butaca del salón, aquella que solía ocupar su padre para fumar reposado mientras disfrutaba de una agradable lectura. Él había preferido no perpetuar los vicios de sus antepasados encendiéndose un puro, y sí estimular su imaginación dejándose llevar por sus pensamientos.

No eran pensamientos con los que un hombre debiera recrearse en presencia de su hijo. Al menos, no cuando el muchacho era avispado y sabía interpretar el aire soñador de su padre.

—A mí tampoco me importan los arreglos florales —le aseguró tras tomar una profunda inspiración. Se incorporó para mirar a Reddie con afecto—. Era tu madre la que se encargaba de ello.

—También era mi madre la que se encargaba de poner una expresión huraña en su rostro, una que no veo desde hace un par de días —apostilló, sabedor. Se deslizó hasta el borde del asiento y entrelazó los dedos sobre los muslos—. ¿Qué clase de pensamiento ha podido expulsar a la duquesa de Sunningdale de su mente?

—Quizá un pensamiento relacionado contigo, que eres lo mejor que tengo.

Reddie compuso una mueca burlona.

—No me haga reír, padre. Si hubiera estado pensando en mí, al menos me habría escuchado mientras hablaba.

—No creo que debas meterte en los asuntos personales de tu padre, Reddie.

—¿Acaso hay alguien más apropiado para inmiscuirse en ellos? Porque alguien debe hacerlo. ¿Quién le aconsejaría, si no?

Grenville sacudió la cabeza, no tan exasperado con su insistencia como hacía ver. Nada podría arruinar el buen humor con el que se había despertado. Incluso podía decirse que a una parte de él no le molestaba ni siquiera que Reddie lo mirase a la espera de un relato. Agradecía, incluso, tener la posibilidad de desahogarse con alguien.

—¿De veras crees que necesito consejo? Ya he aplicado todas las medidas que me recomendó la señorita Auckland para optimizar la producción, y todo apunta a que saldremos adelante pese al revés del señor Pierce...

Reddie esbozó una sonrisilla pilluela.

—Me preguntaba cuánto tardaría en aparecer la señorita Auckland. —Como acto reflejo, Grenville se giró hacia la puerta para confirmar que nadie había «aparecido». Reddie rompió a reír—. Me refería *en la conversación*, padre. Aparecer en la conversación. Ya le habría gustado a usted que se presentara sin avisar, ¿no?

Le habría gustado decir que Heather no haría algo así. No se expondría a que el servicio de Allendale Lounge la tomara por una buscona. Sin embargo, unos días atrás habría jurado que tampoco se atrevería a entregarle su cuerpo, y un improvisado lecho de hojas secas estaba de testigo de la unión.

Por supuesto, eso no la hacía menos respetable a ojos de Grenville, sino todo lo contrario.

La pasión de una mujer como ella era un regalo.

Grenville descruzó y volvió a cruzar las piernas, disimulando el ardor de la entrepierna.

—La señorita Auckland no llamaría a las puertas de Allendale Lounge si no tuviera un asunto urgente que tratar.

—¿No? Porque tengo entendido que no sería la primera vez que le presta una visita. —Apenas compartió una mirada con el muchacho y comprobó que sus ojos brillaban como carbones encendidos, Grenville supo que estaba perdido. Reddie había decidido averiguarlo todo, y no marcharía con las manos vacías—. ¿No cabalgaron al atardecer hace apenas unas semanas?

—Así es.

—Pues no le veo yo la urgencia a echar una carrera por sus dominios, padre —comentó con aparente desenfado—, a no ser que estemos hablando de que alguno de los dos implicados padezca el *urgente* deseo de ver a su amado.

Grenville giró la cabeza hacia el muchacho con brusquedad.

—¿Su amado? —repitió, anonadado—. ¿Qué clase de romanticismo encierra una cabalgata?

—La cabalgata, ninguno —concedió con un cabeceo—, pero la belleza del atardecer conmovería a cualquiera. ¿No es por eso que la señorita Auckland eligió esas altas horas de la tarde para venir a verle?

—La señorita Auckland no es tan retorcida.

—¿Quiere decir que no se parece en nada a las mujeres que intentaban tenderle una trampa matrimonial en la ciudad? Porque, a juzgar por su expresión al hablar de ella, padre, yo no diría que la señorita Auckland no se esté esforzando por tenerlo en la palma de su mano, igual que las otras muchas caseras de las que lleva huyendo unos cuantos meses.

Grenville le sostuvo la mirada a Reddie, que no se veía en lo absoluto avergonzado por el descaro del que estaba haciendo gala.

—Y a juzgar por tu expresión, Reddie, no parece que te importe que la señorita Auckland haya captado mi interés.

—¿Por qué habría de importarme? —Reddie se abrazó la rodilla con un aire pilluelo—. No puedo más que celebrar la existencia de quien pone a mi padre de tan buen humor. Debería haber imaginado que, siendo usted un hombre, solo necesitaba a una bella compañera para echar una galopada.

—Querrás decir *acompañante* —corrigió Grenville, repentinamente incómodo.

—Quiero decir lo que he dicho. Puedo ser joven, padre, pero no soy idiota —le recordó, sonriendo de oreja a oreja—. Sé de qué humor amanece un hombre en edad de amar cuando ha pasado la noche acompañado, y quiero que sepa que me alegro por usted. Solo me pregunto por dónde se habrá escabullido para que ni un solo miembro del servicio sospeche.

—¡Bartholomew! —le regañó en tono imperativo—. ¿Qué manera de hablarle a un padre es esa?

—Creo que lo que le irrita no es la manera, sino el contenido del mensaje, que tal vez estima inapropiado debido a mi edad... —Hizo una pausa para inspirar hondo y reclinarse en el diván, sin perder la expresión risueña—, pero puedo revisar mis formas, que de seguro son mejorables.

—No tiene que ver con tu edad. Siempre será inapropiado entablar una conversación con tu padre sobre sus mujeres.

—¿Mujeres, en plural? —Reddie se mostró interesado—. Caray, padre. Tratándose de un pueblo de menos de trescientos habitantes, ya ha tenido usted suerte encontrando no una, sino varias muchachas de su gusto. ¡Y sin apenas moverse de Allendale Lounge!

—¿Y qué, si así fuera? Si lo que te inquieta y por lo que estás tan empecinado en sacar el

tema es que temes que te proporcione una madre, puedes estar tranquilo. Mantendré mis escarceos muy lejos del dormitorio ducal.

El gesto de Reddie se suavizó, perdiendo parte de su ánimo jovial.

—Yo ya tengo una madre; distinto es que desgraciadamente se encuentre ausente. Pero sepa que no armaría una pataleta infantil si decidiera proporcionarme una madrastra. Si bien no se les da buena publicidad en los cuentos infantiles, confío en su criterio. Seguro que la dama elegida sería una joven estupenda.

—Pensaba que solo querías manipularme para asistir a eventos públicos. ¿Ahora también me induces al matrimonio?

—Hay hombres a los que estar casados les hace felices. —Se encogió de hombros—. Si usted es uno de ellos, ¿qué clase de hijo suyo sería oponiéndome a su dicha? De todos modos, padre, no interprete mi plática como una manipulación, sino como una muestra del estupendo carisma que usted mismo me ha transmitido en herencia.

Grenville rompió a reír, asombrado por el descaro de su hijo.

—Eres un pilluelo, Bartholomew Allendale.

—Y ahora que he demostrado sobradamente mis capacidades en el ámbito intelectual, ¿por qué no me libra de actividades que me harían rebajarme, como elegir los arreglos florales? Podría dar una vuelta por el pueblo para extender las invitaciones; no la de la señorita Auckland, por supuesto. Esa la tendría que entregar usted.

Grenville bufó e hizo un gesto airado con la mano.

—No necesito excusas para ver a una mujer, y ni mucho menos que me las proporciones tú. Ve a extender las invitaciones, si tan feliz te hace, pero recuerda que Haversham debe estar al caer. ¿Qué pensará tu amigo si llega y ve que no estás para recibirlo?

—Espero que piense que tenemos confianza suficiente para tomar asiento y esperar. Yo llevo haciéndolo una semana; no creo que a él le moleste que se la devuelva. —Y sonrió a la par que se puso en pie. Se sacudió los pantalones e hizo un gesto hacia la cómoda donde reposaban las elegantes invitaciones, escritas a mano por el propio Reddie—. ¿Me llevo la de la señorita Auckland? Así tendré una excusa para charlar con ella y valorar sus encantos.

—¿Por qué no valoras los encantos de una mujer en la que no se haya fijado tu padre? Y, ya de paso, vas practicando para cuando debas de casarte..., aunque algo me dice que has estado explorando el mundo femenino en tu estancia en Eton.

Reddie soltó una carcajada.

—Eton es un colegio masculino, padre, así que el mundo femenino es eso para mí: un mundo aparte, una galaxia alejada de la de los estudiantes. Lo que sí abunda en Eton es libros, así que descuide. —Le guiñó un ojo mientras colocaba las invitaciones entre el brazo y el costado—. Soy uno de esos hombres que no necesita visitar tierras lejanas para entender sus culturas; con ojear un mapa me basto.

Grenville soltó una única carcajada sarcástica.

—Y con eso que acabas de decir, querido, acabas de delatar tu ignorancia. A las mujeres no se las entiende a través de los libros porque a veces ni siquiera se las entiende cuando te hablan con claridad.

—Eso lo dirá usted, que rehúsa hablar su idioma. Suerte que el lenguaje de la belleza es universal, y de esa, usted tiene de sobra para que las mujeres hagan un esfuerzo por relacionarse.

Sacudió la mano, indicando así su despedida, y abandonó el salón principal canturreando una canción.

Reddie estaba genuinamente entusiasmado porque su padre hubiera encontrado un nuevo interés romántico. Quizá tuviera que enfurecerse porque le hubiera demorado tres, cuatro meses tras el fallecimiento de la duquesa, pero teniendo en cuenta que a su madre le tomó cinco minutos tras la boda encontrar a otro hombre para su deleite, ¿cómo iba a reprocharle al patriarca que buscara la felicidad en un lugar distinto al cementerio?

La memoria de lady Sunningdale había sido inevitablemente manchada por las malas decisiones que tomó en vida, y si bien Reddie no podía juzgarla porque la amaba con devoción, entendía que su padre se hubiera aferrado al rencor para pasar el luto, como también que deseara que el afecto de otra mujer mejorase su idea pesimista del amor.

Porque para Reddie no había nada tan maravilloso como estar enamorado. Él lo sabía —y sentía— mejor que nadie.

Antes de poner rumbo a la vivienda de la señorita Auckland, se dejó distraer por los serpenteantes caminos de Ayton Bay. Entabló conversación con los aldeanos que lo paraban y se detuvo en un puestecillo ambulante de buñuelos calientes para pagarle unas monedas al gitano que los vendía. Después pidió indicaciones para llegar a su destino, entregarle la invitación a la muchacha y, ya que estaba, conocerla personalmente para valorar hasta qué punto era conveniente.

Reddie se podía imaginar lo que pensarían en Londres si su padre decidía darle a la señorita Auckland el título de duquesa. ¿Lord Sunningdale casado con una joven de provincias, sin educación y quizá tampoco dote? No era que su padre necesitara dinero, pues pese al atraco del señor Pierce, el duque era un hombre prudente y frugal y además contaba con numerosas propiedades por Inglaterra que sumaban a su patrimonio. No obstante, si algo había aprendido de sus compañeros del colegio, de los cuales un par de precoces ya habían contraído matrimonio, era una vergüenza desposar a una mujer que no tenía suficiente valor como para ofrecer una dote a su futuro marido.

Nada más que tonterías, pensaba Reddie mientras localizaba a lo lejos la vivienda que los aldeanos le habían descrito. Quizá fuera aún demasiado joven para comprender el porqué de aquellas imposiciones sociales, que le antojaban del todo ridículas, pero para Reddie no existía nada más importante que el amor y el respeto. Si los cónyuges podían profesarse un mínimo afecto, ¿qué importaba que la señorita Auckland no hubiera nacido en Londres, no hubiese disfrutado de una temporada o no tuviese fortuna que aportar?

La localizó sentada en la mecedora del porche. Aunque sujetaba un libro entre las manos, tenía la cabeza vuelta hacia la puerta de entrada. De lejos no pudo averiguar con quién hablaba, pero se estaba comunicando a voces con alguien que no la tenía muy contenta. Reddie acababa de llegar al pueblo y no tenía ni idea de cómo era la familia Auckland, solo que la única hija le interesaba a su padre.

Comprendió por qué: se ajustaba al canon de belleza y parecía sencilla.

Reddie se detuvo una vez llegó a la valla y apoyó las dos manos. Estaba abriendo la boca para saludar a la joven cuando una segunda persona salió de la casa pisando fuerte. Reddie no dio crédito a lo que vio: una mujer idéntica a la señorita Auckland ponía los brazos en jarras y fulminaba con la mirada a quien solo podía ser su... hermana gemela.

Su padre no había mencionado a ninguna hermana gemela.

Convencido de que podía tratarse de un error, Reddie se enderezó y balbuceó:

—Señorita... ¿señorita Auckland?

Las dos se giraron hacia él; la que estaba de pie lo miró con el ceño fruncido, a punto de espetarle qué diablos estaba haciendo allí. La que estaba sentada pestañeó, extrañada, seguramente preguntándose quién era.

—Vengo de parte de mi padre, el duque de Sunningdale... —Aireó la invitación con una mano flácida. Carraspeó, incómodo por el mal presentimiento—. Se va a celebrar una pequeña velada mañana por la noche y me ha pedido que le diga que su presencia será muy bien recibida...

La señorita Auckland que estaba sentada empalideció en cuanto oyó las palabras mágicas —«duque de Sunningdale»— y se puso en pie a trompicones. El libro cayó con estrépito a sus pies, alertando al gran danés que hasta ese momento había estado roncando en un discreto segundo plano.

Reddie confirmó sus pesquisas al ver el estado catatónico de las dos. Presionó los labios para no decir una insolencia y repuso en su lugar, controlado:

—La pregunta es... ¿a qué señorita Auckland debería entregarle la invitación? Porque tengo la impresión de que, aunque mi padre no sabe de la existencia de las dos, sí que ha tenido el gusto de tratar con ambas.

La sombra de vergüenza que se apoderó de la expresión de una de ellas le confirmó lo que se estaba temiendo. Ahora comprendía por qué su padre refunfuñaba sobre las diversas facetas del carácter de la señorita Auckland, que a ratos le hacían pensar que pudieran existir dos de ellas en un solo cuerpo.

Por lo visto, no estaba del todo errado. Había dos de ellas, pero en dos cuerpos distintos.

Reddie sacudió la cabeza y dio media vuelta para volver por donde había venido, aún no sabía si decepcionado porque su padre volviera a sufrir por un espejismo o si asustado por la que sería su reacción.

Capítulo 16



—Al carajo el compromiso y al carajo mi vida perfecta.

Heather dejó de caminar de un lado para otro con el corazón en la boca y miró a su hermana pequeña sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Harry se había dejado caer con dramatismo en uno de los raídos sillones de su sala de uso personal, que era la que la señora Beckett les había endosado porque allí se acumulaban las goteras, los tablones sueltos y el mobiliario antiguo. Era la habitación que cerraba con llave cuando invitaba a alguna de sus amistades a la casa, no fuera a ser que la brisa arrastrara una mácula de polvo al glorioso salón principal.

—¿En serio solo piensas en eso? —rezongó Heather, frotándose las sienes. Una migraña amenazaba con instalarse en su cabeza.

—¿Qué se supone que debería importarme, según tú? —Harry le lanzó una mirada rencorosa. También descansaba una de las sienes en los nudillos crispados—. ¿Los sentimientos del duque? Yo no soy la que le robó unos cuantos besos, creándole esperanzas románticas. Soy la que le dio consejos para invertir dinero en sus tierras. Me he limitado a mostrarme útil y amable; tú eres la que ha querido tenerlo en la palma de su mano con carantoñas.

Heather jadeó, indignada.

—Tu descaro no es de este mundo, Harriet Auckland. ¿Cómo te atreves a reprocharme el modo en que me he dirigido a él, cuando has sido tú en todo momento quien me ha forzado a conquistarlo? Dios santo, que piense que nos hemos burlado de él... —Heather sacudió la cabeza —. Tenemos que ir a darle explicaciones. Confío en que es un hombre lo bastante razonable para comprender que nuestra situación es crítica y que... No sé qué estoy diciendo. No hay justificación posible. Todo ha sido un despropósito desde el principio.

El silencio de su hermana no hacía sino alterarla más aún. Le lanzó una mirada entre exasperada y suplicante, esperando que las sorprendiera a ambas con una brillante aunque retorcida idea para sacarlas del entuerto. Heather llevaba días deseando que todo saliera a la luz para poder volver a descansar sin que la culpabilidad la picoteara como un cuervo con la carroña; ahora, sin embargo, y después de haber compartido con Grenville semejante intimidad, se estremecía de pensar no ya en perderlo, sino en decepcionarlo.

Harriet irrumpió a tiempo sus pensamientos.

—En realidad no es el fin del mundo. —Se dio golpecitos pensativos en la barbilla—. A lo mejor la señorita Auckland se ha reservado que tiene una hermana gemela porque la detesta. Es decir... Parece que ese crío insolente ha dado por hecho que nos estábamos intercambiando, pero eso no tiene por qué ser así.

—¿De qué estás hablando? ¡Le dijiste a Grenville en el mercado que tenías un hermano llamado Harry! —se desesperó Heather, al borde de las lágrimas. Harriet, en cambio, estaba tan tranquila que incluso enarcó las cejas con curiosidad.

—¿Grenville? ¿Ahora lo llamamos por su nombre de pila? Es bueno saberlo, así no lo descolocaré con mi trato distante la próxima vez que nos encontremos y me dirija a él como «excelencia».

—¿Cómo que «es bueno saberlo»? ¡Esto se acabó, Harry! Incluso si salimos del problema, tenemos que interpretarlo como un toque de atención.

Heather tomó asiento en otro de los raídos divanes y se cubrió la cara con las manos. Temblaba de arriba abajo, no solo por el miedo a las consecuencias, sino por la pena hacia la situación de Grenville. ¿Qué estaría pensando?, ¿que el momento en el bosque no había sido real?, ¿que quiso embaucarlo en la playa?, ¿que no disfrutaba de su compañía y solo pretendía cazarlo...?

—Si tanto te preocupa, ve a Allendale Lounge, o como se llame su castillo, y averigua qué es lo que sabe y qué es lo que piensa. Ponme a caer de un burro, si crees que es necesario...

Heather alzó la barbilla para mirar a Harry con incredulidad. Llevaba un par de días comportándose de forma extraña, especialmente desapegada. También se mostraba más condescendiente que nunca, y evitaba a Heather en la medida de lo posible. Enseguida descubriría por qué.

—¿Y ya está? ¿Ahora soy yo la que tengo que solucionar el problema?

Harriet clavó en ella una mirada férrea.

—Bueno, eres tú la que se estuvo revolcando con él en el bosque. Si su excelencia se siente burlado, me disculparé, pero si tiene el corazón roto, te aseguro que no es mi culpa. Yo no te pedí que te prostituyeras para obtener sus atenciones.

Heather se quedó de una sola pieza, y en parte por eso no encontró las palabras adecuadas para preguntarle cómo diantres sabía de lo ocurrido en el bosque. ¿Los siguió? ¿Los vio? ¿Alguien se lo dijo? Descartó enseguida esta última posibilidad. Si fuera de dominio público, Heather no habría podido salir de su casa, y aun protegida en la intimidad de su dormitorio, los aldeanos se las habrían apañado para que el chisme traspasara las paredes.

El asombro dio paso a la rabia en cuanto comprendió que Harriet la estaba juzgando.

—Todo lo que he hecho, desde cubrirte en un primer momento hasta ir ahora a valorar los daños, lo he hecho por ti. Por ti —deletreó, apuntándola con un dedo acusador.

—Por favor... —Puso los ojos en blanco—. ¿Se supone que te has acostado con él para salvarme, y no porque llevas obsesionada con el duque desde que lo conoces?

—Te recuerdo que llevo prometida con un hombre...

—Detente ahí, Heather. Detente ahí. Insultas a tu propia inteligencia cuando utilizas al capitán Bishop para salir del paso. Eres mucho más lista que eso, hermana.

Harriet se levantó del sillón y pasó por el lado de Heather como una exhalación. Lo último que la mayor captó de la menor fue su mandíbula tensa y sus ojos vidriosos. Su reacción la dejó consternada, preguntándose si no había cometido un grave error. Pero en el caso de que así fuera, ¿cuál había sido con exactitud? ¿En qué se había equivocado?

Heather cuadró los hombros y buscó por todo el salón un chal para echarse a los hombros. Tenía que disculparse ante Grenville cuanto antes, porque, por más que le irritara darle la razón a su hermana, estaba en lo cierto cuando ponía sobre sus hombros la mayor parte de la carga. Sí, todo había estado orquestado por Harry, pero era Heather quien había llevado su delirio transitorio al extremo. Era a ella a quien Grenville miraba con esperanza, a la que le había confesado sus secretos, a la que besaba como si no pudiera resistirlo un solo segundo más.

Se encaminó a Allendale Lounge con el corazón en vilo y los dedos temblorosos. Se aferraba al chal como si hiciera frío cuando en realidad el día había amanecido sorprendentemente soleado. No pudo quitarse de la cabeza la expresión del pecoso Reddie al reparar en que había dos señoritas Auckland, como tampoco las lágrimas de rabia que Harry había retenido a tiempo. ¿Por qué le molestaba que hiciera todo lo posible por embaucar al duque? ¿No fue ella quien la arrojó a sus brazos, quien la animó a que aceptara su indecente propuesta?

—Buenas tardes... —Probó una sonrisa que se le torció a un lado apenas tropezó con un

empleado de las tierras ducales—, ¿dónde puedo encontrar a su excelencia?

—No tengo ni la menor idea, señorita —dijo el labriego, incorporándose con una mano presionando la zona lumbar. Se levantó el sombrero de paja que le protegía del despiadado sol—. Anda de arriba para abajo, dando órdenes a diestro y siniestro para que la velada nocturna quede para el recuerdo. Siga el camino hasta la mansión y pregunte allí a algún miembro del servicio.

Heather le dio las gracias, todavía inquieta, y se encaminó por el sendero de tierra hacia la imponente mansión ducal. El paseo era de veinticinco minutos desde que se ponía un pie en el límite de la finca. El paisaje a un lado y al otro del caminillo era de una belleza bucólica que logró apaciguar los males de su conciencia. Se notaba que los trabajadores habían cuidado de los jardines exteriores durante la ausencia del dueño. Había hombres labrando la tierra, domesticando animales de tiro, charlando con las mujeres que pasaban de un lado a otro colaborando con las tareas... A lo lejos reconoció el establo donde dio la cara por primera vez ante Grenville. Con el fin de posponer el momento y también saludar a los caballos, que eran su mayor debilidad, Heather se desvió para prestarles una visita. Nadie intentó evitarlo; todo el mundo estaba demasiado ocupado, y parecía que ese día no tocaba limpiar las caballerizas, porque no había un alma en los alrededores de la construcción.

Heather empujó con cuidado la puerta que conducía al interior y, con una sonrisa nerviosa, miró a un lado y a otro en busca de los morros de los animales. Le sorprendió toparse con que uno de ellos había sido atado al gancho saliente de la pared del pasillo, como si nada más regresar del galope, su dueño lo hubiera soltado de cualquier manera para atender una urgencia. Golpeaba el suelo con los cascos y relinchaba, encabritado. El resto parecía ajeno al nerviosismo del animal.

Se acercó con lentitud, procurando que el semental viera la mano en todo momento. Llevaba las bridas puestas, y no lo recordaba de cuando echó una carrera con Grenville. Se detuvo de pie frente a él, entre una de las caballerizas y otra, y le acarició la frente hasta que dejó de bufar. Estaba a punto de preguntarle en voz baja de dónde había salido cuando oyó un gemido humano. Heather se dio la vuelta, primero sobresaltada por el sonido, y seguidamente anonadada por lo que sus ojos captaron al asomarse a uno de los establos.

No reconoció al muchacho de cabello negro que aferraba por las caderas a su amante, pero sí las ondas cobrizas del joven que, a gatas frente a él y recibiendo los enérgicos embates de sus caderas, jadeaba entrecortado. Reddie estaba completamente desnudo y se entregaba con ansia desesperada a las embestidas del moreno, quien ni siquiera se había desanudado el elegante pañuelo de cuello.

Heather tuvo que emitir algún sonido antes de llevarse la mano a la boca, porque de pronto el desconocido alzó la mirada con la mandíbula tensa y se detuvo. Reddie giró la cabeza hacia él exigiendo una explicación que no le hizo falta en cuanto reconoció a Heather.

—Yo... yo... Lo... lo siento —tartamudeó ella, alzando una mano temblorosa. Dio media vuelta, tan confundida por lo que acababa de ver que chocó de frente con uno de los pilares de madera, con una palangana llena de heno para los animales y con el propio caballo. Su torpeza le dio tiempo a reaccionar a la pareja.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —le amenazó el moreno con voz ronca. Pero Heather, en lugar de girarse para comprobar que la miraba con rabia, echó a andar fuera del cobertizo. Tuvo el detalle de cerrar tras ella para darles intimidad a los dos muchachos.

Se apoyó contra la puerta, pálida y con el pulso disparado. Luchó por llevar aire a sus pulmones, por relajarse; a fin de cuentas, solo se había topado con una pareja en pleno coito. Sin embargo, jamás había visto... Jamás habría imaginado...

¿Siquiera era real lo que acababa de ver?

¿Y si lo había soñado?

—Señorita, ¿le importa retirarse? Tengo que reponer la alfalfa —le explicó un trabajador con las manos cargadas. Sudaba por culpa del esfuerzo de sostener el peso, pero ni por esas Heather se dignó a colaborar.

—Lo siento, señor, pero no puede... no puede entrar ahí ahora mismo. Está todo revuelto porque el caballo del invitado ha... perdido la cabeza. ¡Por poco me pasó por encima! Sería mejor que dejara la alfalfa aquí mientras busca al domador o al mozo de cuadras para que calme a la criatura... No se preocupe, que yo se la cuido. —Heather le quitó de las manos la palangana y le dirigió una sonrisa que borró de un plumazo las reticencias del trabajador, quizá porque era la sonrisa de alguien que acababa de ver algo capaz de herir su sensibilidad y toda vulnerabilidad invitaba a la compasión.

El tipo asintió y se marchó trotando con el nombre de un tal señor Jenkins en la boca, presumiblemente el del encargado de las cuadras.

Heather suspiró, aliviada, y depositó la alfalfa junto a la puerta antes de que los débiles brazos cedieran al peso. Pensó que ya le había dado tiempo suficiente a Reddie para que se vistiera, y, sin esperar unas explicaciones que en el fondo no eran necesarias, tan solo desesperada por regresar a casa antes de que la amenazaran, echó a andar por donde había venido.

Capítulo 17

Apenas había dado cinco o seis pasos en dirección al norte de la finca cuando oyó que la llamaban.

—¡Señorita Auckland! —exclamaba Reddie, alterado. Jadeaba por la velocidad a la que se habría vestido y salido al trote en su dirección—. ¡Señorita Auckland, por favor! ¡Espere un momento!

Heather pensó en continuar su camino sin mirar atrás, pero negarle la palabra a un joven que proyectaba su voz con desesperación le pareció cruel. Se detuvo, ahogando un suspiro agobiado, y se giró con una media sonrisa preparada.

—Milord. —Le hizo una reverencia.

Reddie no ocultó su irritación.

—No creo que las venias sean necesarias teniendo en cuenta lo que sabemos el uno del otro, señorita Auckland.

—No sé a qué puede usted referirse...

—Le ruego que no me trate como si fuera idiota. Me gustaría explicarle lo que acaba de ver.

—Le aseguro, milord, que no he visto nada —insistió Heather, lanzando miradas nerviosas por encima del hombro de Reddie. Este relajó la expresión como si acabara de darse cuenta de que era inofensiva. Por si acaso le quedaran dudas al respecto, ella clavó en él una mirada sincera —. De veras. No se preocupe.

—Me puedo imaginar que no tengo por qué hacerlo. He visto o más bien oído que espantaba a uno de los mozos para que no nos... descubriera. —Reddie hizo una pausa para rascarse la nuca, entre avergonzado y furioso porque su reacción tuviera que ser la del bochorno. Le sonrió a Heather con resignación—. Supongo que esa es la palabra cuando hablamos de ciertas... inclinaciones, ¿no? No nos ha encontrado, sino que nos ha «descubierto», señorita Auckland.

—A todo el mundo se le puede «descubrir» en pleno... —Carraspeó. No se sentiría cómoda hablando de temas como aquel con nadie, pero mucho menos con un joven de diecisiete años que, para colmo, era hijo de Grenville—. Milord, le aseguro que no me voy con una baja opinión de usted. Si he reaccionado con cierto... sobresalto, se debe a que no estoy acostumbrada a presenciar apasionadas demostraciones de afecto. Me siento culpable por haberles interrumpido y porque se sientan en la obligación de justificarse, nada más.

Reddie sondeó su expresión como si quisiera averiguar hasta qué punto podía confiar en ella. Heather le sostuvo la mirada a su vez, preguntándose algo muy distinto: ¿qué rasgos del conjunto de su rostro habría heredado de la madre?

Desde que supo que la difunta lady Sunningdale había convivido con un amante durante todo su matrimonio, vivía obsesionada con su figura. Al margen de los detalles que Grenville le había proporcionado, se preguntaba cómo sería físicamente, si se asemejarían en el tono de la piel, en el color del pelo... Suponía que, para hacerse una idea de su aspecto, bastaba con descartar los rasgos que Reddie había obtenido de su padre, como el verde vibrante de los ojos y el cobrizo oscuro de las cejas. La forma de las mismas, que le daba una expresión benevolente, como también la nariz respingona y la perfilada línea de los labios, que le conferían un aire femenino, debía haberlos heredado de su madre.

—Como usted comprenderá, no puedo dejarla marchar —admitió Reddie por fin, ofreciéndole una sonrisa de disculpa. Heather se apiadó del pánico que trataba disimular, del bochorno, de la rabia intensa. Era una mezcla de emociones contradictorias con la que solidarizaba porque ella misma convivía con una combinación similar desde hacía algún tiempo—. No esperaba rogarle de rodillas cuando volviera a verla; de hecho, todo cuanto quería hacer era recriminarle que se hubiera atrevido a burlarse de mi padre, pero... Supongo que todo puede cambiar en un segundo. Estoy dispuesto a olvidar lo que yo vi si usted a cambio me promete que se llevará este secreto a la tumba.

—Milord... —Heather sacudió la cabeza—, le aseguro que no iba a pedirle nada a cambio de fingir ceguera. Usted no me conoce, pero entiendo que con lo poco que sabe de mí se haya formado una imagen más bien negativa... Ahora bien: le juro por lo que usted más quiera que me ofende que crea que voy a divulgar su relación o que pienso siquiera perderle el respeto.

—Tampoco hace falta que me baile el agua, señorita Auckland, o que actúe como si lo que ha visto no fuera un delito.

—El amor no me parece ningún delito, milord, como tampoco la pasión. Yo misma soy víctima de ella. Cierto es que no estoy acostumbrada a ser cómplice de un arrebato de deseo, y que jamás habría imaginado que pudieran darse entre dos hombres, pero solo Dios puede juzgarnos.

—Yo la he juzgado hace un par de horas, señorita Auckland. Y no me arrepiento.

—Porque quiere a su padre y no soporta la idea de que yo le haga daño, ¿no es así? —Esperó a que Reddie asintiera. Prosiguió con el mismo tono paciente—. Nada más lejos de mi intención, milord. El duque de Sunningdale tiene mi sincera admiración. Le respeto profundamente y le... aprecio, en cierto sentido.

Reddie se humedeció los labios, ganando tiempo para valorar si Heather era o no sincera. Comprendía sus recelos y que se negara a moverse de allí cuando su vida entera dependía de si Heather desperdigaba un rumor o no; por eso permaneció ante él con la barbilla alta, dispuesta a convencerlo de que no corría peligro.

—¿Le importa si la acompaño hasta su casa? —inquirió, mirándola con un ruego implícito. Necesitaba explicarse, y no sería Heather quien le impidiera arrojar un poco de luz a un asunto que por lo menos a ella se le escapaba.

—Por mí, encantada, pero... ¿no quiere a avisar a su...?

—Supongo que tarde o temprano descubrirá su nombre, así que... —Suspiró, resignado—. Es el señor Haversham. Nos conocimos en el colegio y siempre hemos sido buenos amigos hasta que... —Se rascó la nuca, de pronto incómodo. Un rubor adorable se extendió por sus mejillas de marfil, salpicadas de virutas de cobre. A Heather se le escapó una sonrisa tierna que incitó a Reddie a confesarse a trompicones—. Hasta que me enamoré de él.

La confesión la conmovió, y no dudó en posar una mano comprensiva en el antebrazo desnudo del muchacho. Tenías las mangas de la camisa remangadas. Había dejado atrás la chaqueta, y con las prisas había olvidado abrocharse el chaleco.

Reddie se sorprendió con su muestra de compasión y se la agradeció con una sonrisa alicaída mientras emprendían la marcha juntos. Heather estaba más tranquila al saberlo receptivo, y empezaba a hacerse a la idea de que había tendencias que escapaban a su entendimiento, no porque le faltara capacidad para asimilarlas, sino simplemente porque vivir alejada del mundo le impedía conocer los entresijos de su diversidad.

Pero no tenía por qué entenderlas o identificarse con ellas para respetarlas, se dijo. A fin de cuentas, no se le ocurrió una sola razón por la que el romance entre Reddie y el señor Haversham

pudiera ser malo o peligroso para la sociedad.

—Mi padre no lo sabe —prosiguió él, clavando una mirada solemne en el horizonte. Se arreglaba el bajo de la camisa con los dedos nerviosos—, y me gustaría... me gustaría que siguiera siendo así, señorita Auckland. Quiero a mi padre con locura, le admiro, le respeto y le confiaría mi vida... pero no esta vida, no la que usted conoce, ¿entiende? Es un hombre tradicional con una posición importante, y, aunque no lo fuera, seguiría siendo arriesgado ponerle al corriente de... Por más que deseo que me conozca tal cual soy, no puedo sacrificar el afecto de mi única familia, señorita Auckland. —La miró con los ojos vidriosos por las lágrimas —. Por eso le ruego... le ruego que no se lo diga.

—Su padre es un hombre excepcional y es evidente que le adora. No creo que pudiera usted decepcionarle o perder su favor por un... detalle de índole personal —dijo con el fin de apaciguarlo, pues en el fondo Heather no estaba segura de que Grenville fuera a reaccionar favorablemente a una noticia de ese calibre—, pero puede usted respirar tranquilo. Es una confesión que, en todo caso, tendría que hacerle usted. Un asunto entre padre e hijo. Nadie me dio vela a mí en ese entierro.

Devolvió la vista al frente, sintiendo en todo momento que Reddie escrutaba su expresión en busca de la trampa, de la mentira.

—Ahora entiendo por qué mi padre está tan entusiasmado con la señorita Auckland... sea cual sea la que le guste. Aunque debe de ser usted ese lado sereno y aparentemente inaccesible que le trae por la calle de la amargura, ¿no?, y es su hermana la mente maestra que le aconseja y le reprende cuando se excede.

Heather pensó en echar mano de la salida que Harry le había sugerido para librarse del problema, pero descartó de inmediato mentirle al muchacho. Él se había abierto en canal con ella cuando en realidad no había ninguna necesidad.

—Supongo que sí —suspiró, entrelazando los dedos en el regazo. Le lanzó una mirada de disculpa—. Lamento tener que confirmar sus temores: mi hermana y yo hemos fingido ser la misma persona para ganarnos el favor de su excelencia. Tenemos una excusa, pero no es lo bastante buena para aspirar a su perdón o al de su padre. Solo puedo prometerle que tan pronto como se me presente la oportunidad, desharé el entuerto.

Reddie le sostuvo la mirada.

Era un joven observador, rasgo que seguramente hubiera heredado de la difunta lady Sunningdale. Grenville no tenía un pelo de idiota, y de hecho se había percatado de que la señorita Auckland tenía dos caras muy bien diferenciadas, pero se perdía en la nostalgia, el sentimentalismo o la pasión y olvidaba ahondar en cuestiones de cierta profundidad.

Reddie no.

Reddie era mucho más calculador de lo que parecía.

—Incluso si no lo es, intente convencerme de que su excusa es lo bastante buena.

Le sorprendió que estuviera dispuesto a escucharla, pero no perdió la oportunidad y le explicó la situación que vivían con la señora Beckett, la obsesión de su hermana por casarse para huir muy lejos y disfrutar de la vida que merecía, y lo que sucedió para que Heather se pusiera de su parte.

Reddie se horrorizó ante la violencia descrita y pareció solidarizarse con Harry a lo largo de toda la exposición, a pesar de que fuera su propio padre quien salía perjudicado. Para cuando Heather terminó, les había dado tiempo a abandonar la finca y regresar al mismo punto de partida. El bolsón con la alfalfa ya no estaba en la puerta, señal de que el mozo había cumplido con su deber.

—Parafraseándola —dijo Reddie al cabo de unos segundos de cómodo silencio—, lo que quiera que haya ocurrido entre mi padre y usted no es asunto mío; nadie me ha dado vela en ese entierro. No seré yo quien vaya con el cuento, aunque no negaré que era lo que pretendía hacer y lo que sin duda habrá sucedido si el señor Haversham no hubiera llegado justo entonces de Londres... Y no seré yo quien lo haga porque confío en que, llegado el momento, usted misma se sincerará con él. Es usted demasiado noble para tener engañado a un hombre.

Heather sintió un acceso de tristeza cuando oyó la firmeza con la que Reddie la halagó. Unas semanas atrás, ella misma se habría descrito con el adjetivo de «noble», de corazón y de carácter, pero ya no estaba tan segura. Que Reddie descubriera el engaño la había obligado a tomar conciencia y responsabilizarse de la magnitud de sus actos.

Reddie sacó un sobre doblado del bolsillo del pantalón y se lo ofreció con una media sonrisa atribulada.

—La velada de mañana puede ser el momento adecuado.

Heather tomó la invitación a la fiesta con un nudo en la garganta. La miró con aprensión e hizo ademán de devolvérsela, negando con la cabeza, pero Reddie le cerró los dedos en torno al sobre y le apretó la mano con confianza. Sus ojos verdes brillaban cuando dijo:

—Mi padre parece otro desde que la conoció, señorita Auckland. Por eso no solo le pido que sea sincera, sino que escoja las palabras adecuadas para que el golpe no sea especialmente duro, para que la entienda y la disculpe, y para que su relación pueda seguir adelante. Ha sufrido mucho, ¿sabe? Mi madre... Que Dios me perdone, pero mi madre no fue una buena esposa para él, y él es demasiado generoso para irse de este mundo sin haber conocido el amor verdadero y el respeto. Creo que usted se lo puede proporcionar.

Heather no le había mencionado en ningún momento la existencia del capitán Bishop, creyendo que era irrelevante para explicar su contacto con el duque. Por culpa de la deliberada omisión, Reddie regresaría a Allendale Lounge con la idea equivocada.

Heather no podía amar a Grenville. Su corazón estaba comprometido. Solo lo deseaba y por encima de todo quería ayudar a su hermana..., ¿no?

Cuando quiso replicarle, Reddie ya había retrocedido un par de pasos, anunciando su marcha. La despidió, paradójicamente, con un saludo militar y un recuerdo de su promesa:

—Yo cuido de su secreto... usted cuida del mío, ¿de acuerdo?

Heather separó los labios para confirmarle que tenían trato, pero justo entonces una presencia envolvente, imposible de pasar por alto, los cubrió con su sombra.

Capítulo 18

—¡Qué grata casualidad! Veo que ya ha conocido usted a mi hijo —comentó Grenville de buen humor, alternando una mirada orgullosa entre el desaliñado Reddie y no mucho más acicalada Heather. Le pasó un brazo por los hombros al muchacho, que se dejó sacudir cariñosamente con una pequeña sonrisa—. Espero que no se haya espantado al verlo de esta guisa. Ni yo mismo sé dónde ha perdido la chaqueta.

—Estaba ayudando a los mozos con las caballerizas, padre.

—¿Y Shawn? —Enarcó una ceja—. ¿Miraba mientras tanto?

—¿Haversham? —Reddie exageró un suspiro—. El pobre intentaba domar su caballo. Ya sabe usted que es una criatura nerviosa y que si lo dejan suelto un rato puede perder la cabeza... La señorita Auckland puede dar fe de ello. Me la he encontrado en la puerta de los establos.

Grenville agradeció que su hijo le diera una excusa para mirar de nuevo a la invitada. Fue consciente de que sus ojos resplandecían de placer al posarse en ella, que le devolvió asimismo la mirada con esa serenidad suya que aplacaba los males de su conciencia y los avivaba a la vez. Su pureza le hacía avergonzarse de desearla con desesperación, pero que Heather lo perdonara con su benevolencia le ayudaba a seguir adelante.

—Así que venía a ver mis caballos y no a mí.

—Por supuesto que venía a verle a usted, pero pensé que no habría nada de malo en que echara una ojeada a los establos. Quedé prendada de la yegua que me prestó usted para la carrera del otro día... —Se arrebujó en el chal que la cubría con cierta mojigatería, un gesto que encendió el deseo de Grenville. A una parte de él le había agradado descubrir que no solo no insinuaba poseer una faceta aventurera y arriesgada en la cama, sino que ocultaba ese lado suyo y lo revestía de dignidad—. ¿No le apetece la revancha?

—Ahora mismo me es imposible. Tengo unos cuantos preparativos que atender para que la velada de mañana sea memorable.

—No me diga que se encarga usted de elegir los arreglos florales —bromeó ella.

—Y tanto —apostilló Reddie. Se había separado de la pareja por un par de pasos, y los observaba de forma alternativa de brazos cruzados—. Mi padre es un hombre que, cuando quiere algo bien hecho, se encarga él mismo, y se ha propuesto dejar al pueblo boquiabierto, señorita Auckland.

—Aunque soy consciente de mis limitaciones como anfitrión. No era yo quien organizaba las fiestas cuando residía en Londres. Por eso mismo no me vendría mal que una mujer me ayudara a darle el toque femenino —insinuó, deseando que ella aceptara el ofrecimiento y lo acompañara a la mansión.

Nada le complacería más que tenerla para él solo entre las cuatro paredes de su guarida, donde improvisaría cuanto fuera necesario para retenerla un rato más. Nunca había compartido con Heather más que un par de conversaciones aisladas y dos o tres paseos; si conseguía que entrara en Allendale Lounge, podría disponer de ella a placer durante más de dos horas.

Y parecía que iba a conseguirlo.

—Si me necesita, estoy a su disposición, excelencia. ¿Vendrá milord con nosotros?

—No lo creo —respondió antes de que Reddie se adelantara. Miró al joven con aire distraído

—. Tiene que entretener al señor Haversham. No se quedará todo el verano.

—¿Quién es el señor Haversham? —inquirió ella con curiosidad—. ¿Un amigo de milord?

Grenville posó la mirada en Reddie, atento a su reacción al ser interrogado al respecto. Fue el padre quien lo confirmó con un «ajá». Acto seguido, le ofreció el apoyo de su brazo a la señorita Auckland y pudieron despedirse del joven para disfrutar de un agradable paseo al sol.

—No creo que haga tanto frío como para llevar el chal, señorita Auckland —comentó, dirigiéndole una mirada inevitablemente ardiente.

Ella no lo miraba, pero tuvo que ser consciente de lo que pensaba, porque sonrió para sí, como si lo diese por perdido.

—Debería usted esperar a que estemos a solas para intentar convencerme de quitarme la ropa, excelencia —contestó en voz baja con el mismo tono que emplearía para hacer una valoración del clima.

—¿Por qué? ¿Cuando quede a mi merced en el salón tendré más posibilidades de que me obedezca?

Ella seguía sin mirarlo, pero sus finos labios insinuaban una sonrisa.

—No sea arrogante, excelencia. Más que obedeciéndole, estaría cumpliendo sus sueños.

Grenville aprovechó que Heather caminaba tranquilamente hacia la mansión para dirigirle una mirada maravillada con su naturalidad.

—Temía que su actitud hacia mí sufriera un cambio radical después de la intimidad que compartimos, señorita Auckland —confesó en voz baja.

—Le tenía a usted por un caballero, excelencia. Debería honrar su condición reservándose las referencias a ciertas... vivencias.

—¿Qué sentido tiene ser prudente cuando ya nos conocemos en profundidad? —Se acercó a ella para que sus dedos se rozaran, y agregó—: Me alegra saber que no se arrepiente.

Heather lo miró de reojo con censura, pero no retiró la mano que él estaba acariciando de manera sugerente e incluso se reclinó con disimulo hacia su costado.

—Tampoco creo que deba repetirse. Y le advierto, excelencia, que como siga incidiendo en el... asunto, tendré que dar media vuelta y marcharme. Se supone que voy a ayudarle con los arreglos florales, las decoraciones y las partituras que interpretará la orquesta.

—No hay mucho donde elegir —contestó Grenville, conteniendo un suspiro de resignación. Se sentía como un muchacho imberbe a su lado, como si acabara de conocer el amor y no pudiera pensar en nada distinto de las maravillas de la anatomía femenina—. No es tan fácil organizar una velada inolvidable con tres días de margen... —Se detuvo a las puertas de la mansión e hizo un gesto con la mano—. Después de usted.

Heather le lanzó una mirada divertida, haciéndole saber que sabía muy bien qué pretendía. Le dio el gusto de adelantarse, pero con las manos entrelazadas a la espalda para que no pudiera apreciar del todo su figura.

Lejos de molestarse, Grenville se rio por lo bajo y la siguió, hechizado. La guio como el diablo en el hombro —con peores intenciones, incluso— hasta el salón principal, a tan solo un paso de cernirse sobre ella como una sombra. Heather no parecía reaccionar con mojigatería o consternación a su cercanía. Se mostraba tan relajada en su compañía que, para cuando estuvieron sentados en los respectivos sillones de la sala de visitas, parte de los nervios juveniles de Grenville se habían desvanecido para dar paso a la comodidad que se experimentaba con el amante al que se conocía de toda una vida.

Observó con un nudo en la garganta que Heather se deshacía del chal y lo doblaba sobre uno de los brazos del sillón. Sus elegantes movimientos no tenían nada que envidiarle a las damas

con las que Grenville había tratado, si bien no siempre era tan tranquila y comedida como en ese momento. Él sabía mejor que nadie que el temperamento podría doblegarla. Aun y con eso, no le costó imaginarla en Almack's, paseando con su parasol por Hyde Park o asistiendo a los fuegos artificiales de los jardines de Vauxhall.

—¿No fue usted presentada en sociedad, señorita Auckland? —preguntó antes de pensárselo dos veces. Se mordió el labio para no añadir una disculpa por indagar en su pasado o algo aún peor, como una justificación especialmente reveladora: que desde que la vio había ansiado conocerla, adivinar sus pensamientos.

—No, excelencia. Mi padre era un hombre respetable y era propietario de un negocio muy próspero, como ya sabe..., pero no gozábamos de una posición social lo bastante relevante como para visitar la capital. Y si no tienes renombre o familia noble, no recibes invitaciones a los eventos de los que tanto se habla, por lo que carece de sentido. Siempre me ha gustado el campo, además. —Miró a un lado y a otro—. ¿Aquí recibirá a los invitados?

—No. Los guiaré al salón de baile.

—Tiene su propio salón de baile... —murmuró Heather para sí misma, paseando una mirada brillante por la sala. Posó en él una mirada cohibida ante su propio entusiasmo, como si le avergonzara admitir que estaba ilusionada—. No recuerdo la última vez que bailé.

—Lo hizo conmigo en la verbena, ¿recuerda?

—Oh, pero esa no cuenta. —Aireó la mano—. Fue una noche... bochornosa. Además; aquí habrá que moverse al son del vals, ¿no es así?

—No tenía pensado mandar que tocaran uno. Es una danza considerada indecorosa en la capital..., pero, si quiere, puedo dar la orden a la orquesta para que se curta usted.

—¿Yo? —Un rubor exquisito tiñó de color sus mejillas al señalarse con ingenuidad—. No sé bailar esa pieza, excelencia, y me niego a ridiculizarme en público.

—Dudo que el resto de los invitados esté familiarizado con el compás, puesto que ni yo mismo lo he bailado más que un par de veces.

—Aun así, no me gustaría avergonzarnos. Ni a mí con mi escasa habilidad, ni a usted por haber invitado a una patosa.

—En ese caso, ¿por qué no le enseño ya los pasos? —propuso, poniéndose en pie con decisión—. No pienso permitir que pase la velada sentada en una silla al fondo del salón, señorita Auckland. Usted me sugirió que organizara una fiesta para avisar de mi llegada a quien aún no se hubiera enterado, y por tanto tiene más derecho que nadie a lucirse.

—¡Lucirme! —jadeó ella, divertida.

—Póngase de pie, vamos —la alentó con una sonrisa—. Deme el gusto de sacarla a bailar en condiciones, aunque solo sea para borrar el amargo recuerdo de nuestro primer rifirrafe.

Heather miró con una mezcla de anhelo frustrado y desconfianza la mano que le tendía. Seguía ruborizada por el placer que le provocaba pensar en la velada nocturna, un detalle que si bien conmovía a Grenville, también le extrañaba.

En uno de sus arrebatos descarados había sido ella quien le hizo la sugerencia. ¿A qué se debía ahora esa modestia?

Finalmente aceptó su ofrecimiento y dejó que Grenville la guiara a la habitación contigua, que resultó ser nada más y nada menos que el salón de baile. Tal y como había ordenado, los criados se habían empleado a fondo sacándole el polvo a las grandiosas arañas, redistribuyendo los candelabros de oro macizo y organizando el palco para los músicos. La acústica del inmenso salón era inmejorable; al estar solos, sus pasos resonaron entre las cuatro paredes.

—¿A cuántas personas piensa albergar aquí? —inquirió ella, anonadada. Aún no había

soltado su mano. Tanto si era porque se había distraído con la grandeza del edificio como si se debía a que le complacía el contacto tanto como a él, Grenville se regocijó para sus adentros.

—A cuantas quieran venir, pero no es ningún secreto que la única que deseo que me acompañe es usted —confesó en voz baja, inclinándose para hablarle muy cerca. Los dos portones laterales estaban cerrados a cal y canto y ningún criado aparecería por allí a no ser que le hiciera llamar. Al ver que ella lo miraba con el aliento contenido, no pudo reprimirse y agregó —: Hace usted conmigo lo que quiere, señorita Auckland. Vine a Ayton Bay con el fin de alejarme del mundo, de escuchar única y exclusivamente mis necesidades, y ahora satisfacer las suyas me importa tanto o más.

—Eso es porque es usted generoso por naturaleza —le replicó ella con voz aterciopelada. Se detuvo en el centro de la pista, justo frente a él—. No tiene nada que ver conmigo.

—No creo que sean argumentos excluyentes. Soy generoso y también soy su humilde servidor.

Ella desvió la mirada un instante, abrumada por sus atenciones. Pero no podía resistirse al modo en que sus confesiones la hacían sentir, porque acababa buscando de nuevo el contacto visual y sonriéndole con el aliento contenido.

—No podré aprender a bailar el vals si a la vez flirteo con un duque, excelencia.

—Hasta donde sé, soy yo quien flirtea con usted, no usted conmigo... y por más sorprendente que le parezca, el vals consiste en eso mismo. Es una forma de comunicarle a la pareja de baile que desea acercarse a ella. Por eso resulta indecoroso y hasta hace poco estaba censurado en Almack’s, sin ir muy lejos.

—¿Por qué le enseñarían a un duque a bailar una pieza indecorosa?

—Porque los duques también pueden ser indecorosos si se da la ocasión. —Le guiñó un ojo, provocando que ella se riera. Aprovechó el descuido de Heather para rodearle la cintura con una mano firme y entrelazar los dedos con la que ya le estaba envolviendo—. Agárrese a mi hombro, señorita Auckland. En teoría no debe hacerlo hasta que los nudillos se le pongan blancos, sino apenas posar los dedos con suavidad, pero siéntase libre de aferrarse a mí como si le fuera la vida en ello.

—Sospecho que ninguna pareja de baile honorable debería hacer semejante ofrecimiento.

Esa fue su réplica, pero no se cortó a la hora de acercarse y apoyarse con decisión en su hombro.

Grenville sonrió ladino.

—Menos honorable aún es aceptarla.

—Yo solo soy una humilde campesina. —Se encogió de hombros con coquetería—. No tengo nada que demostrar.

—Ahora mismo debería demostrarme que tiene sentido del ritmo, porque es muy maleducado pisarle los pies a un hombre en su propia casa.

—¿Cómo pretende que bailemos sin música?

—¿Quién ha dicho que no hay música?

Grenville empezó a silbar una melodía con compás tres por cuatro. Animando a Heather a confiarle todo su peso a él y a dejarse llevar, comenzó a moverse en círculos con grandes zancadas, libre de la precaución de no chocar con otras parejas. Heather soltó un gritito de sorpresa que se transformó en una carcajada de gusto cuando Grenville se tomó la libertad de levantarla del suelo.

—Solo para que conste, eso estaba fuera del guion —le confesó él, divertido.

—¡Me lo podía imaginar! —se carcajeó ella, agarrándose con más fuerza a su hombro—. No

pretenderá armar este espectáculo en su multitudinaria fiesta, ¿no...?

—Por supuesto que sí. Y usted será mi primera pareja de baile... y quizá también la última.

Heather volvió a carcajearse.

Fue en ese momento cuando Grenville cayó en la cuenta de que nunca la había escuchado su risa.

La señorita Auckland era amable y solía tener una sonrisa para todo el mundo, pero al mismo tiempo resultaba distante e incluso melancólica, dos cualidades que habían convertido su risa en un rasgo que Grenville había sentido curiosidad por conocer.

Era incluso mejor de lo que había imaginado. Quizá fuera por la acústica del salón, pero el sonido le envolvió como una melodía afrodisiaca. Se sintió abrazado por la calidez que reflejaba su semblante relajado al divertirse, tan diferente del dolor que enmascaraba con la impostada indiferencia que llevaba por bandera para protegerse, para aislarse.

Grenville no pudo resistirse y frenó los giros de forma abrupta para tomar su rostro entre las manos y besarla como había deseado hacer de nuevo desde que tuvo que despedirse de ella en el bosque. Heather le devolvió el beso con el mismo ímpetu o incluso más, no como si lo anhelara desesperadamente sino como si no hubiera un mañana; como si supiese que aquella sería la última vez.

—Quizá... —Fue ella quien se separó poniéndole una mano en el pecho—. Quizá deberíamos volver al salón y hablar de... hablar de las decoraciones, excelencia.

—O podríamos hacer algo mejor —sugirió, rozándole la nariz con la propia—. Podríamos regresar al salón y no hablar en absoluto.

Heather abrió la boca para protestar, pero él posó la yema del dedo pulgar entre sus labios y lo deslizó hacia abajo. Ella lo besó fugazmente, una vez más vencida por el deseo, pero se rebeló de todos modos.

—Pensaba que estimaba mi compañía, excelencia.

—Y la estimo. La estimo enormemente. Pero también la necesito.

Sin dar a pie a que se quejara, cosa que tampoco habría hecho, Grenville se agachó y la cogió en volandas. Heather volvió a reírse, aunque esta vez se cubrió la boca y sacudió la cabeza como si el duque no tuviera remedio. Y parecía que no lo tuviese, porque sonreía como un niño haciendo travesuras cuando se dirigió con paso firme a un salón algo más retirado, algo más discreto, algo más pequeño; perfecto para que nadie los molestara.

Heather no emitió queja cuando Grenville giró la llave de la única puerta de acceso y acto seguido la tendió sobre uno de los divanes. El contraste entre el terciopelo esmeralda de la tapicería y la piel marfileña de la joven le dejó hipnotizado. Se inclinó sobre ella, aferrado a ambos lados del diván, y la besó muy despacio, consciente de que todo su cuerpo temblaba de expectación.

—Me haces sentir joven otra vez, Heather —confesó en voz baja contra sus labios—. Joven, vital y con esperanza en el futuro. No pensé que eso pudiera ser posible después de... de todo.

Ella ahuecó su rostro con las manos y le dirigió una sonrisa frágil a la par que una mirada orgullosa de él, del hombre arrasado de pasión que tenía delante. Ya había atisbado esa emoción en la joven cuando le confesó la truculenta historia de su primera y única esposa: más que compadecerlo o entenderlo, lo admiraba por haber sobrevivido a tan cruda traición.

—¿Cómo pudo perder la esperanza en algún momento? No le tengo por un hombre obtuso, lord Sunningdale —preguntó ella en el mismo tono—, y todo hombre que no sea obtuso debe creer con firmeza en que la vida le compensará por el dolor que ha sufrido.

«Siento que me está compensando ahora», estuvo a punto de decir, pero aunque el corazón se

lo pedía, era consciente de que racionalmente no sería lo más apropiado. Incluso podría espantarla. El propio Grenville se habría espantado ya con la intensidad de sus sentimientos y huido en el sentido contrario si fuera posible, pero por suerte o por desgracia, debía convivir consigo mismo y con las novedosas emociones que volvían a calentar su sangre.

—Sospecho que podría encontrar esa compensación divina a través de ti... —reconoció él, deslizando la manga del vestido por la curva de su hombro. Las delicadas formas de su cuerpo le despistaron un instante—. Por favor, no me trates de usted cuando te desnude. Quiero que digas mi nombre.

Ella vaciló, aunque no retiró la mano con la que Grenville le acarició la longitud del brazo.

—Esa es una intimidad que no sé si puedo permitirme.

—¿Lo dice por el hombre con el que estuvo comprometida? ¿Cree que esto interfiere con los sentimientos que reserva para su capitán o con las promesas que le hizo?

Pretendía preguntarlo con ternura, pero incluso él fue consciente de que se le escapaba una nota de pavor. Era la primera vez que tomaba consciencia de la dimensión real del viejo pretendiente de la señorita Auckland, y no le gustó saber que ella aún lo tenía en el pensamiento.

Heather no apartó la vista como solía hacer cada vez que lo mencionaba. Posó las manos en el pecho de Grenville y lo recorrió con urgencia.

—Creo... creo que no. Una parte de mí... —Heather cerró los ojos, dolida porque esa fuera la verdad, y porque la verdad fuese tan poco halagadora—. Una parte de mí sabe que nunca volverá. Una parte de mí incluso aceptó el mismo día que se marchó que lo había perdido para siempre, y no crea que lo acepté con deportividad. Le he guardado rencor desde el día en que se marchó por el simple hecho de ser capaz de irse, de abandonarme a mi suerte. Pero ya sabe cómo es el amor —concluyó con un hilo de voz—. Es un huésped obstinado que se niega a abandonar las comodidades del corazón. Sabe que no gozará de estos privilegios en el olvido.

Resuelto quedaba ya el misterio de la melancolía de Heather Auckland que había estado obsesionando a Grenville. Ya sabía qué le dolía, qué amargaba sus noches; qué la hacía despegar la mirada de él en plena conversación y perderla en el paisaje. Pero conocer los secretos de su corazón, incluso si le provocaba la conocida amargura de los celos en la boca del estómago, no le restaba un ápice de encanto. Por el contrario, avivaba la necesidad de Grenville por ella. Su aire inalcanzable, su nostalgia y creerse en la obligación de romper el vínculo con el recuerdo de un hombre que solo le hacía daño acentuó su pasión hasta que le fue insoportable no cernirse sobre sus labios y besarla con el corazón temblando.

La rodeó por la cintura con posesividad, un sentimiento que lo manchó todo en cuanto ella respondió con ímpetu. El beso se tornó desesperado, y en medio de la urgencia cegadora llovieron los tirones y los desgarrones de ropa, en los que Grenville se las apañó para sacarle la ropa interior sin llegar a quitarle el vestido, y ella pudo retirarle el pañuelo de cuello, el chaleco y la camisa.

En el bosque, Heather le había demostrado ser muchísimo más diestra en el amor de lo que parecía a primera vista; gozaba de una experiencia superior a la de la esposa promedio. Porque, a diferencia de la esposa promedio —o de su esposa en concreto—, Heather ardía de deseo. Ansiaba que la tocaran y tenía sus propias fantasías. Lo demostró que lo retirara de repente, cambiara posiciones y se sentara a horcajadas sobre él para quitarse las medias con cuidado, como si no quisiera que se enterara.

Grenville la detuvo agarrándola de la muñeca, pero sin dejar de besarla.

—Quiero que te las dejes puestas. Solo las medias —le susurró, separándose lo justo para mirarla a los ojos. Deslizó la mirada por su escote, por los hombros, y con una caricia sugerente

por la línea entre los pechos, agregó—: Y el vestido.

—¿No le gusta mi cuerpo?

—Tu cuerpo es un regalo. Una bendición que no me merezco. —Grenville prodigó una caricia atrevida al largo de la pierna femenina, comprobando en el acto que ella la sentía igual de intensa que si estuviera desnuda. Llegó hasta la porción de piel que las medias dejaban entre el muslo y la cadera, y acto seguido cubrió su sexo desnudo con la mano. La humedad que encontró le hizo la boca agua—. Pero me excita la idea de tomarte como un salvaje, como si no tuviera tiempo para entretenerme con nudos y corchetes y solo pudiera hundirme en tu cuerpo.

—¿Cuánta verdad hay en esa urgencia? —inquirió ella contra su boca entreabierta, rodeándole los hombros con las manos.

—Digamos que no he mentido. No soy impaciente por naturaleza, pero la urgencia de estar dentro de ti me hace torpe y ansioso.

Heather se mordió el labio, y él, celoso, la sostuvo por la nuca para hacer lo mismo: hundir los dientes en ese labio tierno y húmedo que le volvía loco. Con la mano que se ocultaba bajo las faldas, continuó acariciando los pliegues carnosos.

—Podría tomarte ahora mismo —ronroneó él—. Siempre me he preguntado si te habrías mojado así cuando te besé por primera vez... o cuando estuve a punto de amarte en la orilla de la playa.

Le sostuvo la mirada esperando una confesión mientras soltaba su delicado cuello y deslizaba el calzón lo suficiente para liberar la elección. Heather asintió con la cabeza, provocando una oleada de orgullo dentro de él.

—Le deseaba... —musitó ella. Trasladó las caderas hacia su miembro erecto y lo mimó moviéndolas de forma rítmica y provocadora—. Desde el primer momento en que le vi. Pero soy demasiado... orgullosa... y no quería aceptarlo. Oh... —Heather tragó saliva y descolgó la cabeza, rozándose cada vez más deprisa con la punta de la erección—. ¿Cómo aceptar algo tan terriblemente indecoroso? ¿Y cómo no hacerlo, cuando se siente...? ¿Cuando se siente tan...? Tan delicioso...

Grenville la sostenía por la cintura con los dedos a punto de atravesar la tela del vestido. Dejaba que Heather lo torturase con sus movimientos y a la vez le conmoviera con sus confesiones. Notó sus manos pequeñas, siempre frías, cubriéndole los hombros y luego las mejillas. Grenville abrió los ojos y se encontró con su mirada, enturbiada por un deseo que alejaba al ángel que vivía en ella y daba la bienvenida al diablo. El contacto visual se prolongó mientras Heather, tras alzarse sobre las rodillas, se dejaba caer sobre su miembro centímetro a centímetro. Grenville gruñó como un animal, lo que era en presencia de la muchacha, y la agarró del moño que lucía en lo alto de la cabeza para desbaratárselo; para echarle la cabeza hacia atrás y acercarla a él para así poder besarle y morderle el cuello. La sensación de estar dentro de ella, que ardía como el infierno y se movía como poseída, no podía compararse con ninguna previamente experimentada. No solo era halagador estar poseyendo a una mujer que no se entregaría a cualquiera; ni siquiera se sentía especial porque desde el principio le hubiera atraído la nostalgia de la joven; hacer el amor con ella estaba siendo su perdición porque ni siquiera en ese momento, mientras Heather lo cabalgaba, se sentía cerca de saciarse. Incluso sobre él, incluso montándolo desinhibida, incluso gimiendo y suspirando y tirándole del pelo, sentía que existía una extraña distancia entre ellos que debía salvar. Una última barrera. La tomaba, por Dios que la estaba tomando, pero no la hacía suya. Se adentraba en lo más íntimo de Heather Auckland, pero no llegaba a tocar esa fibra secreta que la pondría a sus pies. Grenville quería que el deseo de Heather hacia él se convirtiera en adoración y le rogara algo más que el placer que

sabía darle a las mujeres. Quería que lo necesitara con locura, que no pudiera separarse de su lado; acaparar su pensamiento, ser su perdición. Pero ella parecía —y lo había parecido desde el primer día— por encima de todo eso. Cada vez era más violenta al retorcerse y cada vez se desesperaba más rebotando sobre él: había perdido la pose digna, la elegancia y lo enigmático, pero no había dejado de ser inalcanzable.

Grenville, contrariado por esta idea, le bajó de un tirón las mangas del vestido y agarró, mordió y maltrató sus pechos como si fueran de su propiedad. Ella se dejó entre gemidos que delataban el gusto por el trato rudo. Pidió que hundiera los dientes en torno al pezón, que la azotara en las nalgas con rabia, que diera la vuelta con ella en brazos para ser ahora él quien se hundiera en su cuerpo. Y aun así, Heather seguía sin pertenecerle. Al menos, había una parte que no era suya y que Grenville sentía que debía poseer para poder decir, aliviado, que estaban en el mismo punto. Y no era su consentimiento, porque cuando el orgasmo lo alcanzó y se vio en el deber de retirarse de su cuerpo, Heather no se mostró santurrona ni se quejó porque él hiciera un quiebro para vaciarse en su boca. Se levantó de la butaca, mareado, la tomó por la mandíbula y ladeó su cabeza hacia él para derramar su simiente hasta la última gota. Y Heather no cerró los ojos, sino que le sostuvo la mirada mientras Grenville gemía, deleitado con el gusto morboso que veía en el rostro de la muchacha.

Heather escupió el líquido sobre su propio miembro, aún hinchado, y le dio un beso en el prepucio que terminó convirtiéndose en una prolongada lamida. Su boca lo cobijó un instante y lo mantuvo caliente hasta que la garganta no pudo más y Heather dejó que los fluidos se quedaran goteando desde la semierección.

Aprovechando que aún la sostenía por el mentón, Grenville tiró con suavidad para ponerla en pie —con dificultad, pues ella había perdido el equilibrio— y buscó en su rostro... algo. Una señal, un gesto, un detalle que le ayudara a averiguar por qué no estaba del todo satisfecho.

—¿Por qué siento que no estás aquí conmigo? —murmuró él, contrariado. Retiró los mechones que el sudor le había pegado a la frente, a las mejillas—. ¿Por qué parece que tu cuerpo está aquí, pero que tu mente y tu alma te abandonan?

Heather le apartó la mirada en cuanto él soltó su barbilla. La vio subirse las mangas del vestido con movimientos airados, afectada por sus preguntas.

Preguntas que no respondió.

—Porque soy su amante, no su amiga ni su esposa. Es mi cuerpo lo único que quiere, ¿no es así?

Grenville lamentó haber puesto voz a las dudas que le atormentaban, porque en la réplica de Heather vio con claridad la realidad de la que no había querido hacerse responsable.

—No, no es lo único que quiero —reconoció, asombrado por la intensidad del flechazo. Siempre había sabido que Heather Auckland no era cualquiera para él, pero le dejaba perplejo que en tan poco tiempo hubiera logrado drenar la amargura de su corazón y reimplantar la esperanza hacia el futuro.

Su respuesta no le gustó. Lo supo porque en sus ojos relampagueó una emoción desconocida, algo de la familia de la culpabilidad o el remordimiento. Grenville lo asoció a que Heather podía no sentir lo mismo que él.

—Me temo que es lo único que puedo darle.

—¿Por qué?

—Porque... —La voz se le atascó y apartó la mirada.

Sus labios temblaron como si estuviera conteniendo el llanto.

—¿Porque lo demás ya lo entregaste?

—No, excelencia —musitó con voz temblorosa—. Porque lo demás no merece la pena. Hay... rasgos de mi carácter, cosas que he hecho... Me odiaría si supiera de lo que soy capaz en realidad; de lo lejos que estoy dispuesta a llegar con tal de ayudar a un ser querido.

Grenville arrugó el ceño, contrariado.

—¿A qué se refiere? No la entiendo.

Heather le dirigió una mirada atribulada que sintió que le perseguiría para siempre. Abrió la boca como si estuviera a punto de contarle un secreto que cambiaría el curso de su vida, pero en el último momento reculó, sacudió la cabeza y secó la única lágrima que no había conseguido convencer de retirarse.

—Heather —musitó él, preocupado. Cubrió su mejilla con la mano—, ¿qué ocurre?

Ella cobijó la mano masculina entre las suyas y se la llevó a los labios para besarle los nudillos con adoración. Su ternura hizo que algo dentro de él se quebrara; quizá la última barrera que protegía su corazón.

—Es usted un hombre maravilloso. No le merezco.

La vio levantarse con torpeza y buscar las pocas prendas de ropa que Grenville le había arrancado en el fragor del encuentro. Estaba tan confundido con su actitud que se debatía entre el enfado y la preocupación. Si no escogió lo primero, fue porque tenía la sensación de que jamás podría enfurecerse con Heather Auckland, y porque tendría que hacer algo peor que llorar o comportarse de forma errática para arruinar la gloriosa experiencia de ser bien recibido entre sus brazos. Se preguntó si había sufrido un arrebato de inseguridad por lo que acababan de hacer; si se sentía sucia y avergonzada, incluso rebajada por haber cedido a los deseos de un duque que nunca haría de ella una mujer respetable. Asumiendo que aquel era el problema, Grenville se despreció a sí mismo. No solo por haberle dado a entender que a las mujeres humildes como ella les esperaba el rol de amante, que no podían aspirar a nada más, sino porque él no se veía en posición de ofrecerle otro lugar en su vida. Se negaba a volver a casarse cuando existía la remota posibilidad de sufrir un desengaño como el que ya había cambiado su forma de percibir las relaciones, a las mujeres y el propio amor.

Cuando Heather ya estaba lista para marcharse, Grenville la tomó del brazo y esperó a que ella lo mirase llena de remordimientos para susurrarle, esperanzado:

—Te veré mañana, ¿verdad?

Heather tragó saliva antes de asentir con la cabeza, sin tenerlas todas consigo.

—Le prometí que estaría aquí —dijo con determinación—, así que aquí me tendrá.

No le gustó cómo sonó aquello, como si no tuviera derecho a decidir en función de sus propios deseos o intereses y estuviera sometida a los caprichos del duque. Grenville la vio abandonar el salón con la sangre concentrada en los dedos de los pies, frío como un témpano. Confiaba en el deseo que había visto en la señorita Auckland, en sus sinceras confesiones, pero ¿y si solo se entregaba a él porque era lo que él quería? ¿Y si se sentía en deuda con él porque al duque más renombrado del condado no se le podía negar nada?

Alterado por aquella posibilidad, se dejó caer sobre el diván. Apoyó los codos en los muslos y dejó caer la cabeza entre las manos, de pronto víctima de una migraña cegadora.

«Mañana podrás aclarar esto con ella», se dijo, consciente de que ya era tarde para salir en pos de Heather. «Pero ella te desea. Tiene que hacerlo... Seguro que lo hace».

Capítulo 19



Siguiendo las recomendaciones de Heather con respecto a los arreglos florales, Grenville se encaminó al pueblo con el ánimo trastocado y al mismo tiempo efervescente.

No dejaba de pensar de forma obsesiva en las últimas palabras intercambiadas con ella. Era todo cuanto ocupaba su pensamiento; eso y las teorías que había creado para justificar sus lágrimas, su cambio de actitud y su desesperación. Como no se creía en condiciones de tener un gesto con verdadero significado con ella, pensaba en aplacarla tomando en cuenta sus consejos y sorprendiéndola la noche siguiente con sus flores y canciones preferidas. Grenville no se había detenido a pensar en lo eficiente que había sido aconsejándole al respecto, como una dama bien educada en cuestiones de intendencia doméstica. No había querido llegar a la conclusión evidente, pero tampoco pudo darle la espalda en cuanto apareció en su mente como una molesta revelación: sería una esposa maravillosa, no solo en lo que al ámbito doméstico se refería, sino por su enriquecedora compañía y su faceta apasionada.

Llegó a la floristería a pie, tramando su siguiente paso como si aplacar las dudas de una mujer fuese una cuestión de vida o muerte. El establecimiento tenía las mismas características que el resto de los negocios de Ayton Bay: un tablón de madera grabado con letras preciosas anunciaba el nombre y el servicio que prestaba —Remington's, floristería—, la campanilla de la puerta emitía un gracioso sonido para anunciar al próximo cliente y a la entrada del comercio se exhibían unos cuantos ejemplos de ramos o maceteros. Era una empresa próspera, como Grenville pudo comprobar al apoyar la mano en el centro de la puerta; solo en el interior había un puñado de jovencitas, y un par de señoras mayores que él examinaban de cerca el muestrario que estrechaba la zona peatonal de la calle.

Una de las señoras le retuvo a punto de cruzar el umbral.

—¿Excelencia?

Grenville se giró con relativa amabilidad hacia la voz grave. Habría parecido pertenecer a un hombre de no haber sido por la sensual inflexión, que iba a juego con la expresión de la desconocida. Grenville dudaba que pretendiera flirtear con él; más bien daba la impresión de que aquella fuera la forma de expresarse y de moverse de la susodicha. Transmitía, además, una seguridad en sí misma que proyectaba cierta autoridad, como si fuera madre, general de un ejército o representante de un reino. Pocas mujeres podrían pasearse con el traje de montar por el pueblo y no desentonar.

—Veo que me equivocaba. Es usted, el duque de Sunningdale en persona —comentó ella, sonriendo de lado. Dejó las rosas que había estado contemplando de cerca y se acercó—. Supongo que debería esperar a la velada de mañana para presentarme formalmente, pero no me gusta asistir a fiestas si no conozco al anfitrión, así que... Soy Adeline Beckett.

—Encantado, señorita.

—Señora, en realidad; del difunto señor Beckett y del difunto señor Auckland, pero seguro que eso ya lo sabía. Si es cierto lo que dicen las lenguas y asistió a la verbena de hace unas semanas, seguro que ya le persiguieron las cotillas de Ayton Bay para ponerle al día de los personajes célebres.

—¿Se incluye en la lista de personajes célebres? —Enarcó una ceja, sin saber cómo sentirse

ante el afán de protagonismo de la señora Beckett—. Curioso.

Adeline sonrió con cierta condescendencia.

—No por razones halagadoras, eso seguro. Hay quienes creen que maté a mis dos maridos.

—¿Y lo hizo? —bromeó el duque.

Era un comentario arriesgado, pero la señora Beckett soltó una carcajada.

—Me dieron razones para que tuviera ganas, eso no lo niego, pero el asesinato me parece de lo más engorroso. —Aireó la mano con desdén. Grenville decidió que la mujer le caía en gracia —. Me alegra ser la primera en transmitirle estos rumores; me permite desmentirlos en el acto antes de convertirme en una víctima de su odio, cosa que no me habría gustado. Me apetece bastante asistir a su fiesta.

—¿Solo por eso desea quedar bien a mis ojos? ¿Para que no le revoque la invitación? —se burló él, cruzándose de brazos con desenfado—. Lamento romper su burbuja de felicidad, señora Beckett, pero no soy yo quien ha firmado las invitaciones. Se lo encargué a mi hijo, que sabe mejor que yo dónde vive cada quién. Apenas sé de la existencia de los vecinos de Ayton Bay.

—Pues permita que le ponga al día. Vivo en la última casita que se encuentra bajando el caminillo de la costa hasta que empieza la arena de la playa.

—Con la encantadora señorita Auckland, ¿no es así?

Adeline levantó las cejas, sorprendido con el apelativo.

—Supongo que con «la encantadora» señorita Auckland se refiere a Heather, que es la única que sabe comportarse públicamente... —Se retiró un rizo oscuro del rostro con la mano—. Así es, aunque no por mucho tiempo, si Dios quiere. Si esta dichosa guerra toca a su fin y su prometido regresa sano y salvo, puede que contraigan matrimonio de una vez por todas.

—Parece que está ansiosa por tener la casa para usted sola —señaló Grenville, sorprendido por el arrebato y, al mismo tiempo, resentido porque hubiera mencionado al capitán.

—Ojalá pudiera vivir sola, pero mucho me temo que siempre me acompañará la señorita Auckland menos encantadora. Con su carácter veo bastante improbable que encuentre a un hombre.

—¿A qué señorita Auckland se refiere? ¿Heather tiene una hermana?

—Tiene una réplica exacta —se rio Beckett, sonriéndole de lado—. ¿No ha tenido el dudoso placer de coincidir con ella? Hay quienes la encuentran refrescante, pero si me lo preguntan a mí, siempre he pensado que Harriet debería disimular sus rarezas en lugar de potenciarlas para sobresalir. Destacar no es nada positivo cuando lo haces porque no te comportas apropiadamente.

Grenville sacudió la cabeza, de pronto abrumado por las apasionadas descripciones de Adeline.

—¿Harriet, dice? Que yo sepa, la señorita Heather Auckland solo tiene un hermano mayor, un tal Harry que se mudó después de casarse...

El asombro de Adeline fue tan genuino que Grenville se desprendió enseguida de la teoría a la que se había aferrado hasta ese momento.

—¿Un hermano mayor? No me consta, y créame: el señor Auckland estaba tan orgulloso de su descendencia que me habría mencionado a su vástago hasta la saciedad. Siempre quiso un niño, además. Si lo hubiera tenido, lo sabría. Aun así... —agregó con vaguedad, sonriendo desdeñosa—, hay quienes dejaron de considerar a Harriet una mujer hace mucho tiempo. No la contemplan para el matrimonio y ya ni se sonrojan cuando enseña las piernas; incluso la llaman así, Harry, así que...

—Discúlpeme —interrumpió Grenville, forzando una sonrisa. Su crispación tuvo que ser

evidente, porque la señora Beckett empezó a mirarlo de hito en hito—. No creo haberla entendido. ¿Está bromeando conmigo?

—No bromearía sobre un asunto tan delicado para mí como lo es no tener una, sino dos hijastras, y ambas para colmo incasables pese a tener cara de ángel. ¿Quién le ha dicho que solo hay una señorita Auckland? —inquirió, ladeando la cabeza con genuina curiosidad.

«Las dos señoritas Auckland», respondió la voz de su cabeza, dejándolo de una pieza. Su subconsciente había sacado la conclusión tan rápido que no supo cómo hacerle frente, aun cuando solo la existencia de dos mujeres idénticas en apariencia y radicalmente diferentes en actitud podían explicar los comportamientos que aún entonces encontraba chocantes. No tuvo ni siquiera que traer a su memoria los momentos en los que había coincidido con la señorita Auckland para diferenciar a una de la otra: la joven de la verbena, la que le increpó por su comportamiento y además le dio consejos para recuperar su fortuna, no podía ser Heather, que no volvió a demostrar el menor conocimiento sobre el entorno rural y que siempre se había desenvuelto en las discusiones con un aplomo encomiable. Tampoco fue Heather la que le insistió en que organizara una velada.

Se preguntó con qué fin le habrían mentido deliberadamente, pues era obvio que ambas se habían compinchado para borrar la existencia de la hermana gemela. Recordó el momento en el mercado, cuando le mencionaron la existencia de Harry, el supuesto primogénito, y más que enfurecerse, se sintió perdido. Incluso dolido al caer en la cuenta de que había desarrollado verdaderos sentimientos por Heather Auckland y lo más probable era que ella hubiera estado burlándose de él todo ese tiempo.

Fue en ese instante, al pensar en ella, cuando comprendió el porqué de sus lágrimas, su batida en retirada y sus remordimientos. Estaba avergonzada por haberse burlado de él, y Grenville también quería sentirse avergonzado por haberla creído, por haber cometido el error de confiar nuevamente en una mujer, pero no pudo. No pudo porque en el fondo de su corazón sabía que Heather no había actuado de mala fe. Era imposible... ¿O se estaba mintiendo a sí mismo para encajar el golpe, tal y como se negó a aceptar que su mujer había fallecido en la cama de otro?

—¿He dicho algo inoportuno? —inquirió Adeline, turbada.

—Discúlpeme —musitó él, retrocediendo un par de pasos. Apretaba la mandíbula, cada vez más inclinado por enfadarse que dolerse; la rabia servía como parche, pero el dolor era una agujero negro que devoraba hasta la última esperanza—. Acabo de recordar que tengo un recado más urgente que atender...

—Por supuesto. Y lo lamento si he dicho alguna inconveniencia, excelencia. Nada más lejos de mi intención...

—En absoluto, señora Beckett. —Forzó una sonrisa que le costó parte del orgullo—. Ha sido usted de lo más esclarecedora.

Capítulo 20



—Menos mal que estaba en el porche cuando ha llegado el mensajero con la caja —celebró Harry, entrando en el dormitorio que compartían con un paquete que no dejaba lugar a dudas de qué era. Un primoroso lazo de seda violeta lo envolvía, proclamando su condición de regalo—.

Como lo hubiera visto esa bruja de Adeline Beckett, se lo habría apropiado para su uso y disfrute... ¡incluso si no le hubiera quedado bien!

Heather estaba cepillándose el pelo cuando Harry dejó el paquete sobre la cama y tiró del lazo con la seguridad de que era ella la destinataria. Desde su rifirrafe, ocurrido unas cuantas horas atrás, Harriet había empezado a comportarse como si nada hubiera sucedido, el que era su *modus operandi* cuando algo la había ofendido demasiado como para hacerse responsable. Ahí donde Heather se alegraba de su habilidad para abordar las discusiones, Harry era nula a la hora de expresar sus sentimientos, y tenía que ser la hermana mayor quien tanteara el terreno e intentase adivinar qué pasaba por su cabeza.

No obstante, Heather estaba resentida por su actitud, y no hizo sino empeorar la situación al adueñarse del regalo sin preguntar.

—¿A quién va dirigido? —quiso saber, dejando el cepillo sobre el tocador. Se giró hacia ella en apariencia relajada, pero le ardía el pecho de pensar que Grenville pudiera haber tenido un detalle romántico—. Habrá llegado con una nota, ¿no?

—Ajá —contestó sin mirarla, desenvolviendo la caja—. Para la señorita Auckland, con mucho cariño de parte del duque de Sunningdale. También mencionaba que espera que me guste y que sea de mi talla.

Heather no pudo sino enarcar una ceja.

—¿Que te guste a ti? Te recuerdo que hay dos señoritas Auckland en esta casa, Harry. Ese regalo puede ser tan mío como tuyo... De hecho, es probable que sea más mío que tuyo, puesto que pasé toda la tarde de ayer haciéndole compañía.

—Otras tardes fui yo quien le hizo compañía —se defendió Harry con un principio de irritación. Trataba de controlarla, y lo conseguía siempre y cuando no mirase a su hermana, pero en cuanto alzaba la barbilla con su acostumbrada soberbia, delataba el rencor acumulado. Acumulado ¿cuándo? ¿Por qué razón?—. Además de que quien le sugirió que organizara una velada nocturna fui yo. Me corresponde tanto el vestido como la aparición. Me apetece beber ponche y bailar hasta el amanecer.

—Me alegra que estés de tan buen humor como para valsear en brazos del duque —repuso Heather con retintín, poniéndose en pie para admirar de cerca el vestido—, pero me parece que deberíamos debatir quién asistirá a la fiesta de esta noche. O, por lo menos, echarlo a suertes. No es justo que te adjudiques el honor. Yo también quiero bailar.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? —inquirió mientras retiraba la fina capa de papel que envolvía la prenda—. Hasta hace cinco minutos, no había quien te despegara de tu mecedora, desde la que avistabas el horizonte por si acaso regresara tu querido soldado.

La hermana mayor no soportaba que se dirigiera a ella con semejante condescendencia, como si en las últimas cuarenta y ocho horas hubiera adquirido suficientes conocimientos vitales para superarla en sabiduría. Heather jamás se había creído más lista que Harriet, pero sí merecedora de la misma consideración.

—Pensaba que no te gustaba que mencionara al capitán Bishop. ¿A qué se debe que ahora seas tú la que rompe el tabú?

Harry ladeó la cabeza hacia ella para dirigirle una mirada insondable.

—Alguien tendrá que recordarte que no se puede tener todo en la vida.

—¿Cuándo lo he tenido todo en la vida?

—Siempre has tenido más que yo. Me parece que, como compensación, puedes cederme una noche de vino diluido en agua y pies hinchados.

Heather estuvo a punto de preguntar si había oído bien y, efectivamente, Harriet acababa de

decir con claridad cristalina que ella había salido beneficiada. Puso los brazos en jarras y esperó a tranquilizar los nervios que le subían por el estómago para hablar con calma.

—¿Se puede saber qué problema tienes, Harriet?

Ella fingió que no la escuchaba y procedió a desdoblar el vestido. Heather se lo impidió posando la mano en la suave tela del corsé. Apenas dirigió una mirada de soslayo a la prenda, pero solo rozarla supuso una experiencia inolvidable. Jamás había estado tan cerca de un vestido de esa exquisitez.

Observó que su hermana pequeña se humedecía los labios.

—Quita la mano —ordenó como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—Quita tú esa cara de engreída insoportable. Estoy empezando a cansarme de tu actitud. No me importaría que fueras al baile si hubieras tenido la gentileza de plantearlo, pero ahora mismo estoy tan por la labor de tratarte con indulgencia como tú a mí.

—Claro que no te importaría que fuera al baile y pasara la noche entera con el duque. Total, crees que has ganado —le dijo entre dientes—. Crees que yo no tengo nada que hacer para que la balanza se incline a mi favor y descubra que prefiere mi carácter al tuyo.

—¿Que he ganado? ¿Tengo que recordarte que fuiste tú la que me pidió que lo sedujera?

—No te pedí que lo sedujeras. Te pedí que me ayudaras... Pero tenías que encapricharte de él, ¿verdad? —La enfrentó con los ojos echando chispas—. Y tenías que desnudarte y abrirte de piernas para asegurarte de que lo hechizabas y yo no tenía ninguna oportunidad, cuando en toda esta historia soy la que corre peligro, la que se quiere marchar, la que no tiene futuro en Ayton Bay.

El ataque de Harry chirrió en los oídos de Heather, que se quedó un instante patidifusa, incapaz de asimilarlo. Volvió en sí misma en cuanto Harry sacó el vestido de la caja y lo desplegó ante ella. Invadida por la rabia, Heather se lo arrebató y lo arrojó sobre la cama.

—¿Cómo te atreves a juzgarme? —bramó, avergonzada y furiosa. Harriet la miró sin pestañear, su rostro convertido en una máscara de granito—. ¿Qué es todo esto, si puede saberse? ¿Un ataque de celos? A ti el duque de Sunningdale te importa un ardite, ¿o te tengo que recordar los límites que estabas dispuesta a cruzar para convertirte en su esposa? ¿O la reacción que tuviste al pensar que podría enterarse del engaño?

—No tengo que estar enamorada para odiarte por arrebatarme la oportunidad de ser feliz —masculló ella, inclinándose sobre el costado para coger de nuevo el vestido y abrazarlo posesivamente—. El duque iba a ser mi marido, pero, cómo no, tenías que llegar tú, enamorarte sin ofrecer la menor resistencia y llevártelo a él en el proceso. Pues que sepas que estoy a tiempo de revertir el hechizo. Esta noche voy a aparecer con este vestido y lo voy a cautivar, y no volverá a pensar en la prudente Heather jamás.

Muchas preguntas se agolpaban en la cabeza de la hermana mayor. Quería insistir en la duda más importante: a qué diantres se debía su desprecio, su rabia, porque daba la impresión de que llevaba años guardada. Sin embargo, Heather antepuso por primera vez su propia furia al sentido común y le arrebató el vestido.

—Y un carajo. Seré yo quien vaya a la fiesta y la disfrute, porque las dos sabemos que es a mí a quien quiere ver.

—¿Cómo no vas a ser tú a la que quiere ver, si eres la que se ha acostado con él? —Sin inmutarse, alargó el brazo—. Dame el vestido ahora mismo.

—Estás loca si crees que te voy a dar el gusto después de todo esto. Sí, de hecho, has perdido el juicio —mascullaba Heather, a caballo entre la perplejidad y la rabia—. Cada paso que he dado ha sido para garantizar tu seguridad, y no porque yo quisiera, sino porque tú me lo pedías...

—¡Pues ya no quiero que me ayudes! —rugió, sobresaltándola—. ¡Quiero que te retires y que no vuelvas a verlo nunca más! ¿O es que solo tú tienes derecho a que alguien te ame? No voy a permitir que pase de nuevo lo que ya ocurrió hace años. Da un paso atrás y olvídate del duque, Heather, o yo misma me las apañaré para que sea él quien te rechace a ti.

Aunque la amenaza podría haber avivado su enfado, su insinuación anterior se quedó atascada en la mente de Heather. Le dio varias vueltas buscando el significado, pero no fue capaz de comprenderlo.

—¿Lo que ocurrió hace años? ¿De qué estás hablando...?

Viendo que Harriet se daba la vuelta en dirección al biombo para cambiarse, Heather se olvidó de la conversación pendiente y priorizó su propio orgullo. La detuvo cogiéndola de la cintura y le quitó por última vez el vestido, que parecía deshacerse en sus manos. Harry intentó forcejear con ella, pero fuera por falta de costumbre o porque no quería hacerle daño a su hermana mayor, no logró alzarse con la victoria.

—El duque de Sunningdale no te quiere, Harriet, y no pasa absolutamente nada porque él tampoco te importa a ti —proclamó, y pretendía que sonara como una argumentación irrefutable, como una excusa y también como un castigo. No se achantó al ver que los ojos de su hermana se llenaban de lágrimas—. En cambio, por mí sí siente debilidad, y resulta que es recíproco. Me corresponde asistir a ese baile, y lo voy a hacer incluso si tengo que ponerme un vestido raído.

Harriet apretó los puños y se enderezó con el cuerpo en tensión.

—Al final lo haces todo por ti —siseó con el rostro enrojecido por la indignación—. Siempre lo has hecho todo por ti, Heather. Disfrazas tus actos de sacrificio fraternal, pero en el fondo eres una egoísta. Necesitas la atención cada hombre que pasa por tu vida para seguir viviendo, cuando no su afecto y sus promesas, como si solo eso te diera valor humano. Basta con que pase un soltero por esa puerta para que te olvides de los sentimientos de tu familia y te conviertas en su perrito faldero. Eres patética...

Heather no pensó. Se dejó llevar por las sensaciones, que hacía un buen rato que estaban pidiendo sangre, y le soltó una bofetada a su hermana. Harry no la había visto venir, y por eso sonó más fuerte que ninguno de los golpes de la señora Beckett. Le giró la cara de un solo movimiento, y no fue hasta que vio que la mejilla idéntica a la suya empezaba a enrojecerse que fue consciente de lo que había hecho.

No se disculpó, sin embargo. Le sostuvo la mirada enrabietada, y sobre todo dolida porque esa fuera la imagen que Harriet tenía de ella; porque fuera tan injusta como para castigarla por una situación que había propiciado la propia Harry con sus tejemanejes.

—Debería darte vergüenza —masculló ella, sujetando el vestido con los dedos crispados. Harry no reaccionaba. Se había quedado con la cabeza ladeada y el músculo de la mandíbula palpitando—. Eres tú quien no ha dejado de referirse al capitán Bishop en los peores términos imaginables. ¿Defenderlo de tus ataques me hacía una obsesa del interés de los solteros o una mala hermana? ¿No eras tú la egoísta y la injusta al arremeter contra el hombre al que amaba una y otra vez, sin tener en cuenta mis sentimientos?

Harriet clavó en ella una mirada furiosa y, para su sorpresa, la empujó por el pecho. Heather trastabilló, pero no llegó a caerse.

—¿Cuándo has tenido en cuenta tú mis sentimientos? —le rugió—. ¡No creo que fuera cuando te prometías en matrimonio con el hombre que yo vi antes que tú, que yo quise antes que tú y que yo besé antes que tú! ¡No fue cuando te acostaste con él para asegurarte de que se quedaba contigo y no conmigo!

Heather se quedó perpleja.

—¿Qué diantres estás diciendo? No te inventes historias que me dejen a mí como la villana, porque eso no tiene ni pies ni cabeza; eso no...

No pudo seguir hablando cuando cayó en la cuenta de que era perfectamente factible. No solo porque su hermana la estuviera mirando con las lágrimas saltadas y los puños crispados, tan furiosa con ella como lo estaba consigo misma por no tener el corazón de piedra, como tanto le habría gustado; Heather no pudo contradecirla porque solo entonces comprendió el desdén con el que Harriet había tratado al capitán Bishop, no ya cuando desapareció y dejó de mandar cartas, sino cuando iba a visitarla a la casa. El capitán Bishop tampoco parecía muy cómodo a su alrededor y, de hecho, más de una vez se había tomado la libertad de burlarse de Harriet en los mismos términos en que lo hacían sus vecinos: se quejaba de su falta de modales, se reía de su aspecto salvaje, criticaba que se metiera en asuntos reservados a los hombres... Y no lo hacía para que Heather se riera, quien de todos modos no habría permitido que se refiriera a su hermana en esos términos ni siquiera en broma, sino con un rencor oculto que la llenaba de pena. Era obvio que los dos nunca desarrollarían ningún tipo de amistad, pero ni se le habría ocurrido asociarlo a una historia previa.

Aunque su confesión podría haber cambiado las tornas, Heather se negó a convertir aquella pelea en lo que no era. Se dio la vuelta, desdeñando los sentimientos de Harriet por primera vez, y reposó el vestido en el butacón del tocador mientras se iba deshaciendo de la ropa interior sucia. En todo momento le dio la espalda y no pronunció palabra, dando a entender que la conversación había acabado y que Heather iría al baile.

Pero Harry siempre tenía que tener la última palabra.

—No seré yo quien te niegue que el sacrificio te haya salido a cuenta. Un marido con un ducado es bastante más útil que una hermana pobre. Espero que lo disfrutes.

Capítulo 21

Aunque la culpabilidad la estaba matando, Heather antepuso el orgullo por primera vez desde que tenía uso de razón. Deseaba reunirse con Grenville, volver a experimentar la dicha entre sus brazos, y también sincerarse sobre la difícil situación que los había llevado a coincidir tan a menudo. Esperaría a que la noche tocara a su fin para no arruinarle el evento. Tanto Grenville como el resto de los invitados merecían que la velada saliera a pedir de boca.

Y sin embargo, mientras se dirigía a Allendale Lounge en un carruaje que Grenville había mandado expresamente para su traslado, no dejaba de pensar en las acusaciones que Harry había arrojado contra ella. ¿Sería posible que su hermana hubiera estado enamorada de Nigel Bishop toda la vida? Le costaba imaginar a Harriet Auckland deshaciéndose en amores por alguien, y más por un hombre que representaba todo cuanto odiaba: las fuerzas armadas, la brutalidad, el deber y el honor para con la familia... Los valores militares del capitán Bishop chocaban frontalmente con el libre albedrío de Harry, que priorizaba su bienestar a la lealtad.

Heather se preguntó si su hermana habría empezado a odiar la guerra, la milicia y todo lo relacionado con ellas a raíz de que Nigel le rompiera el corazón. No podía saberlo. Habían pasado años, y Heather flotaba en la nube de felicidad del enamoramiento. Nunca ignoró a Harriet mientras el capitán Bishop aún estuvo en sus vidas: de hecho, luchaba por integrarlos a ambos, por lograr una convivencia armónica, pero ninguno de los dos ponía de su parte.

Heather echó una mirada veloz por la ventanilla. Le costaba ocultar su consternación. ¿Y si el capitán Bishop hubiera correspondido a su hermana? Alejó esa posibilidad sacudiendo la cabeza, y no solo porque no quisiera que la trastornara cuando tenía una fiesta por delante, sino porque no le importaba. Le sorprendió su propia revelación: no le importaban los que fueran o hubieran sido los sentimientos de Nigel Bishop, quien antaño fue el hombre al que amó y desde hacía un tiempo no era más que un fantasma. Heather había hecho todo cuanto pudo por invocarlo, por mantener viva su memoria; rezó cada noche y clamó al cielo esperando un milagro, pero no recibía noticias. El principal motivo por el que Heather se había estado negando a soltar su recuerdo era la posibilidad de que hubiera muerto en el campo de batalla. Le habían enseñado que a los difuntos había que honrarlos, sobre todo si se habían sacrificado por el bien común, y Heather solía obedecer al pie de la letra las órdenes o consejos que le daba su padre. Sin embargo, Heather había perdido su vida a costa de mantener a Nigel Bishop con vida, y ya no tenía tan claro que él hubiera hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Quizá hubiera desposado a Harriet. No podía confiar en el amor de un hombre que dejó de escribirle en cuanto se marchó al frente.

Cuando el lacayo descendió del pescante para abrirle la puerta, descubrió a una Heather que sonreía con una mezcla de incredulidad y condescendencia. Dejó que la ayudara a bajar, pensando en lo caprichosas que eran las revelaciones. Harriet no había cejado en su empeño de abrirle los ojos sobre quién era en realidad Nigel Bishop, o por lo menos llevaba años tratando de convencerla de que no merecía la pena sentarse a esperar. Había bastado con que Harry le chillara las que fueron las preferencias de su corazón, o con que apareciera Grenville, o con que simplemente disfrutara de un paseo en landó, para darse cuenta de que no quería seguir interpretando el papel de viuda doliente.

Heather se dejó guiar por los lacayos del portón de acceso con energía renovada. No pensaría en Harriet o en Nigel Bishop: esa noche se divertiría por primera vez en años, años encerrada en casa por si alguien llamaba a la puerta, sobresaltándose cuando le anunciaban que tenían correo. Y más adelante, le confesaría a Grenville no solo la verdad sobre las gemelas Auckland, sino sus sentimientos.

El lacayo le hizo una venia hacia la puerta de acceso al salón de baile. Ahora que albergaba a todo el pueblo de Ayton Bay, parecía incluso más grande que la tarde anterior.

Localizó a lo lejos a Misery y a Yocasta cogidas del brazo, la primera susurrándole chismes suculentos a la segunda, que fingía sin mucho éxito que le interesaban para no ofender a su querida amiga. Unos pasos más alejados, los Merritt discutían acaloradamente, y en una esquina, manteniendo cierta distancia entre el uno y el otro, se encontraban lord Bartholomew Allendale y su compañero, Shawn Haversham.

El joven Reddie se percató de que los estaba mirando con una tierna sonrisa y la saludó con la mano, saludo que Heather le devolvió con entusiasmo.

Poco más hubo que ver en cuanto ubicó al duque de Sunningdale estrechando la mano de uno de los invitados.

Su aspecto regio le robó el aliento. No necesitaba esmerarse a la hora de vestirse para destacar, pues le distinguían su porte y sus modales, pero se había ataviado con un frac oscuro para la ocasión, y llevaba el cabello cobrizo peinado hacia atrás.

Heather engurruñó y estiró los dedos, ansiosa por hundirlos en su suave cabellera o apoyarlos en sus hombros al bailar.

La orquesta contratada para la ocasión tocó los primeros acordes de un vals, y como si la mirada de Grenville estuviera imantada al cuerpo de su amante, su atención no tardó en sortear los cientos de distracciones para caer indefectiblemente sobre ella. Heather se puso firme en el acto, extrañada y a la vez tentada por la intensidad que irradiaba su mirada. Pensó que le estaba prometiendo una noche para el recuerdo y que se disponía a cumplirla al echar a andar en su dirección.

Se alisó las arrugas de la preciosa falda con un nerviosismo en el que no se reconocía. Tragó saliva y se enderezó, tratando de mostrarse serena y dueña de sí misma, tal y como él la apreciaba, y esperó con paciencia a que se acercara, se acercara, se acercara... Y su sorpresa no pudo ser mayor al ver que, en lugar de detenerse ante ella, la esquivaba hábilmente con la mirada aún clavada en el que había sido su destino desde el principio: un punto ubicado justo detrás de Heather.

Se dio la vuelta, aturdida, y el alma se le cayó a los pies al reconocer su misma expresión de pasmo en otro rostro, uno que conocía a la perfección. Grenville la había evitado para tenderle su mano a una perpleja Harriet, que no contenta con lucir un horror idéntico al que desfiguró su propio semblante, había aparecido también con el mismo vestido: la misma y gloriosa confección de seda y satén blanca con los hombros al descubierto.

Habría temido que su hermana la hubiese traicionado de no haber sido porque se podía leer a las claras en su espanto que no había contado con ello. Vacilante, y más por miedo a que un desaire terminara por indignar al duque que por gusto, aceptó la mano tendida y permitió que la escoltara hacia el corazón del salón, donde todo el mundo danzaba alegremente sin ser consciente de que acababa de revelarse su secreto.

Heather observó casi sin pestañear el gesto sereno de Grenville. Ahora entendía el origen de su mirada intensa, que de ningún modo casaba con la sonrisa que había pintado en sus labios para disimular delante de los invitados. Tomó con gentileza a Harriet por la cintura, cubrió la

mano que ella no había apoyado sobre su hombro, y se dispuso a seguir el compás como si no se estuviese percatando de que su compañera de baile estaba rígida como el palo de una escoba.

Durante un delirante segundo, Heather se preguntó si así era como ellos dos se veían o se habían estado viendo hasta ese día: si así de bien le sentaba a su estampa la apostura del duque. Lo que sus ojos contemplaban era una visión de otro mundo, un hombre bello como el príncipe guerrero de una leyenda escocesa y su delicada princesa de las nieves atrapada entre los brazos. No tardó en recordar que aquella era su hermana y empezar a asimilar lo que estaba sucediendo.

Y lo que había sucedido era que Grenville se había enterado y había dispuesto una venganza muy particular, propia incluso de su carácter caballeroso: había renunciado a los gritos y las acusaciones en público en beneficio de lo que parecía una broma interna entre los tres.

Heather se puso a sudar de los nervios. De pronto, un vestido que le iba como anillo al dedo se había convertido en una cárcel; le apretaba en el pecho que hiperventilaba, le picaba en los brazos, ahí donde caían las mangas abullonadas. Estaba tratando de averiguar cómo lo habría descubierto, si había sido hablando con las gentes del pueblo, si había sido obra de un tercero malintencionado, cuando Grenville, manejando hábilmente a una compañera de baile cuya destreza brillaba por su ausencia, se fue acercando poco a poco al lugar donde Heather se encontraba. Allí, siguiendo el ritmo de la música, soltó con gentileza a Harriet y le tendió la mano a ella con un brillo amenazador en los ojos; la invitación en apariencia coqueta pero en realidad peligrosa a participar en el mismo vals, como ellas habían participado del mismo hombre.

Osó negarse dando un paso atrás, aturdida, pero Grenville enarcó las cejas —«conque esas tenemos, ¿eh?», daba la impresión de decir— y no dudó en agarrarla del modo más sutil posible para arrastrarla girando de acuerdo a la danza hacia el resto de las parejas.

—Grenville —musitó Heather, sin atreverse a apoyar la mano del todo sobre su hombro. Apenas descansó el canto. Lo miró con los ojos fuera de las órbitas—. Creo que deberíamos hablar en un lugar más tranquilo.

Él le sostuvo la mirada con aquella vaga sonrisa que le estaba poniendo los vellos de punta, pero no medió palabra. Lo intentó volviendo a pronunciar su nombre, pero el duque se había convertido en una estatua de sal hechizada para el movimiento. Se preguntó si su hermana habría conseguido sonsacarle un saludo, un insulto, lo que fuera, y al lanzarle una mirada fugaz llegó a la conclusión de que no. Estaba total y absolutamente paralizada por el shock.

Una parte de Heather se aferró a la experiencia con la desesperación del último beso, anticipando que esa sería la última vez que Grenville se dignaría a acercarse. Aunque no había apartado la vista de sus ojos brillantes por la traición, por la ira que se cocía debajo, por otras tantas emociones a las que le estaba prohibiendo el acceso, Heather no necesitaba mirarlo a la cara para saber cómo se sentía. Conociendo la historia de su esposa, las razones que lo habían llevado hasta allí, lo que le extrañaba era que hubiese encontrado la fuerza para darle una lección.

Heather aferró su hombro, bloqueando a la vez y con la misma intensidad un acceso de llanto. Se había acicalado con esmero para la ocasión porque quería que quedase para la posteridad y no iba a renunciar a ese placer. Así pues, se pegó a él más aún y apretó la mano enorme que la guiaba en el vals, y le sostuvo la mirada con los ojos anegados en lágrimas de tristeza. Observó que Grenville pestañeaba hasta tres veces seguidas, en un principio aturdido por su actitud, porque el deseo de disfrutar de él superara con creces el miedo a lo que pudiese decirle. Pero esa extrañeza no duró mucho. Pronto interpretó su conducta como una provocación y le faltó tiempo para desembarazarse de ella en cuanto los últimos acordes del vals se extinguieron.

—Bailar se le da casi tan bien como actuar, señorita Auckland —le aplaudió él, aprovechando que sus labios quedaban más o menos ocultos en tanto que hacía la reverencia de rigor.

Heather se apresuró a incorporarse.

—Grenville... —intentó llamarlo, pero el duque ya se había encaminado a la salida del salón, directo a las grandiosas puertas abiertas de par en par que conducían a la terraza principal.

Sin importarle cómo pudiera interpretarse su estampida, Heather se agarró la falda y salió detrás de él con el corazón en la garganta. Confió en que el hecho de que se hubiera retirado a un espacio apartado quería decir que en el fondo deseaba mantener esa conversación. Nada más cruzar el umbral y confirmar que el balcón estaba desierto salvo por la disposición de los maceteros y las ricas esculturas, se dio la vuelta para cerrar. Se topó de frente con el gesto sombrío de Harriet, que no había dudado en unirse a una discusión en la que comprendía que su participación era más que requerida.

Intercambiaron una mirada de angustia compartida, angustia sentida en idénticas proporciones, a la vez y por el mismo motivo, que le hizo recordar que aquella no era la mujer que le había atribuido una agenda oculta a viva voz; aquella era su hermana gemela.

Para cuando volvió a encarar al duque, este ya había apoyado las caderas contra el hermoso barandal de mármol y las observaba alternativamente con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Dicen por ahí que no hay dos glorias juntas —fue lo primero que comentó con un tono lánguido que escondía rayos y centellas—. Voy a tener que diferir. Sí que se puede celebrar la coincidencia si uno se esfuerza lo suficiente.

—Excelencia... —empezó Harriet.

—Me he sentido estúpido hasta que he tenido el placer de bailar con cada una por separado. Cuando se las tiene a las dos delante, esto sabiendo que son ustedes mujeres diferentes y no obra del efecto de ver doble, es tan fácil diferenciarlas que no se me antojan ni gemelas; si acaso, mellizas. Asumo que usted es la impertinente de la verbena —señaló a Harry con un ademán paciente. Dejó en ella la vista aun cuando señaló a Heather—, y que usted es la traidora.

—¡Esa no es una forma justa de describirnos! —rezongó Harriet con los puños crispados—. Si alguna de las dos le ha engañado, entonces las dos lo hemos hecho por igual.

—¿Si alguna de las dos me ha engañado? ¿Cómo describirían las últimas semanas, sino como un engaño? ¿Como una travesura, a lo mejor? ¿Como una tradición que repiten con los forasteros desde la tierna infancia para demostrar que su parecido es la trampa perfecta para señalar la necedad de los hombres? ¿Como una competición, tal vez? —Pronunció la última posibilidad con voz de ultratumba. Se enderezó, escarmentado por la sola idea, y se acercó a ellas con el gesto sumido en la oscuridad—. ¿Quién de las dos considera haber ganado? Una se ha llevado mi amistad y otra se ha metido en la cama conmigo, pero ninguna ha conseguido una propuesta matrimonial y algo me dice que ese era el plan inicial.

Si Heather hubiera ladeado la cabeza, habría visto que el gesto de su hermana confirmaba sus pesquisas. Harry había agachado la cabeza con los labios apretados por la impotencia de haber sido descubierta.

—Excelencia —habló Heather con voz calma—. Si me concede la palabra, le explicaré qué es lo que ha sucedido y...

—No estoy interesado en una recapitulación de los hechos, sino tan solo una ratificación de los mismos. ¿Es o no es cierto que se han estado haciendo pasar la una por la otra, o las dos por una sola, de manera premeditada y con un execrable objetivo?

—La primera vez que usted y yo coincidimos... —empezó Heather, pero tuvo que callar cuando el duque levantó la mano.

—Ese modo de introducir la respuesta se me asemeja al comienzo de una historia. No quiero más cuentos, señorita Auckland. Quiero ponerle punto y final.

—Conociéndole, querrá finiquitar el asunto con una mínima coherencia y siendo justo con todas las partes, ¿me equivoco? Y no creo que desee irse de aquí con una idea equivocada de quién es el malo y quién es el bueno de dicho cuento.

—No tendrá usted la audacia de hacerme dudar de quién es la víctima y quién es el verdugo, ¿verdad? —la interrumpió con un rastro de incredulidad en la sonrisa de pega.

Heather cuadró los hombros con una inspiración segura.

—El villano es una cuarta persona que usted no ha tratado, pero que ha estado detrás de las maquinaciones desesperadas que hemos llevado a cabo para...

—Si pretende que sienta la menor compasión porque no se hayan casado en el curso de sus años más fértiles, permítame detenerla ahí. Estoy empezando a comprender la razón detrás de su soltería y me parece lo siguiente a legítima.

Heather apretó los puños. No la había ofendido que se refiriera a su ausencia de marido, pues ella sabía a qué se debía, sino a la de su hermana. Incluso sin mirarla, supo que le había afectado el comentario. No tan en el fondo, Harriet cargaba con heridas muy profundas relacionadas con el rechazo sistemático que había sufrido toda su vida.

—Excelencia —lo llamó en tono de advertencia, levantando la mano—, no diga nada de lo que pueda arrepentirse. Los tres aquí presentes sabemos que primero pierde los nervios, y, luego, la boca.

—Sería un consejo razonable si viniera de una mujer que me mereciera el menor respeto —le soltó, adelantado por un paso. Fue aquella la primera vez que se atrevió a mirarla a los ojos. Su rostro era la viva imagen de la traición sin paliativos—. Lo mínimo que puede hacer después de todo es aguantar aquí de pie y en silencio lo que sea que se me antoje decirle, que será poco comparado con lo que se ha buscado incluso si me desahogara.

—Ninguna mentira justifica el menoscabo de la dignidad de una persona.

—¿Y haberse burlado de mis sentimientos tampoco lo justifica? —le soltó habiendo perdido ya la paciencia—. No tiene usted vergüenza. Descubro por boca de otro su lamentable puesta en escena y todavía tiene el descaro de mirarme con la barbilla bien alta y decirme que estoy siendo cruel.

—Si se parara a escucharme, comprendería que no es tan descarado ni inesperado viniendo de mí que mi prioridad actual sea proteger la integridad de mi hermana. Todo lo que he hecho, al menos al principio, ha sido por ella.

—Ahora sé, entonces, de quién fue la idea, pero usted no deja de ser la responsable de la ejecución. Imagino que su objetivo no era otro que seducirme para luego repartirse mi fortuna entre las dos. Debí de resultar un blanco fácil. Un hombre fiel a su esposa, pero recién enviudado, desesperado por un poco de paz lejos de la ajetreada capital... Sí, debí de parecerle débil. Débil, estúpido e incluso penoso —escupía las palabras con una rabia implacable—. Cuánto se habrá divertido a mi costa.

Heather dio un paso adelante para advertir con su cuerpo de lo mismo que quiso advertir con sus palabras: que estaba terriblemente equivocado. Pero no lo estaba. Nunca pensó en él como un blanco fácil o un hombre penoso. Y, aun así, había parte de verdad en sus sospechas.

Lo mínimo que se merecía era que se las confirmara.

—Es cierto que creí que podría persuadirle para pedir mi mano —reconoció después de tragar saliva—, pero solo empecé a pensarlo después del primer beso, excelencia, y no porque le creyera un blanco fácil, sino porque le vi como un hombre romántico, fiel y apasionado que ha

nacido para volcar su afecto en una esposa... entre otras muchas cosas, por supuesto. No iba a ser yo la que se beneficiara de ese matrimonio, sin embargo..., sino mi hermana.

—Heather —balbuceó Harriet.

Comprendió lo que le había querido decir al pronunciar su nombre en tono de alarma. No estaban allí para avivar la furia del duque, sino para apaciguarla, y la verdad solo empeoraría la situación.

Y así fue.

—Ya veo que las hermanas Auckland son seguidoras de la justicia equitativa —dijo con la voz hueca, mirando a Heather sin pestañear, sin moverse, sin reaccionar—. Iban a permitir que yo las usara indistintamente para luego intercambiarme entre ustedes con idéntica frialdad. Si no se les ocurrió que quizá yo, más pronto que tarde, me daría cuenta de que me había casado con otra mujer, es porque sí me toman por un necio.

Se había dirigido a ambas con el plural, pero era una forma educada de reconocer la presencia de Harriet aun cuando la conversación y el asunto no había ido, no iba y no iría nunca con ella. Grenville le reprochaba exclusivamente a Heather.

—Nuestro propósito entrañaba una crueldad estremecedora —reconoció, sosteniéndole la mirada— y se asentaba sobre la base de que sus sentimientos no importaban, excelencia. Eso es innegable. Pero con el paso del tiempo, tanto mi hermana como yo fuimos comprendiendo que estábamos jugando con fuego.

—Y, aun así, ahí siguieron, y ya nunca sabré si alguna vez me habría enterado por sus labios de la verdad o si me habrían tendido la trampa definitiva. Porque tengan por seguro, señoritas, que habrían tenido que tenderme la trampa para que yo me dignase a hacer una propuesta formal. —Se giró hacia Harriet—. A usted ya le dije todo cuanto tenía que decirle en ese aspecto en su día, cuando se abalanzó sobre mí como una vulgar fulana en la verbena. Jamás le pondría un anillo en el dedo a una mujer que se le ofrece a cualquiera. —Su mirada fría volvió a atravesar a Heather—. Y parece que es algo que tiene en común con su hermana mayor, quien también se me ha ofrecido, solo que quizá de un modo más sutil, por lo que cabe reconocerle la misma astucia que se le atribuye a las zorras. Zorra por partida doble. Zorra en todos los sentidos de la palabra.

—Contenga la lengua, Grenville —rugió Harry, extendiendo un brazo sobre el pecho de Heather al avanzar con la mirada cruzada de un toro a punto de embestir—. Estoy segura de que mi hermana no ha participado en ninguna actividad sexual en la que no se hubiera involucrado usted del mismo modo.

—No te preocupes, Harry —la apaciguó Heather con un tono asombrosamente sereno. Aguantaba la mirada de Grenville con una dignidad encomiable—. El duque no ha verbalizado nada que sus actos no hubieran insinuado antes. Un hombre solo se acuesta con una mujer honorable si no la respeta en lo absoluto.

—Creía que ya habíamos convenido en que usted no tiene honor ni lo conoce —le espetó él —. No lo tenía al maquinar a mis espaldas y tampoco lo tenía al acostarse conmigo en tanto que regresaba el otro para darle su mano. Solo me pregunto qué pensaría su adorado capitán Bishop de todo esto.

Heather no podía seguir soportando los ataques de Grenville, y menos cuando los versaba en intimidades, en fibras sensibles de las que ella le había hablado en momentos de debilidad. Incluso si poniéndose en sus zapatos comprendía que la imagen que las Auckland proyectaban era rotundamente bochornosa, no aguantaría que le rompieran el corazón otra vez, incluso si era de justicia. Se dijo que no tenía por qué quedarse a ver cómo se reducía a cenizas la complicidad

que habían compartido, y que marcharse no era una cobardía, sino instinto de supervivencia.

—Pensaría que mis gustos románticos dejan mucho que desear, excelencia —dijo con voz queda—. Y no se equivocaría.

Se dio la vuelta y, agarrando la falda con una mano y a su hermana con la otra, regresó al salón. Tuvo que hacer de tripas corazón para repartir sonrisas a diestro y siniestro a los invitados que se acercaban alabando su aspecto. Serían aquellos los peores minutos de su vida; los que luchó contra el shock, contra el desmayo, contra los cristales rotos que su corazón destrozado iba dejando a su paso; los que, en definitiva, tardó en abandonar la mansión y subirse a un carruaje que la devolviera a casa.

A casa.

El lugar que no debería haberse atrevido a soñar con abandonar, y ni mucho menos para compartir su vida con Grenville Allendale.

Capítulo 22



Heather no despertó al día siguiente porque no pegó ojo en primer lugar. Había pasado gran parte de la noche acariciando el cabello de su hermana, y la otra mitad luchando contra los dolorosos pensamientos que amenazaban con menoscabar su fortaleza. El alba la sorprendió con una Harriet dormida entre sus brazos y el corazón ardiendo por la injusticia. No solo la que se había cometido contra ella y contra su hermana, que al fin y al cabo también albergaba sentimientos por el duque, sino la que la señora Adeline Beckett había estado perpetrando durante años.

En el fondo, no se había atrevido a pensar que la operación de conquista fuera a funcionar, pero la había mantenido lo suficientemente ocupada para no temer un futuro bajo el mismo techo que la viuda. Ahora que se enfrentaba de pie, vulnerable y desnuda ante el abismo de una existencia sometida a exigencias y arrebatos de violencia, empezaba a asfixiarla la urgencia de encontrar una solución.

Con cuidado de no despertar a Harriet, salió de la cama. La volvió a cubrir con las sábanas al ver que se estremecía en sueños y le apartó el bucle rubio de la cara. El pecho se le encogió de pena. La noche anterior había sido la primera fiesta de sociedad a la que posiblemente asistiría en su vida. Le había hecho recriminaciones imperdonables porque quería vivir en primera persona esa clase de experiencia. No había comprendido lo importante que había sido para ella el baile del duque hasta que no había visto su peinado: para estar a la altura del evento, Harriet Auckland había aprendido a utilizar las tenacillas. Se había esforzado por presentar un aspecto presentable, y la habían enviado de vuelta a casa antes de lo esperado y sollozando.

Aquello era algo que Heather nunca le perdonaría a Grenville.

La besó en la frente conteniendo las lágrimas y abandonó la habitación. Al igual que Harry, todavía llevaba el vestido blanco y el recogido elaborado; no se habían molestado en cambiarse al llegar a la casa.

—He sentido... vergüenza cuando te he visto allí —había murmurado con la mirada gacha—. Vergüenza de mí misma porque me vieras con el vestido que era tuyo.

—Ya ves que mandó dos para asegurarse de que ambas teníamos uno. Ese que vistes ahora te pertenece a ti.

—No tenía forma de saber que tú y yo no comentaríamos... que tú y yo no nos daríamos cuenta de que estaba al tanto, y, aun así...

—Dios ha debido intervenir para volar nuestra tapadera por los aires. Y, si soy sincera, me alegro. Lo que íbamos a hacer era una locura en el mejor de los casos, Harry, y una crueldad intolerable en el peor. Creo que ni tú como yo somos realmente capaces de algo semejante, y a la vista está que no nacimos para emprender tamañas empresas, o no habríamos sido víctima de nuestra propia trampa. Míranos —había dicho con una sonrisa triste—. Casi nos sacamos los ojos por un hombre que hace un mes no existía.

Harriet no se había atrevido a alzar la vista. Al escucharla, la tomó con el vestido arrugando las manos que tenía en el regazo.

—Solo se ha dirigido a ti durante la discusión, otra prueba evidente de que eres la mujer a la que ama. Siempre eres la mujer a la que aman.

—Harry, por favor, no volvamos a...

—¿No ves que lo digo con resignación? —la interrumpió con la voz quebrada. Le lanzó una mirada anegada en lágrimas que ya empezaban a desbordarse—. Yo soy la primera persona que te amó, que te ha amado casi desde que naciste. Es más; te amo desde el mismo momento en que empecé a amarme a mí. Si no los entendiera yo por elegirte, por preferirte, entonces ¿quién?

—¿Se supone que te estás disculpando? Porque no te voy a pedir que lo hagas. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. Dijiste lo que dijiste porque lo sentías y estás en tu pleno derecho.

—Que lo sienta no significa que sea justo. —Tragó saliva—. ¿Por qué has permitido que se quedara con la idea equívoca de que habías orquestado todo el plan? ¿Por qué no me echaste la culpa?

—Porque en el momento en que decidí ayudarte estuvimos juntas en esto, y porque no le importaba de quién fuera la responsabilidad. —Heather había desviado la mirada al otro lado de la ventanilla—. Solo quería hacernos daño.

—¿Y te sorprende? —había tanteado Harriet.

—No. Siempre ha sido un hombre orgulloso. Comprendo su rabia.

Heather volvió en sí misma con una profunda inspiración. Se había quedado inmóvil ante la puerta del dormitorio con el destartalado pomo en la mano. Se fijó en las muescas de la puerta, en la madera desgastada; cuántas veces no habían tenido que hacer cabriolas para escabullirse procurando que no chirriara en exceso. Al otro lado del umbral no las esperaba nada mejor; apenas dos camastros con colchones carcomidos por el tiempo y la humedad, sábanas raídas, un armario vacío de no haber podido permitirse prendas nuevas en largos años. Heather siempre había sido consciente de que vivían como pordioseras, pero no le había importado porque una parte de sí creía ingenuamente que todo cambiaría algún día; el día que el capitán Bishop regresara para llevárselas a ella y a su hermana gemela.

Pero empezaba a aceptar que eso nunca sucedería, y que si quería que su vida volviera a pertenecerle en lugar de dedicarse a contemplarla desde la otra orilla, debía tomar cartas en el asunto.

Sin saber muy bien a dónde se dirigía o por qué, avanzó a hurtadillas hacia el dormitorio de la señora Beckett. Tal vez debiera aprovechar que su carácter era algo más conciliador que el de Harriet para negociar una tregua o un reparto equitativo de tareas.

Pero eso era improbable.

A través de la rendija de la puerta comprobó, no sin sorpresa, que la habitación estaba vacía. No debería haberle sorprendido; la señora Beckett pasaba en la casa el menor tiempo posible. En cuanto se le presentaba la oportunidad, huía a Gateshead en carruaje —dejándolas incomunicadas a ellas, por otro lado— para verse nuevamente con su amante.

Heather entró de puntillas, a sabiendas de que, aunque la madrastra no pudiera verla, cuando volviese prorrumpiría en aullidos. Siempre se daba cuenta de todo, y prueba de ello era la colección de cardenales de Harry.

Solo de pensarlo la embargaba la impotencia. Y ya fuera por la rabia acumulada o porque no había otra manera de salir de allí, se dirigió con seguridad a los cajones donde supuso que guardaría las joyas. Joyas que, como insistía en recalcar Harriet, nunca habían sido suyas. Pertenecieron a su madre y nadie más que sus hijas debió heredarlas.

No halló las perlas ahí, sin embargo. Rebuscó bajo los papeles con la mala suerte de que terminó revoleándolos por el tocador. Se agachó para recogerlos con impaciencia, y los habría devuelto a su sitio de no haber sido porque la hermosa caligrafía llamó su atención. Aquella no era la letra de la señora Beckett, como confirmó al leer que de hecho ella era destinataria y no

remitente. Más concentrada en buscar pruebas que la ayudaran en su empeño que por mera curiosidad, leyó por encima una apasionada declaración de afecto firmada por el conde de Clarence, lord Norbert Bellamy.

Heather comprobó, asombrada, que no era la única carta romántica que Adeline había recibido de su amante. En un alarde de sonrojante descaro, el susodicho la había provisto de una colección epistolar cuyos textos eran a cada cuál más explícito. Si no hubiera sido una mujer experimentada en según qué ámbitos, se habría ruborizado furiosamente al leer ciertas líneas. Pero lo era. Y, al igual que experimentada, también era espabilada, como demostró que la asaltara una idea arriesgada pero muy posiblemente fructífera.

No mucho tiempo atrás, se había avergonzado de haber husmeado entre los efectos personales de la señora Beckett y ni se le habría ocurrido recogerlos como un humilde empleado de la oficina de correos con el objetivo de devolverlos a su destino. Con la mente en blanco y una convicción que movía montañas, introdujo la totalidad de las cartas en el macuto que la madrastra utilizaba para sus viajes relámpago y lo cerró con un contundente tirón. Se lo echó al hombro sin mayor ceremonia y no perdió tiempo sustituyendo el vestido de fiesta por uno más apropiado. Tenía que aprovechar que Harriet aún estaba dormida para escabullirse.

La fortuna le sonrió desde los establos. La señora Beckett había tomado la calesa en lugar del landó, para lo que había necesitado tan solo dos de los cuatro caballos de los que disponía para sus carruajes; el otro par de animales descansaban sin hacer ruido en las caballerizas destartaladas, otra prueba de que a Adeline jamás le había importado lo que fuera de la herencia del señor Auckland. Con el odio latiendo dentro de sí, ensilló al más joven y enérgico y anudó el macuto con las cartas.

Al cabo de unos minutos, cabalgaba camino de Gateshead.

La distancia entre Ayton Bay y la ciudad en la que se encontraba la finca del aristócrata abarcaba alrededor de dos horas. Gracias a su excelencia como jinete, Heather pudo salvar la distancia en hora y media. Guiándose por las indicaciones de un forastero que le explicó qué camino podría tomar para llegar a Beltown Manor, arribó a su destino sudando profusamente y pidiéndole disculpas a la bestia en voz baja.

Tuvo la suerte de que los mozos estuvieran ocupados trasladando la siembra de un granero a otro y uno se apresurara a ayudarla a desmontar y a dar de beber al caballo en cuanto anunció que era una visita del conde. Había estado barajando la posibilidad de que el susodicho no se encontrara en la mansión y, de hecho, estuviese reunido en alguna taberna de mala muerte con la señora Beckett. Para su fortuna, el mayordomo le hizo saber que milord se hallaba en su despacho trabajando en las cuentas con su administrador y la invitó a esperar en la salita.

Heather no había contado con toparse con lady Clarence. Iba distraída con el morral en la mano cuando se topó de frente con la hermosa estampa de la dama, una imagen que podría haber derrumbado a una mujer solo un poco menos convencida de sus objetivos que ella. Asumió que se trataba de la dueña de la casa porque ninguna otra cosa podría haber explicado la elegancia de sus movimientos, el aspecto limpio de su cabello dorado recogido en un moño perfecto, la caída de una falda que parecía algodón; falda que no debería haberse visto en la obligación de ponerse más de una vez.

Estaba entretenida con los arreglos florales del salón. Para volcarse en la labor había tenido que subirse a unas escaleritas y levantar los brazos hacia las ramas frescas que manaban de un jarrón monumental. Heather no se atrevió a anunciar su presencia, temerosa de interrumpir lo que parecía un necesario momento de paz para una mente turbulenta. La condesa canturreaba por lo bajo una melodía que Heather no habría podido reconocer, alejada como estaba del mundo de

las orquestas y las fiestas.

Como debía de estarlo ella, por otro lado.

Según se decía, padecía una enfermedad rara que le impedía llevar una vida normal.

—¡Oh! —exclamó al reparar en que no estaba sola. Miró hacia la puerta por encima del hombro y sonrió cortésmente—. No esperaba visitas hoy. ¿Con quién tengo el placer de tratar?

—Milady —se apresuró a balbucear en cuanto volvió en sí misma. Se agarró la falda y se agachó en señal de respeto, pero el respeto se había perdido en cuanto se atrevió a presentarse de semejante guisa ante una dama de categoría. La cabalgada le había soltado el moño y tenía el borde del vestido manchado del barro que la lluvia nocturna había dejado en el camino—. Disculpe la intromisión.

—No se apure, señorita. No estoy acostumbrada a recibir visitas y siempre es un placer que coincidan con la hora del té...

Al pretender bajar de la escalera, la dama no pisó con propiedad el peldaño y perdió el equilibrio. Heather observó con el corazón en un puño que se tambaleaba, y estaba dando un paso al frente para socorrerla cuando el presto mayordomo se adelantó a sostenerla por la cintura. Pensó que aquel era un atrevimiento inusual viniendo de un criado, aunque no más que la sonrisa cómplice que la dama le dirigió.

—Se le tiene dicho que no ponga su salud ni su integridad en riesgo, milady —la regañó el mayordomo. Aunque sus palabras eran terminantes, el tono de voz encerraba una tierna preocupación que no podía venir de nada distinto del afecto.

—¿Qué importa si lo hago o no lo hago, Bowler? Siempre estarás tú para auxiliarme. —Lady Clarence aceptó la mano que le ofreció para bajar los últimos peldaños y volver a poner los pies en tierra firme. Ninguno de los dos llevaba guantes, igual que ninguno de los dos parecía preocupado por este hecho. La dama lo miró a los ojos con una sonrisa benevolente—. ¿Te encargarás de que Gildy traiga el servicio de té para las dos?

—Por supuesto, milady.

Heather observó el intercambio y la breve pero impaciente despedida entre los dos con una curiosidad que, por un momento, logró desterrar sus preocupaciones.

Lady Clarence llevaba alrededor de dos años casada, no más, por lo que debía de tener la misma edad que ella. Aunque no estuviera del todo sana, su juventud la hacía ver una mujer de una frescura y una belleza cegadora. El mayordomo quizá llevara unos años más en el mundo, pero, por lo visto, no tantos como para haber comprendido que mantener una relación clandestina con su señora era a todas luces una pésima idea.

Los dos eran altos y atractivos, y los dos eran bochornosamente evidentes.

No se le había ocurrido pensar en lady Pearl Bellamy como una mujer con una autonomía, una vida propia, unos anhelos correspondidos; nada más supo de las infidelidades de lord Clarence, que daban la vuelta al mundo, se compadeció de la criatura, a la que creyó guardando cama constantemente por los efectos físicos de una desolación sin consuelo. Ahora, aunque asqueada porque no dejara de obtener confirmaciones de que el mundo era un lugar enfermo de deslealtad, Heather se sorprendía maravillada porque la condesa hubiera sabido pagarle a su marido con la misma moneda. Y se maravilló más aún cuando la dama la invitó a pasar con un ademán que no resultó menos cortés porque a la vez su expresión fuera burlona.

—¿Eres una de ellas? —inquirió sin rodeos. Heather no llegó a sentarse, creyendo que pretendía tenderle una trampa. La condesa se percató de su vacilación y soltó una carcajada en tanto que acomodaba el vestido sobre el sillón—. No te apures, querida, no pretendo someterte a un interrogatorio ni ponerme en evidencia con una escena de celos. Mi invitación a tomar el té es

honesta.

—¿Se ha topado acaso con demasiadas amantes como para enemistarse con todas? —se arriesgó a ahondar, picada por la curiosidad. Se movió por el espacio de manera lateral para no perderla de vista en tanto que se dirigía al asiento que la dama le había indicado frente a ella.

—Hasta la fecha, solo una ha tenido el descaro (o el valor, si quieres verlo por otro lado) de presentarse en mi casa como si, además del capricho del conde, le pertenecieran sus propiedades.

—Lamento oír eso, milady. Sepa de antemano que yo no formo parte de su... colección de romances. Ni siquiera lo conozco en persona —admitió—. Pero sí he de decirle antes de ponerme cómoda que no me habían traído hasta aquí las intenciones más nobles.

—¿«Habían»? —repitió con una ceja enarcada—. ¿Es que acaso cambiado de opinión en cuanto me ha visto?

—En cuanto he comprendido que está usted al corriente de las actividades ilícitas de su marido —confirmó—. Esto que traigo aquí son las cartas que le ha enviado a mi madrastra en los últimos meses. Pretendía extorsionar al conde con contarle a usted todo lo que sé.

—Cielos —murmuró la condesa, pestañeando deprisa. Se le escapó una carcajada incrédula —. ¿Extorsionarle, dices? ¿Con qué propósito? Dudo que se trate de dinero —meditó en voz alta tras dirigirle una mirada pensativa—. Una mujer que puede permitirse una prenda como la que luces ahora mismo es una mujer afortunada.

—Afortunada en sus amistades —puntualizó—, que no en el modo en que su vida se ha desarrollado. Mi padre falleció después de casarse por segunda vez con la señora Beckett y, desde entonces, mi hermana y yo hemos vivido como sus esclavas. Pensaba que podría poner fin a nuestro sufrimiento fijándole un precio al rescate de las cartas.

La expresión benevolente de la condesa fue sustituida por un ceño ominoso. Creyó que se debería a su confesión precipitada, pues al final debía de importarle la reputación de su marido, pero en su lugar solo inquirió con voz queda:

—¿Has dicho Beckett? ¿Adeline Beckett?

—Así es.

—Ya es casualidad —comentó la condesa con aire distraído—. Resulta que Adeline Beckett es la única a la que conozco por nombre y por rostro.

Tuvieron que interrumpir su conversación cuando la puerta se abrió y una doncella enjuta y arrebolada se abrió paso con la bandeja plateada. Musitó un tímido «con permiso» y dispuso la taza de té humeante y la vajilla de porcelana pintada sobre la mesita que separaba a lady Clarence de Heather. La primera le lanzó una mirada de advertencia para instarla a tomar asiento de una vez por todas.

Solo obedeció al comprender que en ella podría encontrar una aliada.

—Gracias, querida. Puedes retirarte. —Le dirigió una sonrisa encantadora a la criada, que se apresuró a desvanecerse con miedo a importunar más de la cuenta. La condesa ya se había inclinado sobre el juego para servir la primera taza cuando le echó un vistazo valorativo a su invitada—. Supongo que has sido víctima de un impulso. Una no se monta a horcajadas en un caballo a primera hora de la mañana porque tenga un plan pulcramente trazado. ¿De dónde vienes? —inquirió en tono afable, tendiéndole la taza sujeta por el platillo—. ¿De Ayton Bay, como la señora Beckett?

Heather aceptó su gentil ofrecimiento con delicadeza.

—Así es, milady. No se ha equivocado ni en lo uno ni en lo otro.

—Asumo que no estás casada —continuó, acercándose su taza a los labios.

Esperó con los ojos muy abiertos y sosteniendo el té con las dos manos a que Heather

respondiera.

—Estuve prometida con un hombre que fue reclutado para luchar contra Napoleón.

—Encomiable empresa —le concedió con un asentimiento halagador. No era la primera vez que le decían que el capitán Bishop era un soldado honorable, pero aquella mujer, con tan solo dos palabras, hizo que se enorgulleciera de quien durante años había sido su hombre—. ¿Aún lo espera, señorita...?

—Auckland. Señorita Auckland. Y me temo que no lo espero, no. No podría. Han querido la casualidad y el irresistible virtuosismo de otro hombre que mi amor cambie de bando.

Pearl le reconoció con un cabeceo y una media sonrisa el gracioso juego de palabras, muy apropiado —quizá no oportuno— considerando que hablaban de un soldado. Hasta que habían dejado de hacerlo; hasta que habían empezado a hablar, sin quererlo, de Grenville, del mismo modo en que, sin quererlo, ella había empezado a quererlo.

Era la primera vez que lo reconocía en voz alta.

—Intuyo que no espera convertirse en la afortunada esposa de ese otro hombre si está tan desesperada por una recompensa que se ha dispuesto a extorsionar a un conde. Algo me dice, llámelo intuición o llámelo que siento debilidad por las caras bonitas, que no es usted dada a este tipo de... travesuras.

—No lo soy, milady. Me gusta considerarme una buena persona. Pero la situación me ha arrastrado a...

Calló en cuanto Pearl alzó la palma para frenar su desahogo. Al imprimirle a su movimiento un aire tierno, casi maternal, consiguió resarcir a Heather por los males que le habían causado la noche anterior. Ahí donde Grenville se había negado a escucharla, la condesa le hacía entender que no necesitaba que se enzarzara en justificaciones para entender que su objetivo tenía un noble deseo detrás.

La vio asentir, como si lo necesitara para empezar a meditar sobre una propuesta que en el fondo no le habían planteado. A Heather le daba la impresión de que la cabeza de la dama era un engranaje en constante movimiento; así lo advertía el brillo de su mirada astuta, la sonrisa torcida hacia el humor taimado.

Al cabo de un rato agradable, la condesa dio un sorbo a la taza, la dejó sobre la mesa y suspiró con las manos sobre el regazo.

—No sabe cuánto lamento haber frustrado sus planes, señorita Auckland. Aunque, si somos justos con la verdad, la culpa es de mi marido. Si fuera algo más discreto con sus escarceos, yo no habría tenido que descubrirlo y podría seguir usted usándome como cepo.

—Milady, yo... —empezó a disculparse.

—Por el amor de Dios, ni se te ocurra tenerme lástima —la interrumpió con una indignación falseada. Podía ver en la luz de su rostro que se estaba divirtiendo—. Quien ríe último, ríe mejor, y te aseguro, querida, que quien se reirá a mandíbula batiente cuando llegue la hora seré yo. Y espero que tú me acompañes, porque cuando la diversión es compartida, sabe mejor. —Le guiñó un ojo.

—¿Qué quiere decir?

—Me conviene que milord piense que soy estúpida y no estoy al tanto de sus correrías, así que no voy a poder permitirte pasar a su despacho. No obstante, si lo que quieres o necesitas es dinero, estoy en la posición de dártelo.

Heather se quedó boquiabierta.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque me sobra, en primer lugar. Porque me parece muy valiente lo que has intentado

hacer y aplaudo que no temieras poner a ese hombre en su sitio... y porque la señora Beckett se atrevió a retarme en mi propia casa, y eso no lo olvido —sentenció, ahora con un brillo acerado en la mirada—. Si quieres una bolsa de monedas, una bolsa de monedas tendrás, pero algo me dice que eso no es lo que podría hacerte feliz.

Heather tragó saliva.

Debería haber desconfiado de la generosidad de la condesa. No la conocía como para querer ayudarla de manera desinteresada, y era de dominio público que los aristócratas se asentaban en mansiones alejadas de los pueblos porque no pretendían mezclarse con la plebe. Pero Heather la miraba y se identificaba con que la impulsara el orgullo herido por culpa de una trepadora sin clase alguna.

Sospechando que podía confiarle sus preocupaciones, Heather le resumió, procurando ser a la vez contundente, cómo la señora Beckett se había apropiado de la casa, de las joyas de su madre y de los caballos de su padre.

—Sé que usted no puede hacer nada al respecto —concluyó—. Los condes todavía no controlan las leyes de la propiedad.

—Eso es cierto —le concedió—, pero es evidente que la señora Beckett se cree muy por encima de Ayton Bay en lo que a distinción se refiere. Siempre se la podría tratar de convencer para que les vendiera la casa a su hermana y usted.

—No me atrevería a pedirle una suma desorbitada para pagarla, si eso es lo que sugiere. Venía buscando lo justo y necesario para que mi hermana pueda marcharse a Londres, como es su sueño, y vivir con dignidad hasta que encontrara un trabajo decente.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo... —Desvió la mirada—. Yo amo el lugar donde nací, milady, y, a diferencia de Harriet, puedo tolerar la presencia de la señora Beckett. Nunca he sentido que estuviera sacrificando mi dignidad arrodillándome para fregar los suelos; entiendo que son mis suelos, los suelos que pisaron mi padre y mi madre, y que con independencia de la presencia de la nueva señora, habrían tenido que limpiarse. Mi hermana es distinta. Es una criatura salvaje en el mejor de los sentidos; un alma libre. Ayton Bay no está hecho para ella. Se le queda corto.

El interés hizo destellar los ojos grises de la dama.

—No sé si es porque habla usted de su hermana con amor o se debe a que me pierden los caracteres rebeldes, pero algo me dice que me llevaría a las mil maravillas con ella.

—Seguro que sí. No aprecia a toda la nobleza, pero sé que en el fondo la admira.

Heather pestañeó con incomprensión al ver que la dama se levantaba de repente y se dirigía con energía a un buró de madera noble. Utilizó una llave que descansaba justo encima para abrirlo y sacar papel, pluma y tinta. Allí mismo se acodó para garabatear a toda prisa una serie de palabras.

Acto seguido, se enderezó y regresó junto a la invitada con la misma sonrisa que esbozaba Harriet cuando se le ocurría una de sus ideas rocambolescas.

—Hagamos lo siguiente, señorita Auckland. Le voy a entregar una bolsa con cincuenta guineas para que abandone la casa de la señora Beckett y busque un lugar de residencia más cómodo para usted. Sé que vivir sola no es lo más apropiado para una mujer soltera, pero algo me dice que si alguien puede ponerlo en boga, esa es una joven con arrestos y ningún miedo al trabajo duro. En cuanto a su hermana, hágale llegar esto de mi parte. —Le tendió el papel—. En la carta la cito aquí dentro de una semana para entrevistarla. Si me gustara tanto como me han advertido mis corazonadas, la contrataría como mi dama de compañía y pasaríamos en Londres las temporadas sociales; de marzo a julio, diría que más que suficiente para saciar su sed de

aventuras y privilegio.

—Pero, milady... No hemos recibido una amplia educación cultural como para poder...

—No he necesitado educación cultural por tu parte para mantener una conversación interesante y cabal, ¿no le parece? Asumo que su hermana sabe leer y escribir, es consciente de que nos gobierna un rey y vivimos en una isla que una vez conquistaron los romanos. —Esperó a que Heather asintiera, perpleja—. En ese caso, podremos entendernos e incluso divertirnos. No vaya a pensar que le hago un favor; no se imagina cuánto me aburro aquí sola.

Agachó la mirada hacia la nota que acababa de tenderle. Con las prisas, la tinta se había emborronado en los rabillos de la «p» y la «l», pero seguía presentando el aspecto limpio y digno que cabía esperar de la caligrafía de una condesa.

Un nudo en la garganta le dificultó tragar saliva, y, cuando volvió a dirigirse a Pearl, fue al borde de las lágrimas de agradecimiento.

—Milady, yo no... no sé cómo empezar a devolverle... cómo pagarle...

—¡Pagarme! —repitió con los ojos como platos. Se echó a reír y abarcó la estancia extendiendo los brazos—. ¿Acaso no te has fijado en dónde vivo, muchacha?

Vivía en lo más parecido a un palacio que Heather había visto nunca, pero el fondo de amargura en su voz le hizo saber que ella no tenía ojos para la riqueza de la decoración o la amplitud del paisaje; ella se sentía profundamente desgraciada por la jaula dorada en la que la había encerrado el matrimonio.

Comprendió, entonces, que en gran medida había tomado estas decisiones para darse un gusto. No debía de presentársele a menudo la oportunidad de mostrarse generosa, de hablar con una mujer que no se proclamara su enemiga al acostarse con su esposo; habría visto en Harriet el milagro de gozar de compañía femenina que no fuese una amenaza.

—Mi hermana no la defraudará —le prometió Heather.

—Estoy segura de que no, pero, si lo hiciera, se marcharía de aquí con otras cincuenta guineas por las molestias. Nadie va a sufrir el escarnio o el abuso a manos de Adeline Beckett si yo puedo evitarlo. —Heather le sostuvo la mirada conteniendo a duras penas el temblor de la admiración, del agradecimiento, de la simpatía. Para Pearl, aquella pequeña fortuna no significaba nada. A decir verdad, parecía que nada significara nada. Volvió a tomar asiento frente a ella y se acomodó con informalidad contra el respaldo—. Ahora que ya hemos abordado lo importante, podemos retomar nuestra mañana de té en paz.

»Adelante, querida. Cuéntame tu historia de amor. Soy toda oídos.

Capítulo 23

Grenville regresó de cabalgar con el mismo ánimo afectado con el que había salido. Fue la actividad que creyó más inofensiva para desahogar su frustración, la única con la que no corría el riesgo de sucumbir a arrebatos violentos. Le tendió las riendas al mozo de cuadras que lo había estado esperando, erguido como una columna a las puertas de las caballerizas, y salvó a pie la distancia hasta la mansión.

No había pegado ojo en toda la noche. Se había encerrado en sus aposentos al poco rato de comenzar la fiesta, convencido de que sus traiciones no eran excusa para interrumpir la diversión de los aldeanos y de que nadie le echaría de menos si se ausentaba. Quillings le informó de lo equivocado que estaba yendo en su busca cuando la duda de dónde se había metido el duque se había propagado como una enfermedad de la que todos acabaron contagiados. Tuvo que bajar arrastrando el alma igual que una condena a muerte para sonreír y saludar y rogar que le disculparan, que un mal del estómago le aquejaba y necesitaba descanso.

Cruzó las puertas de Allendale Lounge con el mismo frac de la noche anterior, arrugado por las vueltas que había dado en la cama. Los mozos se habían escandalizado al ver que pretendía montar a caballo con los elegantes zapatos de fiesta, pero no habían osado insistirle en ponerse otro calzado al ver su ánimo sombrío.

El único que se atrevía a dirigirse a él en semejante estado era Reddie, que denotó haberlo estado esperando para un desayuno tardío poniéndose en pie como un resorte. Los criados ya habían dispuesto sobre la mesa todo género de manjares, pero el muchacho, pese a ser muy buen comer, no había probado bocado aún.

—¿Qué sucede? —quiso saber Grenville nada más mirarlo a los ojos. Se jactaba de conocer a su hijo lo suficiente para adivinar a simple vista que algo no andaba bien.

Cruzó el comedor con grandes zancadas y alargó la mano hacia la fuente de pastas.

—Eso mismo quisiera preguntarle yo, padre. ¿Qué sucede? O, mejor dicho, ¿qué sucedió anoche? Se retiró a sus aposentos y exigió que nadie le molestara después de que las dos señoritas Auckland se presentaran con el mismo vestido.

—Si lo dices porque a ti también te asombró la casualidad de que estuvieran repetidas, que sepas que... —La voz se le apagó al digerir lo que Reddie acababa de decir. Se giró hacia él, ceñudo—. Las dos señoritas Auckland, has dicho. Y sin el menor atisbo de sorpresa.

Reddie agachó la cabeza. Tenía los dedos apoyados en el borde de la mesa. Delineaba con la yema del pulgar las muescas de la madera, síntoma visible de su incomodidad.

—Quería hablar con usted precisamente de esto. —Tuvo que hacer una pausa para encontrar el valor—. Yo... yo...

—Tú lo sabías —comprendió. La mano que sostenía la pequeña pasta se quedó suspendida en el aire—. Lo has sabido por largo tiempo y no se te ha ocurrido decírmelo, supongo que porque si hay alguien en este mundo que aprecia una fechoría bien ejecutada, ese eres tú.

—¡Se equivoca rotundamente! ¡Claro que quería decírselo! —exclamó enseguida. Le dirigió una mirada angustiada—. Es más; ¡pretendía hacerlo! Créame, padre. Era muy consciente de que las señoritas Auckland estaban cometiendo una maldad, pero me consolaba con que...

—¿Con que nunca me enteraría?

—¡Con que estaba haciéndole bien! —se defendió. La expresión herida de su rostro le recordó a las discusiones que había mantenido con la duquesa, en las que ella se valía de unas lágrimas de cocodrilo idénticas a las de su hijo. Grenville se estremeció y, demasiado vulnerable todavía para soportarlo, se dio la vuelta—. ¡Espere! No puede negarlo, padre. Estaba usted viviendo su segunda juventud con la señorita Auckland. Verle feliz por primera vez me llenó de dicha; me hizo sentir lleno.

—Lleno de mentiras, imagino —murmuró, meneando la cabeza en shock—. De todas las personas de este mundo, Reddie... De todas las que existen, tenías que ser tú el cómplice de la traición.

—¿Qué traición? Puede llamarlo broma pesada, pero ¿traición? Padre, no solo salta a la vista que su señorita Auckland preferida corresponde sus sentimientos, sino que la otra señorita Auckland también se ha enamorado de usted.

—Y, sin embargo, ninguna de las dos me amó lo suficiente para decirme la verdad.

—No sea obtuso ni se deje consumir por el orgullo, se lo ruego. No desperdicie esta oportunidad de ser feliz empezando por disculpar sus motivaciones iniciales. ¡No renuncie a la señorita Auckland!

Grenville se giró para encarar a su hijo con el rostro rojo de rabia.

—¿En qué bando estás, si se puede saber? —le gritó. Era la primera vez que se dirigía a él con semejante violencia, y si bien Reddie no fue inmune a su agresividad, se esforzó por permanecer estoico en el sitio—. Basta. No quiero volver a oír hablar en esta casa de ninguna de esas dos mujeres.

—Será complicado no tenerlas presentes, aun así. Una de ellas le ha ayudado a reactivar los cultivos de sus tierras, por lo que le debe al menos su fortuna, y la otra le ha convencido de creer nuevamente en el amor..., por lo que le debe la vida entera.

—Tonterías —masculló—. Dejemos el tema antes de que mi rabia se vuelva contra ti, Reddie. No quiero decir algo de lo que pueda arrepentirme.

Se estremeció al recordar que aquello mismo le había dicho Heather la noche anterior, junto con otras tantas cosas; entre ellas, disculpas por haber abusado de su confianza e insinuaciones de que había un noble objetivo detrás de sus actos. El lado de sí mismo débil, ese lado que se había sorprendido amándola sin permiso, se había valido de una vocecita insidiosa para susurrarle durante toda la noche que debería haberla escuchado. Pero el orgullo, las circunstancias de la muerte de la duquesa, la mentira que había sido su matrimonio; todo aquello pesaba en el otro lado de la balanza.

—Tiene que perdonarla, padre —insistió Reddie.

—Perdonarla —repitió con un fondo de risa histérica en la voz—. Perdonarla... ¿Y qué será lo siguiente? ¿Perdonar a tu madre? Empiezo disculpándote a ti por mentirme por omisión, luego perdono un engaño cruel y premeditado, y, para finalizar, olvido que los diecisiete años que duró mi matrimonio fueron un embuste de proporciones épicas. Me temo que un hombre tiene un límite, Reddie, y yo lo dibujo en ti. Solo porque eres mi hijo.

El muchacho alzó la barbilla con la respiración contenida.

—A lo mejor ni siquiera a mí me disculparía si supiera por qué se lo oculté.

Grenville sabía cuándo Reddie hablaba en serio y cuándo su solemnidad era un accesorio más de su broma pesada, pero nunca lo había visto así, ocultando su inquietud, su miedo, tras una máscara de severidad.

—Me ofrecí a guardarle el secreto a las señoritas a cambio de que ellas no revelaran el mío.

—¿El tuyo? ¿Qué secreto puedes tener tú que yo no sepa ya? ¿Y quiénes se han creído que

son para chantajearte?

—Ellas nunca me chantajearon. De hecho, Heather Auckland se ofendió cuando puse sobre la mesa un secreto equivalente a cambio de su confianza; me juró que jamás me habría traicionado, y yo la creí.

—No me extraña que lo hicieras. Esa mujer sabe cómo hacer que uno confíe en ella. Pero no me interesa departir sobre las virtudes y defectos de las hermanas Auckland. ¿Qué es lo que te preocupa, Bartholomew? —exigió saber sin poder disimular su inquietud.

—Heather fue testigo de una situación comprometedora entre una tercera persona y yo —confesó con los puños apretados. Tenía los ojos anegados en lágrimas de miedo, y miraba a su padre como si fuera el mismísimo demonio que había bajado a la Tierra para impartir justicia—. Me vio incurrir en una actividad que es considerada delito.

El alma se le cayó a los pies.

—¿Qué has hecho?

Reddie abrió la boca para hablar, pero le tembló tanto la barbilla que tuvo que volver a cerrarla y apretar los dientes para controlar lo que parecía un ataque enfermizo; palideció abruptamente y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas como si pertenecieran a otro, como si ni él se diera cuenta. El corazón se le partió al ver a su hijo presa de un dolor que no era de ese mundo y se abalanzó para abrazarlo.

—Reddie, mi vida —murmuró, estrechándolo con fuerza—. Dime qué ha pasado. No hay nada que puedas hacer para decepcionarme, si es eso lo que temes, y si para protegerte he de enfrentarme a la ley, la ley de los hombres o la ley divina, así lo haré.

Parecía que aquello era cuanto Reddie había querido escuchar, porque le rodeó la espalda con los brazos y se abandonó al llanto y a los arrullos de Grenville como si de ello dependiera su vida. El duque presionó la mandíbula para controlar las lágrimas, pero sentir los temblores espasmódicos del muchacho y oír sus hipidos terminó por destrozarlo.

Reddie arrugó la camisa de Grenville en el puño.

—El señor Haversham y yo... yo... y... Padre —pronunció entre sollozos, y sonó como si se rindiera a lo que fuera que quisieran hacerle—, yo lo amo. Es mi amigo, pero también es... es mi amante, y no quiero... no puedo renunciar a él. Heather lo sabe y lo entiende, es la primera que lo sabe y lo entiende, que lo respeta, que lo... que nos ha ayudado y que no me hace sentir un monstruo. Por favor, tiene que perdonarla. Es el ángel que ha venido a salvarme. Ella y Haversham lo son.

Grenville aflojó el abrazo al escucharlo. Nada más notarlo, Reddie se obligó a controlar los hipidos que habían entrecortado su apasionada confesión. No quiso separarse de él, sin embargo, y permaneció refugiado entre los brazos de un hombre al que tuvo que interpretar como su enemigo, porque murmuró:

—Si no desea volverme a ver, yo...

—¿Eso es todo? —le interrumpió con voz queda—. ¿Eso es lo que se supone que has hecho?

Reddie levantó la cabeza para mirarlo con el rostro empapado de lágrimas.

—Sí.

Grenville liberó toda la tensión con un suspiro y volvió a abrazar a su criatura con fuerza.

—Niño idiota... —murmuró. Apoyó la barbilla sobre su coronilla cobriza—. Maldito seas. Me habías asustado.

—¿Acaso no me ha oído? Le he dicho que...

—No me has dicho nada que no supiera, Reddie —le explicó con suavidad, temiendo que la confesión le chocara hasta el punto de provocarle otro ataque de nervios—. Eres mi hijo. Quizá

no salieras de mí, de mis entrañas, pero llevo toda la vida esforzándome para conocerte y entenderte como si así fuera. Y creo que lo he conseguido, porque lo vi la primera vez que lo trajiste. Vi que lo querías y por esa razón ha sido bienvenido siempre.

—Yo no... no entiendo lo que... Siempre pensé que se escandalizaría, que me odiaría, que... ¡que me desheredaría!

—Por el amor de Dios. ¿Escandalizarme? —se burló para quitarle hierro al asunto—. Llevo treinta y seis años en este mundo, hijo. Si no hubiera conocido hombres como tú a lo largo de mi vida, significaría que he recorrido la tierra con los ojos cerrados. En cuanto al asunto de odiarte o desheredarte, eso no es posible en ninguna realidad.

—¿Me está diciendo que no...? ¿No le importa?

Grenville cabeceó con aire indeciso. Se separó para que corriera el aire, pero no apartó las manos de sus hombros y se los estrechó afectuosamente.

—Como duque, he de decir que sí me preocupa una pizca el asunto de la descendencia. Ya sabes que entre los deberes aristocráticos figura desposar a una dama de buena familia y engendrar descendencia para asegurar el linaje, y no dudes que serás víctima de presiones insoportables viniendo de la Corona. Pero no es como si el título fuera a desaparecer porque no te casaras. Me siento muy cómodo y tranquilo sabiendo que iría a parar a los descendientes de mis hermanos menores, que sabrán preparar a sus criaturas para el honor.

Reddie meneó la cabeza.

—¿Ve como quiere desheredarme?

—¿Desheredarte? —repitió, perplejo.

El muchacho denotó haber estado bromeando guiñándole un ojo.

—Para ser un hombre de mundo, como acaba de describirse, parece que no sepa usted que no existe el matrimonio entre dos partes masculinas. Y, mientras eso no sea posible, cumpliré con mi deber desposando a una mujer que este conforme con mis inclinaciones y mis sentimientos por Haversham y pueda ser feliz conviviendo con ellos.

—De ningún modo, Reddie. No puedes condenar a una mujer a vivir con un hombre que jamás podrá complacerla en ámbitos reservados al esposo.

—¿Y quién ha dicho que no podría complacerla? —Enarcó una ceja—. Padre, que esté enamorado de Shawn no significa que no me atraigan las señoritas. Antes de conocerlo a él, tuve un idilio apasionado con la hija de nuestra cocinera de Londres.

—¿Y podría soportar el señor Haversham que pasaras por la vicaría con una mujer por la que te sintieras atraído?

—Sospecho que no, al menos por el momento. Pero algo me dice que me dará usted todavía algunos años de cortesía para disfrutar de la vida antes de sentar la cabeza. Quién sabe; a lo mejor, para cuando llegue el día, el señor Haversham ya me ha roto el corazón.

—Espero que no, porque eso sí que no lo perdonaría.

—Yo sí lo haría —replicó con una sonrisa mansa, y volvió a ocupar su asiento en la mesa con la tranquilidad de haberse quitado un peso de encima. Parecía mil veces más ligero; una pluma mecida por la brisa—. Si alguien es capaz de rompernos el corazón, es porque los queremos o los hemos querido. Eso bien merece revisar su caso antes de dictar una sentencia tan definitiva como lo es reservarle los fuegos del infierno..., ¿no?

Grenville emitió un suspiro dramático echando la cabeza hacia atrás.

—¿Hemos vuelto a hablar de la señorita Auckland?

—Me temo que soy su mayor defensor, padre. Ni siquiera mi propia madre apaciguó mis miedos y me transmitió esperanza como lo ha hecho ella, entre otras cosas porque mi madre

nunca me perdonó que fuera yo mismo y murió creyéndome un engendro.

Grenville se tensó. Era consciente de que decía la verdad porque la duquesa le había trasladado en más de una ocasión sus preocupaciones con respecto a la vida privada de su hijo. Aquello la tuvo en un sinvivir y la embarcó en aventuras de las que Grenville se avergonzaba y que nunca podría en conocimiento de Reddie: le había confesado haber preguntado a médicos, a boticarios y hasta a ilusionistas cómo se curaba el raro mal que le aquejaba.

Debería haber contado con que Reddie era demasiado inteligente para su propio bien. Se habría dado cuenta incluso antes que él mismo del desprecio de su madre. Comprendió que no podía cometer el mismo error defraudándolo también, e hizo de tripas corazón para prepararse para una confrontación con la que no había contado.

—Si me dices que te respeta y ha cuidado de ti —concluyó tras suspirar—, entonces no puedo oponerme a escucharla. Eso y un agradecimiento sincero es lo mínimo que le debo.

Capítulo 24

Grenville emprendió a pie el camino hasta la casa de las Auckland. No quería involucrar a terceras personas, ni siquiera a un cochero, en una empresa que desconocía si acabaría llevando a término.

Aquello se parecía peligrosamente a lo que había hecho toda la vida con su esposa. Aun estando dolido, aun sintiéndose traicionado y burlado de modos que un hombre con un mínimo orgullo jamás habría tolerado, echaba a correr tras ella para enmendar un daño que ni siquiera había causado él. Entonces pensaba que en eso consistía el código de honor del marido; en resarcir a su esposa, el sujeto débil y vulnerable de la ecuación, por todos los posibles ataques contra su integridad. Pero la integridad verdaderamente afectada siempre era la de Grenville, quien, con sus reiterados interrogatorios, esperaba averiguar si había otro hombre en su vida. Y lo había, mas nunca lo supo hasta que fue tarde.

Revivir las dinámicas que marcaron su matrimonio podrían haberlo convencido de dar media vuelta si no le hubiera prometido a Reddie que le concedería una oportunidad a las Auckland. A las dos, porque aunque solo la hermana por la que había albergado los sentimientos hubiera sido aquella que los había herido, la otra había atentado contra su amor propio. Esperaba encontrarlas a las dos y, sin embargo, nada más asomarse a la verja de la casa reconoció los gestos impacientes de Harriet Auckland; la que no podía quedarse quieta.

Más allá de la indignación por el engaño, se sentía profundamente estúpido por no haberse dado cuenta antes. Siempre había notado algo extraño en la señorita Auckland; un cambio brusco de actitud suavizado por una repentina tendencia a la conciliación. Se consolaba pensando que se había acostumbrado a las múltiples personalidades de su esposa, a sus dos y quién sabía si más vidas paralelas, y hasta se animaba a reírse con amargura porque en las Auckland hubiese hallado la sublimación de lo que había estado padeciendo por Louisa.

Ahí donde Heather era de hablar pausado, delicadeza al caminar y cortés de un modo maternal y a la vez prudente para evitar confusiones que la pusieran en un compromiso, Harry era un brote de temperamento sin adulteraciones; un terremoto, una persona entre dos signos de exclamación. La noche y el día. Si no estuviera furioso, las habría contemplado con admiración. Ninguna otra cosa merecía el fenómeno de los gemelos.

Grenville abrió la portezuela de la cancela sin pedir permiso. Esto atrajo la atención de Harriet, que, hasta el momento, había estado tendiendo con diligencia —pero ninguna eficiencia — las sábanas recién lavadas; unas sábanas cuyas dueñas se preocupaban por su higiene, pero por las que ya apenas se podía hacer nada. El tiempo les había hecho flaco favor afinando la tela hasta el punto de que podía intuir la figura de Harriet por detrás de tanto que se transparentaba.

Esperaba que la muchacha lo recibiera agachando la cabeza y disculpándose entre balbuceos, una conducta similar a la que exhibió para su asombro en la velada de la noche anterior. Pero Harry se había recuperado del trance, porque se secó las manos húmedas por las prendas en el mandil, también raído, y puso los brazos en jarras para encararlo.

—No sé cómo se atreve a venir hasta aquí después del modo en que trató a mi hermana. Porque asumo que es a ella a quien anda buscando. Le advierto, Sunningdale, que no pienso abrirle el paso si pretende seguir vilipendiándola.

Su descaro despertó la rabia que Reddie había aplacado relativamente.

—El vilipendio quizá no sea el camino para resolver esta cuestión, pero nadie podrá decirme que no sea merecido.

—¡Por supuesto que no es merecido! No le dio la oportunidad de explicarse. Arrancó con una tromba de acusaciones que también podrían verterse sobre usted, ¿o acaso el amor puede hacerlo uno sin compañero? —contraatacó.

Sus ojos eran de una belleza exuberante, pero tan distinta de los de Heather; lanzaban rayos y truenos, la clase de emoción vibrante que su hermana sabía controlar con destreza.

—Señorita Auckland, no estoy aquí para revisitar nuestra discusión de...

Ella no le permitió terminar.

—Agradezco que se haya dignado a aparecer, porque me quedé con las ganas de ponerle en su sitio. Usted —lo apuntó con el dedo en tanto que rodeaba las sábanas para acercarse con aquella mirada que era un arma en sí misma— tenía la responsabilidad de comportarse como lo que es, un caballero, y tratar a mi hermana con respeto y consideración. No ya la noche de ayer, sino desde el principio. Pero se aprovechó de que era una humilde aldeana de un pueblo que apenas recibe a forasteros para saciar sus bajas pasiones, y todavía tuvo la audacia de humillarla verbalmente porque sus objetivos iniciales no hubieran sido genuinos. ¿Acaso los suyos lo eran? ¿Perseguir a una mujer para acostarse con ella sin la menor intención de poner un anillo en su dedo es más elegante?

Grenville abrió la boca para defenderse, pero no halló en su repertorio una sola excusa para justificar los derechos y la legitimidad de su lujuria. No los había. Se había dejado llevar por un impulso que no, claro que no era superior a él, porque no dejaba de ser un hombre con raciocinio y dominio del mismo para contener sus bajas pasiones.

Tuvo que abogar en su nombre aun así.

—¿Es una humillación o un abuso de poder si la señorita Auckland no solo consentía, sino que se quedaba lo contrario a descontenta? —planteó con una ceja enarcada—. No trate a su hermana como a una pobre doncella. No lo es. Nunca lo ha sido. Usted sabrá que era una mujer experimentada antes de que yo llegase.

—Si no lo hubiera sabido, excelencia, habría sido una grosería de su parte mencionarlo —le espetó Harriet, y no sin razón—. Que una mujer sea o no experimentada no quita que lo que usted llevó a cabo fue una persecución activa y que no solo no se preocupó por si se resentía su dignidad, sino que en el fondo se alegraba de que el capitán Bishop siguiera intacto en el mapa de sus pensamientos porque le permitiría tomar lo que quería sin responsabilizarse después.

—Puede que eso fuera así al principio, pero después...

—¿Después se le acabó el sentido de la moral? —le interrumpió con los ojos entrecerrados—. ¿Tiene caducidad, o es que la cultivó bajo ciertas condiciones, de manera que solo se pudieran beneficiar de ella quienes le dieran siempre la razón?

—Después me enamoré —resolvió sin miramientos. Con esto consiguió callar a Harriet, que ya había abierto la boca para seguir su retahíla de recriminaciones—. Me enamoré como un prepúber, como un inexperto, como alguien que nunca antes ha conocido el amor y no sabe qué hacer con él. Así que continué haciendo lo que había hecho hasta el momento: buscarla para disfrutar de su compañía, y sí, también tocarla.

—¿Y no se le ha ocurrido que a lo mejor ella también se enamoró de usted? ¿Y que al comienzo de su contacto pretendía saltarse a la torera todos los principios morales existentes, pero luego cambió de parecer? ¿Justo como usted?

Grenville se quedó boqueando sin saber muy bien qué contestar. La brisa le acompañó en su

desconcierto agitando las sábanas, el cabello a medio recoger de Harriet y su desgastado vestido gris.

—Sabe usted cómo darle la vuelta a una situación de manera que uno se crea el villano —reconoció con resignación, incluso con un ápice de humor—. Debería dedicarse a la política, señorita Auckland.

—No me dedicaría a la política porque la única causa por la que lucho es la mía. La mía y la de Heather.

—Pues alguna de las dos debió introducir la idea de manipularme. Supongo que será consciente de que al limpiar la imagen de su hermana está ensuciando la suya.

—¡Me alegro! —exclamó, exasperada—. ¡Porque soy yo quien estuvo detrás de todo el plan! ¡Fui yo a la que se le ocurrió engatusarle para casarme con usted a toda costa, fui yo la que le insistió para que se uniera al plan al comprender que usted la prefería a ella! ¡Incluso fui yo la que inició una terrible discusión, en la que se arrojaron acusaciones imperdonables, porque entendió que había perdido el juego; que Heather había ganado!

La voz le tembló por la rabia hacia sí misma. Tuvo que apartar la vista, sin poder soportar más su propio acceso emocional. Procedió un silencio en el que Harriet a duras penas contuvo las lágrimas y se abrazó los hombros con aire desamparado, uno del que Grenville no pudo sino apiadarse, aunque no sin antes admitir ante él que por fin podía respirar tranquilo: Heather no había tenido la menor intención de hacerle daño jamás.

Pero era sabio desconfiar.

—¿Y por qué la señorita Auckland no defendió su inocencia ayer?

—Porque mi estúpida hermana es leal hasta la muerte y nunca permitirá que nadie me haga daño, que nadie piense mal de mí, que nadie me pase por encima. Ella siempre se interpondrá entre los dos. Desconozco si es porque es infinitamente mejor persona que yo o si es un rasgo de la personalidad que viene con las hermanas mayores, pero esa es la única razón por la que no se centró en limpiar su nombre.

El corazón le ardió al reconocer a Heather en aquella descripción. No había sabido que tenía una hermana hasta ese momento, pero tantas actitudes cobraban sentido entonces. Echaba la vista atrás y comprendía que había ido hasta Allendale Lounge para disculparse por lo ocurrido en la verbena, la primera de muchas defensas en honor a Harriet. Por eso nunca pidió perdón del todo. Por eso le regañó. Siempre que le regañaba por no tratarla bien, lo regañaba por no tratar a su hermana como consideraba que merecía. Como si el mundo debiera estar a sus pies.

Él podía entender ese amor no ya porque tuviera una larga colección de hermanos menores, sino porque Reddie existía. Reddie le había arrastrado a todas partes igual que si de una marioneta se tratase. Harriet era el titiritero de Heather.

Grenville miró largamente a la gemela. El simple hecho de que se hubiera vendido como el germen del mal le hizo ver que no estaba, ni por asomo, ante una mala mujer. Cuando el corazón se ablandaba para una sola persona, sus efectos sanadores se trasladaban a todos los demás; se sentía inclinado también a proteger a quien para Heather era amado.

—¿Y cuáles son sus razones, señorita Auckland? —inquirió con voz queda—. ¿Por qué yo? ¿Por qué matrimonio? ¿Por qué la prisa?

La expresión fiera y protectora de Harriet mudó a una muy diferente. De pronto no era una muchacha, sino una anciana que, con tesón y algo más peligroso que la cabezonería había logrado sortear los maltratos de la vida. En sus ojos ardió el orgullo hacia su supervivencia. Supo que no le temía a nada cuando se llevó las manos a la espalda y desabrochó los corchetes del vestido para mostrarse tal cual era ante un perplejo Grenville. No necesitó deshacerse de todas

las prendas interiores para que viese lo que era: una joven que resistía contra la violencia. Tenía los brazos, el pecho y el vientre surcados de cardenales cerúleos, de rojeces más recientes, de cicatrices con cierta antigüedad. Grenville jamás había sido testigo de tanto dolor y, además de tragar saliva, le costó un infierno mirarla a la cara.

—Solo quiero ser feliz —reconoció con la voz trastocada por la pena. Volvió a vestirse con torpeza, ahora convertida en la tercera parte de lo que era: una niña vulnerable—, y aquí, con la señora Beckett, nunca me será posible. Nadie a excepción de un forastero que no me conozca se dignará a sacarme de esta casa, no se diga ya este pueblo. Y sin un matrimonio no solo temo no poder alcanzar una mínima satisfacción vital, sino que me arrebaten esa oportunidad de un certero golpe.

—Eso se acabó. Tu suerte está a punto de cambiar —anunció una voz femenina, librando a Grenville de aliviar una aflicción inconsolable.

Se le formó un nudo en el estómago al reconocer a Heather. Tuvo que respirar hondo antes de girarse para verla desmontar del caballo a las puertas de la casa, ataviada aún con el vestido que le había regalado y con la melena del color del oro viejo desparramada sobre los hombros más delicados de la Tierra. La vio avanzar con seguridad con un morral agarrado con una mano y un papel doblado en la otra, que se acercó a darle a su hermana ignorando la presencia del duque.

—¿Qué es esto? —balbuceó Harry, descolocada. Le echó un vistazo de arriba abajo—. ¿Se puede saber de dónde vienes?

—De Beltown Manor, Gateshead. He estado tomando el primer té del día con la condesa de Clarence. Una mujer maravillosa —apostilló.

—¿Qué? ¿Desde cuándo alternas tú con una aristócrata?

—Desde que es muy probable que coincidamos a menudo. En esa nota encontrarás el motivo de mi tardanza, aunque no se puede decir que me haya tomado horas negociar con ella una salida. Milady desea conocerte y, en el caso de gustarle lo que vea y lo que oiga, contratarte como su dama de compañía.

—Pero... pero... pero... ¿Cómo has...?

—Te llevará a Londres para disfrutar de las temporadas. No te perderás una sola fiesta. Y pasarás el resto del año, los inviernos y los otoños, en su mansión de Gateshead. Estarás a tan solo un par de horas en carruaje de casa y tu empleadora seguirá siendo una mujer flexible y encantadora, lo que significa que podrás venir a verme cuando gustes. —El alivio relajó su expresión decidida, y una sonrisa feliz la iluminó—. ¿No es una buena noticia? Saldrás de aquí, Harry, y sin necesidad de hacerlo de la mano de un hombre que podría hacerte infeliz.

Harriet ni siquiera llegó a abrazar la carta y la oportunidad que presentaba.

—Pero ¿y tú? —preguntó el rostro tenso por la ansiedad—. ¿Qué será de ti?

—Me quedaré en casa —determinó, segura—, porque es mi casa y porque la señora Beckett morirá algún día. Cuando lo haga, lucharé otra vez por recuperar lo que me corresponde.

—Heather... Yo no sé si puedo... Estar sin ti sería... —Se miró las manos, buscando en esas líneas, idénticas a las de su gemela, ese extraño futuro—. Ni siquiera sé cómo describirlo. Soy incapaz de concebirlo.

—Y no tendrá que hacerlo —intervino Grenville con voz grave—, porque la señorita Auckland se casará conmigo y nuestro calendario de festivos será idéntico al de lady Clarence.

Heather se envaró, señal de que había sido consciente de su presencia en todo momento y simplemente había elegido ignorarlo de forma deliberada. Aferrada a esa seriedad solemne con la que lo desarmaba y enmascaraba el resto de las emociones poderosas, le lanzó una mirada.

—Eso no consta en mi libro, excelencia.

—Pues vaya escribiéndolo. Eso y las invitaciones de boda. No cabe ninguna otra solución.

—¿Solución? ¿A qué problema, si puedo preguntar?

—Al de que es muy posible que lleve usted ahora mismo un hijo mío en sus entrañas. A no ser que no le importe criarlo sola, sin protección alguna y al alto precio de que le odie por haberlo condenado ya de niño con la eterna condición de bastardo —enumeró con tono monótono.

Heather no se había relajado desde el momento en que había oído su imposición.

—Cuando la alternativa es languidecer al lado de un hombre que me desprecia, no me parece un futuro tan aterrador. Como tantos otros obstáculos, sabré sortearlos. Un niño siempre trae alegría a la casa.

—Estoy de acuerdo. Por eso deseo que haya uno en la mía.

Heather abrió la boca para replicarle de inmediato, pero tuvo que ser la mejor de las ideas, porque volvió a sellar los labios. Grenville apostó por que pretendía insultarlo y había preferido controlarse; una triste pérdida para él, que no pretendía sacarla de sus casillas pero apreciaría un estallido de emoción que delatara ese amor que Harriet había jurado que sentía por él.

—Me prometí a mí misma que me casaría por amor —dijo en su lugar.

—Y lo hará. Se casará por amor a su hijo.

—No nos consta que ese hijo exista, y si no estoy embarazada ahora de usted, no lo estaré en el futuro. ¿O aún le quedan ganas de encamarse con una mujer de segunda, como creo recordar que me describió no hace mucho?

—Seguro que las mismas que a usted, que no me describió en pésimos términos porque aún le queda vergüenza, pero intuyo que piensa de mí algo todavía peor. Como habrá podido observar, señorita Auckland, no le he pedido matrimonio. Le he decretado una boda. Disponga lo que estime necesario; a más tardar pasado mañana estará usted en Allendale Lounge con sus pertenencias y con su hermana..., si es que esta acepta mi protección.

Harriet se quedó tan perpleja que se le desencajó la mandíbula. Heather lo miraba de hito en hito, fiel al personaje protector que tan bien había definido su gemela.

—¿Qué ha cambiado de un día para otro? —fue lo primero que preguntó.

—Es cuanto menos ofensivo que crea que tengo una agenda oculta al pedir su mano.

—Exigir mi mano.

—No ha cambiado nada —resolvió—. Sigue resultándome insoportable que hayan participado ustedes en esta treta tan cruel, pero entiendo las que son mis responsabilidades y, mientras pueda evitarlo, no habrá una mujer mancillada por mi culpa y un bastardo con mi sangre en este mundo. ¿Pretende oponerse? Porque no existe réplica razonable para declinar este ofrecimiento. Solo la estaría frenando el orgullo.

—Y usted ya se lo llevó todo como para dejarme una pizca a mí, ¿no es eso? ¿Le parece poco razonable el argumento de que, en realidad, usted no quiere casarse conmigo?

—Ni usted tampoco conmigo. Ha estado esperando al capitán Bishop, a fin de cuentas.

—Y usted no se habría planteado la boda de no haber sido porque voló demasiado alto.

—No se puede decir que nuestro punto de partida no sea equilibrado.

Heather le sostuvo la mirada con el aliento suspendido. Grenville no era mucho más dueño de sí mismo en ese momento. Le debilitaba la sensación de que la joven rompería lo que quedaba de su corazón si lo rechazaba; de ahí que se hubiese pronunciado con contundencia, para evitar que lo esquivara. Aquello no era lo que había previsto al emprender su camino hasta la casa de las Auckland, pero no podía decirse que no lo hubiera pensado antes. Que no hubiera fantaseado con ello antes.

No estuvo preparado, aun así, para que le embargara una paz capaz de curar heridas, nuevas y antiguas, al recibir su beneplácito.

—Muy bien, excelencia. Acepto.

Capítulo 25

—¿Cómo te sientes?

A través del espejo, Heather enfocó la vista sobre un punto por encima de su hombro; el punto desde el que su hermana la estaba mirando con gesto aprensivo. La expresión de la novia no era mucho más conmovedora. Llevaba un rato observando en el espejo sus mejillas recién pellizcadas, su sencillo recogido a la altura de la nuca. La boda había sido tan precipitada que no le había dado pie a pedirle a Misery que empleara sus manos mágicas para dejarla resplandeciente, y, aunque hubiera tenido tiempo, tal vez no lo hubiese hecho.

—No lo sé —reconoció, porque carecía de sentido tratar de engañar a Harriet. Se rascó el hombro que el escote del vestido descubría.

—Puede que el compromiso no se haya dado en las mejores circunstancias, pero el novio sigue siendo un hombre al que amas..., ¿no? —se animó a señalar Harry. Incluso esbozó una sonrisa tambaleante para tratar de demostrar que había hecho las paces con la elección de Grenville—. Deberías sustituir esa cara de funeral por un gesto más amigable.

—¿Tú crees? Tal vez el duque lo interpretara como una provocación. Supongo que no sé cómo sentirme porque desconozco el modo en que se siente él, y no me gustaría parecer fuera de lugar desplegando la actitud equívoca.

—¿Que desconoces el modo en que se siente él? —Se le escapó una nota de incredulidad rayana en la indignación—. Heather, tú eres la perceptiva de las dos. Si no te has enterado a estas alturas de que el duque de Sunningdale te ama, es porque no quieres enfrentarte a las consecuencias. Y no sé por qué. Esas consecuencias son la felicidad eterna en pareja.

Heather se miró las manos, hasta el momento descansadas por el dorso sobre el regazo. Al descubrir que iba a casarse con nada menos que el duque de Sunningdale, la señora Beckett había estallado en alaridos entusiastas y aplausos y se había mostrado indulgente como nunca antes, llegando a ofrecerle uno de sus mejores vestidos para la celebración. No sabía ni sabría nunca que el aristócrata podría no haber hecho nunca su propuesta de no haber sido porque había descubierto el alcance de su maldad. Pero, si lo hubiera sabido, ¿se habría sentido culpable en lo más remoto? Heather lo dudaba.

Por descontado, había aceptado la prenda, pero solo porque había pertenecido a su madre. Heather había tenido que arreglarle los bajos y meterle la cintura en tiempo récord mientras todos dormían; la generosidad de la señora Beckett alcanzaba para prestarle el favor de cederle un vestido, pero no uno de su armario y sin contar con los servicios de una modista.

El resultado no era particularmente vistoso, desde luego no lo que se esperaba de una futura duquesa, mas sí decente.

—No sé si puedo aceptar los sentimientos de su excelencia o ser una esposa satisfecha a su lado cuando todo esto sucederá en detrimento de tu felicidad —reconoció Heather—. He aceptado su mano porque es mejor que nada, pero no creas que olvido lo que dijiste sobre él, Harry. Saber que lo amas... Saber que también amaste a Nigel... Todo este conocimiento me pesa.

Harriet tragó saliva copiosamente. La contrariedad le había arrugado el ceño. No lo diría porque se estaba esforzando para que el día discurriera debidamente, pero Heather supo lo que

estaba pensando: «¡Más me pesa a mí, que soy la perjudicada!».

—¿Qué importan los sentimientos? Me preocupaba más pasar el resto de mi vida junto a la señora Beckett de lo que me preocupa no pasarlo junto a Grenville, y está claro que tú y él hacéis la pareja perfecta. Yo nunca tuve la menor posibilidad. Lo he aceptado. Además, no pienso aceptar su protección —determinó—. No soportaría saberme viviendo de su caridad, entre todos los hombres. Aceptaré la mano de lady Clarence y, si me considera apta, me ganaré mi salario honradamente trabajando para ella.

Heather asintió en reconocimiento de su magnífica decisión, si bien le dolía en el alma la expectativa de separarse de su hermana. Desde su nacimiento, no habían pasado separadas ni un solo día. Si viajaban con su padre para formalizar la venta de un caballo, lo hacían juntas; hasta hacía algunos años, en concreto los que Heather había pasado prometida con el capitán Bishop, incluso dormían en la misma cama. La separación sucedería de manera abrupta y justo después de una dramática discusión.

No estaba conforme con el modo en que se habían ido sucediendo los hechos, pero podía respirar tranquila sabiendo que pese a las circunstancias lo había hecho lo mejor que había podido.

—Tienes que prometerme que serás feliz —murmuró Heather con la mirada gacha—. De lo contrario, no me lo perdonaré jamás.

—¡Menuda chantajista! —bromeó Harry para restarle hierro. Se acercó con una sonrisa sincera y le puso las manos sobre los hombros. La besó en la mejilla, cariñosa como siempre había sido—. Me has ayudado como ni siquiera yo he podido ayudarme a mí misma, Heather. Lo has hecho yendo en contra de tus principios, llegando incluso a sacrificar tu lealtad y tus sentimientos por el capitán Bishop, lo que tú creías que era lo único de valor que tenías. Nunca podría guardarte rencor o traicionar tus esfuerzos siendo algo distinto de feliz.

Heather posó la mano sobre el dorso de la de su hermana y la estrechó. Tenía lágrimas en los ojos cuando la miró a través del espejo.

—Te equivocas —replicó con la voz ahogada—. Lo único de valor que he tenido siempre eres tú, Harriet. Solo la certeza de que te seguiré teniendo me convence de levantarme cada mañana.

Su hermana reprimió una sonrisa llorosa apretando los labios y le dio unas palmaditas sobre la mano, no sabía si para consolarla o pidiéndole educadamente que la soltara.

—Esa certeza es inamovible. Pero va siendo hora de que tanto tú como yo nos vayamos construyendo más razones para seguir en el mundo. La que vas a formalizar ahora es una muy buena; perfecta para empezar.

Harriet se separó y le tendió la mano. No dudó en aceptarla y seguirla escaleras abajo, a través del salón y el precario camino de piedras que la condujo al carruaje. Conocía al lacayo y al muchacho que estaba esperando a los pies del coche para sujetarle la puerta, una galantería impropia de las humildes gentes del pueblo de las que tanto Heather como el chico se burlaron compartiendo una sonrisa cómplice.

—Está usted preciosa —le halagó el cochero, un aldeano maduro con el que había bailado en las verbenas y las celebraciones al aire libre en un sinfín de ocasiones—. Ahora entiendo que me rechazara tantas veces, señorita Auckland; ¡la esperaban gestas mayores!

—Para nada. —Le sonrió mientras subía al carruaje—. Haberme casado con usted habría sido el mismo honor.

Atinó a ver el rubor del hombre antes de que el mozo cerrase la puerta. Heather y Harriet se sentaron juntas en el asiento que apuntaba al sentido de la marcha. Hicieron todo el viaje con las manos unidas y las miradas perdidas en sus respectivas ventanillas. Estaban tan concentradas en

sus pensamientos que no se percataron de la simbología de su postura.

En el pueblo había tan solo una ermita donde se celebraban los bautizos, las bodas y los servicios dominicales. Heather había crecido con el párroco y le tenía en alta estima. Siempre había sabido que sería él quien la casaría y que lo haría en las mismas cuatro paredes en las que había oído todas las misas desde antes de alcanzar la edad adecuada para entenderlas. No obstante, dudaba que Grenville estuviese igual de satisfecho con el aire hogareño que se respiraba entre los numerosos asistentes de parte de la novia; con la modestia de las banquetas de madera corroídas por el tiempo y las humedades, por los cristos de bronce y las paredes desnudas de frescos o cuadros barrocos.

En cuanto Heather bajó del carruaje, la recibieron con vítores, aplausos y halagos. Misery y Yocasta se acercaron, la primera con una corona de flores en la mano. No le quedó otro remedio que hacer las delicias de la gente, que se alegraba de un modo en que ella no podría alegrarse nunca, y agacharse para ser coronada casi como una reina de la primavera. Se estrecharon las manos cariñosamente, se repartieron besos y caricias en la cara; la señora Merritt por poco le introdujo un pastelillo en la boca y hubo mujeres de la edad de su madre que le pellizcaron las mejillas para darle más color.

El jolgorio no se atenuó conforme se adentró en la ermita a pesar de que el respeto hacia el duque era solemne, pero Heather sí que dejó de sonreír al verlo, sobrecogida por una imagen para la que nunca podría haber estado preparada. Grenville se había vestido con el mismo e impecable frac que en la fiesta que lo cambió todo, y llevaba el cabello retirado de la frente para exhibir los rasgos de príncipe de leyenda en su máximo esplendor.

No era el hombre que aparecía en sus sueños de boda, aquellos que recreaba despierta y dormida cuando la vida real se le hacía insoportablemente vacía, aburrida; dolorosa, incluso. Pero era aún mejor, se dijo con el corazón encogido.

Harriet se empecinó en acompañarla al altar saltándose todo el protocolo y el deseo explícito de Heather, que consideraba que no debía infligirse semejante daño. Sintió la mirada fija de Grenville durante todo el paseo por el crucero de la ermita, breve pero intenso bajo su penetrante escrutinio. Apenas reconoció a los invitados de las primeras filas; Reddie, el señor Haversham, Quillings, la señora Foley... Quienes ahora eran la familia del duque.

—Buenos días —murmuró Heather al llegar a su altura. Grenville se giró hacia el altar de manera que quedaron hombro con hombro—. Me disculpo por lo modesto de la ceremonia, excelencia. Imagino que su primera boda fue algo más... elegante.

—Teniendo en cuenta cómo salió la primera, podría haberme ahorrado . Me alegro de haber limitado la segunda a lo mínimo para entrar en el matrimonio con pocas expectativas.

—No entiendo a qué se refiere con «cómo salió la primera». El resultado de la misma está sentado en la primera banqueta y le mira con la clase de afecto que no se puede comprar.

La expresión del duque se suavizó al asegurarse con una mirada rápida de que era Reddie a lo que ella se refería.

—En eso tiene razón —le concedió. Para devolver la vista al frente tuvo que pasar irremediablemente por el lugar que Heather ocupaba en el espacio. Se recreó un instante de más y le costó tragar saliva. Habló con el aliento interrumpido al decir—: Nunca has estado tan bella como hoy.

Heather sintió que le ardían las mejillas. «Estúpida», se acusó. «Ruborizarte con el cumplido de un hombre que ya te ha visto desnuda; que te ha tocado de todas las maneras en que se puede tocar a una mujer».

—Gracias —fue cuanto atinó a responder.

El párroco intervino entonces situándose ante los futuros cónyuges con los brazos extendidos, las palmas y la mirada apuntando hacia arriba. Comenzó con una oración a Dios y luego dio la bienvenida a los presentes, que solo a partir de entonces detuvieron las conversaciones.

Heather fue dolorosamente consciente de la proximidad de Grenville durante toda la ceremonia. Sus hombros se rozaban a ratos, cuando él cambiaba el peso de pierna y se reclinaba de manera sutil hacia ella; cuando ella se cansaba de la postura y en tanto que se recolocaba se torcía con vaguedad hacia él. No se miraban, ni siquiera con el rabillo del ojo, pero gracias a la periferia de su visión veía que tragaba saliva, que estaba nervioso, del mismo modo que Grenville debía percibir los mismos síntomas en la novia.

Cuando tocó intercambiar los anillos, se giraron el uno hacia el otro con cierta impaciencia, como si sus cuerpos hubiesen aceptado antes la inevitabilidad de la boda y no solo no estuvieran de acuerdo con el modo en que habían decidido enfrentarla —como si no hubiese otro remedio —, sino que estaban ansiosos por reconocerse en el otro; por poseerse.

Se mantuvieron la mirada al recitar los votos. Heather, que no se consideraba una joven sensible o, al menos, sabía disimular, estuvo a punto de llorar cuando él juró amarla con voz grave. Quiso poner las manos sobre su pecho y preguntarle si era cierto que lo haría, pero la mirada decidida de Harriet desde su banco le daba la fuerza necesaria para demostrar fortaleza.

—Puede besar a la novia.

Pensó que Grenville se inclinaría sobre ella a desgana para darle un beso lánguido en los labios, no ya por educación o prudencia sino porque la despreciaba profundamente. Nada más lejos de la realidad. El duque no desaprovechó la oportunidad que se le ofrecía de tocarla sin delatar con una iniciativa que en el fondo lo quería. Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él para tomar sus labios con el hambre de no haberlos probado en largos días. Ella no pudo sino responder después de emitir un suspiro entrecortado que encapsulaba cuánto lo había echado de menos. Le echó los brazos al cuello y se apretó contra su torso de hierro, y convirtieron un beso casto, un beso simbólico, en un comportamiento absolutamente blasfemo que levantó murmuraciones y exclamaciones ahogadas entre los asistentes.

Cuando se separaron, Heather estaba algo despeinada y él respiraba con agitación. Sin mediar palabra, Grenville le lanzó una mirada ardiente y le tendió la mano para invitarla a salir de la ermita. Ella obedeció, porque cómo no iba a hacerlo cuando la miraba de ese modo, y durante unos largos minutos se olvidó de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Le pareció que hubo un instante de vacilación por parte de la gente hasta que estallaron en gritos de júbilo y prorrumpieron en los aplausos de rigor.

Heather no los escuchó. A cada tanto lanzaba miradas de incredulidad a su nuevo marido, tan alto y gallardo, tan terriblemente intimidante y a la vez cálido y sensible. Se preguntaba cómo podría resarcirlo por lo ocurrido, cuáles serían sus sentimientos, los suyos, no los que Harriet le había atribuido o incluso se habría inventado para apaciguar sus miedos. Esas preguntas la acompañaron en todo el trayecto a Allendale Lounge, que hicieron sumidos en un silencio cargado de promesas sensuales.

Todo lo que sucedió entre el trayecto de ida y su entrada en la mansión como duquesa fue confuso. Heather no volvería en sí misma, escarmentada por el peso de sus nuevas responsabilidades, hasta que no estuvo sentada en el borde de la cama ducal.

Grenville cerró la puerta del dormitorio muy despacio. Ella se lo tomó como una promesa, como una advertencia y como una amenaza. Todo su cuerpo reaccionó al inminente encuentro de sus manos, al contacto con sus piel, igual que si fuera la primera vez que se envolverían en un abrazo.

No sabía si llevarse las manos a la espalda y empezar a desnudarse o si por el contrario mostrar pudor, una de las formas de la prudencia. Grenville bien podía rechazarla, todavía demasiado furioso por el devenir de los acontecimientos.

Intuyó que algo así sucedería cuando lo vio avanzar hacia ella con cautela. La luz ambarina de las velas que los rodeaban como en una ofrenda religiosa, la tímida iluminación de la luna llena al otro lado del ventanal abierto de par en par; el ambiente era romántico y tétrico a la vez, y él era tan bello y perfecto como terriblemente peligroso.

Lo vio desanudar el pañuelo del cuello y remangarse la camisa a la altura de los codos sin apartar la vista de ella, apoyado de una manera dejada contra la pared de enfrente del piecero de la cama. Tres metros de distancia, un espantoso malentendido y su orgullo los separaban.

—Antes de nada quiero saber por qué te has casado conmigo —anunció con voz queda.

—Porque fuiste muy persuasivo —contestó. No veía por qué no tutearle ahora con plena libertad. Eran marido y mujer. «Marido y mujer», resonó en un rincón de su cabeza—. Coincidí contigo en que un niño no debería sufrir un futuro marginal por la testarudez de su madre. Además... —«Te amo», quiso decir, pero el miedo le atragantó las palabras—. El bienestar de mi hermana nunca ha dejado de ser mi prioridad, y con su protección conseguiré ponerla a salvo.

—¿Eso es todo? —inquirió él. La seda del pañuelo emitió un murmullo sugerente al terminar de deslizarse por el cuello del frac. Soltó la prenda sobre el borde de la cómoda que le quedaba cerca.

Heather tragó saliva.

¿Esperaba que declarase sus sentimientos en un ambiente tenso, cuando no directamente hostil? ¿Qué iba a hacer él con su amor recién descubierto? ¿Torturarlo por venganza? ¿Despreciarlo?

Estaba tratando de poner en orden sus dudas cuando él dijo:

—El día en que te conocí te paseabas por una playa soñando con atisbar en el horizonte el navío que te devolvería a tu hombre. Cada momento que hemos pasado juntos desde entonces me has demostrado que tu lealtad es incondicional e ilimitada. Como tu marido que soy, quiero llegar a conocer el alcance de esos sentimientos tuyos; estar preparado para cualquier eventualidad.

—¿Eventualidad? —repitió, perpleja—. ¿Qué eventualidad esperas que se dé?, ¿que me escape para buscarlo? ¿Que me fugue con él si regresa? El posible embarazo, la seguridad de mi hermana y ahora mis votos matrimoniales seguirían reteniéndome a tu lado, además de algo que cohesiona todo lo anterior y...

—¿Vale de algo lo que has mencionado si lo comparas con tu amor por Bishop? —la interrumpió justo cuando estaba reuniendo el valor para admitir sus sentimientos—. Supongo que solo hay una manera de saberlo.

Grenville se impulsó desde la pared y caminó con mayor cautela que antes hacia Heather. Se detuvo a dos pasos de distancia, suficiente para tenderle un sobre lacrado sin necesidad de que ella se inclinara hacia delante. Pero seguía siendo una distancia injusta para una mujer que ansiaba celebrar una reconciliación y darle la bienvenida a su nueva vida con un abrazo sentido.

—¿Qué es esto?

—Esta tarde, justo después de casarnos —se ocupó de recalcar—, tu hermana me ha tendido esta carta. Con la intención de que yo te lo transmita para ahorrarse ella una discusión, o eso es lo que me figuro, me ha confesado que la recibió hace semanas. El nombre del remitente y su caligrafía hablan por sí solos.

Heather notó una punzada en el estómago. Giró el sobre despacio, como si temiera que fuese

a explotar, y, en efecto, reconoció a Nigel en la letra más bien tosca de un hombre que no había tenido la oportunidad de educarse. Como ella le pidió largo tiempo atrás, había garabateado a mano la fecha en que la carta había sido enviada: hacía poco menos de una semana.

No habría podido evitarlo ni con la gracia de Dios de su parte. Todas las emociones que llevaba conteniendo desde la pérdida de su madre, la pérdida de su padre, la pérdida de Nigel; la degeneración paulatina de Harriet, el maltrato de la señora Beckett, el inoportuno y arrebatador enamoramiento que Grenville había despertado; todo esto se alineó contra ella para romper del todo el muro represor que había levantado por prudencia. Heather se llevó la mano al centro del pecho, ahí donde latía, agitado, un corazón lleno de cicatrices, y rompió a llorar desconsoladamente.

Por un momento no pensó en nadie. Solo pensó en sí misma. En el largo viaje desde la última vez que supo de Nigel, antes de que la muerte del señor Auckland provocara un cisma en el mundo tal y como ella lo conocía. Pensó que necesitaba ese desahogo lacrimógeno y sostener con fuerza lo único que le quedaba y que le quedaría de quien había sido su primer amor. Pero cuando le tocó reincorporarse de la posición de abandono que había adoptado físicamente para volver en sí misma, comprendió que Grenville la había malinterpretado.

—Ahí tengo mi respuesta —le oyó decir con voz hueca.

No perdió más el tiempo tratando de imponer su amor o su vínculo matrimonial. Se dio media vuelta y se dirigió a la salida, gesto que habló por mil palabras: no tenía nada que hacer allí, o esa era su impresión.

Heather se apresuró a levantarse para detenerlo. Lo agarró por el borde de la camisa, que ya sobresalía de su pantalón, y al ver que frenaba no dudó en abrazarlo por detrás a la altura de la cintura.

—Está vivo, Grenville —musitó ella, acongojada—. No te puedes imaginar lo que eso significa para mí. No murió en el frente. Tendrá otra oportunidad para vivir después de esta guerra tan absurda. No será conmigo..., pero es lo que deseo para alguien a quien he amado tanto.

Sintió que él se tensaba bajo su abrazo apretado.

—¿Eso es todo? —le oyó preguntar con la voz débil—. ¿Simplemente te alegras de que esté vivo, pero no deseas regresar a su lado?

Heather se apartó para dejarlo respirar, temiendo haberlo hecho sentir acorralado. Grenville todavía necesitó unos segundos para dar media vuelta y enfrentarse al que podría haber sido el segundo rechazo; rechazo que podría haber resultado en la muerte definitiva de un corazón terriblemente romántico.

Esperó a que él alzara la vista hacia ella, revelando sin quererlo su vulnerabilidad. Entonces, Heather levantó la carta y la rasgó por la mitad sin abrirla siquiera. Rompió las dos partes en otras dos, y en otras dos, y así hasta que eran pedazos tan pequeños que costaba reducirlos. Los arrojó sobre la alfombra sin ceremonia alguna y alzó las dos palmas inocentes.

—Me temo que no podía tirarla al fuego porque aún es verano, pero, si hubiera sido invierno, lo habría hecho —señaló con seguridad. Intentó devolver al perplejo duque al mundo de los vivos ahuecando su rostro entre las manos—. Grenville... No puedo cambiar mi pasado y los sacrificios que hice por él del mismo modo que tú no puedes desandar lo recorrido con lady Sunningdale. Y no es un castigo. Ni para ti, ni para mí. De hecho, no sé si habría podido amarte a ti si no hubiera amado a Nigel antes; si no me hubiese enseñado a hacerlo desde la tolerancia, la paciencia, la incondicionalidad. Tampoco sé si podría haberte amado si tú no hubieses amado a lady Sunningdale antes; en cierto modo, ella te moldeó de una manera que yo encuentro

irresistible y digna de afecto. Somos todas aquellas personas que quisimos, ¿no es cierto? Para quererte, para querernos los unos a los otros, hemos de amarlas o al menos admirarlas a todas ellas. A todas las que nos componen.

Grenville no apartaba los ojos de Heather.

—Al ponerlo así, me obligas a enamorarme también del capitán Bishop —atinó a murmurar, tan sumido en su contemplación, en las fervientes emociones que ella había despertado, que no cabía en sí mismo—, y no sé si has dejado espacio en mi corazón para amar a nadie más que a quien tengo aquí delante.

Heather esbozó una sonrisa temblorosa que tuvo que evitar que se transformara en un puchero. Deslizó las manos por las mejillas rasposas de Grenville, por su cuello y sus hombros, y luego volvió a su preciosa cara, al menos diez años más joven desde que había oído que correspondía sus sentimientos.

—¿No me desprecias? —musitó, sobrecogida—. ¿No vas a hacerme sufrir por haber tratado de manipularte?

Él sacudió la cabeza gentilmente.

—Creo que has sufrido suficiente; creo que yo también lo he hecho. Creo... —hizo una pausa para tomar aire y arropar su cuerpo con un abrazo firme— creo que solo deberíamos ser felices, Heather.

—¿A partir de cuándo?

—A partir de ahora mismo.

Epílogo



—¿Te gusta?

Grenville paseó la mirada por el salón principal de Allendale Lounge, donde la vida llevaba días vibrando como las entrañas de una colmena. Por fin el esfuerzo de largas semanas de preparativos iba a dar sus frutos: muy pronto, la exclusiva lista de invitados estaría halagando el gusto decorativo de la nueva duquesa de Sunningdale y agradeciendo sus buenas intenciones al proponer la fiesta navideña.

Se giró hacia Heather con una sonrisa satisfecha.

—Es perfecto —le aseguró, y le echó un brazo cariñoso por la cintura. La atrajo hacia sí para besarla afectuosamente en la sien—. Como tú.

—¿Estás seguro? —musitó, dudosa. Se mordió el labio con la vista todavía clavada en las guirnaldas que pendían de los zócalos—. ¿No crees que haya traicionado mi promesa excediéndome con las decoraciones?

—En absoluto. Es escueto pero precioso. Y aunque lo hubieras hecho, estás en tu pleno derecho. Es tu primera Navidad en Allendale Lounge. Te mereces una entrada por todo lo alto.

—¡Pero eso no es lo que hablamos! —protestó. No parecía haberse percatado de que su reluciente marido la tenía bien sujeta—. No quiero que nadie piense que te has saltado el luto y que andas celebrando por todo lo alto tu nueva y escandalosa boda.

—Cariño —se rio él—, te prometo que no hay nada que podamos hacer, ni tú, ni yo ni los dos juntos, que pueda equipararse al nivel del escándalo de la duquesa. Louisa le dio de qué hablar a los londinenses durante el resto de sus vidas. No podríamos ni soñar con equipararnos con ella.

Y, aun así, Heather demostraba una vez más por qué era la mujer perfecta y lo había sido siempre para él; porque le leía el pensamiento. Porque veían la vida de un modo similar. Tenía parte de razón al insinuar que podrían estar equivocándose. Ni en mil años habría pensado el dueño de la casa que celebraría tan pronto el veinticinco de diciembre. Se había imaginado languideciendo junto al retrato de su primera esposa al menos una década más, y renegando de veladas conmovedoras para evitar que sus seres queridos lo vieran con cara de perro.

Heather había sido la primera en considerar esto. Fue en extremo prudente al preguntarle si estaría conforme con una pequeña cena familiar en las fechas mas mágicas del calendario. Grenville se había inclinado por decirle que no hasta que ella, sin ningún tipo de doblez o intención de manipularlo, le había contado que le había sido imposible organizar una cena especial debido a la sucesión de lutos familiares y a la pérdida de sus posesiones. Le había parecido una crueldad imperdonable perpetuar semejante privación y, sin importarle un ardite lo que pudieran pensar desde Londres de su fiesta de Navidad, le había dado carta blanca para hacer lo que se le antojaba, asegurándole que tenía plena confianza en su criterio.

No le había decepcionado. No podía. Era humanamente imposible.

—Pero...

—¿No será que andas nerviosa? —planteó con suavidad—. Te vas a reencontrar con tu hermana por primera vez desde el verano, cuando se mudó definitivamente a Beltown Manor.

—¡No! Bueno, sí. Es decir... No estoy nerviosa porque tema verla o algo por el estilo, ni tampoco porque pueda salir mal... Oh, cielo santo. —Se cubrió la boca, sorprendida, y lo miró

con los ojos como platos—. ¿Será posible que esté nerviosa por conocer la opinión de Harriet? Ella siempre ha odiado la ostentación de riqueza, a los pretenciosos, a los hedonistas...

—Yo no diría tanto. Apuesto a que le gustaría formar parte de toda esa gente a la que poco más y describe como una caterva de necios. Y, en cualquier caso —añadió por lo bajo—, tú nunca serás como ellos, y lo digo en el mejor sentido. Por organizar una fiesta no te conviertes en un frívolo insufrible.

—¿Crees que no? —musitó ella, frotándose las manos.

Grenville no pudo evitar sonreír con ternura. Cada día, Heather le mostraba una cara distinta, lo que significaba que, cada día, encontraba una nueva razón para quererla. En los últimos tiempos había descubierto que podía sufrir ataques de inseguridad; que, como mujer de campo que era, no le importaban los insectos, pero sí le tenía un pavor a las arañas fundado en un mal recuerdo de niña; que padecía algo que ella gustaba de llamar «tendencia a engordar», de ahí que fuera víctima de un mutismo obstinado cuando se hallaba en presencia de una montaña de pastelitos, de tanto que se obsesionaba lanzando miradas de reojo; que no le preocupaba lo que absolutamente nadie pensara sobre su buen hacer a excepción de Harriet, y detalles algo más pueriles pero de igual modo encantadores, como que el embarazo le redondeaba la cara y la sensibilizaba, y que el matrimonio había acentuado su lado pasional.

—Lo creo de verdad —le prometió con el tono de los juramentos solemnes—. Además; por lo que te cuenta en sus cartas, Harriet también se va acostumbrando a la buena vida. ¿Tan insólito sería que fuese ella la que viniera dándose aires de grandeza?

—Lo cierto es que no. Me lo imagino a la perfección —suspiró Heather, a caballo entre la exasperación y el afecto—. Pero no soportaría que hubiéramos crecido a una velocidad distinta o en una dirección opuesta. Si aparece convertida en una esnob y yo aún no he alcanzado esa definición, se me partirá el alma.

Grenville soltó una carcajada, pero comprendió que detrás de sus dudas quizá pueriles había una preocupación genuina y la abrazó.

—Si aparece convertida en una esnob y tú no lo eres todavía, ya me encargaré de mimarte desaforadamente con regalos y de repetirte que eres la mujer más bella del mundo hasta que te lo hayas creído.

Heather alzó la barbilla hacia él y le sonrió a modo de agradecimiento.

La decisión de permanecer separadas durante cinco largos meses habían sido de Harriet, que, por una vez en sus años de vida, había optado por priorizar el bienestar general y la lógica antes que alguno de sus planes macabros. Grenville lo había agradecido, temiendo que la proximidad de Harry impidiera a Heather dejar de sentirse culpable por haberse casado con el hombre que la había elegido. Estaba al corriente de los que eran —o, esperaba, habían sido— los sentimientos de la señorita Auckland y confiaba en que el tiempo y la distancia había logrado suavizarlos, sino hacerlos desaparecer por completo. Nada deseaba más para su esposa que la felicidad plena, y, para alcanzarla, necesitaría ver a Harriet sobrepuesta a los acontecimientos que cambiaron sus vidas.

—Excelencia —llamó Quillings a su espalda. Las dos excelencias se giraron al mismo tiempo y de inmediato intercambiaron una mirada de sorna—, los primeros invitados ya están aquí.

Heather buscó la mano de Grenville y la agarró con fuerza. Contuvo el aliento en tanto que el eco de dos pares de pasos iba advirtiendo del inminente reencuentro. Solo que no se trató de Harriet, sino de Reddie y de Shawn Havisham, que habían llegado antes de lo previsto.

La joven duquesa se alegró tanto o más que el padre de la criatura. Soltó una exclamación ahogada y se dirigió hacia él con los brazos extendidos. No solo había intercambiado cartas con

su hermana, sino también con su hijastro, al que le profesaba un amor que saltaba a la vista y que henchía de orgullo a Grenville.

Havisham también había sido adoptado por la duquesa, que no escatimó en besos, apretones de manos y halagos sinceros para recibir al muchacho. Eso también se lo había dado el embarazo, pensaba Grenville, o quizá la simple y llana felicidad conyugal: estaba aprendiendo a expresar sus emociones sin miedo, porque no debía tenerlo ahora que tenía la certeza de que el hombre que la amaba estaba comprometido en cuerpo y alma con ella. No temía ser más cercana de lo que dictaba el decoro, daba su opinión siempre que se le pedía sin andarse con paños calientes y a veces hasta la sorprendía llorando de alegría o riéndose tanto que se le saltaban las lágrimas.

Tal y como sucedió cuando Harriet apareció de repente durante la conversación entre los jóvenes universitarios y los duques. A Grenville le costó reconocerla: vestía una carísima prenda de modista conjuntada con el sombrerito que no se había quitado en la puerta. Hasta sostenía un ridículo en una mano que no mucho tiempo atrás había arrancado malas hierbas, garabateado sumas y restas y sostenido en alto ramos de zanahorias o puerros para medir su frescura con la precisión de una verdulera. Parecía toda una dama, y lo que era aún mejor, parecía plenamente satisfecha.

Heather rompió a llorar y se fundió en un abrazo con su gemela. Todos los allí presentes, Grenville, Quillings, Reddie, Haversham, el ama de llaves; todos asistieron a la escena con un nudo en la garganta, tentados de ponerse a aplaudir.

—¡Estás preciosa!

—Tú estás hecha un tonel. ¿Cómo puede una mujer engordar de esa manera?

Grenville ahogó una carcajada para sus adentros.

«Por dentro sigue siendo la Harriet de siempre».

Heather tuvo que pensar lo mismo, porque soltó una risotada aliviada y volvió a arrojarse a sus brazos. Grenville había aprendido a aceptar que había palabras, actitudes y defectos que su esposa solo le perdonaba a su hermana; palabras, actitudes y defectos que solo suponían un problema cuando los sufrían los demás, pero que en Harriet eran un síntoma más de su encanto personal. El amor incondicional que le profesaba a su gemela le llenaba de celos y a la vez de tranquilidad, porque le hacía ver que era muy probable que amara a su futuro hijo de la misma manera; que sería tan buena madre como era buena hermana.

No mucho rato después, los pocos invitados se sentaron a la mesa. Heather se olvidó de los nervios iniciales nada más estuvo sentada y pudo sujetar la mano de su hermana, que hizo las delicias de la velada narrando sus aventuras con lady Clarence haciendo graciosos aspavientos, emulando las voces de los personajes involucrados y hasta levantándose en un momento dado para ejemplificar con sumo detalle el contexto del relato. Heather se reía sin dar crédito, Reddie y Haversham se limpiaban las lágrimas de la risa y Grenville ocultaba una sonrisa de profunda satisfacción detrás de su copa, manteniendo en todo momento una mano protectora y cariñosa sobre el muslo de su mujer.

Así era como se sentía la paz, comprendió. Eso era tener una familia. Con sus más, con sus menos; con sus esqueletos en el armario, con sus espadas de Damocles sobre la cabeza, con su polvo barrido bajo la alfombra; con sus queridísimos recuerdos compartidos, con sus complicidades, con, sobre todo, su amor correspondido. Grenville había catado algo que intentaba parecerse a eso con su familia de nacimiento, los Allendale, y con su primera esposa, pero ahora comprendía que esto no había sido más que una precuela, una sinopsis de lo que le estaba esperando al otro lado de la amargura.

En eso andaba pensando cuando los criados retiraron los platos de pescado y empezaron a servir el postre. Como en cada descanso entre comidas, Heather se había girado hacia él para asegurarse de que le gustaba lo que estaba probando; de que se divertía.

—¿Todo bien?

—Nunca he estado mejor.

—Eso solo lo dices porque todavía no has probado el postre.

—Cierto es. Pero hasta el postre nos queda un buen rato. —Lo sostuvo la mirada con segundas intenciones. Aprovechó que los invitados hablaban entre ellos y que su delicado dorso le cubría la boca para añadir—: ¿Eres consciente de que me has hecho el hombre más feliz del mundo?

—Algo sospecho de tan a menudo que me lo dices..., pero siempre gusta oírlo.

—Te quiero, Heather. —Besó su mano con fervor—. Gracias por llegar a mi vida.

A ella se le escapó una sonrisa llorosa y se inclinó sobre él para besarlo con suavidad en los labios. Hicieron caso omiso de la mueca de asco que exageró Reddie y de los abucheos de los más jóvenes de la mesa y solo se miraron en silencio, pues en silencio se había ido forjando todo; en silencio habían ido encajando las piezas.

—Gracias a ti por haberme echado la alfombra al verme llegar.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

[1] El título original en francés es *La Surprise de l'amour*.